

HELLEN BOLD

HELLEN BOLD

AMOR EN FUGA



Sello: Independently published

Título: AMOR EN FUGA. SE BUSCA CÓMPLICE
Hellen Bold © 2025

Cubierta: Gabriela Rey
Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A ti, lectora, gracias por estar aquí, por abrir estas páginas y regalarme tu tiempo.

PRÓLOGO

Adoro mi vida. Sé que suena a algo sacado de una taza o de la portada de una agenda, pero para mí, es una verdad como un castillo de grande. No es que sea perfecta, claro, no obstante, las decisiones que tomo —aunque a veces me equivoque— son las que me han hecho ser quien soy y puedo deciros que no cambiaría ni una de mis elecciones.

Una de las cosas que decidí hace muchos años, fue evitar las relaciones estables. No porque haya tenido alguna experiencia negativa en el pasado, sino porque no quiero conformarme con cualquiera y, hasta ahora, nadie me ha hecho cambiar de opinión.

Todo ocurrió cuando mi cuerpo cambió. Fui una niña bastante precoz por lo que me desarrollé antes que mis compañeras de colegio y comencé a llamar la atención de los chicos. Al principio no me di cuenta de cómo me miraban, pero en cuanto cumplí los quince años fui consciente del interés que tenían en mí. Fue entonces cuando, después de un incidente muy doloroso, probé las mieles del coqueteo y decidí no conformarme con uno.

Mi familia nunca me cortó las alas y eso me ayudó a dejarme llevar y hacer lo que yo quería. Poco a poco fui explorando ese nuevo mundo y descubrí lo mucho que me gustaba el arte de la seducción. Me fascina escoger mi próxima víctima, sentir ese cosquilleo que atraviesa el estómago al conquistar o ser conquistada, y eso solo ocurre al principio. Lamento ser yo la que os diga que, con el paso del tiempo, las relaciones se vuelven monótonas, aburridas, y esa chispa que al principio nos hace vibrar, se va apagando hasta que ya no queda nada.

Sé que muchos pensarán que soy una fresca, una buscona o promiscua, pero, en realidad, soy una mujer que disfruta de su cuerpo como le da la gana, sin importarle los estereotipos sociales ni lo que es correcto o no. Por desgracia, desde muy pequeña aprendí que la vida es demasiado corta y que hay que vivirla tal y como te dicte tu corazón.

Aunque no creáis que lo único que me hace feliz es mi libertad. Lo que más valoro en la vida es a mi familia. Mi padre, Francisco, y mi abuela, Rosario, son mi mayor tesoro, y no dudaría en dejarlo todo si alguna vez me necesitaran. Les debo lo que soy y son las únicas personas en quienes confiaría mi vida y por los que daría la mía. En este círculo tan exclusivo también está incluida mi mejor amiga Valeria, la cual consiguió ganarse mi confianza hace años y ahora la considero parte de mi núcleo familiar.

Con todo esto que os he contado no quiero que penséis que no creo en el amor. He sido testigo de la preciosa historia de mis padres, pero no puedo evitar disfrutar besando sapos. Y, en el hipotético caso de que existiera un príncipe azul para mí —lo cual dudo—, me aseguraré de que no destiña antes de considerar quedarme con él.

Todo este discursito que os acabo de soltar es simplemente para que entendáis que, aunque de niña me tocó enfrentar un trago muy amargo, hoy soy feliz. No espero que el amor llame a mi puerta, y no, no le tengo alergia al compromiso, pero tampoco estoy dispuesta a atarme a nadie de por vida.

Me encanta ver la felicidad en los ojos de mi mejor amiga cuando está cerca de Gael, pero eso no significa que sea para mí. Reconozco que, en ocasiones, al ser testigo de su felicidad, siento una ligera envidia, pero al final se me pasa y escojo divertirme y no dar explicaciones a nadie.

—«Ay, cuánto me voy a reír contigo».

—Un momento, ¿tú quién eres?

—«Tu conciencia y estoy deseando ver cómo te tragas tus palabras, bonita».

—¡Calla, maldita! ¡Yo nunca voy a caer! ¿Me oyes?

—«Claro que sí, guapi, y lo harás antes de lo que esperas».

CAPÍTULO 1

Mel

Una luz molesta impacta contra mi cara y, aunque tengo los ojos cerrados, manda mi sueño reparador a tomar por culo. Muevo la cabeza hacia un lado tratando de esquivar ese jodido rayo fulminador, pero en lugar de sentir alivio, un pinchazo atraviesa mi cabeza haciendo que gima de dolor. ¡Mierda! Tengo que dejar el alcohol.

Abro ligeramente los párpados para evitar que la claridad de la mañana derrita mis retinas y estiro el brazo buscando a tientas mi móvil. Mi vista todavía está algo borrosa, por lo que muevo mi mano sobre la mesita de noche palpando la superficie y, al no encontrarlo, abro mis ojos exponiéndolos a un fuego abrasador.

—¡Joder! —me quejo llevando mis manos a la cara para protegerme del astro rey.

Cuando creo que mi visión se ha acostumbrado a la claridad, aparto la mano y pruebo a buscarlo haciendo un barrido general. ¿Dónde coño estoy? Aturdida, me incorporo y observo mi alrededor con atención.

No sé qué demonios hice ayer, pero he despertado en una cama que no es la mía. No es que eso sea una novedad, aunque suelo acordarme de cómo he llegado hasta allí. Parece sacada de un catálogo de lujo, con sábanas que lo más seguro cuesten más que un alquiler en Madrid y que deben de ser de algodón egipcio o alguna otra pijada por el estilo. Pero si la cama me parece excesiva, la habitación no se queda atrás: todo está tan perfecto y combinado que estoy segura de que ha sido diseñada por algún decorador con nombre pretencioso y fama internacional. Lo único que desentona con la impoluta estancia, es mi vestido hecho un guiñapo tirado de cualquier manera en el suelo.

Un ligero carraspeo hace que vuelva a la realidad y que preste atención al bulto que hay al otro lado de la cama. Está claro que el

alcohol de ayer sigue estando en mi organismo porque hasta ahora no me había dado cuenta de su presencia.

Sonrío de medio lado al examinar el pedazo de espécimen que descansa plácidamente junto a mí y de repente me entran unas terribles ganas de repetir lo que se supone que hicimos ayer. El adonis, que tiene la cabeza y parte de su cuerpo cubierto con una sábana, me muestra su ancha espalda, la cual, por un momento, me planteo acariciar con la yema de mis dedos. «Menos mal que, hasta borracha, sabes escoger a tus conquistas», me regaña la doña perfecta de mi conciencia. Aunque trato de hacerme la ofendida, no puedo evitar soltar una risita por su ingenioso comentario porque la muy condenada tiene razón. Mi abuela dice que nací con una flor en el culo y que, por mucho que la cague, al final todo termina saliéndome bien. Supongo que tiene razón.

En el instante en el que el tío bueno se da la vuelta, esa suerte que pensaba que tenía, me golpea en toda la cara. Al ver quién es mi acompañante, me quedo inmóvil como si al hacerlo me volviera invisible.

—Mierda, no recuerdo haber bebido tanto —suelta con voz pastosa.

Ya somos dos, campeón, pienso al sentirme tan confundida como él. «¡¿Cómo es posible que hayas vuelto a acostarte con este adonis y no te acuerdes de nada?!», grita mi conciencia fuera de sí. En otro momento la hubiera mandado a la mierda, pero esta vez estamos de acuerdo en algo. No me puedo creer que haya roto mi norma de no repetir con el mismo hombre y, para colmo, cuando decido hacerlo, no me acuerdo de nada. Llevo meses esquivando sus insinuaciones y, aunque reconozco que no ha sido nada fácil porque el tío está para comérselo, había conseguido controlar mis impulsos. Hasta ahora.

Teodoro Hidalgo es una jodida tentación y, después de la noche que pasamos juntos hace meses, puedo asegurar que el chico sabe lo que se hace, ya me entiendes. Es un conquistador nato y solo necesita dedicarte una de sus sonrisas canallas para que caigas en sus redes. Tiene ese aire de niño rico con ganas de romper las reglas: barba de tres días que le da un punto rebelde, el pelo algo

más largo de lo que su estatus aprobaría y los ojos más verdes y profundos que he visto jamás. Es un mujeriego en toda regla y está acostumbrado a conseguir lo que quiere sin esforzarse. Supongo que ese ha sido el motivo de su insistencia, mi negativa me ha convertido en un reto para él.

En resumen: el tío está buenísimo. Lo que ocurre es que, para cumplir mi estúpida regla, he tenido que reprimir mis instintos más primarios cada vez que hemos coincidido y fingir que no se me carbonizaban las bragas cuando lo tenía delante.

Teo entrecierra los ojos y por su gesto de dolor, imagino que miles de agujas le atraviesan el cráneo. Cuando se da cuenta de mi presencia, me mira confundido y no sé si es porque no esperaba encontrarme todavía en su cama o porque no se acuerda de nada, igual que yo.

—Esto… Yo me marcho ya —indico bajándome de la cama mientras recojo mis cosas.

Me coloco el vestido arrugado a toda prisa y, a pesar de encontrar solo uno de mis zapatos, salgo de la habitación como si estuviera huyendo del mismísimo demonio.

—¡Espera! Te llevo a casa —murmura poniéndose en pie.

¡Joder! Observo con descaro cada músculo, deseando que lo único que le cubre el cuerpo —la maldita sábana de algodón egipcio— desaparezca por arte de magia.

—No, tranquilo. Pillaré un taxi.

Sin poder evitarlo, le echo un último vistazo y, antes de que insista, salgo de su habitación. Cierro la puerta de su lujoso apartamento maldiciendo mi suerte y me marcho corriendo como si acabara de cometer un robo. Entro en el ascensor y cuando veo mi reflejo, suelto un grito. Mi pelo moreno que suele estar sedoso y brillante ahora está enmarañado y parece un nido de pájaros.

—¿Qué hicimos ayer? —me pregunto pensando en si nos acostamos o nos subimos a un ring.

Desorientada, salgo a la calle llevando el único zapato que he encontrado, y llamo a un taxi. Sé que, con estas pintas, habría sido mejor esperarlo en el interior del edificio, pero no quería arriesgarme a volver a encontrármelo.

—¡Me cago en la puta! —grito como una camionera en el instante en el que piso algo blandito—. ¿Por qué todo me tiene que pasar a mí?

Levanto el pie haciendo malabares en medio de la calle mientras rezo para que no sea lo que estoy imaginando.

—¡Mierda! —maldigo.

—Nunca mejor dicho —suelta un transeúnte gracioso con ganas de tocarme los ovarios.

¿Qué probabilidad existe de que pise una mierda del tamaño de un San Bernardo con el único pie que no llevo zapato? Al parecer hay muchas posibilidades, al menos para mí. «Siempre puedes comprar un billete de lotería. Dicen que da buena suerte pisarlas», apunta la graciosa de mi conciencia.

Meto la mano en mi diminuto bolso buscando algo para limpiarme y, cuando encuentro un paquete de toallitas desmaquillantes, doy gracias al cielo por haber sido una chica precavida. Después de limpiar el estropicio con más de una arcada, un taxista se apiada de mí y detiene el vehículo mirándome con lástima al ver el estado en el que me encuentro.

Tratando de olvidarme de la cabrona de mi conciencia y del adonis que acabo de dejar desnudo en su cama del olimpo, me centro en el paisaje de la ciudad. Pero, aunque pongo todo mi empeño, no puedo evitar seguir dándole vueltas a lo mismo.

—¿Qué coño has hecho, Mel? —murmuro bajito.

Cuando el vehículo se detiene, pago al taxista y entro a mi portal a la pata coja. Ya he aprendido la lección, por lo que no pienso arriesgarme a volver a pisar algo asqueroso. Sé que parezco tonta dando saltitos, pero estoy segura de que, si me descalzo, pisaré un charco de pipí de perro o algo peor.

—Buenos días, niña —me saluda nuestra vecina más madrugadora justo en el momento en el que introduzco la llave en la cerradura.

—Buenos días, Piedad. ¿Cómo tienes la rodilla hoy? —pregunto sabiendo lo mal que lo pasa con su artrosis.

—Un poco mejor, la verdad.

—Me alegro. Si necesitas que vuelva a darte un masaje me lo dices, que a mí no me cuesta nada.

—Gracias, cielo. No sé lo que haría sin ti —indica agarrándome de las manos transmitiéndome su cariño—. Ahora ve a darte una ducha, que lo necesitas.

—¿Tan mal estoy? —pregunto haciéndome la ofendida.

—Cariño, a tu edad es imposible estar mal. Pero tienes cara de haber pasado una noche movidita —dice la muy descarada guiñándome un ojo.

La sonrisa pícara de mi vecina de casi noventa años me arranca una carcajada y hace que mi humor mejore.

Siguiendo su consejo, entro en mi habitación y dejo que el chorro de agua borre el rastro de cualquier preocupación mientras mi cerebro lucha por unir las piezas de este rompecabezas. Después de exprimir mi cerebro al máximo, termino rindiéndome. Por más que me esfuerzo, mi mente sigue en blanco.

Me envuelvo una toalla al salir de la ducha y un silencio sepulcral me recibe. Durante la semana a estas horas ya suele haber movimiento en mi casa, pero los sábados solemos despertarnos más tarde. Sabiendo que me quedan unos minutos de soledad antes de que mi abuela irrumpa en mi habitación, me visto con ropa cómoda y me tumbo en la cama con el móvil en la mano.

Desbloqueo la pantalla con mi huella dactilar y descubro que tengo varios mensajes. El primero que leo es el de mi mejor amiga Valeria, el cual consigue arrancarme una sonrisa.

***Val**:*
¡Buenos días, chiqui!
¿En qué cama has amanecido hoy?
¿En la de un piloto buenorro con miedo
al compromiso o en la de un modelo italiano
que está de paso por la ciudad?

Mi amiga sabe que, cuando salgo de caza, siempre consigo una presa: da igual su nacionalidad o profesión. Solo busco hombres dispuestos a pasarlo bien sin tener que darles explicaciones o mi número de teléfono.

***Mel**:*
Buenos días, chocho.
Ni lo uno ni lo otro.

***Val**:*
A ver, cuéntame.

***Mel**:*
Poco te puedo contar.
No recuerdo nada
de lo que ocurrió anoche.

***Val**:*
¡Melanie Segura!
¡Empieza a controlarte con
el alcohol o hablaré con tu
abuela!

***Mel**:*
Que tengas suerte, mi abu Rosario
es más liberal que yo.

***Val**:*
Dudo mucho que apruebe que
su nieta se emborrache hasta el
punto de perder la memoria.

¡Mierda! Tiene razón. Si mi abuela se entera, me lanzará una colleja ninja con efecto de larga duración. Ella aprueba que haga con mi cuerpo lo que yo quiera, siempre y cuando esté en plenas facultades para tomar esa decisión.

***Mel**:*
Tienes razón.
Pero en mi defensa diré que
no bebí tanto como para no
recordar lo que ocurrió.

***Val**:*
¡¿Te drogaron?!

Durante un instante considero esa posibilidad, no obstante, al pensar en mi acompañante, la descarto de inmediato. Teo no necesita drogar a las mujeres para llevárselas a la cama. Con su labia y su sonrisa ya las tiene a todas quitándose la ropa interior a tirones.

***Mel**:*
Eso es imposible.

***Val**:*
¿Cómo estás tan segura?

***Mel**:*
Ya te lo contaré cuando nos veamos.

***Val**:*
¡Joder! Siempre haces lo mismo.
Me pones la miel en los labios y
luego me dejas con las ganas.

Es cierto, me encanta hacerla rabiar. Después de que mi amiga consiga hacerme olvidar por un momento de mis problemas, me despido de ella y abro el siguiente mensaje. Pero, a diferencia del anterior, este me provoca un escalofrío en el cuerpo al leerlo.

Número desconocido:
Te estamos vigilando.
Mantente alejada y no te sucederá nada.

¿Quién coño me envía esto? Bloqueo el teléfono con una sensación extraña y, después de meditarlo unos minutos, llego a la conclusión de que seguro que se han equivocado de número.

—¡Buenos días, mi niña! —me saluda mi abuela abriendo la puerta de golpe, como de costumbre.

—Buenos días, *abu*.

—Tienes mala cara —dice acercándose a mí—. ¿Has tenido una noche sudorosa?

Su guiño exagerado y la picardía de su rostro me arrancan una carcajada de las buenas y mandan a tomar por culo la preocupación que tenía hace unos segundos.

—Venga, mi amor. Vamos a desayunar y me cuentas —indica mientras entrelaza nuestros brazos—. Tu padre está haciendo el café.

Cuando llegamos a la cocina, nos lo encontramos moviendo las caderas al ritmo de la música que sale de su vieja radio, mientras manipula la cafetera. Sonrío al ver cómo se mueve con su canción favorita: *Un verano en Nueva York* del grupo El gran Combo. Una vez le puse la versión moderna que Bad Bunny hizo de este tema, pero me dijo que a él le gusta más la de toda la vida porque le recuerda a su juventud.

—Buenos días, papichulo salsero.

—Buenos días, morenita —me saluda con una deslumbrante sonrisa.

Con cara traviesa se acerca a nosotras y, tomándonos a cada una de la mano, empieza a darnos vueltas al ritmo de la música, arrancándonos carcajadas.

—¡Basta! Que esta anciana ya no tiene fuerzas para tantas piruetas.

—No seas mentirosa, mamá. Tú tienes cuerda para rato —le dice mi padre guiñándome un ojo—. ¿Llegaste muy tarde ayer, cariño?

—Más bien muy temprano —suelta mi abuela. La conozco bien y sé que, aunque no se levante de la cama, tiene las antenas conectadas desde muy temprano y se entera de todo lo que sucede en la casa.

—¿Todo bien? —pregunta preocupado. Él se ha criado con una madre muy liberal, por lo que desde siempre aceptó que fuera un alma libre. Pero eso no quita que, como padre, se preocupe por mi seguridad.

—Todo bien, papichulo —miento.

¿Cómo decirle que tu mente está en blanco desde que entré en ese dichoso bar? Me jode no recordar nada, pero por más que lo intento, no consigo ninguna pista.

CAPÍTULO 2

Teo

El estruendo de la puerta al ser golpeada me hace hundir la cabeza bajo la almohada, buscando desesperadamente algo de silencio. ¿Tanto bebí? Suelo tener un buen control del alcohol y me extraña haber bebido hasta el punto de no recordar casi nada. A veces me vienen algunos *flashbacks*, pero cuando trato de ahondar más en ellos, la mente se pone en blanco.

Lo último que me viene a la cabeza es entrar en el *Lounge* y ver a Melanie en la barra, removiendo su copa distraída. Recuerdo haberme quedado sin aliento al fijarme en su vestido sugerente, y cómo mi cerebro dejó de pensar desde ese momento. Vamos, lo que me pasa siempre que me la cruzo. Por más que intento disimular, no puedo evitar el influjo que tiene en mí.

Admito que lo que me impactó de ella la primera vez que la vi fue su cuerpo curvilíneo, ese que, cada vez que lo tengo delante, despierta en mí unas ganas irrefrenables de recorrerlo con las manos o con lo que se tercie. Su pelo oscuro tiene un aire salvaje que parece imposible de domar, en cambio, al tacto es suave y sedoso. Toda ella es una tentación, pero lo que en realidad hizo que perdiera la cabeza y que aceptara el desafío sin medir las consecuencias, fue esa peca provocadora que tiene sobre el labio. Aunque desde el principio supe que no sería nada fácil, la atracción que siento por ella es más grande que mi sentido común.

Y así, una vez más, su magnetismo irresistible me envolvió y me empujó a sentarme a su lado, a pesar de que su mirada fulminante no fue nada amistosa. La conversación que tuvimos es lo único que recuerdo de esa noche, lo demás está en blanco.

—¿Qué haces aquí, Teodoro? ¿Me estás siguiendo?

—Más quisieras, preciosa. He venido por lo mismo que tú —mentí *—, a cazar una nueva presa.*

Es cierto que el *Lounge* suele ser uno de los lugares a los que acudo para encontrar compañía femenina, pero no era uno de esos días. No estoy pasando por mi mejor momento y hace semanas que mi humor no es el de siempre. Así que hoy lo único que necesitaba era tomar una copa y estar a solas. Hasta que la vi a ella.

—Pues aprovecha, tienes donde elegir —dijo la muy arpía señalando a las mujeres del lugar.

—¿Me estás echando? —pregunté divertido*.*

—Por supuesto, nene. Tu presencia ahuyenta a mis posibles objetivos —expuso, sin rodeos*.*

—¿Y si me ofrezco a ser tu próxima víctima?

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí y, como imaginaba, la mirada de Mel me advirtió dejándome claro que había cometido una estupidez.

La noche que compartimos fue perfecta, al menos para mí y, a pesar de que me dejó claro que no volvería a suceder, pensé que conmigo haría una excepción. Traté de hacerla cambiar de opinión aferrándome a la conexión que creí que ambos habíamos experimentado, aunque al final entendí que no tenía sentido insistir. El mundo está lleno de mujeres preciosas y no pienso suplicar a una que no quiere saber nada de ti.

Esa es la teoría, pero en la práctica, cada vez que la tengo delante, mi deseo crece a grandes escalas y tengo que contenerme para no ponerme de rodillas delante de esta diosa y venerarla. Anoche, ese autocontrol que suelo tener, se fue a freír espárragos y soy tan idiota que he vuelto a caer en sus redes. ¡Maldita mujer!

—Ya sabes que nunca repito —me recordó, como si no lo tuviera grabado a fuego.

—¿Nunca? —preguntó mi lado masoquista*.*

—Es lo que he dicho —contestó levantando la cara, orgullosa*.*

—¿Estás diciendo que no conseguiré volver a llevarte a la cama? —«¡Por favor, que alguien me pare!».

—Exacto. Tus artimañas ya no tienen ningún efecto en mí, señor Hidalgo.

Tras aquella conversación tan lamentable y vergonzosa, en la que mi ego se vio hundido por esa diabólica mujer, recuerdo haber

pedido una copa y sacado el tema de nuestros amigos. Quería aliviar la tensión, y sabía que hablar de su mejor amiga le cambiaría el humor. Media hora después de llegar, no recuerdo nada. Bueno, para ser sinceros, tengo algunos *flashes* de los besos de Mel, pero el resto está completamente en blanco. ¡Joder! ¡Odio esta sensación!

El sonido estridente de mi teléfono me saca de mis pensamientos y hace que suelte una maldición al sentir los estragos del alcohol en mi cabeza. Alargo el brazo para terminar con esta tortura y, al moverme, una punzada en el cuello me hace gemir de dolor.

—¿Diga? —murmuro con voz ronca frotándome la zona dolorida.

—¿Tan mal fue con tu ligue ayer?

—Ni me lo recuerdes —me quejo.

—Tienes que empezar a sentar la cabeza, hermano.

—Lo dice el tío que, hasta que conoció a Valeria, se tiraba a todo lo que tenía tetas.

—Por eso te lo digo. He probado ambas cosas y puedo decirte lo maravilloso que es estar en pareja.

—Das asco, Gael. Te has vuelto de un empalagoso insoportable.

—Lo que tú digas, capullo. No te he llamado para convencerte de nada, sino porque mi chica se ha empeñado en invitarte a comer mañana. ¿Te apuntas?

—¿A comer gratis mientras admiro la belleza de tu mujer? —bromeo para sacarlo de sus casillas.

—No te pases ni un pelo, idiota —me amenaza—. Entonces, ¿le digo que sí?

—¡Pues claro! Mañana nos vemos. Dile a tu futura mujer que llevaré el postre.

Una vez que me despido de él, me doy cuenta de que mi humor ha cambiado. No sé si eso me convierte en un mal amigo, pero tengo que admitir que disfruto haciéndolo rabiar.

Adormilado, alzo el brazo para ver la hora en mi reloj de pulsera y me extraño al no encontrarlo en la muñeca. ¡Qué raro! Fue un regalo de graduación de mi padre y nunca me lo quito, ni siquiera para ducharme.

Quizás se me cayó anoche, en medio del arrebato de pasión. Dejo a un lado ese pensamiento tratando de no darle demasiada

importancia y decido ducharme.

—Venga, tío, ¡arriba! —me animo.

En cuanto mis pies tocan el suelo, un mareo me desestabiliza y vuelvo a preguntarme cuánto bebí anoche. El intenso dolor de cabeza me indica que fue demasiado, pero algo dentro de mí, una sensación extraña, insiste en que hay algo más, algo importante que se me está escapando entre los dedos.

Una vez que consigo controlar los vértigos, voy directo al baño. Me detengo frente al espejo un poco aturdido y entonces veo una especie de señal que me indica que algo no va bien: un hematoma en el cuello. De pronto, el dolor punzante que he sentido al moverme cobra sentido.

—¿Cómo coño me hice esto? —murmuro, pasando los dedos con cuidado por la zona, buscando con el simple acto alguna pista escondida.

Inclino la cabeza y veo unas manchas oscuras y alargadas, algo difuminadas al ser recientes. Los laterales de mi cuello están marcados... y mi memoria, sigue en blanco.

—¿Qué mierda hiciste ayer, Teo?

Suspiro con agobio, esperando que el cuello de la camisa sea lo bastante alto para cubrir esas marcas. No me apetece dar explicaciones y menos cuando ni yo mismo sé lo que ha ocurrido.

Derrotado, me meto en la ducha y dejo que el chorro de agua borre por un momento todas las incógnitas. «No te fustigues, mañana será otro día», concede mi conciencia y, por una vez, decido hacerle caso.

★☆★

Al día siguiente, y después de pasarme por una de las mejores pastelerías de Madrid, aparco delante de la casa de Gael y Valeria. Toco el timbre anunciando mi llegada y escucho los ladridos de Homer, dándome la bienvenida.

—¡Ey, campeón! —lo saludo, metiendo la mano entre los barrotes para acariciarlo.

Después de que me chupetee el brazo y de que me haga su baile de la felicidad, su dueño aparece en el patio con sus típicos andares

de chulo.

—¿Se te ha estropeado el portero automático? —indago sorprendido al ver que ha salido a abrirme la puerta.

—No, pero necesitaba que me diera el aire —confiesa poniendo los ojos en blanco.

Me desconcierta verlo así, tan agobiado. Es como si, por un momento, quisiera estar en cualquier parte menos aquí y eso me preocupa. Hasta donde yo sé, todo le va bien. Está a punto de casarse y se le ve feliz. Entonces, ¿por qué parece querer huir?

—¿Qué tal, tío? —pregunto después de saludarlo con unos golpecitos en la espalda.

—Mejor que bien —admite con una sonrisilla de suficiencia que me tranquiliza—. Venga, vamos dentro.

Lo sigo por el camino que lleva a la casa, mientras acaricio y juego con Homer, que no deja de exigirme atenciones. Al entrar, me llama la atención escuchar a dos personas hablando. Miro a mi amigo con desconfianza y, el muy capullo, me sonríe de medio lado, dándome a entender que sabe algo que yo no sé. Pero cuando los engranajes de mi cabeza comienzan a girar buscando la respuesta, el misterio se resuelve en cuanto veo a una morena curvilínea en el comedor. Ahora entiendo por qué Gael tenía esa necesidad de escapar.

—Traidor —mascullo a mi amigo que me responde con una risita.

—Vamos, no me jodas —murmura Melanie al darse cuenta de mi presencia—. Hola, Teodoro. Qué sorpresa. ¿Cómo estás?

Sé perfectamente que su pregunta es un teatro y que, en realidad, le disgusta mi presencia, así que, solo por el simple placer de verla perder los nervios, le guiño un ojo y le dedico una gran sonrisa. No puedo evitarlo, me encanta jugar con ella.

—No tan bien como tú, preciosa. Veo que el fin de semana te ha sentado de maravilla —bromeo.

Mel, en lugar de reírse con mi comentario, frunce el ceño y me mira enfadada, como si la hubiera ofendido.

—Hola, Teo —me saluda Val dándome un abrazo.

—Eh, que corra el aire —se queja mi mejor amigo.

—Sí, ten cuidado, Gael. Que a tu amiguito le gustan tanto las mujeres que no le importa a quién mete en su cama.

—Lo dices como si tú no hubieras pasado por ella —le contesto mordaz.

—No le hagas caso —protesta Val regañando a su amiga con la mirada—. Por lo visto se le torció un poco el fin de semana y está de un humor de perros.

No entiendo su actitud. Sé que hace un tiempo que no soy su persona favorita en el mundo, pero no entiendo por qué está tan enfadada conmigo. ¿Es posible que ella recuerde lo que ocurrió el viernes y esté cabreada porque hice algo que no le gustó? Pero ¿qué coño pude haber hecho para que se comporte así? Me esfuerzo en buscar una respuesta, aunque por más que lo intento, no lo consigo.

Le entrego a la anfitriona la deliciosa tarta de queso que he traído y, con paciencia, espero el momento oportuno para acercarme a la causante de mi desvelo y salir de dudas. Por suerte, no tengo que esperar demasiado, ya que, unos minutos después, Valeria y Gael entran en la cocina y nos dejan a solas.

—¿He hecho algo malo? —pregunto cuando los veo desaparecer por la puerta.

—Tú sabrás… —contesta haciéndose la misteriosa.

—Lo digo porque, si las miradas mataran, yo ya habría caído fulminado en el suelo hace un rato.

—Te crees muy especial, ¿eh, señor Hidalgo? —suelta con sarcasmo.

—No, solo creo que deberíamos comportarnos como los adultos que somos y tratarnos con formalidad.

—¿En serio? ¿Precisamente tú me hablas de actuar con madurez? —indica cruzándose de brazos.

—Lo que ocurrió la otra noche …

—No va a volver a suceder. Otra vez —aclara al darse cuenta de su error—. El único motivo por el cual conseguiste que rompiera mi norma fue porque estaba muy borracha. Por lo que tendré que evitar el alcohol estando cerca de ti.

¡Mierda! ¿Está insinuando lo que yo creo? ¿Tan mal me porté con ella? No, no es posible. Espero que, aunque parezca detestarme, no se le pase por la cabeza que hice algo así. No soy de los que se aprovecha de una mujer y menos cuando está vulnerable. Por eso,

pensar en la idea de que tal vez no actué como debía, me está atormentando. ¿Estaba tan borracho que no pensé con la cabeza adecuada? Parece que no solo ella iba perjudicada por el alcohol, porque no recuerdo casi nada de esa noche.

Al ver que hoy no voy a ser capaz de arreglar las cosas con Mel, me limito a comer y a comportarme con normalidad, fingiendo que no ha ocurrido nada entre nosotros. Pero por más que lo intento, las miradas inquisitivas de nuestros amigos dejan claro que sospechan que algo ha pasado y eso significa que no se detendrán hasta encontrar la respuesta. Jodidamente genial.

CAPÍTULO 3

Mel

La alarma de mi teléfono móvil suena sin cesar. Cuando ese horrible sonido consigue meterse en mi cerebro, estiro el brazo y la apago.

—¡Mi niña, el desayuno ya está listo! —Escucho el grito de mi abuela.

—Ya voy, *abu* —contesto con la voz amortiguada por la almohada. No sé si me ha escuchado, pero ahora mismo no tengo fuerzas para gritar.

Salgo de la cama y entro en el lavabo arrastrando los pies, como si fuera uno de esos zombis de las películas. Mientras me ducho, pienso en lo desastroso que ha sido este fin de semana y rezo para que la semana vaya mejor. Quizá estoy siendo un poco exagerada, pero os prometo que, tener lagunas en tu cabeza, es algo muy preocupante.

Y, para poner el broche de oro a estos días de mierda, el domingo fui a comer a casa de mi amiga y, la muy traidora, me hizo una encerrona invitando a Teo. No sé por qué se empeña en juntarnos si sabe que yo no quiero tener una relación y menos con él. Creo que, desde que está enamorada, ve corazones por todas partes y se empeña en hacer de Cupido. Cuando lo vi aparecer en el comedor, con su traje recién planchado y esa cara de niño bueno, quise darle una patada en las pelotas. No obstante, me contuve. No es que lo odie, no es eso, pero mi estado de ánimo pasa de querer desnudarlo, a querer matarlo por ser tan irresistible.

No estaba segura de si él recordaba algo, aunque al ver su sonrisa de suficiencia y ese estúpido comentario sobre el fin de semana, me dio a entender que, a diferencia de mí, se acordaba de todo. ¡Será capullo!

Salgo de la ducha y, después de vestirme, voy a la cocina. Mi familia ya está en la mesa desayunando y comentando las noticias

del día. Los saludo con la cabeza y, sin sentarme, le doy dos tragos al café y me meto un bollo en la boca.

—Te podrías sentar, hija. Un día de estos te vas a atragantar —me regaña mi padre.

—No tengo tiempo —mascullo soltando migas por todos lados.

—¡Melanie Segura! ¡Siéntate ahora mismo! Habrase visto, resulta que hemos criado a una salvaje —se queja mi abuela.

Tengo prisa, pero como no me apetece enfrentarme a la ira de mi *abu* de buena mañana, me siento comportándome igual que una niña de cuatro años y mastico el bollo con la boca cerrada.

Termino de comer en un tiempo récord y me despido de mi familia dándoles un beso en la cabeza a cada uno. Salgo a la calle corriendo y resoplo aliviada, al darme cuenta de que he llegado a la estación por los pelos.

Trabajo en *Velox Luxe Motors*, una empresa de importación de coches de lujo propiedad de Gael, el amorcito de mi mejor amiga. Cuando ellos empezaron a salir, Valeria no sabía que él era el jefazo culo fino, y al enterarse, se lio una muy gorda. Pero esa es otra historia.

Antes de entrar en el edificio, hago mi rutina mañanera y paso por la cafetería de Almu a por la droga de mi mejor amiga.

—¿Lo de siempre, preciosa? —me pregunta al verme entrar.

—Sí, bombón. Si no le llevo su dosis de cafeína a mi *Gremlin*, estoy muerta.

—Te matará si se entera de que la llamas así —suelta partiéndose de risa.

—¡Qué va! Ella ya sabe de su adicción, pero si no le llevo su dosis, terminará conmigo sin piedad —bromeo.

Una vez que me entrega los dos vasos para llevar, salgo de la cafetería ignorando los deliciosos dulces que me hacen ojitos desde el escaparate.

Cruzo la puerta de *Velox* saludando a todos los que me cruzo y entro en el despacho de mi mejor amiga sin tocar a la puerta, como es costumbre.

—¡¿Dónde está mi yonqui?! —vocifero para sorprenderla.

Aunque, después de la imagen que me encuentro, la que se lleva la sorpresa soy yo. Mi amiga está abierta de piernas encima del escritorio y nuestro jefe, que tiene los pantalones bajados por los tobillos, empuja con saña.

—¡Joder, Mel! —grita mi amiga tapándose las vergüenzas mientras su chico se sube los pantalones.

—Cari, vamos a tener que cambiarle el mote a tu churri porque, por lo que veo, eso de jefe culo fino, no le pega —bromeo haciendo referencia a su musculado y redondeado culo.

—¡Largo! —grita furiosa.

—Madre mía, Gael. Termina la faena o estará todo el día de mal humor —suelto justo antes de cerrar la puerta y escuchar que un objeto volador no identificado impacta contra la madera.

¡Qué gusto! Conseguir poner de los nervios a mi mejor amiga a primerísima hora, es toda una satisfacción. Empiezo a caminar, pero de repente caigo en la cuenta de que me he olvidado de algo. Vuelvo a abrir la puerta sin llamar y dejo el café de mi insatisfecha amiga encima de la estantería que tiene en la entrada.

—Aquí tienes, pervertida. A ver si el café alegra un poco tu mal humor.

—¡Yo la mato! —Escucho que dice Valeria, fuera de sí.

—Uf, qué gustazo —murmuro sintiendo un escalofrío de placer al cerrar la puerta.

Complacida, me dirijo a mi puesto de trabajo, que por si no lo he mencionado antes, es el de comercial. Mi tarea es la de asegurarme de que nuestros clientes estén satisfechos, y no, no de la manera que estáis pensando, mentes sucias, aunque tengo que admitir que a alguno sí me hubiera gustado *satisfacer* de otra forma.

En fin, como iba diciendo, mi trabajo consiste en hablar con los clientes y averiguar qué coche quieren comprar. Una vez que sé el modelo y sus características, me pongo en contacto con el departamento de importación y logística para que ellos se encarguen de traer el vehículo. Pero mi faena no termina hasta que no compruebo que el pedido del cliente cumple con lo acordado y el coche es entregado. Parece algo fácil, si no fuera porque en nuestra empresa tenemos una estricta política de puntualidad: si alguno de

los pedidos no llega dentro del plazo indicado en el contrato, tendríamos que hacer frente a una multa.

Justo en el instante en el que enciendo el ordenador, mi móvil empieza a sonar, sacándome de mis pensamientos.

—¿Diga? —contesto extrañada, al leer en la pantalla número oculto.

—Buenos días, ¿la señorita Melanie Segura? —pregunta una voz varonil.

—Depende de quien la busque —contesto guasona.

—Soy el comandante Sánchez.

—¡¿Comandante?! —grito, haciendo que uno de mis compañeros me mire sorprendido por mis voces—. ¿Qué ha pasado?

—No se asuste, señorita Segura. Necesitamos que venga lo antes posible a comisaría para hacer unas declaraciones.

—¿Yo? ¡Si no he hecho nada! —exclamo asustada por su insinuación.

—Ya le he dicho que no se preocupe. Me encantaría decirle algo más, pero es un tema delicado y no podemos tratarlo por teléfono. Tome nota de la dirección, por favor.

—Sí, claro —digo sujetando un bolígrafo con manos temblorosas.

—Es un tema urgente, por lo que tendría que venir esta mañana.

—Claro, ahora hablo con mi jefe. Imagino que no habrá ningún problema.

Una vez que me repongo de la conversación más surrealista de mi vida, me dirijo al despacho de Gael y, después de tocar la puerta —sí, esta vez no me quiero arriesgar a pillarlos en pleno acto—, entro muerta de los nervios.

—Gael, necesito ausentarme del trabajo —le explico alterada.

—¿Ocurre algo? —pregunta poniéndose en pie al ver mi estado.

—Sí. No. No lo sé —admito hecha un lío.

—Siéntate y explícamelo —me pide.

Con voz temblorosa le cuento que he recibido la llamada de un tal comandante Sánchez, el cual me ha pedido que vaya a su comisaría a declarar, pero que todavía no sé el motivo.

—¿Has dicho Sánchez?

—Sí, ¿por qué? ¿Lo conoces? —me intereso.

—Es el que llevó el caso de las carreras clandestinas —me explica.

—¿El poli *buenorro*? —se me escapa.

—No te preocupes por nada, ¿vale? —dice advirtiéndome con la mirada e ignorando mi comentario—. Hablaré con él. Ve a comisaría y si crees que necesitas un abogado, me llamas. ¿De acuerdo?

—Gracias, Gael —respondo más tranquila.

Aunque disfrute mortificándolo, es un tío genial. Es un jefe justo y una muy buena persona. Pero, por si me quedaba alguna duda, acaba de demostrarme que no estoy sola y que puedo confiar en él.

Después de agarrar mi bolso, salgo a la calle y llamo a un taxi. Necesito averiguar de una vez qué es lo que está ocurriendo y, si voy en transporte público, tardaré mil años en llegar a mi destino. Cuando el coche se detiene delante de la comisaría, me pongo a temblar como una hoja y tengo que hacer un gran esfuerzo para no desplomarme al bajarme. «Tranquila, chiqui. Todo saldrá bien», me anima mi conciencia que, en esta ocasión, parece estar de mi lado.

Una vez en el interior, me acerco a la recepción y pregunto por el comandante Sánchez. La mujer que me atiende descuelga el teléfono, marca una extensión y después de hablar con su interlocutor, me señala los sillones de la entrada para que lo espere allí.

Estoy tan nerviosa que, en lugar de sentarme, camino dando vueltas, bajo la atenta mirada de la oficial de la recepción. De repente, un pedazo de maromo tipo *Action Man*, se acerca a mí a cámara lenta, haciendo que mi ropa interior se desintegre al instante.

¡Jo-der! ¡No me extraña que Gael sintiera celos de este pedazo de monumento!

—¿Señorita Segura? —pregunta el adonis.

—¿Eh? —balbuceo sin saber qué decir.

«¡No me lo puedo creer! Apunta este momento en tu agenda como el día en el que un tío bueno te deja sin palabras», se burla mi conciencia. Ya decía yo que estaba muy tranquilita.

—Sí, sí. Soy yo —respondo al reaccionar al fin.

—Acompáñeme, por favor.

El comandante cañón se da media vuelta, mostrándome un culo espectacular y empieza a caminar, ignorándome. ¿Cómo es posible que Valeria no me haya presentado a este monumento? ¡Cuando la pille se va a enterar! Al darme cuenta de lo ridícula que estoy siendo al quedarme embobada admirando su trasero, vuelvo a la realidad y lo sigo para no perderlo de vista.

El *musculitos* se detiene delante de una puerta y me hace un gesto para que entre. En cuanto pongo un pie en el interior de su despacho, me quedo sin respiración al ver que no estamos solos.

—¡¿Y el guapito de cara qué hace aquí?! —exclamo confundida.

—Yo también me alegro de verte, preciosa —me saluda Teo, tirándome un beso.

—No has respondido a mi pregunta —le recuerdo.

—Lo mismo que tú, supongo —dice alzando los hombros en señal de estar tan confundido como yo.

—Por favor, siéntense —nos pide el comandante abriendo una carpeta.

—Les he llamado porque la noche del viernes una cámara situada cerca del *Lounge* captó unas imágenes bastante reveladoras —indica acercándonos unas fotografías.

En las imágenes aparece una pareja besándose e intercambiando caricias para, instantes después, perderse por un callejón poco iluminado. Al poco rato reaparecen corriendo de la mano, muy asustados.

—¡Coño! ¿Somos nosotros? —pregunto al prestar más atención a la pareja.

—Afirmativo. ¿Conocen a esta persona?

A continuación, nos acerca la foto de un hombre con aspecto peligroso. Tiene el pelo y los ojos oscuros, además de una gran cicatriz que le atraviesa la cara.

—No —contesto sin dejar de mirar la imagen, con la esperanza de que hacerlo me fuera a devolver la memoria.

—Yo tampoco —aporta Teo—. ¿Quién es?

—Es Leopoldo Mendoza y su cuerpo apareció sin vida minutos después de estas imágenes.

—¿Está insinuando que tenemos algo que ver con su muerte? —pregunta Teo en tono amenazante, poniéndose en pie.

—Yo no he dicho tal cosa, señor Hidalgo. Pero es posible que ustedes fueran las últimas personas que lo vieron con vida y necesitamos saber qué fue lo que ocurrió.

—Pues ya somos dos —murmuro.

—¿Disculpe? —inquiere el comandante.

—Que no recuerdo nada de lo que sucedió esa noche.

El *Action Man* me mira alucinado, con la boca y los ojos abiertos como platos. La escena es tan cómica que, si no fuera porque la situación no tiene ni pizca de gracia, su cara de pasmarote me haría reír a carcajadas. Está claro que no esperaba esta respuesta.

—¿Nada? ¿Y usted, señor Hidalgo? —lo interroga esperanzado al ver mi negativa.

—Lamento comunicarle que estoy en la misma situación que la señorita Segura —contesta Teo.

Ahora, la que boquea como un pez, soy yo. No sé por qué, pero ayer en casa de Valeria y Gael, tuve la impresión de que, a diferencia de mí, él sí lo recordaba todo.

—¡Mierda! —masculla el comandante perdiendo las formas—. Estamos muy jodidos.

—¿Cómo de jodidos? —se interesa Teo.

—Mi jefe quiere respuestas —se queja pasándose los dedos por el pelo—. Voy a serles sincero, esto pinta muy mal. Las pruebas los sitúan en el lugar de los hechos y, después de que ustedes se marcharon, no se vio a nadie más por allí.

¡Joder! ¿Está insinuando lo que yo creo? ¡No puede ser verdad! ¡Soy inocente!

—Me temo que, si no encontramos más pruebas, tendrán que pasar a disposición judicial en setenta y dos horas.

—¡Ay que me da un *parraque*! —exclamo abanicándome.

—Tal vez si colaboramos con la policía y visitamos los lugares a los que fuimos, podamos recordar algo —comenta Teo.

El comandante se acaricia la barba, indeciso, mientras yo ruego en silencio que la solución sea viable y que no terminemos de patitas en la cárcel.

—Podría funcionar —indica después de unos segundos que se me hacen eternos—, pero tendría que consultarlo con mi superior. Espérenme aquí, ahora vuelvo.

Una vez que el *musculitos* sale de su despacho, cierro los ojos y respiro despacio, deseando con todas mis fuerzas que esto sea una pesadilla.

—¿Estás bien, Mel?

—Sshhh, calla. La alarma está a punto de sonar y me despertaré de esta pesadilla tan horrible.

—Estás para que te encierren, morenita —dice el muy canalla soltando una risita.

Al escuchar el mismo apodo con el que me llama mi padre, abro los ojos impactada y, cuando veo su cara tan cerca de la mía, me quedo sin aliento. Me cago en todo, ¿por qué tiene que estar tan bueno el condenado? A pesar de que mi conciencia me grita que lo bese, mi lado racional me dice que me aleje de él.

Justo cuando siento que mi cuerpo empieza a ceder perdiendo la batalla acercándose al suyo como si fuera un imán, el comandante cañón entra de nuevo en el despacho, evitando que cometa un gran error. ¡Por los pelos!

CAPÍTULO 4

Teo

Joder, ¿por qué tengo que perder el control cada vez que la tengo cerca? Si no hubiera sido por la interrupción del comandante, la hubiera besado sin importarme ni el lugar ni la situación en la que nos encontramos.

—Tenemos unos días para descubrir al verdadero culpable —nos informa en cuanto entra en su despacho—. Es importante que recuerden lo que hicieron el viernes.

—Como si fuera tan sencillo —murmura Mel, creyendo que no la escuchamos.

—Sé que no lo es, pero es extremadamente urgente que lo hagan. Traten de hacer un listado con lo último que recuerdan de ese día, es posible que eso les ayude.

—Está bien, lo intentaremos —acepto.

—No se confíen, el tiempo juega en nuestra contra. Además, deben saber que mi jefe ha impuesto una condición.

—¿Qué condición? —pregunto alarmado.

—Tendrán a dos agentes siguiéndolos las veinticuatro horas del día.

—¿¡Nos van a vigilar!? —salta Mel, indignada—. ¡Esto es una invasión de mi intimidad!

—Señorita Segura, debido a la gravedad del asunto, no está en condiciones de exigir nada. Son sospechosos de asesinato y, como comprenderá, no podemos dejarlos campando a sus anchas sin ser vigilados. O aceptan el trato o me veré obligado a detenerlos.

—No sé si conseguiremos demostrar nuestra inocencia en tan poco tiempo —digo ignorando las quejas de Melanie.

—Me ha costado mucho convencerlo, así que será mejor que pongan todo de su parte. La persona que ha fallecido era un delincuente muy conocido y mi jefe quiere solucionar este tema lo

antes posible. No me decepcionen —nos advierte entrecerrando los ojos.

—Está bien. ¿Podemos irnos ya? —pregunto impaciente.

—Sí, pero si recuerdan algo o si encuentran cualquier información relevante para el caso, llámenme de inmediato. ¿De acuerdo?

—Claro —acepto.

—Una cosa más. Esta noche iré al *Lounge* para hablar con el personal del local, quizás ellos vieron algo. Sería importante que estuvieran allí, por si recuperaran la memoria.

—Allí estaremos —afirma Melanie.

Ambos nos ponemos en pie y seguimos al comandante hasta la salida, pero, antes de que salgamos por la puerta, nos entrega una tarjeta.

—Este es mi teléfono. Pueden llamarme siempre que lo necesiten, está activo las veinticuatro horas del día. Nos vemos esta noche —se despide antes de darse la vuelta.

Melanie y yo nos quedamos inmóviles por unos segundos, mirando cómo la silueta del comandante se aleja hasta desaparecer.

—¿Y ahora qué? —pregunta Mel más para ella misma que para mí.

—Ahora tenemos que permanecer juntos para unir las piezas de este puzle.

—Ni lo sueñes, Teodoro.

—¿Tienes miedo de volver a caer rendida a mis pies? En esas fotos no parecías tan disgustada —bromeo.

—Eso ha sido un golpe bajo —me acusa señalándome—. Sabes que no estaba en plenas facultades.

—¿Qué estás insinuando? —inquiero esperando que no sea lo que yo creo.

—Que no bebí tanto para no recordar nada —expone cruzándose de brazos.

—No te drogué, Melanie —me defiendo, enfadado—, y me ofende que tan siquiera lo insinúes.

—¿Entonces qué fue lo que pasó? Es extraño que ninguno de los dos recuerde nada y, aunque suene como una pirada, tengo la intuición de que algo muy gordo ha ocurrido.

—Esto es una puta locura —bufo nervioso al darme cuenta de que tiene razón—. Sé que odias pasar tiempo conmigo, pero si queremos demostrar nuestra inocencia, es la única alternativa que tenemos. Es posible que, al estar juntos, sea más fácil que recuperemos la memoria.

—Mierda —masculla—. Me jode tener que darte la razón, pero antes de seguir con esto, quiero que te quede claro que solo es una investigación. No esperes nada más, guapito de cara.

—Tranquila, ya me ha quedado claro. Sé que no quieres nada de mí —le informo—, y no soy de los que suplica.

¿Qué coño se ha pensado? No quiero sonar pretencioso, pero me sobran las mujeres. No necesito mendigar el cariño de nadie y menos el de alguien que parece detestarme.

—Me alegra saber que todo ha quedado claro entre nosotros. Y ahora, ¿por dónde empezamos?

—¿Qué te parece si vamos a esa cafetería y tratamos de recordar juntos lo que ocurrió? Podemos hacer una lista, tal y como nos ha aconsejado el comandante —sugiero, señalando un local cercano a la comisaría.

—No puedo quedarme, tengo que volver al trabajo. A diferencia de ti, tengo facturas que pagar. —Aunque su tono me toca los cojones, intento ser paciente con ella.

—Tranquila, llamaré a Gael para decirle que nos tomamos el día libre.

—Esa es otra —suspira—. ¿Qué les vamos a explicar a nuestros amigos?

—Creo que, por ahora, cuanto menos les digamos, mejor. Todavía no sabemos a qué nos estamos enfrentando.

—Tienes razón. Venga, vamos —acepta.

Aliviado por haber aclarado nuestras pequeñas desavenencias —al menos de momento—, cruzo la calle sabiendo que ella me sigue y una vez dentro tomo asiento en una mesa apartada. Justo cuando Mel se sienta a mi lado, una camarera que no deja de hacerme ojitos nos toma nota de nuestro pedido. Estoy acostumbrado a que las mujeres busquen mis atenciones, pero tengo que reconocer que, ver la cara de pocos amigos de Mel y el resoplido, tan poco femenino

que se le ha escapado al ver el descarado coqueteo de la camarera, me divierten más que la propia conquista.

—Vamos a apuntar cronológicamente lo que recordamos —señalo sacando una pequeña libreta del bolsillo interior de mi chaqueta—. ¿Te acuerdas de algo? Algún detalle por más simple que sea.

—Después de encontrarnos en el *Lounge* no recuerdo nada, ¿y tú?

—Lo mismo. Después de nuestra primera conversación todo está en blanco —le explico guardándome para mí el recuerdo de sus besos.

—¡Mierda! —masculla.

—Vayamos por partes. Sabemos que esa noche fuimos al *Lounge*.

—Correcto —acepta dando un sorbo a su café.

—Y, por lo que vimos en las imágenes, una hora después fuimos hasta el callejón a…

—No hace falta que sigas, los dos sabemos qué hacíamos allí —se queja poniendo los ojos en blanco.

—Está bien —acepto—. Fuimos al callejón y ¿después?

—¡No tengo ni idea! —exclama frustrada.

—Creo que el comandante tiene razón —indico derrotado al no encontrar nada que nos pueda ayudar—, ir al *Lounge* es una buena idea. Es posible que alguien se acuerde de nosotros.

—Sí, yo también lo creo —acepta.

—Me alegra saber que estamos de acuerdo en algo —suelto sarcástico mientras saco la cartera para pagar.

—Ni hablar, pago yo —dice abriendo su monedero.

Mi instinto me dice que me niegue y que pague yo la cuenta, pero mi lado coherente sabe que, con Melanie, es una batalla perdida.

—¿Qué coño es esto? —murmura Mel sacando un papel de su cartera—. *¿Club Éxtasis?*

—¿Qué haces con el *ticket* de un club de striptease? No sabía que te gustaba ese tipo de fiestas, pervertida —bromeo.

—¿Y tú cómo sabes que es uno de esos clubs? —pregunta levantando una ceja—. Creo que aquí, el único degenerado eres tú.

—He estado solo una vez y fue por negocios —le explico, queriendo justificarme, aunque no tenga por qué hacerlo.

—Ya, por negocios —rebate poniendo los ojos en blanco.

—Es posible que tenga algo que ver con nuestro caso —continúo, ignorándola a propósito.

—Opino lo mismo. Esto es una auténtica mierda —dice poniéndose en pie algo nerviosa—. Necesito ir al baño.

Aprovechando que Melanie me da la espalda, me tomo la libertad de admirar su sexi figura. ¡Joder! Por más que intento hacerme el duro delante de esta mujer, tengo que reconocer que me vuelve completamente loco. Pensar en ella, hace que un calor sofocante recorra todo mi cuerpo y que cierta parte de mi anatomía se ponga firme.

No puedo seguir así. ¿Por qué estoy tan obsesionado? Sí, lo reconozco, está buenísima. No es la primera vez que me acuesto con una mujer atractiva, sin embargo, hasta ahora nunca me había sentido así. ¿Es posible que, su rechazo, haya potenciado mi lado competitivo y que quiera ganar esta competición a toda costa? Sí, tiene que ser eso: un simple reto. Mi instinto cazador me empuja a querer conseguir esta suculenta presa.

Saco mi teléfono para tratar de pensar en otra cosa que no sea su perfecto culo moviéndose al compás de sus caderas y entro en mis redes sociales. Pero, cuando veo varios mensajes de mujeres desesperadas por conseguir mi número de teléfono, decido salir y entretenerme con otra cosa. Aburrido, abro mi galería de imágenes y, al instante, una fotografía capta mi curiosidad. La amplío, observando cada detalle con atención, y al confirmar que mis ojos no me están jugando una mala pasada, dejo escapar una maldición.

—¡¿Qué coño?! —exclamo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mel que ya ha vuelto del lavabo.

Confundida, se acerca por encima de mi hombro y, al hacerlo, su delicioso aroma a cítricos invade mis fosas nasales, haciendo que, por un momento, olvide lo que acabo de descubrir. ¡Mierda, cómo huele esta mujer!

Volviendo a la realidad, muevo un poco la pantalla para que pueda ver con claridad lo que acabo de encontrar y, como ya imaginaba, se queda blanca de la impresión.

—Pero ¿qué es esto? —pregunta señalando mi teléfono.

La fotografía capta la imagen de una feliz pareja dándose un beso apasionado. La mujer lleva un velo blanco y sostiene un ramo de flores de plástico, mientras que el hombre la carga en brazos, simulando cruzar el umbral hacia una nueva vida. Esa imagen no significaría nada para mí si no fuera porque esa pareja feliz somos nosotros.

—¡¿Eso es una capilla?! ¡Joder, nos hemos casado! —exclama nerviosa.

¿Por qué coño está tan alterada? Entiendo que esto no es fácil para ninguno de los dos; de hecho, yo tampoco tengo la menor intención de casarme. Pero verla reaccionar de ese modo, tan fuera de sí, dándome a entender que la idea le resulta insoportable, me toca mucho los huevos. No lo puedo evitar: mi orgullo se resiente, con la sensación de que su rechazo no es solo hacia la situación, sino también hacia mí.

—Eso es imposible. Aquí no es tan fácil casarse después de una borrachera, no estamos en Las Vegas. Estoy seguro de que será un decorado preparado para hacerse este tipo de fotos.

—¡Uff! Pues menos mal —suspira volviendo a su asiento.

—¿Tan malo sería estar casada conmigo? —pregunto irritado al no soportar su desprecio.

Su mirada descompuesta hace que me arrepienta al instante de mi arranque impulsivo. ¡¿Qué coño estoy diciendo?! Está claro que su presencia solo me hace cometer estupideces.

—Venga, no digas tonterías y borra ahora mismo esa fotografía. ¡Vaya cara de borrachos tenemos!

—¡Espera! —exclamo al ver que lleva su dedo a la pantalla del teléfono con intención de enviarla a la papelera—. Creo que he visto algo.

Amplío la imagen un poco más, con la esperanza de captar el detalle que ha llamado mi atención y, a medida que la foto se hace más grande, descubro lo que estaba buscando. Delante de mis ojos aparece un logotipo pequeño, casi imperceptible al principio, pero inconfundible una vez que lo he ampliado. Se trata del mismo que vimos en el *ticket* de Mel hace apenas unos minutos y, al verlo,

tengo la sensación de que las piezas de este caótico puzle empiezan a juntarse.

—Creo que la capilla está en el club de striptease —le informo señalando el logo para que vea lo que acabo de descubrir.

—¡Eso es genial! Bueno, me refiero a que hayamos encontrado otra pista —aclara en cuanto ve mi cara desconcertada.

Tratando de encontrar otra prueba, muevo la imagen y, en la esquina inferior derecha, descubro la punta de un zapato. Ese detalle no tendría importancia si no fuera porque es muy particular, de un diseñador muy exclusivo y excéntrico.

—¿Qué ocurre? —pregunta al ver mi ceño fruncido.

—Este zapato —señalo.

—Sí, es feo de cojones. No me digas que estás pensando en comprarte unos iguales —dice poniendo los ojos en blanco.

—No es eso, pero podría ser una pista.

—No pretenderás que vayamos buscando al dueño igual que hizo el príncipe con cenicienta, ¿no? —se burla de mí.

—Esos mocasines son del diseñador Stefano Ricci —le explico, como si ese dato fuera de lo más evidente.

—Como si son de Zara —se queja—. No comprendo por qué tanto entusiasmo.

—Porque ese modelo en particular es de cocodrilo blanco y pueden llegar a costar unos cinco mil euros.

—¡Mierda! ¿Crees que podríamos encontrar a un hombre por sus zapatos? —se interesa esta vez.

—No lo sé, aunque está claro que ese dato juega a nuestro favor, ya que, al ser tan exclusivos, tenemos más posibilidades de encontrarlos.

Sé que debería decirle a Mel que creo haberlos visto en algún lugar, pero prefiero seguir hurgando en mi memoria. No quiero darle falsas esperanzas. Joder, piensa, Teo. ¿Dónde demonios has visto esos horrorosos zapatos antes?

CAPÍTULO 5

Mel

Desde que encontramos esa pista en la fotografía, Teo se comporta de forma muy extraña. Supongo que me había acostumbrado a sus bromas constantes y a su charla interminable, porque ahora, su repentino silencio me está poniendo de los nervios. «Claro, porque la nota que has encontrado no tiene nada que ver con tu estado de ansiedad, ¿no?», me recuerda mi conciencia, con toda la razón del mundo.

Después de nuestra reunión con el comandante, necesitaba alejarme por un momento, aunque fuera solo unos minutos. Me encerré en el baño y me eché agua fría en la cara, tratando de calmar esa presión insoportable en el pecho que me impedía respirar con normalidad. Casi sin pensarlo, saqué el *ticket* del club de striptease y lo observé con atención, deseando que me diera las respuestas que busco. Lo giré y entonces lo vi. Descubrí un mensaje escrito con una caligrafía impecable que decía: «No confíes en él». Al leerlo, sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Era como si el dueño de ese mensaje me hubiera susurrado esas palabras directamente en mi oído.

¿Qué coño está pasando? ¿En quién se supone que no tengo que confiar? Una avalancha de preguntas sin respuesta comenzó a llenar mi mente, una tras otra, cada una más inquietante que la anterior: ¿Qué significaba todo esto? ¿A quién podría confiarle lo que acababa de descubrir? ¿Qué papel jugaba Teo en todo esto? La frustración por no encontrar la verdad me hacía sentir perdida, haciendo que diera vueltas en un callejón sin salida. Incapaz de soportar esa incertidumbre por más tiempo, tomé aire, reuní el poco valor que me quedaba y decidí regresar con Teo. Tal vez allí, junto a él, pudiera encontrar alguna explicación.

En cuanto llegué y vi su cara de preocupación, me tensé. Estaba claro que algo malo pasaba y la incertidumbre me estaba matando.

Me acerqué y, al ver su teléfono, descubrí porqué estaba tan nervioso. Me quedé paralizada al ver la fotografía y, por un segundo, creí que nos habíamos casado. ¡Mi peor pesadilla se estaba haciendo realidad! Aunque, por suerte, no podía ser una boda real, estamos en España, borrachos y disfrazados, en medio de una noche que claramente se nos fue de las manos.

Desde ese instante, no he podido dejar de observar la dichosa fotografía en el móvil de Teo, como si, al hacerlo, consiguiera recuperar parte de mi memoria perdida. Justo cuando estoy a punto de devolverle el teléfono a su dueño, una imagen cruza mi mente igual que el *flash* de una cámara de fotos.

Teo y yo nos besamos mientras una camarera casi desnuda nos hace fotos y nos pide que sonriamos. Me siento muy extraña: mi cuerpo flota ligero y tengo una paz que nunca antes había vivido. Tengo la sensación de que, por una vez, mi cabeza hubiera pasado a un segundo plano y el que toma las riendas del momento es mi corazón. Enfoco mi vista en la placa que lleva la camarera y leo su nombre: Shirley.

—¿Estás bien? —pregunta Teo, sacándome de esa visión.

—Sí, claro. Es que he tenido un *flash*.

—¿Has recordado algo? —se interesa.

Afirmo con la cabeza y le cuento la visión que acabo de tener. Sé que puede parecer una tontería, pero saber que soy capaz de recordar, aunque sea una mínima parte de esa noche, me hace sentir alivio.

—Es tarde, deberíamos marcharnos —propongo un rato después.

Necesito estar sola para descansar y pensar con claridad en todo este embrollo, y su compañía no hará otra cosa que distraerme y ponerme más nerviosa.

—Está bien. Pásame tu dirección y te recojo para ir al *Lounge*.

—Ni hablar, esto no es una cita. Iré en taxi.

—Claro, no vaya a ser que nos vean juntos y piensen algo que no es —suelta con sarcasmo.

Está claro que mi comentario le ha dolido y supongo que, mi reacción de antes al ver nuestra foto vestidos de novios tampoco ha ayudado. Siento si he herido su orgullo, pero no puedo evitar

reaccionar así. Lo reconozco: tengo una especie de alergia al matrimonio. Cada vez que escucho esa palabra me da urticaria. Es gracioso, porque siempre creí que, un mujeriego como él, pensaría igual que yo. Sin embargo, su tranquilidad me desconcertó. ¿Acaso no se da cuenta de que lo nuestro sería una locura? Es cierto que tenemos un carácter bastante parecido, no obstante, en el fondo somos como el agua y el aceite: aunque estemos juntos en el mismo frasco, seríamos incapaces de mezclarnos de verdad.

No. Me niego a creer que creyó por un instante que lo nuestro tenía sentido. Prefiero pensar que, dadas las circunstancias, simplemente asumió que era casi imposible que estuviéramos casados, y por eso ni se inmutó.

—Deberíamos llamar al comandante para ponerlo al día.

—Claro, yo me encargo —contesta serio.

—Hasta luego, Teo —me despido antes de que insista en pasar a recogerme.

Una vez que salgo de la cafetería, me detengo un momento y cierro los párpados. Lleno mis pulmones de aire para tranquilizarme, pero a pesar de intentarlo, mis manos empiezan a temblar y los ojos se me llenan de lágrimas. ¿Qué coño está pasando? No soporto ver que mi vida se está descontrolando de esta forma. Es como si estuviera conduciendo uno de esos coches de lujo que vendo a diario y no fuera capaz de dirigirlo: el volante se ha bloqueado y los frenos no responden.

Justo cuando me estoy recuperando, suena la melodía que escogí para mi mejor amiga, haciendo que sonría.

—Hola, churri —contesto tratando de aparentar normalidad mientras empiezo a caminar.

—¿Qué está ocurriendo, Mel? —pregunta preocupada.

—¿A qué te refieres? —Me hago la tonta.

—Sé que está pasando algo gordo y que Teo también está involucrado. Gael me ha dicho que tuviste que ir a comisaría y eso me tiene muy preocupada.

Sabía que Gael iba a contarle a su futura mujer mi salida precipitada de la empresa y, conociéndola, no sé cómo ha tardado

tanto en llamarme. Supongo que, en el fondo, tengo que agradecerle a mi jefe que me haya dado esa ventaja de tiempo.

—Estoy bien, de verdad —le digo—. O al menos lo estaré.

—Esta noche quedamos para cenar y me lo cuentas todo —exige.

—No puedo.

—Melanie Segura, espero que no estés evitándome porque, te recuerdo, sé dónde vives.

—No es eso —resoplo—. Solo es que, de momento, no te puedo contar nada.

—Pero…

—¿Recuerdas que hace unos meses me dijiste que no me podías explicar lo que te estaba pasando porque no dependía de ti?

—Sí —admite derrotada sabiendo por dónde voy.

—Pues ahora estoy en tu misma situación. No sabes cuánto me gustaría hablarlo contigo, sin embargo, no lo puedo hacer. Te prometo que, si me dan luz verde, serás la primera en saberlo todo.

—¡Está bien! —indica derrotada—. Solo ten mucho cuidado y, si en algún momento estás en peligro o necesitas nuestra ayuda, pasa de las advertencias de esos trajeados y llámanos. Prométemelo.

—Te lo prometo —cedo emocionada. Saber que Valeria, como siempre, será mi red de seguridad en el caso de necesitarla, me tranquiliza y me ayuda a que vuelva a respirar con normalidad.

★☆★

A la hora acordada, llego al *Lounge* aparentando una calma que no siento. Por fuera parezco segura, pero por dentro estoy muerta de miedo. No sé lo que nos vamos a encontrar y eso me tiene en un constante estado de nervios.

—Hola —me saluda Teo al verme llegar.

Le devuelvo el saludo y, antes de que pueda decir algo más, se acerca hasta nosotros el comandante, con sus andares seguros.

—Buenas noches, será mejor que entremos antes de que el local se empiece a llenar —dice el *Action Man*.

—Buenas noches, comandante —lo saludo.

—Lo mismo deberíamos empezar a tutearnos —indica sonriendo de medio lado. Joder con las fuerzas de la ley—. Mi nombre de pila

es Álvaro.

Ambos asentimos con la cabeza y seguimos al comandante. Cuando llegamos a la puerta, Teo me deja pasar colocando una de sus manos en mi espalda como todo un caballero. Ni siquiera la tela de mi vestido impide que su calor me atraviese y tengo que esforzarme por contener un escalofrío al sentirlo tan cerca. «¿No decías que eras inmune a sus encantos?». Es pura atracción, le aclaro. «Eso no te lo crees ni tú, chata».

Una vez dentro, observamos que todavía está vacío, aunque imagino que por poco tiempo. Nos acercamos a la barra y, antes de que podamos llamar la atención del camarero, él se nos adelanta.

—¡Hombre! Si es la parejita de enamorados.

—¿Nos recuerdas? —le pregunta mi acompañante igual de sorprendido que yo.

—No estamos enamorados —mascullo irritada por su comentario.

—¡Claro que os recuerdo! —exclama ignorándome—. Vuestros manoseos fueron un buen espectáculo.

¡Mierda, Mel! ¿Qué coño hiciste? No me avergüenza ser liberal; yo elijo qué hacer con mi cuerpo. Pero no recordar lo que hice, me vuelve loca. ¡Odio estas putas lagunas mentales!

—Y, además de sus manoseos, ¿recuerdas algo más? —le interroga nuestro *Action Man* particular.

—¿Y tú quién eres? —pregunta el camarero un poco tenso al darse cuenta de la autoridad de este.

—Soy el comandante Sánchez —se presenta enseñándole sus credenciales—. Estamos investigando un caso y nos sería de mucha ayuda cualquier detalle que nos pudieras contar. ¿Tú eres…?

—Carlos, el dueño del local —se presenta, desconfiado—. Recuerdo que me parecieron demasiado desinhibidos para lo que tomaron.

—¿No bebimos mucho? —pregunto extrañada por su comentario.

—Solo os serví una copa a cada uno.

—¿Entonces cómo…? —murmuro mirando a Teo, que está tan confundido como yo.

—Es posible que hubieran bebido antes de entrar en el bar —aporta el comandante, buscando una posible respuesta a nuestras

incógnitas.

—Lo dudo. La señorita llegó antes y, al sentarse en la barra, no me pareció que tuviera ni una gota de alcohol en su cuerpo y créeme, sé de lo que hablo, tengo muchos años de experiencia —le aclara al comandante—. Y cuando llegó él y los vi hablar, tuve la misma impresión.

—Esto es muy extraño, ¿hubo algo que te pareciera sospechoso? —inquiere Teo, confundido.

—¿Por qué me hacéis tantas preguntas? —se interesa.

—Tal y como te he comentado, estamos en medio de una investigación y ninguno de los dos recuerda nada desde que llegaron a este establecimiento. Por lo que, si no bebieron hasta el punto de perder la memoria, algo tiene que haber ocurrido.

—¿Qué estás insinuando? —pregunta poniéndose a la defensiva—. Mi pub es un lugar honrado.

—Tranquilo, solo queremos saber qué ocurrió. Te agradeceríamos que trataras de recordar si hubo algo más que llamara tu atención —le pido desesperada.

El barman se lleva la mano a la barbilla y, por su expresión, deduzco que está haciendo un repaso a su memoria.

—¡Espera! —exclama—. Acabo de recordar que había un tío muy trajeado que no os quitaba los ojos de encima. Al principio pensé que era el típico pervertido que observa a las parejas en la sombra, pero después pidió dos copas y me hizo sospechar.

—¿Por qué te llamó la atención eso? —pregunto enfadada por no acordarme.

—El tío estaba solo en la mesa y me pareció extraño que pidiera dos copas más porque todavía no se había terminado la suya. Además, parecía muy nervioso. No dejaba de mirar a su alrededor y, al cabo de unos minutos, confirmó mis sospechas cuando se levantó para saludaros y os ofreció esas bebidas. Tuve la impresión de que os conocía, pero, aun así, se le notaba muy tenso.

—¿Escuchaste nuestra conversación?

—Lo siento, esa noche había mucha gente y el camarero que me ayuda el fin de semana se había puesto enfermo, así que tuve mucho trabajo.

—¿Crees que pudo haber metido algo en sus copas? —lo interroga el comandante.

—Ahora que lo pienso es posible, porque a partir de ese momento empezaron a comportarse como animales en celo. Aunque tampoco lo puedo asegurar.

—¿Recuerdas algo especial de ese hombre? Alguna cicatriz, tatuaje o característica.

—Era un tío muy fino y elegante, de esos que se creen superiores. El muy idiota me pidió un *Louis Moinet* y cuando le contesté que yo no tenía esa clase de bebidas, me miró igual que a una cucaracha.

—¿Eso qué es? —pregunto.

—Es una exclusiva y cara marca de whisky producida en ediciones limitadas —me explica Teo.

—Olvidaba que vienes de una familia de alta alcurnia —indico poniendo los ojos en blanco—. A lo mejor conoces a ese tío de tus reuniones con la alta sociedad.

—No lo creo, hace años que evito asistir a ese tipo de fiestas. Me produce urticaria estar rodeado de *snobs* —expone haciendo que lo mire levantando una ceja—. ¿Hay algo más que puedas decirnos del sospechoso?

—Llevaba unos zapatos horrorosos de color blanco, como si fueran de piel de serpiente o…

—¿De cocodrilo? —continúo por él.

—¡Exacto! Y llevaban una especie de remache con la cabeza de un águila. Lo sé porque me parecieron tan horteras que me fijé en ellos.

—Son el modelo de Stefano Ricci —confirma Teo.

—¿Los de la foto? —se interesa el comandante haciendo referencia a la fotografía que encontramos en el teléfono de Teo. Este asiente con gesto serio y continúa preguntando.

—¿Después de invitarnos volvió a su mesa?

—No, después de eso desapareció.

¿Quién era ese hombre? ¿Tiene algo que ver con nuestra pérdida de memoria? ¿De qué hablamos con ese tipo? ¡Genial! Todo se está complicando por momentos y, en lugar de dar con las respuestas, lo que encontramos son más incógnitas.

CAPÍTULO 6

Teo

Mi cabeza echa humo. Por más que me estrujo el cerebro para recordar dónde he visto esos zapatos, no lo consigo y es algo que me jode porque, si supiera quién es el dueño de esos mocasines, podríamos avanzar con nuestra investigación.

El comandante da las gracias al dueño del local y le deja su tarjeta por si recordara algún dato más.

—Yo me marcho. Mañana tengo que madrugar y…

—Tranquila, hablé con Gael y me dijo que te tomaras unos días libres hasta que todo termine.

—¿Me han despedido? —pregunta alterada.

—No digas tonterías. Yo también me libro del trabajo —bromeo alzando las cejas para aligerar el ambiente.

—No entiendo cómo eres capaz de tomártelo todo a cachondeo. —Se cruza de brazos—. Esto es muy grave y, por si no te habías dado cuenta, está en juego nuestra libertad. Aunque claro, es posible que estés tan tranquilo porque sabes que, en el caso de que llegaran a declararnos culpables, tu papaíto movería sus hilos para sacarte de la cárcel.

El comandante, que nos mira a uno y a otro igual que si estuviera en un partido de tenis, carraspea nervioso, y se mantiene en silencio.

—No tienes ni puta idea. Está claro que no me conoces —me quejo, dolido—. Por supuesto me preocupo, pero un poco de humor no nos hará daño, ¿no crees?

La miro a los ojos y, a pesar de que trata de fingir lo contrario, veo arrepentimiento en ellos. Podría quitarle importancia a su comentario, no obstante, no me da la gana. Estoy harto de que la gente no me tome en serio por culpa de la familia que tengo. Sí, nací con muchas más comodidades que otras personas, pero, a diferencia de ellos, fui criado por una niñera en lugar de por mi

propia familia. Desde pequeño, descubrí que para mi padre solo era una inversión, un heredero al que pasarle su patrimonio y del que presumir delante de sus amistades. ¿Sabéis cuánto duele ver que el orgullo que siente dura lo mismo que las visitas? En cuanto los invitados se marchaban, su trato despectivo volvía a pisotearme dejándome totalmente vacío.

Así que no, estoy convencido de que mi progenitor no movería ni un maldito dedo para ayudarme. Me repudiaría y se mantendría al margen para que mi delito no le salpicara.

—Será mejor que nos vayamos, todos estamos cansados. Si os parece bien, mañana por la noche podríamos ir al club de striptease por si descubrimos algo más —nos tranquiliza el comandante.

Esta mañana, al salir de la cafetería, lo llamé para contarle que habíamos encontrado una fotografía y un *ticket* del club *Éxtasis*. El comandante me comentó que ese lugar tenía varias denuncias acumuladas, aunque nunca habían encontrado nada ilegal que permitiera actuar contra ellos. También le explicamos que Melanie había tenido una especie de *flashback*, recordando algo que ocurrió el viernes.

—Me parece bien, no obstante, según me dijiste por teléfono, ya habéis investigado ese club en varias ocasiones. ¿No crees que si nos ven llegar contigo nos resultará más difícil obtener información?

—Tienes razón, pero no puedo dejaros solos. Podría ser peligroso. Hablaré con mi jefe y os pondremos micrófonos para seguiros la pista.

—De acuerdo —acepta Mel, cansada.

—Hasta mañana —me despido.

Con el corazón sangrando por mis traumas del pasado, me doy la vuelta y camino hasta mi coche. Sé que debería ofrecerme a llevarla a su casa, pero estoy convencido de que se negará, así que decido no perder mi tiempo intentándolo. Además, después de lo de hoy, no me apetece recibir otro rechazo por su parte.

Una vez que aparco en mi garaje, subo por el ascensor y miro mi imagen en el espejo. ¿De verdad nadie es capaz de ver quién soy en realidad? Exceptuando a Gael, todo el mundo cree que soy un irresponsable al que no le importa nada más que la fiesta y las

mujeres. «Te recuerdo que es una imagen que tú mismo te has encargado de dar». Jodida conciencia, tiene razón. Para protegerme ante la indiferencia de mi padre, me acostumbré a construir un muro a mi alrededor. Descubrí que, lo que más le jodía, era ver que no me dolían sus comentarios y me convertí en un bufón. Bromeaba con todo y fingía que nada me dolía, aunque, en realidad, no era así. Sin darme cuenta, pasé de ser esa persona que siempre buscaba su aprobación en todo lo que hacía, a convertirme en alguien más superficial y fiestero, dejándome llevar por el momento sin pensar en las consecuencias.

Me meto en la ducha y, mientras el agua fría recorre mi piel, pienso en Mel y en su lengua viperina. ¿Por qué me pone tan cachondo su carácter guerrero? Ojalá ella fuera capaz de verme tal y como soy en realidad.

★☆★

A la mañana siguiente, recibo la llamada de Álvaro en el instante en el que estoy tomándome un café en la cocina. Parece ser que tienen nuevas pistas de nuestro caso y quieren comentarlas con nosotros. Cuando me informa de que se encargará de llamar a Melanie, lejos de ofrecerme, agradezco de que sea él quien lo haga. Después de lo que me dijo ayer, no me apetece demasiado hablar con ella.

Sobre las diez de la mañana entro en la comisaría y, cuando la agente que está en recepción me dice que el comandante me espera en su despacho, me dirijo hasta allí.

Justo en el instante en el que voy a golpear la puerta, unas risas hacen que me detenga con el puño en lo alto. ¿Esa es la voz de Melanie? ¿Por qué ese *musculitos* de gimnasio consigue hacerla reír mientras que yo solo consigo su indiferencia? Enfadado, toco la puerta y entro en cuanto me dan permiso.

—Buenos días, Teo —me saluda Álvaro, el cual está sentado en su mesa, demasiado cerca de Mel.

Le hago un gesto con la cabeza y miro por primera vez a Melanie que está observando al comandante con una sonrisita que me toca mucho los huevos. «¿Celoso, Teodoro?». No, ni hablar. Solo me jode

saber que a su lado se siente tan cómoda como para bajar la guardia y reír sin reservas.

—Tú dirás —exijo al capitán América de los cojones mientras me siento al lado de la mujer que me vuelve loco.

El muy capullo, antes de volver detrás de su mesa, le guiña un ojo a Mel y después carraspea metiéndose de pleno en su papel de oficial de la ley. Será gilipollas.

—Hemos encontrado nuevas pistas que podrían ayudarnos en la investigación.

—Eso ya lo has dicho por teléfono, para eso no hacía falta venir hasta aquí —me quejo poniendo los ojos en blanco, ganándome una mirada de advertencia por parte de ella.

El comandante, que tiene más educación que yo, ignora mi comentario y nos pone al día.

—Al parecer Leopoldo Mendoza, alias *el Doc*, nació en Colombia y tenía cincuenta y cinco años. Según lo que hemos averiguado, era un traficante de poca monta en su país y terminó huyendo a España por problemas con su banda. Creemos que vendía medicación ilegal en el mercado negro, aunque nunca tuvieron pruebas suficientes para detenerlo. Sabían que trabajaba para un pez gordo, pero jamás averiguaron para quién.

—Ya veo, ofrecía esa medicación a precios más económicos, ¿no? —aporto.

—Exacto. Sin embargo, algo más.

Cuando termina, me mira entrecerrando los ojos y, antes de que hable, sé que no me va a gustar lo que me va a decir. ¡Mierda!

—Ayer, al registrar su piso, encontramos una anotación en su agenda.

—¿Y? —lo anima Mel para que siga hablando.

—Este miércoles, Leopoldo Mendoza, tenía una cita con el señor Esteban Hidalgo, aunque todavía no sabemos para qué. Lo único que hemos averiguado es que iban a reunirse en un restaurante muy exclusivo de Madrid.

—¿Con mi padre? —pregunto sorprendido.

Cuando Álvaro afirma con la cabeza, pienso en si alguna vez he visto a este tal Mendoza en su empresa. ¿Qué hacía mi padre

reuniéndose con ese maleante? Soy consciente de que mi progenitor no es ningún santo, pero de eso a ser un delincuente, hay una gran diferencia.

—¿Sabemos si era la primera vez que se reunían? —pregunto.

—Por el momento no sabemos nada más. Mi equipo se está encargando de analizar su agenda con detalle y si descubren algo, os informaré de inmediato. Vosotros, ¿habéis recordado algo?

—No. Estuve pensando en lo que nos dijo el dueño del *Lounge*, pero mi mente sigue en blanco —se queja Mel.

—Varios agentes ya se están encargando de buscar las tiendas donde se venden esos zapatos, no obstante, es como buscar una aguja en un pajar. Sabemos que se trata de un hombre con gustos muy caros por lo que dudo que los haya comprado por internet —explica Álvaro.

—Sí, a este tipo de personas les encanta que les hagan la pelota cuando se gastan una cantidad indecente de dinero —indica Mel mirándome de reojo.

¡Cuánto me jode que la gente me juzgue por el estatus social que he heredado de mi familia! Si supieran cómo odio toda esa mierda…

—Lo que todavía no entiendo es qué tipo de droga utilizó porque, si no me equivoco, las drogas pueden hacer que pierdas la razón en ese instante, pero no que pierdas la memoria, ¿no? —expone Mel, preocupada.

—Escopolamina —suelta Álvaro que, al ver nuestra confusión, nos saca de dudas—. Es lo que comúnmente llaman *burundanga*.

—Esa es la droga que usan los violadores para mantener a la víctima dócil, ¿no? —indico.

—Sí, les deja conscientes, pero sin voluntad ni capacidad de razonar. Aunque lo que muchos no saben es que, depende de la dosis, también puede causar amnesia.

—¿Y podremos recuperar la memoria? —se interesa Mel.

—Es posible que haya una recuperación parcial de esos recuerdos con el paso de los días, sin embargo, todo depende de la cantidad consumida y del estrés sufrido.

—Estamos jodidos —murmuro.

Después de analizar la información que conseguimos ayer del dueño del local, volvemos a examinar la fotografía que encontré en mi teléfono.

—Estoy seguro de que son los mismos zapatos que llevaba nuestro sospechoso del *Lounge* —indica al ampliar la imagen.

—Yo también —confirmo su suposición.

—Ojalá que consigamos más información en el club de striptease.

—Esta noche, antes de entrar, os pondremos unos micrófonos. No os tenéis que preocupar por nada, estaremos muy cerca y entraremos en el caso de que la cosa se complique. Tenéis que ser prudentes, si sospechan que estáis infiltrados, estaremos acabados —nos advierte.

—Tranquilo, seremos cuidadosos.

—Eso espero. Nos vemos esta noche. Os enviaré la ubicación de nuestra furgoneta —dice Álvaro, acompañándonos hasta la puerta.

Salimos de la comisaría en silencio y, antes de que me suba a mi coche, me giro para despedirme de Melanie.

—Hasta esta noche —me despido.

—¿No vas a ofrecerte para recogerme? —pregunta sorprendida.

—No. Ya he entendido que prefieres estar lejos de mí, así que no voy a insistir más —respondo enfadado.

—Está bien —suelta irritada dándose la vuelta.

¿Pero qué coño le pasa a esta mujer? Se empeña en decirme que no quiere saber nada de mí y, en el instante en que lo comprendo, se enfada. ¡No hay quien la entienda! ¿Será que en el fondo no le soy tan indiferente como me quiere hacer creer? ¡No, imposible! Hace unos minutos, cuando estábamos con el comandante, parecía encantada con él. Está claro que, aunque me tachen de mujeriego, en el fondo no las conozco tanto como yo creía.

CAPÍTULO 7

Mel

De camino a casa pienso en la actitud de Teo. ¡Este tío es idiota! «¿Qué esperabas? No has parado de rechazarlo y al final ha captado tu mensaje». Me callo porque mi maldita conciencia tiene razón.

Enfadada, repaso mentalmente todo lo que hemos ido descubriendo para evitar pensar en él. Desde el viernes vivo con el temor constante de perder la memoria, por eso me he obsesionado con hacer listas de todo y no lo hago solo para no olvidarme de las cosas, sino para recuperar algún recuerdo perdido.

Cuando el comandante ha mencionado la cita en la agenda de Mendoza, no he podido evitar mirar a Teo con desconfianza. A pesar de que no parecía sospechoso, me he preguntado si sabía algo de la implicación de su padre y callaba para protegerlo. ¿Y si está involucrado y finge haber perdido la memoria para salir impune? No, no puede ser. Puede ser lo que quiera, pero no es una mala persona.

—¡Ya estoy en casa! —grito para que mi familia me escuche.

—Hola, mi niña. ¿Qué tal te ha ido con tu amiga? —pregunta mi abuela.

Para justificar mi ausencia en mi empleo, les he dicho que la empresa me debía días y ha decidido dármelos ahora, cuando hay menos trabajo. Odio mentirles, pero no quiero meterlos en problemas. Siempre he confiado en ellos, aunque en esta ocasión tengo que mantenerlos al margen. Todo se está volviendo cada vez más peligroso y no voy a permitir que nada malo les ocurra.

—Muy bien*, abu*. Me ha dado recuerdos para ti.

¿Desde cuándo me he vuelto tan embustera? Esta vez no necesito que mi conciencia me conteste, porque puedo hacerlo yo solita: desde que recae sobre mis hombros la sospecha de ser una asesina.

—Dile a Valeria que un día venga a casa a comer mi estofado especial.

—Se lo diré —le prometo dándole un beso en la cabeza—. ¿Papá no ha llegado?

—No, cariño. Está haciendo horas extras —indica mirándome con lástima.

—Mira que le he dicho un millón de veces que no hace falta. Yo puedo hacerme cargo de…

—Lo sé, mi niña. Pero ya sabes lo orgulloso que es. Quiere hacerlo todo por su cuenta. Además, no te quejes porque has sacado su cabezonería.

Sonrío ante su comentario y voy a mi habitación, sin dejar de pensar en esos ojos verdes que, aunque no quiera admitirlo, me tienen hipnotizada. Desbloqueo mi teléfono y llamo a mi mejor amiga para sacármelo de la cabeza. Sé que Valeria está dándome mi espacio, pero no quiero que crea que la estoy ignorando.

—Hola, *chochete* —la saludo en cuanto contesta—. ¿Ya te ha dejado seca tu prometido?

—Hola, Melanie. Eso intento, pero a veces se hace la dura —bromea Gael soltando una risita.

—Sí, es que nuestra Val cuando quiere es un poco arisca.

—¡Dame el teléfono, Gael! —grita mi amiga a lo lejos.

—Te paso a la fierecilla de tu amiga.

—¡Hola! —me saluda.

—¿Acaban de echarte un polvo de esos que te ponen los ojos del revés? —pregunto al comprobar que le falta el aliento.

—Es posible —admite la muy descarada riéndose.

Desde el primer día que vimos a Gael, supe que sería un buen *empotrador* y, por lo que parece, no me equivoqué. Si es que, donde pongo el ojo, pongo la bala. «Para todos menos para ti, bonita», apunta mi conciencia.

—¿Cómo estás? —pregunta preocupada.

—Estoy bien, de verdad.

—No sé lo que ocurre, pero Gael tiene a sus abogados preparados por si los necesitáis.

—Dale las gracias de mi parte —le pido emocionada.

—Ya sabes que por ti hago lo que sea, solo tienes que pedírmelo —dice muy seria.

—¿Incluso si tengo que ocultar un cadáver? —bromeo.

—Especialmente si es eso. Tengo mi pala lista para cuando la necesites —contesta siguiéndome el rollo.

—Te quiero, *chochete*.

—Y yo.

—Madre mía, Gael ha conseguido ablandarte el corazón a base de sexo.

—¡No seas idiota!

—Por cierto, mi *abu* dice que vengas a comer un día su estofado especial.

—¡Claro! Siempre tendré un hueco disponible para tu abuela y sus manjares.

Y así, entre bromas, mi mejor amiga consigue arrancarme una sonrisa y que, por un momento, olvide mis problemas.

★☆★

—¿Dónde vas tan tarde? —pregunta mi padre.

—He quedado con una amiga —miento.

—¿Con Valeria? —se interesa mi abuela.

—No, con otra compañera.

—Pero si es martes. ¿Cómo vais a salir? —insiste.

—Papi, los martes son los nuevos viernes.

Él, que es perro viejo, me mira entrecerrando los ojos y, aunque sé que, hace días sospecha que algo no anda bien, se hace el tonto y me besa la frente, como hace siempre.

Miro mi reflejo antes de salir y cabeceo satisfecha al ver que todo está en su lugar. Después de muchas vueltas, he decidido ponerme un vestido negro muy entallado con una gran obertura lateral. «Te has vestido demasiado sexi para infiltrarte, ¿no?», apunta mi conciencia. ¡Calla, maldita! Al final te voy a echar de mi cabeza a patadas. «Inténtalo, si puedes».

Cuando por fin llega mi taxi, tengo que hacer acrobacias para meterme en el asiento trasero. El problema no es el vestido, sino esta jodida raja que, si no tengo cuidado, enseñará más de la cuenta. Le indico al conductor la dirección que nos pasó Álvaro y, veinte minutos después, el taxi se detiene en una calle desértica.

—¿Está segura de que es aquí, señorita? —pregunta mirándome con recelo.

—Sí, es aquí —le digo al ver una furgoneta blanca que supongo formará parte del dispositivo de vigilancia—. Muchas gracias.

Una vez que me bajo del taxi, el pobre hombre se queda allí un rato, con el coche arrancado, mirándome con preocupación, esperando que cambiara de opinión a última hora y saliera huyendo. Pero al darse cuenta de que sigo mi camino, el conductor se pone en marcha dejándome sola.

A pocos pasos de la furgoneta, observo a Teo salir de ella con paso firme. Su proximidad relaja la tensión de mis músculos, y solo entonces caigo en la cuenta de lo nerviosa que había estado hasta este instante.

—Hola.

—Hola —me saluda—. Estás preciosa.

Su cumplido hace que, de repente, sienta mucho calor.

—Buenas noches, Melanie —me saluda Álvaro—. Te estábamos esperando. En cuanto te ponga el micrófono os podéis ir.

Subo a la furgoneta y me sorprendo al ver todo el dispositivo que tienen montado. Desde fuera daba la sensación de que el espacio era más pequeño, pero al entrar y ver a tanta gente trabajando, parece mucho más amplio.

Una vez que una agente me coloca el micro, salgo del vehículo y Álvaro se despide de nosotros deseándonos buena suerte.

—¿Vamos? —pregunta Teo, señalándome su coche.

—¿Cómo dices?

—No pretenderás ir caminando con esos tacones —indica señalando mis *stilettos*—. Además, se supone que tenemos que hacernos pasar por una pareja, sería extraño que llegáramos por separado.

Por mucho que me joda, tiene razón, pero eso no significa que me guste dársela. Enfurruñada, camino hacia su coche y el muy cretino me abre la puerta con una reverencia. ¿Qué se cree este tío? ¿Que por ser encantador va a conseguir algo? Intentando no prestarle atención, me siento de mala gana olvidándome por un instante de la jodida raja de mi vestido.

—Bonitas bragas —masculla el muy capullo antes de cerrar la puerta.

¡Será gilipollas! Y yo que pensaba que era un caballero…

Teo toma asiento con una sonrisita traviesa y arranca en silencio. Estoy tan cabreada que lo ignoro durante todo el trayecto. Cuando detiene el coche me fijo en la fachada de ladrillo y en las luces de neón rosa fucsia que anuncian: *Club Éxtasis.* Al prestar atención, me doy cuenta de que el local está al lado del *Lounge* y que solo los separa el tétrico callejón donde encontraron el cadáver.

Sigo tan irritada que me bajo del coche de un salto para no volver a enseñarle mi ropa interior. Camino con decisión hacia la entrada, pero antes de llegar a mi objetivo, noto una presencia en mi espalda. Al principio pienso que se trata de Teo, aunque al escuchar una voz gangosa, me doy cuenta de que no es él.

—¿Buscas a alguien, preciosa?

Me doy la vuelta para enfrentarlo y me encuentro con un tipo obeso, mirándome con cara de pervertido.

—Es posible, pero estoy segura de que no es a ti —contesto chula.

—Eso es porque no sabes cuánto te haría disfrutar, muñeca —suelta el asqueroso.

El borracho tira de mi brazo pegándome a su torso y, al instante, un olor a alcohol rancio llega hasta mis fosas nasales, revolviéndome el estómago. Justo cuando voy a darle una patada en las pelotas, el indeseable sale disparado unos metros, golpeando su apestoso cuerpo contra un coche.

—La señorita ya tiene acompañante.

Giro hacia el propietario de esa voz ronca y me derrito al ver a Teo, mirando al borracho con rabia. «Te pone cachonda, admítelo». No te hagas ilusiones, perra, ha sido un desliz. Además, que no quiera nada con él no significa que no sepa apreciar un buen espécimen humano.

—Tenía la situación controlada —le informo.

—Estoy seguro, pero no he podido evitar ponerlo en su lugar. Lo siento —se disculpa con una absurda reverencia—, la próxima vez tendré más paciencia.

—Déjate de tonterías.

Teo me sonríe de medio lado y, tras recorrerme con la mirada, me cede el paso. Podría parecer un caballero, no obstante, sé que lo hace para mirarme el culo. Exagero mis andares y balanceo las caderas para darle un escarmiento y sonrío victoriosa cuando escucho su resoplido frustrado; Melanie 1 – Teo 0.

Al llegar a la entrada, un portero con pinta de matón me devora con los ojos. El hombre cruza los brazos, marcando bíceps y me sonríe de medio lado.

—Buenas noches —dice Teo, captando su atención—. ¿Podemos pasar? Mi mujer y yo venimos a divertirnos, ¿verdad, caramelito?

¿Caramelito? ¿En serio? No podía haber escogido un apodo más hortera…

—Sí, pastelito de crema —contesto moviendo las pestañas exageradamente devolviéndole el estúpido mote.

—Yo os conozco —indica el segurata.

—Ah, ¿sí? —pregunto colocando mi mano encima de su fuerte brazo, coqueta.

—¡Claro! ¡Tú bailaste en la barra de *pole dance* la otra noche! Nos diste un espectáculo difícil de olvidar —murmura, mirándome con deseo.

¡Joder! ¿¡Pero qué coño me metieron en la bebida!?

—Sí, es que mi mujercita deja huella allá donde va —interviene Teo, separándome sin disimulo de él.

—Estoy deseando volver a verte bailar, preciosa —masculla el portero, cuando pasamos por su lado.

—Ya veremos, bombón —le contesto.

Teo me arrastra por un pasillo que imagino llevará al interior y, al llegar a la puerta, se detiene.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunta cabreado.

—Ser amable para sacar información y tú no has dejado que averigüe si ese mastodonte sabe algo.

—Ese idiota no sabe nada —escupe.

—¿Y cómo lo sabes, listillo?

—Porque si bailaste en la barra, es imposible que se fijara en otra cosa que no fuera en tu cuerpo en movimiento —murmura en voz baja.

Sorprendida por su confesión, lo observo mientras empuja las puertas de doble hoja y lo sigo al interior completamente muda.

Una vez dentro, un calor sofocante y denso nos da la bienvenida. Miro a mi alrededor y, asqueada, descubro a hombres llenando de billetes los tangas de unas pobres chicas que espero que tengan más de dieciocho años.

—Esto es asqueroso —mascullo.

—Lo sé. Odio estos lugares —admite.

—¿Entonces por qué vienes?

—Te dije que fue por negocios. Uno de nuestros clientes se empeñó en invitarnos a Gael y a mí, pero en cuanto vimos el ambiente, nos largamos. No me gusta que exploten a chicas jóvenes que no tienen ni idea de dónde se han metido.

—Cuando Valeria se entere de que a su amorcito le gusta mirar mujeres en bolas, arderá Troya —bromeo frotándome las manos.

—Mel…

—¡Es broma!

Después de advertirme con la mirada, me agarra de la mano y me lleva a uno de los reservados. ¿Por qué me tiene que afectar tanto su tacto? Me siento en el sofá de terciopelo tratando de disimular y, en cuanto imagino las sustancias que puede haber sobre él, me olvido del efecto Teo y me estremezco de asco.

—¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar en un lugar como este.

Esforzándome para olvidar donde me encuentro, observo con atención mi alrededor y, satisfecha, distingo a lo lejos la capilla que aparecía en la fotografía de nuestra supuesta boda. Le señalo mi hallazgo con un gesto y, al comprenderme, afirma con la cabeza.

—¿Qué vais a tomar? —nos pregunta una exuberante mujer con un minibikini dorado.

—Para mí un whisky y a ti, caramelito, ¿qué te apetece? —Otra vez ese ridículo apodo.

—Un agua con gas, por favor —le pido a la camarera que no deja de babear por mi falso marido.

Más enfadada de lo que quiero admitir, carraspeo de una forma muy poco elegante llamando la atención de la ojiplática chica, la

cual, al darse cuenta de mi cara de pocos amigos, se marcha avergonzada.

—¿Celosa, caramelito? —pregunta el muy cenutrio.

—¿Es necesario que utilices ese apodo tan ridículo? —me quejo sin contestar a su pregunta.

—¿No te gusta? —se interesa poniendo unos morritos exagerados —. Tal vez prefieres galletita, rayito de sol, bomboncito de praliné…

—No, caramelito está bien —acepto viendo que las otras opciones son todavía peores—. Creo que deberíamos acercarnos a la capilla por si recordáramos algo.

—Me parece buena idea —indica poniéndose en pie.

Una vez en la capilla, Teo me mira queriendo saber si mi memoria ha vuelto, pero por más que me joda, solo puedo negar con la cabeza.

—¡Si son los recién casados! —grita una voz estridente a nuestro lado.

Al girarnos, nos encontramos con una camarera vestida con el mismo uniforme que la anterior, dando saltitos como si se hubiera encontrado con alguien famoso.

—¿Nos conoces? —pregunta un confundido Teo.

—¡Por supuesto! Fui yo quien os hizo las fotos de vuestra boda —admite orgullosa—. Se os veía tan enamorados…

Ver su cara soñadora hace que me ponga a la defensiva. ¿Enamorada, yo? ¡Y una mierda! Perfecto, esto no hace más que mejorar.

CAPÍTULO 8

Teo

Cuando Melanie se tensa por el comentario de la camarera, no sé si reír o molestarme. ¿Por qué reacciona así? ¿Tan mal concepto tiene de mí? Aunque no sé de qué me extraño, si es la historia de siempre. La gente solo ve mi lado bromista y no se molesta en conocer mi interior. Sí, ya sé que suena a cliché de película Disney, pero es así.

—¿Había alguien más con nosotros? —pregunto acordándome del tío de los mocasines blancos.

La chica se queda pensativa un instante y, al momento, pone cara de haber recordado algo.

—No, estabais solos, pero ahora que lo dices, el jefe no dejaba de prestaros atención.

—¿El jefe? —inquiero sutilmente aparentando desinterés.

—Sí, el dueño del club —contesta con inocencia.

—¿Y cómo se llama? —se interesa Mel.

—Nadie sabe su nombre —susurra, en tono enigmático—. Cuando me acerqué a su mesa para servirle, se interesó por vosotros. Quería saber si estabais haciendo preguntas o solo os divertíais.

—¿Lo podrías describir? A lo mejor lo conocemos —miento fingiendo simpatía hacia ese hombre.

Shirley, que así se llama la camarera, nos hace una detallada descripción, la cual coincide con la que nos dio el dueño del *Lounge*. Pero antes de que podamos continuar con nuestro interrogatorio, uno de los seguratas le dice que tiene que volver a su trabajo.

—Bueno, al menos sabemos que *Cocodrilo Dundee* seguía nuestros pasos —indica Mel haciendo referencia a los mocasines de nuestro sospechoso.

—Sí, pero eso no es suficiente —me quejo—. ¿Has recordado algo más?

—Nada, y es algo que me tiene muy nerviosa —resopla derrotada —. ¿Y si en realidad matamos a ese hombre? —susurra tapando el micro, para que solo yo pueda escucharla.

No soporto ver la incertidumbre en su mirada y, aunque no tengo ni idea de lo que pasó en realidad, algo dentro de mí me empuja a tranquilizarla. Necesito consolarla y que vuelva a ser la mujer segura de siempre.

—No digas eso, nosotros no hicimos nada malo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta preocupada—. Ninguno de los dos recuerda nada y las únicas pruebas que existen están en nuestra contra.

Sus ojos, que suelen estar llenos de determinación, están vidriosos y asustados. No sé porqué, pero verla tan rota me remueve algo por dentro y despierta en mí un instinto de protección que hasta ahora no había sentido.

—No lo sé, aunque te prometo que, pase lo que pase, estaré a tu lado. —El pacto que acabo de hacerle puede parecer una frase dicha por el calor del momento, pero es algo que sale de lo más profundo de mí y que tengo intención de cumplir hasta el final.

Melanie baja sus defensas por unos segundos y se lanza a mis brazos, apretándome contra su cuerpo, como si fuera lo único que la mantiene a flote. Al notar su desesperación, la sostengo con fuerza y, por primera vez en mi vida, siento que estoy donde debo estar.

Cuando consigue tranquilizarse, se separa de mí lentamente y me mira agradecida. ¡Joder! Su sonrisa hace que me sienta el tío más afortunado del maldito universo. Lo que ella no sabe es que yo también tengo miedo y que necesitaba ese abrazo tanto como respirar. Después, ambos nos removemos incómodos, fingiendo que no acabamos de compartir un instante tan especial, mientras terminamos nuestras bebidas en completo silencio.

Sin poder evitarlo, me quedo embobado admirando esa peca traviesa. Es preciosa. Esta noche, al verla llegar con ese sexi vestido, me he quedado sin respiración y he tenido que contenerme para no lanzarme a su boca y besarla.

—¿Ocurre algo? —pregunta mirándome con el ceño fruncido. ¡Mierda! ¡Me ha pillado!

—No, pero deberíamos irnos. No me gusta este lugar y no creo que encontremos nada más.

—Sí, tienes razón —concluye—. ¿Y ahora qué? ¿Cuál es nuestro siguiente paso?

Ver la forma en que me mira, pensando que yo tengo la respuesta a nuestros problemas, me llena de orgullo al saber que alguien me necesita.

—Le diremos a Álvaro lo que hemos averiguado y mañana iré a ver a mi padre —expongo con pesar, sabiendo que será algo incómodo y desagradable.

—¿Estás seguro? —pregunta no demasiado convencida con mi propuesta.

—Es mi familia.

—Y también es sospechoso.

—Igual que nosotros. Tranquila, no le contaré nada sobre la investigación —le prometo.

Soy consciente de lo que está en juego, pero tengo que verlo. Necesito mirarlo a la cara y averiguar si está metido en todo esto.

Decepcionados por no haber encontrado algo relevante, pago las bebidas y salimos a la calle. Una vez en el exterior, lleno mis pulmones de aire puro, agradecido por haber salido de ese asqueroso antro.

—Vamos con Álvaro y después te llevo a casa.

—No es necesario, yo…

—No era una propuesta —expongo—. Es tarde y no voy a permitir que vayas sola a estas horas.

—Puedo defenderme —se queja cruzándose de brazos.

—Lo sé, pero necesito saber que llegas a tu casa de una sola pieza. Hazlo por mí, por favor.

Para mi sorpresa y mi paz mental, Mel acepta sin rechistar, lo cual agradezco. Supongo que se ha dado cuenta de lo cansado que estoy y ha decidido darme una tregua. Cuando llegamos al coche, me acerco para abrirle la puerta, aunque al ver que me lanza una mirada de advertencia, recuerdo el incidente con su ropa interior. Sonriendo de medio lado, levanto las manos en señal de rendición y voy directo a mi asiento.

Una vez que nos acercamos a la furgoneta, el equipo nos quita los micrófonos y, durante unos minutos, comentamos con Álvaro nuestras impresiones, que en realidad son pocas. Después, nos despedimos de todos y nos marchamos.

Mientras Mel me guía hasta su casa, pienso en todas las pistas que tenemos y trato de montar un puzle con ellas, pero por desgracia, todavía nos quedan muchas por encontrar para descubrir toda la verdad.

—Gracias por traerme —dice al detener mi coche en su portal.

—De nada.

Cualquier otro día le habría lanzado una de mis típicas indirectas para ponerla nerviosa, no obstante, estoy tan cansado que no me quedan fuerzas para bromear.

—Hasta mañana —me despido.

—En cuanto hables con tu padre, llámame —me pide.

Afirmo con la cabeza y me marcho al verla entrar en su edificio. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

Una vez que llego a mi ático, voy directo a la ducha. Necesito quitarme ese olor a antro de perversión que llevo impregnado en mi piel. Mientras el chorro de agua impacta contra mi cansado cuerpo, pienso en Mel y en lo derrotada que se veía esta noche. Si estuviera en mis manos alejarla de todo y que la culpabilidad recayera en mí, no dudaría ni un segundo en hacerlo. ¿Y si en realidad esto no tiene nada que ver con ella y solo es un daño colateral? Hasta ahora, lo único que la ha conectado al caso he sido yo y la conexión con mi padre me hace parecer cada vez más sospechoso. ¿Y si tuvo la mala suerte de estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno?

Salgo de la ducha y me fijo en que las marcas de mi cuello se han ido difuminando con el paso de los días.

De repente, un *flashback* en forma de relámpago atraviesa mi cabeza y empiezo a ahogarme. Es como si unas manos invisibles se cerraran alrededor de mi cuello, queriendo silenciarme. En cuanto la imagen se desvanece tan rápido como llegó, recupero el aliento y por más que intento aferrarme a ese recuerdo para seguir el hilo, mi

mente vuelve a quedarse en blanco, dejándome con la incertidumbre.

¡Joder! Es lo mismo que me ocurrió esta mañana. Cuando volví a mirar la fotografía de Mendoza, algo en mí hizo *clic* y, de pronto, recordé la imagen de ese hombre saliendo del despacho de mi padre hace unos meses. Recuerdo que me sorprendió ver que un tipo con esas pintas de criminal tuviera tratos con él.

No sé por qué no dije nada, pero supongo que el descubrimiento me impactó tanto que no supe cómo reaccionar. Solo sé que sentí la necesidad de procesar esa información para proteger a mi padre, aunque no nos llevemos bien.

Me meto en la cama agotado, con una idea revoloteando en mi cabeza. ¿Él también intentaría protegerme? Cierro los ojos temiendo la respuesta y, antes de que me pueda dar cuenta, caigo en un profundo sueño.

★☆★

Anoche, después de quitarnos los micrófonos, Álvaro me recordó que no podía contarle nada del caso a mi padre. Entiendo que su deber es advertirme, no obstante, me jodió. Sé que a veces puedo dar esa impresión, pero no soy idiota y me consta que esto no es un juego.

Más nervioso de lo que me gustaría admitir, me visto y me marcho directo a la empresa de mi padre. Es miércoles y, aunque es temprano, estoy convencido de que estará allí. Aparco mi coche en la plaza destinada a la familia y subo por el ascensor moviendo el pie con un tic nervioso. Sí, lo admito: a pesar de que tengo cuarenta años, sigo teniendo miedo de hablar con él. Su esfuerzo por hacerme creer que soy insignificante ha conseguido que, cada vez que nos encontramos, me sienta pequeño, casi invisible. Igual que una diminuta hormiga en medio de una gran ciudad.

Llego a la mesa de su secretaria la cual, al verme, anuncia mi presencia por teléfono. El muy cabrón odia los imprevistos y me lo recuerda haciéndome esperar más de media hora, como si fuera una simple visita. Cuando mi paciencia está a punto de agotarse, su

secretaria, que es igual de amargada que él, contesta el teléfono y me hace pasar al despacho presidencial.

—Buenos días, padre. Creía que tendría que marcharme sin verte —lo saludo con sarcasmo.

—No seas impertinente. Soy consciente de que tu vida carece de ocupaciones y que te sobra tiempo para malgastarlo, pero, a diferencia de ti, yo tengo asuntos importantes que atender.

«¡Será capullo! ¡Contéstale! ¡Dile dónde se puede meter su tiempo de mierda!», grita mi conciencia, fuera de sí. Aunque en lugar de hacerle caso decido ignorarla y hacer lo de siempre: tragarme mi orgullo. Es absurdo enfrentarme a él porque tengo la batalla perdida. Odio sentirme tan débil y mediocre, por eso evito mis visitas todo lo que puedo, pero mis circunstancias actuales han hecho que tenga que tragarme la poca dignidad que me quedaba.

—¿Qué quieres? —escupe irritado.

—¿Es que un hijo no puede venir a ver a su padre? —miento.

—¡Déjate de idioteces, Teodoro! No tengo tiempo para tus tonterías. Si has venido hasta aquí para pedirme un favor, ya puedes largarte. Eres mayorcito para arreglártelas solo.

Después de su discurso, mi padre, que ni siquiera se había puesto en pie para recibirme, se centra en su ordenador sin dejar de teclear, como si yo no existiera. Lo observo con decepción, y es justo en este instante en el que comprendo que, a pesar de que tuviera en su poder la clave para evitar que vaya a la cárcel, no haría nada por ayudarme, sobre todo si él se ve salpicado.

Sabiendo que no voy a conseguir nada de esta visita, salgo de su despacho sin hacer ruido y camino cabizbajo por los pasillos hasta llegar a mi coche. Me dejo caer en el asiento y permanezco unos minutos inmóvil, sin saber qué hacer. Sé que nunca le he importado —se ha encargado de demostrármelo todos estos años—, pero cada vez que me rechaza, algo se rompe dentro de mí y me hace sentir derrotado e insignificante.

Sin que pueda controlar la ira, mis ojos se llenan de lágrimas y, aunque me joda reconocerlo, vuelvo a ser ese niño que busca con cada logro las felicitaciones de su padre. Siento rabia e impotencia, y no porque no me quiera, sino porque, por su culpa, me he

convertido en una persona insegura e infeliz, que busca la aprobación en los demás.

Durante años me sentí atrapado en un pozo sin fondo y, cuando fui un adulto independiente, tomé la decisión de ir a terapia. Fue allí donde comprendí que mi necesidad de afecto —el mismo que mi familia siempre me ha negado— me llevaba a buscar consuelo en los brazos de todas esas mujeres. Un día le pregunté al psicólogo por qué me resultaba imposible mantener una relación estable. Él sonrió con serenidad y me respondió que, en el fondo, temía enamorarme y que me abandonaran igual que hizo mi familia. Sí, tengo miedo al rechazo y por eso no soy capaz de tener lazos emocionales con nadie, excepto con Gael.

Sin poder evitarlo, las lágrimas que contenía, hace un instante, se deslizan por mis mejillas y, por un momento, me permito sacar esa rabia y tristeza que tengo dentro de mí. Siendo yo mismo, sin coraza ni sonrisas fingidas.

La llegada de un nuevo mensaje hace que vuelva a encerrar mis sentimientos bajo llave. Desbloqueo mi móvil y, cuando leo el texto, la sangre se me congela: *Si ella no deja de meter las narices donde no le llaman, pagará las consecuencias.* Nervioso por la amenaza, decido llamar a la única persona que nos puede ayudar.

—Tenemos que hablar.

CAPÍTULO 9

Mel

La llamada de Álvaro me pone nerviosa. Cada vez que veo su nombre en la pantalla de mi teléfono, pienso que ha llegado la hora de despedirme de mi familia y poner rumbo a la cárcel. Sí, lo sé, soy un poco dramática, aunque después de todo lo que estoy viviendo, no es para menos.

Golpeo la puerta de su despacho y, al entrar, compruebo que Teo ha llegado antes que yo. Al verlo, algo dentro de mí revolotea, pero cuando le presto atención y observo su cara demacrada y su expresión preocupada, me altero.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto nerviosa—. ¿Tu padre ha dicho algo?

—Siéntate, por favor —me pide Álvaro—. Tenemos que hablar.

Los observo desconfiada, analizando las miradas que intercambian en silencio. Sé que me ocultan algo y eso me cabrea. Odio sentirme excluida, como si fuera una espectadora más y no parte de esta historia.

—Teo ha recibido un mensaje —dice el comandante en cuanto tomo asiento.

El aludido, al verme fruncir el ceño, me tiende su teléfono y, al leer la advertencia que le han enviado, me quedo helada. ¡Joder! ¿Dónde nos estamos metiendo?

—¿Por qué me amenazan solo a mí?

—No lo sabemos.

—¿Quién ha podido ser? —pregunto más para mí misma que para ellos.

—Tengo a mi equipo buscando algún rastro de ese mensaje, pero todavía no hemos encontrado nada.

—Ayer recordé haber visto a Mendoza salir del despacho de mi padre —admite Teo de repente, rehuyendo mi mirada.

—¡¿Y lo dices ahora?! ¡Se supone que estamos juntos en esto! —exploto.

—Lo siento, yo…

—¿¡Que lo sientes!? ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Acaso tienes algo que ver con ellos?

Todo lo que ha estado rondando por mi cabeza este tiempo, sale a borbotones de mi boca, sin pensar con claridad.

—Melanie, tienes que calmarte. Estoy seguro de que no lo hizo de mala fe. Ambos estáis bajo mucha presión y es normal que estéis estresados.

Sé que tiene razón, pero me duele saber que Teo no confía en mí. No me contó lo que había recordado y, a pesar de que le pedí que me llamara cuando hablara con su padre, no lo hizo. Está claro que no remamos en la misma dirección, aunque vayamos en el mismo barco.

—¿Cuándo lo recibiste? —pregunto enfadada.

Teo me mira serio, como si supiera a donde quiero llegar.

—Cuando salí de su despacho.

—¡Está claro! Tu padre está metido en todo esto —lo acuso.

—No sabes si eso es cierto —me advierte el comandante.

—No lo sé, pero ¿no crees que es demasiada casualidad que recibiera esa advertencia justo después de hablar con él?

—Sí, es posible —admite Teo—, aunque dudo que mi padre fuera quien me enviara ese mensaje.

—¿Por qué? —se interesa Álvaro.

—Porque solo utiliza su móvil para hacer llamadas. Odia las tecnologías y jamás ha enviado uno.

—Entonces, ¿quién puede haber sido? —pregunto—. Tiene que ser alguien que esté relacionado con su padre o con su entorno. ¿Y si es la misma persona que nos drogó?

—Tendría sentido. ¿Podría ser un empleado? —aporta el comandante.

—Tengo fotografías del último evento que se celebró en la empresa y en ellas aparecen los trabajadores. Podemos enseñárselas al dueño del *Lounge* por si reconociera a nuestro sospechoso.

—¡Es una buena idea! —exclamo.

—Eso no es posible —indica Álvaro muy serio.

—¿Por qué? Estoy segura de que querrá colaborar.

—Ha fallecido.

—¡¿Cómo?! —estalla Teo, llevándose las manos a la cabeza.

—Esta mañana su empleado lo encontró tirado en el suelo del bar, sin vida. Llamó a urgencias, pero, según dijeron, llevaba horas muerto —explica agotado—. Parece que fue un paro cardíaco.

—¿Parece? —pregunto temiendo su respuesta.

—Esa es la versión del forense, no obstante, a mí esto me huele mal.

—¿Y si lo han asesinado? —plantea Teo, nervioso.

—Es lo que estamos investigando. Cuando sepa algo más os lo haré saber.

—¿Habéis encontrado alguna información del propietario del club de estriptis? —pregunta Teo, agotado.

—No, sus datos no aparecen en ningún lugar. Es un fantasma —explica frustrado—. Pero seguimos tirando del hilo.

—Pues menuda mierda —me quejo—. No aguanto más, necesito despejarme. Me voy, he quedado a comer con Valeria.

—Dale recuerdos de mi parte —me pide un sonriente Álvaro.

—Lo haré, aunque no creo que a Gael le haga mucha gracia —bromeo.

Me despido de los dos y me marcho con el ánimo por los suelos. ¡¿Qué coño está ocurriendo? No solo es uno, sino dos asesinatos los que giran en torno a nosotros y al parecer hay una posibilidad de que ambos estén conectados.

Salgo a la calle y llamo a un taxi. Por culpa del jodido tráfico llego una hora después al restaurante. Mi amiga, al verme, hace una mueca por haberla dejado plantada y, justo cuando está a punto de regañarme, la detengo levantando una mano.

—Últimamente mi vida es una auténtica mierda. Están pasando cosas que se salen de mi control y que me tienen acojonada. Así que te pido que no me sermonees por no haber sido puntual —le suplico sentándome en la silla.

—Está bien —acepta seria—. Mel, estoy muy preocupada por ti. Si pudieras contarme algo…

—Sabes que debo tener la boca cerrada. Solo te diré que Teo y yo nos hemos visto envueltos en un asunto muy complicado. Aunque, bueno, tengo la impresión de que él está más involucrado de lo que parece.

—¿Qué quieres decir? No sé lo que está pasando, pero Teo es una buena persona. No dejes que lo que ha ocurrido entre vosotros te nuble la mente. Confía en él.

—No es eso… ¡Joder! Ojalá pudiera contártelo.

—Tranquila, chiqui. Lo que sí me puedes contar es lo que hay entre vosotros dos. Porque, amiga, pasaste de querer llevártelo a la cama a toda costa, a no poder ni verlo.

—Eso no es cierto —bufo.

Mi mejor amiga, que me conoce demasiado bien, se cruza de brazos y me mira con el ceño fruncido, como si estuviera esperando a que dejara de mentirle en la cara.

—¡Vale! —exclamo levantando las manos en señal de rendición—. Admito que estoy un poco tensa con él.

—¿Un poco?

—Eres peor que tu madre —me quejo—. ¡Está bien! Teo me pone muy *perraca* y, aunque esperaba que me decepcionara en la cama, fue todo lo contrario.

—Ya entiendo. Lo que ocurre es que estás acojonada. Doña «nunca voy a tener una relación» sintió cosas y ahora tiene miedo de que eso se vuelva en su contra.

—¡No seas exagerada! Solo fue sexo.

—Claro, como lo mío con Gael —escupe poniendo los ojos en blanco.

—No es lo mismo —me quejo.

—Mel, estás asustada y no pasa nada. No digo que tengas que enamorarte de él, pero que tal vez podrías ser un poco más amable. Os acostasteis y te gustó mucho.

—Demasiado —admito sonriendo al recordarlo.

—¿Y eso es malo? Además, si es cierto que no sientes nada por él, ¿por qué no podéis acostaros sin promesas de amor? Aunque tratéis de ocultarlo, a los dos se os ve con ganas de repetir.

—No sé, yo…

—¿Es que tienes miedo de enamorarte? —me acusa la muy cabrona.

—¡Estás loca! Yo nunca me voy a enamorar y menos de alguien como él.

—Entonces no tienes nada que perder —dice llevándose el tenedor a la boca.

¡Qué hija de puta! Se suponía que yo era la amiga que la provocaba hasta sacarla de su zona de confort, pero esta vez es ella la que me deja con dudas. ¿De verdad tengo miedo? ¿Es cierto que no quiero volverme a acostar con él por miedo a enamorarme? ¡Y una mierda! Eso no puede ser.

Dos horas después, con tres botellas de Verdejo en el cuerpo, salimos a la calle cantando una canción de *Camela* a pleno pulmón.

—Creo que voy a llamar a Gael —balbucea mi amiga cuando terminamos el espectáculo—. No tengo fuerzas ni para subirme a un taxi.

Su voz gangosa me hace gracia y empiezo a partirme de risa. Creyéndome más lúcida que ella, me pongo tiesa y le contesto.

—Puesss yo estoy la mar de bien, la verdad —digo orgullosa por mi logro.

—Ya lo veo —suelta entre risitas—. ¿Entonces qué coño haces hablando con un árbol?

¡Mierda! ¿Será verdad? Pienso mientras alargo mi mano y me encuentro con un tronco rasposo.

—Sí, definitivamente voy a llamar a Gael. ¡Hola, cari! Sí, un poquitín —responde, e imagino que le ha preguntado si ha bebido—. ¿Puedes venir a salvarme?

—Madre mía, ni que estuvieras en peligro —bufo exasperada por el *empalagoseo* de esos dos.

—Luego te pago en especies —dice soltando una risita antes de colgar—. Supongo que estará cerca porque ha dicho que en dos segundos está aquí.

—¡Normal! Te has ofrecido como regalo y tu prometido está tan loquito por ti que es capaz de saltarse todos los semáforos de Madrid para poder recoger su premio.

—Sí, es capaz —suelta con un suspiro de enamorada.

Gael no tarda dos segundos, pero en menos de cinco minutos lo tenemos parado en doble fila delante del restaurante. ¡Pues sí que tiene ganas de mojar!

Mi amiga, al verlo, da dos saltitos y sale corriendo hacia él. Madre mía, quién la ha visto y quién la ve. Con lo poco que le gustaba antes el roce y ahora parece una gata en celo.

—Bueno, pareja, yo me marcho —me despido dándome media vuelta.

Estoy tan mareada que no calculo bien, y justo cuando voy a chocar contra el árbol con el que hablaba hace un momento, unos brazos fuertes me detienen antes del impacto y me pegan a un duro torso.

—Cuidado, preciosa.

Escucho esa voz, esa jodida voz que, aunque no quiera, hace que mi piel se erice y que desee cosas que no van a volver a ocurrir.

—Teodoro, ¿tú también has venido a salvarme? —balbuceo soltando una risita, todavía entre sus brazos.

—No lo sé, ¿te dejarías salvar?

—Todavía tengo que pensármelo.

—Avísame cuando tomes una decisión, morenita.

Volver a escuchar ese mote de su boca, me provoca una sensación de bienestar y mi cuerpo se relaja como si estuviera en casa. Sin poder evitarlo, miro su apetitosa boca, pero antes de que pueda cometer un error del que luego arrepentirme, entro en un sueño profundo.

★☆★

La claridad del día golpea mi cara y me arranca de los brazos de Morfeo. Abro los ojos y el rayo de luz me abrasa las córneas, haciendo que suelte un alarido de dolor.

Al moverme, miles de agujas me atraviesan el cráneo y, al instante, comprendo que todo es consecuencia del maldito alcohol. ¡Mierda! Tengo que dejar de beber. ¿Cuántas veces habré pensado esto?

Miro mi alrededor y, angustiada, observo la misma habitación lujosa de hace unos días. Las sábanas son de otro color, pero siguen

siendo de un material parecido al que deben usar los dioses del Olimpo en sus camas. ¿Estaré soñando? Asustada, levanto las sábanas y, en cuanto compruebo que sigo vestida, suspiro aliviada.

—Por lo menos sé que no estoy en el día de la marmota —suspiro haciendo alusión a esa película en la que los protagonistas se despertaban cada mañana viviendo el mismo día una y otra vez.

«Ya sabía yo que volverías a caer con este semental» apunta mi conciencia que, por cierto, hacía demasiado que no me molestaba.

—¡Mierda! —exclamo incorporándome al darme cuenta de que tiene razón—. ¡Otra vez no!

—Tranquila, morenita —dice el hombre que últimamente está poniendo mi vida patas arriba—. No ha pasado nada. No me gusta hacerlo con mujeres inconscientes.

—Me alegra saberlo —indico aceptando la taza de café que me ofrece.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta dejando en la mesita unos analgésicos y una botella de agua—. Tómatelas, te irá bien.

—Gracias. ¿Qué ocurrió ayer? —indago nerviosa antes de tragarme las pastillas.

—¿No recuerdas nada? —cuestiona divertido.

—¡Joder! Esto parece un *déjà vu* —lloriqueo.

—No te preocupes, esta vez yo sí me acuerdo de todo —expone misterioso.

Aunque sé que no ha pasado nada entre nosotros porque así me lo ha dicho, estoy nerviosa. ¿Y si he dicho algo que no debía? ¡Ay, madre! ¿Por qué no aprendo de mis errores?

CAPÍTULO 10

Teo

Es preciosa. La forma temerosa en la que me pregunta lo que pasó ayer despierta en mí unas ganas locas de protegerla siempre. «¿Qué coño estás diciendo, tío? Nosotros no protegemos, conquistamos, ¿recuerdas?». Mando a mi conciencia de un puñetazo a lo más profundo de mi cabeza y, cuando ya no la escucho, vuelvo a prestar atención al bellezón que tengo delante, el cual sigue esperando mi respuesta.

—Ayer, Valeria y tú os pasasteis un poquito con el Verdejo —le explico sentándome en la cama—, y llamasteis a Gael. Nosotros estábamos comiendo cerca, así que fui con él.

—Sí, recuerdo eso y también estar hablando con un árbol —murmura.

—¿Un árbol?

—Déjalo, es una larga historia. Continúa —me pide.

—Al llegar impedí que te chocaras y caíste rendida en mis brazos. Supongo que soy más irresistible de lo que quieres reconocer —bromea.

—En tus sueños, Teodoro —lo señalo—. ¿Y después?

—Te quedaste profundamente dormida y te traje a mi casa. Gael y Valeria estaban muy entretenidos metiéndose mano y no quise interrumpirlos. Así que llamé a un taxi y te arropé en mi cama mientras roncabas.

—¡Yo no ronco!

—Sí, lo haces y además de una forma muy graciosa.

—¡Retíralo! —exclama tirándose encima de mí haciendo que caiga de espaldas en la cama.

Sus cosquillas, que al principio me arrancan carcajadas, terminan calentándome y despertando algo más cuando su pecho roza mi torso. ¡Joder! Ella, al notar mi erección, detiene su tortura y clava sus ojos en mis labios.

—Será mejor que me dé una ducha —indica bajándose de mi ardiente cuerpo—. Y de agua fría, a poder ser.

Esas últimas palabras las deja caer justo antes de entrar en el lavabo, en un susurro apenas disimulado, lo bastante claro como para que lo oiga. Debo haber sido muy malo en otra vida, porque esa mujer es mi castigo. Aunque, pensándolo bien, creo que vale la pena esta penitencia si puedo tenerla cerca.

En cuanto escucho el agua correr y mi mente empieza a imaginarse las gotas de agua resbalando por su piel, me levanto de la cama de un salto y salgo huyendo dispuesto a preparar el desayuno.

Media hora después, Melanie sale de la ducha con el pelo mojado y el aroma de mi jabón envolviéndola, lo que hace que me vuelva a excitar. ¡Maldita mujer!

—¿Te gustan los huevos? —pregunto volviendo a concentrarme en el desayuno.

—Depende de cómo sean —susurra demasiado cerca de mí.

Al darme cuenta de lo que acabo de preguntar, maldigo en voz baja y me doy la vuelta para corregir mi error. Pero al ver su sonrisa juguetona, me quedo sin aliento. ¡Esta mujer me va a volver loco!

—¿Por qué me miras así? —cuestiono nervioso.

—Así, ¿cómo? —indaga acercándose cada vez más.

—Como si yo fuera el desayuno —contesto sabiendo que eso es imposible.

—¿Y si así fuera? ¿Y si quisiera comerte?

¡Me cago en la puta! La poca sangre que me quedaba en el cerebro ha bajado de golpe hasta mi entrepierna, provocándome una dolorosa erección.

—¿Qué estás diciendo? No juegues conmigo, Mel —le advierto.

—No lo hago. Ayer hablé con Valeria y me abrió los ojos. ¿Qué pasaría si nos dejáramos llevar, Teodoro? —pregunta recorriendo mi pecho con una de sus largas uñas rojas—. Está claro que ambos lo estamos deseando.

—¿Y qué pasa con tu norma?

—Mi norma ya se rompió la otra noche, ¿no crees?

—¿Estás segura? —Sé que parezco un gilipollas, pero no quiero que después se arrepienta.

—Somos adultos —indica relamiéndose los labios—, y sabemos que esto es solo sexo.

Tengo que estar atrapado en un jodido sueño, tiene que ser eso. En cualquier momento el condenado despertador sonará y me arrancará de este instante tan inolvidable. Mel se pega a mi torso y desliza sus dedos por mi cuello, erizándome la piel. No, definitivamente no es un sueño, aunque jamás imaginé que tendría a Mel en mi cocina, tratando de seducirme por segunda vez.

Esta mujer no es consciente de lo irresistible que es para mí. Ayer, cuando la subí en el taxi para traerla a mi casa, se despertó e intentó meterme mano. No dejaba de decir lo cachonda que la ponía y os juro que no tengo ni puta idea de cómo logré resistirme y no darle lo que ella me estaba suplicando.

—Qué dices, guapito de cara, ¿te apuntas? —pregunta un tanto insegura.

—Estaría loco si dijera que no.

Después de mi confesión, me lanzo a su boca y la devoro famélico. ¡Dios! ¿Cómo es posible que extrañara sus labios si apenas los he probado?

Mel, entregada por completo a la pasión, lleva sus dedos hasta mi pelo y tira de él con suavidad, arrancándome un gemido desde lo más profundo de la garganta.

—Joder, me pones a cien, morenita.

—Hablas demasiado, Teodoro —balbucea entre beso y beso.

Desatado, desplazo las manos a su culo y la alzo para que rodee mi cintura con sus piernas. Sin separar nuestras intrépidas bocas, la coloco sobre la encimera de la cocina y presiono mi pelvis contra su entrepierna, arrancándole un jadeo cargado de deseo. Muevo las caderas para provocarla, y me siento victorioso cuando tira de mi labio con desesperación.

Melani se retuerce impaciente entre mis brazos y, en este instante, sé que nunca seré capaz de negarle nada a esta preciosa mujer. Justo cuando introduzco mis manos debajo de su camiseta para llegar hasta sus pechos, su teléfono empieza a sonar.

—Ignóralo —me pide contra mis labios.

Obedezco sin rechistar continuando con mi expedición hasta que otro teléfono interrumpe el momento, pero esta vez es el mío. Ambos nos separamos, conscientes de que podría ser algo importante y, al revisarlo, descubrimos que se trata de la misma persona: Álvaro.

Melanie se baja de la encimera de un salto mientras que yo devuelvo la llamada al comandante, activando el altavoz para que ella pueda escuchar nuestra conversación.

—Hola, Álvaro.

—Teo, tenemos que vernos. Hemos encontrado algo.

—¿Es bueno o malo?

—Mejor lo hablamos en comisaría. He llamado a Melanie, pero no la localizo, intentaré llamarla de…

—No es necesario, está conmigo —lo interrumpo ganándome una mirada reprobatoria de la susodicha.

¿Qué pasa? ¿Por qué no quiere que el comandante sepa que está conmigo? ¿Será porque quiere tener algo con él? «¡Qué más da! La chica se te ha ofrecido en bandeja de plata, aprovéchalo y no la cagues».

—De acuerdo. Os espero aquí —informa antes de colgar.

—¿Por qué le has dicho que estábamos juntos?

—¿Acaso importa? —pregunto irritado—. ¿Qué ocurre, Mel? ¿También te lo quieres follar a él?

Justo en el instante en el que su fría mirada impacta contra la mía, comprendo que la he vuelto a cagar. «Te lo advertí, capullo».

—No te equivoques, Teodoro. Que quiera acostarme contigo no te da ningún derecho a meterte en mi vida. No somos nada —me aclara clavando su dedo contra mi pecho—, y no tengo que darte explicaciones.

—Joder —maldigo cuando ella desaparece por la puerta de la cocina.

Media hora después, y con un humor de perros, entramos en el despacho de Álvaro, que no parece estar mucho más contento que nosotros.

—Sentaos, por favor.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mel, preocupada.

—Tal y como os comenté, el primer diagnóstico de la muerte del propietario del *Lounge* era un paro cardíaco. La víctima tenía factores de riesgo, los cuales no nos hicieron sospechar nada en un primer momento.

—¿A qué te refieres con factores de riesgo? —cuestiono con interés.

—Varón de edad avanzada, fumador, con hipertensión, etc. —explica leyendo un informe médico—. Además, no encontramos signos visibles de violencia, por lo que no había motivos para pensar en otra posibilidad.

—¿Y ahora si los hay? —plantea Mel.

—Sí. Los forenses encontraron un pequeño pinchazo en su cuello, prácticamente invisible, y decidieron hacerle un examen más exhaustivo.

—¿Y? —indago impaciente.

—Descubrieron una dosis elevada de potasio en su sangre.

—Vamos a ver, *Action Man*, o hablas en un idioma que te podamos entender o podemos estar así hasta mañana.

El comandante, a pesar de la situación, suelta una risita y la mira con diversión haciendo que una punzada me atraviese el pecho. ¿Esto que siento son celos?

—Veamos, una dosis elevada de potasio puede causar un paro cardíaco inmediato. Es algo muy difícil de detectar si se inyecta y eso hace que resulte complicado sospechar que se trate de un crimen. No deja rastros fáciles porque se absorbe muy rápido en el cuerpo.

—Mierda, entonces es oficial. Hay otro asesinato que recae sobre nuestras cabezas —expongo nervioso.

—Sí, y hay algo más. Al descubrirlo, volvimos a la escena del crimen y encontramos esto entre dos cajas.

—¡Eso es mío! —exclamo al ver el reloj de pulsera que me regaló mi padre—. ¿Qué hacía allí?

—Eso es lo que te quería preguntar —responde Álvaro, muy serio.

—¿Me estás acusando de algo?

—No, solo quiero averiguar qué está ocurriendo y por qué no para de morir gente a vuestro alrededor.

—¡Soy inocente! No tengo ni idea de cómo llegó mi reloj hasta allí, pero lo que sí puedo decirte es que la mañana en que desperté sin recordar nada, noté que me faltaba.

—¿Quieres decir que alguien lo puso allí intencionadamente?

—Eso creo.

—¡Mierda! —estalla el comandante dando un puñetazo en su mesa—. Esto cada vez se está complicando más.

—Todo sería más sencillo si recordáramos algo —maldigo.

—¿Y si probamos con la hipnosis? —propone Mel.

—¿Cómo dices? —pregunto sorprendido.

—Una amiga la utilizó para ayudarle con su ansiedad, y me contó que también se usa para tratar traumas, fobias o recuerdos reprimidos.

—Podría funcionar —indica Álvaro pensativo.

—No pienso ponerme en manos de un chamán de esos que finge conocer tu futuro con solo mirarte y promete curarte todos tus males con unas hierbas aromáticas.

—No es un chamán, capullo. Es un psicólogo clínico —protesta Mel, cruzándose de brazos.

—Creo que, en nuestra situación actual, cualquier ayuda es buena.

—¿Es que acaso estás ocultando algo que no quieres que sepamos, Teodoro?

—¡Yo no oculto nada! ¡Está bien, acepto a ir a ver a ese chamán!

—Y dale con el chamán de los cojones —se queja, poniendo los ojos en blanco.

—Por favor, llama a tu amiga y pídele el contacto de la persona que hace las hipnosis. Tenemos que conseguir una cita lo antes posible.

Melanie nos señala el teléfono y sale del despacho, dispuesta a conseguir ese contacto.

—¿Cómo estás?

—Yo bien. ¿Por qué lo dices? —pregunto desconfiado.

—Te noto un poco tenso.

—¿Cómo quieres que esté? Cada vez hay más pruebas que apuntan hacia mí y sigo sin poder recordar lo que ocurrió aquel día. ¡Es desesperante!

—Lo entiendo, pero tienes que ser optimista. Seguro que encontraremos algo que pruebe vuestra inocencia.

—Yo ya no estoy seguro de nada —confieso con la voz quebrada, sintiendo cómo el peso de la incertidumbre me aplasta el pecho—. ¿Y si en realidad fui yo? ¿Y si maté a ese hombre?

—¡No digas tonterías! —salta Álvaro con una mezcla de sorpresa y determinación—. Lo poco que he descubierto sobre ti me basta para saber que no serías capaz ni de matar a una mosca.

—¿Y si ese hombre intentó hacerle daño a Mel? —insisto, buscando una explicación desesperada que justifique el vacío en mis recuerdos—. ¿Y si reaccioné para defenderla y… simplemente he querido borrarlo de mi memoria?

Álvaro, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se acerca y me coloca una mano en el hombro, para transmitirme su apoyo.

—No te atormentes con suposiciones —me pide en tono sereno, con la firmeza de quien ha pasado por situaciones difíciles—. Vamos a esperar. Veamos qué conseguimos con la hipnosis antes de sacar conclusiones precipitadas que podrían no tener sentido.

—¡Lo tengo! —exclama Mel, interrumpiéndonos.

—¿Has conseguido el contacto? —pregunta el comandante.

—Algo mucho mejor —expone sonriendo de medio lado—. He conseguido una cita para mañana a las diez.

—¡Eres maravillosa! Si alguna vez te quedas sin trabajo, llámame —propone Álvaro guiñándole un ojo—. Te buscaré un hueco en la unidad.

Ella le sonríe coqueta y yo siento que me muero por dentro. ¿Qué coño me está pasando? ¿Por qué las entrañas se me retuercen de dolor?

Una vez que Álvaro nos informa de que nos acompañará a la cita y acordamos con él la hora y el lugar para encontrarnos, nos marchamos. Ninguno de los dos dice una palabra mientras salimos de su despacho; es como si el aire se hubiera vuelto más denso, cargado de pensamientos no dichos y emociones contenidas.

Al salir a la calle, la brisa fresca nos envuelve y el ruido de la ciudad nos recibe dando la sensación de que nada ha cambiado,

aunque nosotros sí lo hayamos hecho.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—¡¿Por qué todos me preguntáis lo mismo?!

—Eres un gilipollas, Teodoro. Por mí te puedes pudrir —escupe antes de comenzar a caminar.

—¡Espera! —le pido agarrándola del brazo—. Lo siento. Me cuesta procesar todo lo que nos está pasando.

—Lo sé, me encuentro en la misma situación que tú, ¿recuerdas?

—Perdóname —le suplico—. No estoy acostumbrado a que la gente se preocupe por mí.

—Está bien, disculpas aceptadas.

Ante mi atenta mirada, Mel se da la vuelta y se sube a un taxi sin darme tiempo a detenerla. ¡Mierda! «Te has quedado sin sexo por gilipollas», me recrimina mi conciencia.

CAPÍTULO 11

Mel

—Este tío es idiota —mascullo mientras el taxista me lleva hasta mi piso—. ¿Qué se ha creído? A ver si se piensa que él es el único que está pasándolo mal. Aunque, bueno, imagino que si mi padre estuviera implicado en el caso lo estaría pasando mucho peor que ahora. Pero…

—¿Está bien, señorita? —pregunta el taxista, al darse cuenta de que hablo sola.

—¡Sí! Perdone, es que tengo la costumbre de solucionar los problemas en voz alta —me excuso.

—No se preocupe. Mi mujer, Rosita, también solucionaba los suyos así. Era una mujer de armas tomar, con un carácter de mil demonios, no obstante, una vez que lograba calmar a la fiera que llevaba dentro, era la más amorosa.

—¿Ella…?

—Sí, falleció hace unos años —admite con voz temblorosa.

—Y, ¿cómo lo superó? —cuestiono sin pensar—. ¡Perdone! Me estoy metiendo en lo que no me importa.

—No se preocupe, me encanta hablar de mi mujer. Cuando falleció, sentí que el mundo se me venía abajo. Nuestros hijos ya eran mayores y por fin podíamos empezar a disfrutar más el uno del otro. Era mi compañera de vida y fue muy difícil entender que tenía que seguir mi camino sin ella.

—Por eso yo no me voy a enamorar nunca.

—¿Por qué dice eso?

—Fui testigo de cómo mi padre tuvo que enfrentarse a la muerte de mi madre, y entendí el vacío que deja perder a alguien a quien se quiere tanto. Así que, si no me enamoro, evitaré ese dolor.

La risotada del conductor hace que me recoloque en el asiento, algo incómoda, y que lo mire con atención.

—Todavía es muy joven para decir algo así. Tiene que aprender mucho de la vida y del amor, señorita.

—Supongo —contesto, no demasiado convencida.

Una vez que el taxi se detiene delante de mi portal, el conductor se gira para mirarme a los ojos y me sonríe con cariño.

—Aunque no me lo haya pedido, voy a darle un consejo: no se niegue la posibilidad de enamorarse, porque entonces nunca vivirá de verdad. Déjese llevar y no tenga miedo.

—Pero…

—A pesar de que perdí a mi Rosita demasiado pronto, no me arrepiento de nada. Volvería a tomar las mismas decisiones si eso me llevara a compartir otra vez una vida con ella. Es cierto que nada es igual desde que no está, pero su recuerdo siempre consigue arrancarme una sonrisa.

—Muchas gracias —agradezco emocionada por sus palabras.

Me bajo del taxi con la cabeza hecha un lío, sintiendo cómo los pensamientos revolotean removiendo algo dentro de mí. Las palabras del taxista hacen que me pregunte si he sido una idiota al cerrarle las puertas al amor solo por miedo a sufrir. ¿Y si estoy perdiéndome algo precioso por ser una cobarde? ¿Y si un día me arrepiento de no haberme arriesgado?

—¡Hola, familia! —exclamo al entrar por la puerta.

—¡En la cocina!

Sigo la voz de mi padre y lo encuentro preparando la comida. Observo sus movimientos mientras pienso en lo valiente que es. A diferencia de mí, él sí se atrevió a enamorarse y consiguió sonreír después de perder al amor de su vida.

—¿Cómo conseguiste olvidar a mamá? —pregunto sin pensar.

Mi padre, al oírme, deja lo que está haciendo y se gira lentamente para mirarme. Intenta mantener la compostura, mostrarse fuerte como hace siempre, pero el brillo en sus ojos lo delata: sé que mi pregunta no es fácil de responder.

—¿Por qué crees que la he olvidado, cariño?

—No lo sé —contesto encogiéndome de hombros—. Supongo que pensé que, para poder seguir adelante, hay que soltar el lastre que te detiene.

—Ay, morenita, qué equivocada estás —expresa con un suspiro—. Tu madre fue y será el amor de mi vida, y, pase lo que pase, nunca la voy a olvidar.

—Entonces, ¿cómo lo haces para continuar con tu vida?

—Tu madre y yo hablamos mucho de este tema antes de que se fuera, y ella me hizo prometerle que no me consumiría de pena. Quería que viviera y que, si alguna vez encontraba una buena mujer, que volviera a enamorarme.

Miro a mi padre haciéndole una mueca de desagrado y él, en respuesta, suelta una risotada que me pone los pelos de punta. ¿Mi padre, con novia? ¡Ni hablar! Mi padre es… ¡un padre, joder! Él no tiene deseos.

—No me mires así, morenita. No hay nadie en mi vida aparte de vosotras, al menos de momento —confiesa guiñándome un ojo.

—¿De momento? Papá… —me quejo.

—Cariño, sé que tú también sufriste su pérdida, pero no quiero que el dolor que yo viví al despedirme de ella se convierta en un obstáculo para encontrar tu propia felicidad.

—Eso es muy fácil decirlo —confieso haciendo un puchero.

—Anda, ven aquí.

Mi padre abre los brazos, ofreciéndome un refugio que no puedo rechazar. Sin dudarlo, me dejo caer en su pecho, y en cuanto me envuelve con ese abrazo lleno de amor y calma, suspiro, sintiendo que no existe un lugar mejor en el mundo que este.

—Venga, morenita. Ve a cambiarte que la comida estará en diez minutos —indica besándome en la cabeza.

Me separo del único hombre que existe en mi vida y lo observo como nunca antes lo había hecho.

—¿En serio te estás planteando buscar novia? ¿Todavía tienes ganas de…?

La risa de mi padre debe haberse oído hasta en Japón, porque en ese instante mi abuela asoma la cabeza con curiosidad.

—¿Qué ocurre aquí?

—Tu nieta, que cree que con la edad que tengo ya no puedo ser fogoso —explica alzando las cejas para que mi abuela lo entienda.

—¡Habrase visto la niña esta! ¿Qué te crees? ¿Qué ya estamos secos? Con lo que a mí me gusta…

—Bla, bla, bla —balbuceo tapándome las orejas—. No quiero saber lo que le gusta hacer a mi abuela de ochenta y dos años.

Huyendo de una información que, seguramente, podría dejarme un trauma irreparable, me encierro en mi habitación. Me dejo caer en la cama, y justo cuando empiezan a aparecer en mi mente imágenes de mi abuela en picardías, suena el aviso de un nuevo mensaje.

—Ufff, gracias al cielo —murmuro agradeciendo la interrupción.

***Val**:*
Hola, chiqui.
¿Cómo llevas la resaca?

***Mel**:*
Peor que tú, so perraca.

***Val**:*
¿Por qué dices eso?

***Mel**:*
Porque tu noche seguro que
terminó mucho mejor que la mía.

***Val**:*
Eso es porque tú lo has querido así.
Estoy convencida de que Teo se hubiera ofrecido
a regalarte algún que otro orgasmo.

***Mel**:*
Pffff, más quisiera.

***Val**:*
Pues eso…

***Mel**:*
Seguí tu consejo, ¿sabes?

***Val**:*
¿Te has vuelto a acostar con él?

***Mel**:*
Casi.

***Val**:*
Define ese casi.

***Mel**:*
Que, si esta mañana no nos hubiera
interrumpido tu amiguito el comandante
cañón, me lo hubiera tirado en la cocina.

***Val**:*
Joder, qué putada.

***Mel**:*
¡Ya te digo! Me quedé más caliente
que el palo de un churrero.

***Val**:*
¡Qué exagerada eres!

***Mel**:*
Claro, como tú te has quedado a gusto
con los empotramientos de tu enamorado…

***Val**:*
Si quieres tener mi humor, ya sabes,
¡a empotrar o dejarse empotrar!

***Mel**:*
¡Perra!

Bloqueo mi teléfono y cierro los párpados. ¡Joder! Tanto pensar en empotramientos ha hecho que me vuelva a poner caliente y que piense en esos ojos verdes que consiguen acelerar mi respiración. ¡Mierda!

—¡A comer! —grita mi padre.

Eso quisiera yo, comer y que me comieran. ¡Ay, qué mala es la sequía sexual!

★☆★

A la mañana siguiente, puntual como un reloj suizo, espero con impaciencia a mis acompañantes delante de la puerta del doctor Calvillo.

Tengo que reconocer que estoy un poco nerviosa y no puedo quedarme quieta, caminando de un lado a otro para tratar de serenarme. Sé que fue idea mía, pero lo de la hipnosis me tiene un poco preocupada, y la mala noche que pasé tampoco ayuda nada en mi estado de ánimo. Por culpa de la conversación con mi amiga, pasé toda la tarde más caliente que la tapicería de un coche bajo el sol en pleno agosto en Sevilla, y cuando llegó la noche, la cosa se puso peor. Cada vez que recuerdo los sueños eróticos que tuve con el señor ojazos verdes, se me eriza la piel.

—Buenos días, morenita —me saluda el protagonista de mis sueños.

—Hola, Teodoro —saludo al causante de mi desvelo.

Mi saludo, que intento que sea serio y profesional, se va a tomar por culo al percibir su sonrisa canalla. ¡Mierda! ¿Por qué tiene que estar tan bueno?

—¿Estás bien? —pregunta el comandante.

—Sí, ¡claro! —exclamo, soltando un gallo—. ¿Entramos?

—¿En serio? ¿Doctor Calvillo? —se burla Teo al leer la placa de la entrada con el nombre del psicólogo—. Os advierto que, como le brille la cabeza, no podré contener mi risa.

—¿Quieres hacer el favor de madurar? —pregunto ofendida.

Teo me mira con el ceño fruncido y, sin decir ni una sola palabra, aprieta el timbre. En cuanto suena un tono agudo, empuja la puerta y accede al interior sin molestarse en esperarnos.

—¿Y a este qué le pasa? —Disimulo sabiendo que soy la causante de su cabreo.

Una vez dentro, una preciosa recepcionista —que le sonríe a Teo igual que si fuera una estrella de cine— repara en nosotros y nos pregunta si tenemos cita.

—Hola, soy Melanie Segura. Tenemos hora con el doctor Calvillo.

—A ver… —murmura mirando el libro de visitas—. ¡Aquí está! El doctor sigue con un paciente, pero no tardará en salir. Pueden esperarlo allí.

Nos sentamos en la sala de espera obedeciéndola y, diez minutos después, un impresionante hombre vestido con una bata blanca pronuncia mi nombre.

—¿Melanie Segura?

—Eh… Soy yo —balbuceo al verlo.

—Acompáñeme —indica el doctor Calvillo dándose la vuelta para dirigirse a su consulta.

—Ostras, vaya *pelazo*. Está claro que no hace honor a su apellido —murmura Álvaro al ver su larga melena, arrancándome una carcajada y provocando la ira de Teo.

—Será mejor que te comportes con madurez, Melanie —me regaña Teo haciendo referencia a mis palabras de antes.

Al escucharlo, la risa se me congela de golpe y sigo al doctorcito sin decir ni una palabra. ¡Será capullo! «Donde las dan, las toman, cariño», me advierte mi conciencia poniéndome de muy mal humor.

—Siéntense, por favor —nos pide el doctor.

Para mi disgusto, Teo se sienta en la silla que está a mi lado, mientras que Álvaro permanece de pie entre nosotros, como si estuviera esperando nuestra próxima discusión y quisiera estar preparado para separarnos.

—Ustedes dirán —afirma el psicólogo, dirigiendo la mirada a cada uno de nosotros.

—Doctor Calvillo, soy el comandante Sánchez y hemos venido porque estamos en medio de un caso muy delicado.

—¿Y qué tengo yo que ver en esta investigación? —pregunta confundido.

—Verá, la señorita Segura y el señor Hidalgo son personas clave en este caso. Ambos fueron testigos de un asesinato, pero no recuerdan nada de lo que ocurrió esa noche. Sus mentes parecen haber bloqueado los detalles de lo sucedido, por lo que sería crucial para la investigación que recuperaran la memoria.

—Entiendo…

—Según tenemos entendido, usted practica hipnoterapia a sus pacientes con fines terapéuticos, ¿es correcto?

—Sí, en casos de trastornos de ansiedad y estrés. El paciente se relaja profundamente y, en ocasiones, puede reestructurar sus pensamientos.

—¿Cree que la hipnosis podría funcionar para que recuperaran la memoria?

—Es posible. En los casos de trastorno de estrés postraumático, puede ser útil para explorar recuerdos o emociones reprimidas.

—Entonces, empecemos —indico poniéndome en pie de un salto —. Estoy deseando que mi cabezota se desbloquee y recordarlo todo.

—¿Todo? —murmura mi peor pesadilla.

—Teodoro… —le advierto.

—Está bien, señorita Segura, túmbese en la camilla y relájese.

—Si vamos a permitir que hurgues en nuestro cerebro, lo mínimo que podemos hacer es tutearnos, ¿no crees?

—Está bien, Melanie —accede—, pero no voy a entrar en tu mente. Será mejor que olvides esos espectáculos frívolos que solo buscan captar la atención del público. En la hipnosis terapéutica, el paciente está consciente y tiene el control en todo momento, por lo que nunca harás nada en contra de tu voluntad. ¿Alguna duda?

—Creo que no.

—Quiero que te pongas cómoda y que cierres los ojos. Respira profundamente e inhala muy despacio, dejando ir toda la tensión. Con cada respiración, tu cuerpo se relajará y tendrás la sensación de que estás flotando.

A medida que escucho su voz suave y envolvente, una sensación de calma se extiende por todo mi cuerpo, llevándome a un estado de paz que jamás había experimentado. De pronto, unos brazos me

envuelven, y un suspiro se me escapa haciéndome sentir segura, tranquila... como si, por fin, hubiera encontrado mi lugar.

CAPÍTULO 12

Teo

En cuanto veo que los brazos de Mel caen laxos, comprendo que ha conseguido relajarse. La única vez que la he visto así de calmada, fue ayer cuando despertó en mi cama, después de la borrachera que se pilló con su mejor amiga. Verla tan tranquila hizo que me sentara a su lado y la observara mientras dormía plácidamente durante unos minutos.

—Quiero que imagines una gran pantalla de cine en la que, de un momento a otro, aparecerá la película de lo que sucedió esa noche —le pide el psicólogo con voz calmada—. A medida que la película se reproduzca, te darás cuenta de que puedes ver las escenas de manera clara, como si estuvieras observándolas desde la distancia.

Al ver que se remueve nerviosa, tengo que contenerme para no ponerme en pie y susurrarle al oído que todo va a salir bien.

—No tienes nada de lo que preocuparte. Estás en un lugar seguro y aquí no existe ni el miedo ni la angustia. Fíjate en los detalles, pero siempre recuerda que estás a salvo. ¿Todo bien?

Ella asiente con la cabeza y el terapeuta continúa hablándole.

—Ahora tienes que concentrarte y pensar justo en el último recuerdo que tienes antes de perder la memoria. Déjate llevar, no tienes que forzarlo; los recuerdos vendrán a ti de forma natural. Es posible que sientas que tu cuerpo se relaja aún más a medida que los detalles empiezan a aparecer. ¿Qué ves?

—Estoy sentada en la barra del *Lounge* —murmura.

—¿Hay alguien contigo? —continúa.

—Sí. Teo y yo estamos charlando.

—¿Ves algo más que pueda ser de tu interés?

—Hay… un hombre.

Me tenso al escucharla porque, según nos explicó el dueño del *Lounge*, el sospechoso de los zapatos de cocodrilo se acercó a nosotros para ofrecernos una copa.

—¿Qué hace ese hombre?

—Está muy nervioso y nos mira de una forma muy extraña. Por cómo nos habla, creo que conoce a Teo, pero yo no sé quién es.

—¿Puedes describirlo?

—Es alto y muy elegante. Aunque a simple vista parece una persona inofensiva, su presencia es perturbadora.

—¿Sientes miedo? —pregunta.

—Un poco, es algo intimidante.

—¿Qué ocurre después?

—Nos acerca unas copas para invitarnos. Justo antes de marcharse ha dicho algo, pero no sé por qué lo dice.

—¿Qué ha dicho?

—A veces, dar un paso atrás es la única forma de no caer en el abismo.

Se me revuelve el estómago al escucharla. Saber que yo conozco a ese desgraciado y que, por mi culpa, la estoy poniendo en peligro, me acelera la respiración y despierta en mí unas ganas irrefrenables de partirle la cara a ese hombre.

—¿El hombre se ha marchado?

—Sí, brindó con nosotros por una noche inolvidable y, desde que se fue, me siento rara. Empiezo a notarme cansada y tengo la cabeza aturdida. Mi cuerpo responde con lentitud y, aunque puedo moverme, me cuesta concentrarme. Las voces a mi alrededor se escuchan lejanas y confusas, igual que si estuviera dentro de una burbuja.

—Es el efecto de la burundanga —aclara el comandante.

—¿Y después?

—Mis extremidades no reaccionan como quiero y entro en pánico. Mi respiración se acelera y solo se calma cuando él me habla.

—¿El hombre elegante?

—No, Teo. En cuanto escucho su voz, me recorre un calor por todo mi cuerpo y me dan ganas de besarlo.

—Esto… creo que ese no es un síntoma de la droga —murmura Álvaro haciendo que lo mire sorprendido.

—¿Estás seguro? —le pregunto en voz baja, y él responde asintiendo con la cabeza.

Joder. Todo este tiempo, Mel y yo habíamos creído que la droga era la culpable de nuestra falta de control. Pero si no fue la burundanga, ¿entonces qué nos llevó a liarnos como si fuéramos dos animales en celo? «¿En serio no lo pillas? Te lo pongo fácil, chaval: os morís de ganas por arrancaros la ropa mutuamente, lo que pasa es que sois demasiado tontos (o cobardes) para reconocerlo».

—¿Qué ocurre en el momento en el que salís del club?

—Nos besamos y Teo me acaricia y…

—Sáltate esa parte, morenita —le pido.

—Entramos en un callejón cercano buscando un poco de intimidad y nos asustamos al encontrarnos a un hombre con una cicatriz en la cara.

—Montoya —indica Álvaro.

—El hombre le pregunta a Teo qué hace allí y le enseña un pendrive mientras lo amenaza con destruir a su familia.

—Genial, ahora resulta que conozco a todos los sospechosos —murmuro en voz baja.

—¿Recuerdas algo más?

—No —se queja después de unos segundos.

—Tranquila, lo estás haciendo muy bien. Quiero que te alejes muy despacio de la pantalla y que observes cómo la película se va alejando en el horizonte, volviéndose cada vez más pequeña hasta que la pierdes de vista.

Los párpados de Melanie comienzan a temblar, señal de que algo la está poniendo nerviosa.

—Todo está bien, tú tienes el control. Recuerda que estás en un lugar seguro —la consuela al ver su estado inquieto—. Voy a contar del uno al cinco, y en cada número te sentirás más despierta. Uno... respira profundamente. Dos... siente cómo tu cuerpo se normaliza. Tres... empieza a despertarte. Cuatro... vuelve al presente, al lugar donde estás. Cinco... despierta, Melanie. Abre los ojos cuando estés preparada.

Unos segundos después, los oscuros ojos de Mel se abren y nos miran conmocionados.

—Lo he recordado —explica como si no hubiéramos estado presentes—. Aunque no todo.

—Deberías estar orgullosa porque has sido muy valiente. No todo el mundo consigue relajarse y recuperar un recuerdo doloroso.

—Muchas gracias.

—Creo que es tu turno —me dice el doctor, sonriéndome—. Relájate y déjate llevar. Tu mente irá al momento que crea oportuno, no lo fuerces.

Trago saliva al escucharlo y, siguiendo los pasos de Melanie, me tumbo en la camilla. El doctor utiliza la misma técnica que empleó con ella y, poco a poco, siento que mi cuerpo se relaja, entrando en un trance profundo.

La pantalla de cine que me describe aparece frente a mí. Estoy sentado en una butaca, algo nervioso, viendo la proyección de la película. Cuando ya he conseguido meterme en situación, empiezan las preguntas, pero en vez de ir al instante en el que llegamos al bar, mi mente salta directamente a lo que pasó en el callejón. De repente me transporto a ese sucio lugar, como si estuviera volviendo a vivir ese recuerdo.

Melanie me agarra fuerte del brazo mientras el tipo de la cicatriz nos grita furioso. Recuerdo haberlo visto salir del despacho de mi padre, pero no sé por qué está tan enfadado con nosotros.

—¡Hombre! Si es el heredero del señor Hidalgo. ¿Qué coño haces aquí?

—¿Nos conocemos?

—Pues claro —dice con ironía—, si somos casi de la familia.

—Disculpa, pero no sé quién eres.

—Estoy harto de que me tratéis como si fuera gilipollas. A partir de ahora yo tengo el poder —indica enseñándome un pendrive—. Aquí tengo la información para destruiros, así que no me toquéis los huevos o todo el mundo sabrá la clase de escoria que sois. O me entregáis lo que es mío, o todos pagaréis las consecuencias.

—De verdad, no sé de lo que me hablas.

—¡No te hagas el idiota! —exclama agarrándome por el cuello.

El hombre de la cicatriz pierde los papeles. Tiene los ojos muy abiertos y me mira desquiciado. Sus asquerosos dedos me aprietan con saña, bloqueando el paso del aire hasta mis pulmones. Desesperado, trato de respirar, pero, por mucho que me esfuerzo,

solo puedo emitir un gorgoteo ahogado. Abro los ojos de par en par, muerto de miedo al sentir que me falta la respiración. Sujeto su brazo intentando que afloje su agarre, aunque no consigo que el desgraciado me suelte. Mi rostro se enrojece y mis movimientos se vuelven cada vez más débiles. A lo lejos escucho un zumbido que me anuncia que todo está a punto de terminar. Pero justo cuando me doy por vencido, el desconocido deja de apretar mi cuello, permitiendo que el oxígeno vuelva a entrar en mi cuerpo y que tosa con fuerza.

—¡Teo, Teo! ¡Reacciona, por favor! —grita Mel, asustada.

—Es peligroso que lo despiertes de esa manera. —Escucho que le advierte el doctor—. Podría entrar en estado de shock.

—¡Me importa una mierda! ¿No ves que se está ahogando? ¡Mierda, respira!

Abro los ojos de golpe, ansioso, y esa misma sensación de ahogo que sentí en esa realidad paralela, vuelve a apoderarse de mí. Intento respirar, abro la boca buscando aire como un pez fuera del agua, pero por más que me esfuerzo, no consigo volver a respirar con normalidad.

Todo está borroso. Siento que mi cuerpo pesa toneladas y que se hunde en una especie de aguas movedizas. El ruido que hay a mi alrededor se escucha lejano, como si poco a poco me estuviera apagando.

—¡Joder! —exclama Mel.

Justo en el instante en el que mis oídos empiezan a pitar, algo cálido entra por mi boca y atraviesa mi garganta. Es aire, pero no es mío, sino de otra persona. Al principio se siente algo extraño e instantes después mis pulmones reaccionan agradecidos recordando que tienen que respirar. Al llenarse de golpe, una dolorosa tos hace que el pecho me tiemble y la garganta me arda. Una vez que empiezo a tranquilizarme y que las bocanadas se vuelven cada vez más normales, mis músculos se relajan. El zumbido en mis oídos desaparece y la niebla de hace un momento se despeja de mi cabeza. He vuelto.

Enfoco la vista con dificultad y ahí está Mel, justo delante de mí. Tiene los ojos llenos de lágrimas y la cara desencajada. Verla así, tan

angustiada y preocupada por mí, me parte por dentro. Siento un nudo en el estómago y no sé si es por miedo o por la culpa, pero me quedo congelado. Nunca pensé que le importaría tanto lo que me llegara a pasar y eso me emociona.

—¿Cómo estás? —pregunta con evidente preocupación.

—Mejor —contesto con voz ronca.

—Nos has dado un susto de muerte.

—No sabía que, para que me volvieras a besar, tenía que ahogarme —bromeo con dificultad.

—¡Serás idiota! —Me golpea el brazo.

Melanie se cruza de brazos y frunce el ceño indignada, transmitiéndome su enfado. Admito que mi comentario ha sido bastante desafortunado, pero verla luchando por mantener la compostura me ha obligado a relajar el ambiente.

—¿Cómo te encuentras? —se interesa el doctor—. ¿Mareos, náuseas?

—No, estoy perfectamente —contesto sin dejar de mirar a Melanie.

—Será mejor que nos vayamos, tenéis que descansar —indica el comandante.

—Es posible que, con el paso de los días, este ejercicio despierte otros recuerdos —explica el doctor—. Si tenéis alguna duda, llamadme.

Nos marchamos en completo silencio, sin atrevernos a decir ni una palabra. Cada uno perdido en sus propios pensamientos, tratando de asimilar todo lo que acaba de pasar en la consulta del doctor Calvillo.

—Por lo menos, hemos descubierto las intenciones de Mendoza —dice Álvaro en la calle.

—He recordado algo más —confieso muy serio—. Después de que me intentara asfixiar, lo empujé y tropezó con una caja, golpeándose la cabeza contra el suelo. Supongo que el impacto lo mató.

En cuanto esas palabras salen de mi boca, la escena real vuelve a mi mente con una nitidez aterradora, recordando el momento exacto en el que todo estalló.

Mendoza estaba pegado a mí, apretándome el cuello con tanta fuerza que el aire dejó de entrar en mis pulmones. Mientras tanto, Melanie, gritaba desesperada pidiéndole que me soltara. Pero el muy cabrón seguía asfixiándome, con la intención de borrarme del mapa. Justo cuando pensé que había llegado mi final, Mel se lanzó sobre él como una fiera, golpeándolo con rabia. Al no esperar su ataque, Mendoza dio unos pasos torpes hacia atrás y tropezó con unas cajas, cayendo al suelo con todo su peso. El golpe fue brutal. El estruendo de su cuerpo al caer retumbó en mis oídos, aunque fue el sonido seco de su cabeza al golpear contra la acera lo que me hizo estremecer de verdad. En ese instante, todo quedó en silencio. Ambos nos miramos aterrados y salimos corriendo del lugar sin saber qué hacer.

Esa es una verdad que pienso guardar solo para mí. Porque, aunque todo fue en defensa propia, si saliera a la luz, Mel podría parecer culpable y no lo puedo permitir. Ella solo intentaba salvarme.

—¡Eso es una buena noticia! —exclama el comandante.

—¿Por qué? —pregunta Mel, tan sorprendida como yo.

—Porque Mendoza no murió de un golpe en la cabeza, sino de un disparo en el pecho.

CAPÍTULO 13

Mel

¡Por fin una buena noticia! Después de tantos días cargados de tensión, miedo y preguntas sin respuesta, escuchar que ni Teo ni yo estamos implicados en la muerte de Mendoza es, sin duda, un gran alivio. Es como si, de pronto, algo pesado que me oprimía el pecho comenzara a desaparecer. Por primera vez en mucho tiempo, tengo la sensación de que puedo respirar sin que me asfixie, sin que cada inhalación venga acompañada de ansiedad o culpa.

Mientras avanzamos por la carretera, observo su perfil. Conduce concentrado, pero por su ceño fruncido puedo deducir que le ronda algo por la cabeza. Su cuerpo está rígido y, por la forma en la que sus manos sujetan el volante con más fuerza de la necesaria, sé que se está conteniendo.

Cuando se ofreció a llevarme a casa, acepté sin pensarlo. No solo porque necesitaba salir de allí cuanto antes, sino porque quería estar a solas con él. Tenemos que hablar sobre lo que ocurrió en la consulta y sobre esa escena que le alteró tanto y que casi consiguió que se asfixiara delante de nuestros ojos. Es cierto que me siento aliviada por este nuevo hallazgo, pero hay algo que no entiendo y que me pide a gritos una explicación.

Ambos permanecemos en silencio y, aunque no es incómodo, está cargado de tensión. Miro por la ventana, tratando de ordenar mis ideas y cuando creo que estoy preparada, vuelvo a observar su expresión pensativa. Sé que está nervioso y, a pesar de que lo que diga pueda hacerme daño, no pienso quedarme callada.

—Teo —digo finalmente, rompiendo el silencio.

Mi voz suena más débil de lo que pretendía, como si aún estuviera dudando si hablar o no. Él no aparta la vista de la carretera, pero sus dedos se tensan un poco más en el volante.

—Dime.

—Lo de la consulta… —Hago una pausa, intentando encontrar las palabras correctas—. ¿Cuándo piensas contarme lo que ocurrió en realidad?

—No sé de qué me estás hablando —finge el muy cretino.

—¿Por qué has mentido? —pregunto al darme cuenta de que con sutilezas no voy a ir a ninguna parte.

—¿Cuándo se supone que he hecho tal cosa? —cuestiona algo tenso.

—En el instante en el que has dicho que empujaste a Mendoza.

—No mentí. Eso es lo que ocurrió.

—Teodoro… —le advierto—. Empieza a hablar o te juro que te torturaré hasta conseguir que me cuentes tus más oscuros secretos.

—¿Me estás amenazando?

—No es una amenaza. Es un hecho. Suéltalo ya —le advierto.

Por un segundo, solo se oye el sonido del motor y el de nuestras respiraciones. Pero en el instante en el que creo que no voy a conseguir mi objetivo, suelta un resoplido cansado y empieza a hablar.

—Está bien, me has pillado —reconoce sabiendo que no le servirá de nada seguir mintiéndome—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Te conozco más de lo que crees. No sabes mentir y, cuando lo intentas, te tensas y retuerces los dedos.

—Mierda, no sabía que hacía tal cosa —expone pensativo—. Tendré que practicar.

—No te vayas por las ramas, y cuéntame qué es lo que ocurrió de verdad.

Teo tarda en contestar. El silencio vuelve a instalarse en el coche, aunque finalmente confiesa sus motivos.

—Fue tal y como le dije a Álvaro, pero quien lo empujó no fui yo, fuiste tú.

—Joder… —murmuro tapándome los ojos.

—Lo hiciste para defenderme, Mel —dice colocando su mano en mi muslo, haciendo que mi pierna hormiguee con su contacto—. Además, ya has oído al comandante. Mendoza murió de un tiro en el pecho, por lo que tú no lo mataste.

—No, pero podría haberlo hecho. Odio todo esto —lloriqueo—. No soporto la sensación que tengo al saber que alguien nos ha estado manipulando. ¡Quién sabe lo que podríamos haber hecho con esa jodida droga en el cuerpo!

—Tranquilízate, no hemos hecho nada malo. En todo caso, los culpables serían las personas que trataron de controlarnos como si fuéramos marionetas.

Lo miro en silencio. Me duele escucharlo, pero también me alivia. Su voz suena cansada y sincera. Sé que tiene razón. Soy consciente de que no sirve de nada pensar en lo que podría haber ocurrido, aunque no puedo evitar preocuparme. Por culpa de lo que estamos viviendo estos días, tengo los nervios a flor de piel.

—¿Por qué mentiste? —pregunto cuando me tranquilizo un poco.

—No iba a permitir que cargaras con la culpa. No podría vivir con ello.

Sus palabras provocan que mi estómago se retuerza y todavía no sé si es por los nervios o por lo que empiezo a sentir.

—Cada pista que encontramos apunta a alguien de mi entorno y cuanto más averiguamos, más convencido estoy de que tú solo fuiste una víctima de una escena en la que nunca tuviste un papel y ahora estás pagando las consecuencias. Lo siento.

—No tienes que disculparte, tú también fuiste un daño colateral.

—No lo sé —admite derrotado.

—De todas formas, no debiste mentir.

—No lo entiendes, ¿verdad? Aunque no lo creas, me importas, Melanie.

—Yo…

—Sé que a veces doy la impresión de no tomarme las cosas en serio, sin embargo, en realidad no es así. Me gusta bromear, sí, pero me preocupo por la gente que quiero y sé estar a la altura cuando la situación lo requiere. —Se frota la frente tratando de calmar algo en su interior y me lanza una mirada fugaz, justo antes de volver a fijar los ojos en la carretera—. Tú formas parte de ese grupo de personas por el que daría todo sin pensarlo.

Al escuchar su confesión, me quedo paralizada y las palabras se me atascan en la garganta, sin saber qué decir. Descubrir que le

importo tanto como para cargar con una culpa que no le corresponde me conmueve y me asusta a partes iguales. Abro la boca, dispuesta a expresarle algo a la altura de lo que acaba de hacer por mí, pero algo llama mi atención olvidando por un segundo lo que estaba a punto de decir.

—Creo que nos están siguiendo.

—¿Cómo dices? —pregunta mirando por el espejo retrovisor.

—Ese todoterreno negro lleva siguiendo nuestros pasos desde que salimos de la consulta.

—¿Estás segura? —pregunta nervioso sin dejar de vigilarlo.

—Completamente. Lo sé porque me fijé en que su matrícula termina en HDP y soy de esas frikis a las que le gusta inventarse palabras. Ya sabes… Hijo de pu…

—Lo he pillado y te juro que me reiría por tu absurda manía, si no fuera por la situación en la que nos encontramos.

Nerviosa, observo cómo reduce la velocidad, y el todoterreno que nos sigue hace lo mismo. Después vuelve a acelerar, y el vehículo lo imita al instante, reproduciendo cada uno de nuestros movimientos.

—Joder —masculla después de cambiar varias veces de carril y comprobar que copia todo lo que hacemos.

—¿Y ahora qué?

—Vamos a por la prueba de fuego.

En ese momento, toma la primera salida sin señalizar la maniobra y, apenas unos segundos después, escuchamos el chirrido de unos neumáticos. Tal y como imaginábamos, el vehículo que venía detrás de nosotros da un volantazo y nos sigue muy de cerca.

—Definitivamente nos están siguiendo —confirma Teo.

—¡Mierda!

—No te preocupes, todo saldrá bien.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto nerviosa—. No tienes ni idea de lo que esa gente quiere de nosotros.

—Nunca dejaría que nada malo te ocurriera.

Lo miro a los ojos, y durante un instante, todo a mi alrededor parece detenerse. Hay algo en su expresión, en la firmeza de su mirada, que me transmite una paz que no esperaba encontrar en medio de tanto caos. Es como si, por un segundo, pudiera respirar

con normalidad solo porque él está ahí, aparentando tenerlo todo bajo control, aunque en el fondo esté tan asustado como yo. Y ese gesto silencioso y valiente, me desarma por completo.

El corazón se me acelera, no por el miedo, sino por la intensidad de lo que provoca en mí. Porque en medio de tanta incertidumbre, él ha elegido ser mi refugio, a pesar de que no sepa cómo hacerlo. «Sí, nena. Así se siente cuando…», ¡Calla, maldita! Ni se te ocurra continuar la frase o me doy de cabezazos con el cristal del coche hasta perder la conciencia. «Joder con doña dramas…».

Teo aprieta el volante con fuerza y no deja de mirar por el retrovisor. Giro mi cabeza para ver con más claridad qué es lo que le está poniendo tan nervioso y, en cuanto me doy cuenta de que el todoterreno cada vez está más cerca, suelto una maldición.

—Quiero que me prometas que, si nos vemos en la obligación de parar, saldrás corriendo y te pondrás a salvo.

—No pienso dejarte atrás —lo advierto nerviosa.

—¿Qué te hace creer que yo no haré lo mismo? Saldré corriendo para poner mi culito a salvo y no comprobaré si me estás siguiendo —intenta bromear.

—Teo…

—No seas cabezota, Mel, ahora no. Prométeme que correrás y no mirarás atrás.

—Está bien, lo haré si tú también lo haces.

Abre la boca para pronunciar la promesa que estoy esperando, pero antes de que pueda hacerlo un impacto repentino nos sacude por completo. Algo nos golpea por detrás con tanta fuerza que mi cuerpo se sacude y un grito se me escapa de la garganta. El sonido metálico del choque retumba en mis oídos y por un instante, no sé si el temblor que siento proviene del golpe o del miedo que acaba de instalarse en mi pecho.

—¡Agárrate fuerte! —me pide, desesperado.

Por primera vez en mi vida, obedezco sin rechistar. Tratando de ponerme a salvo, encojo mis piernas creando una barrera protectora y me agarro al asiento con los ojos cerrados. Durante unos segundos el coche va tomando curvas y, cuando creo que todo ha terminado, un nuevo impacto vuelve a sorprenderme.

—¡Hijo de puta! —exclama Teo con desesperación—. El muy cabrón intenta sacarnos de la carretera.

El segundo impacto me produce la misma sensación que el primero. El ruido metálico de los coches al chocar me sacude por completo. El cinturón me aprieta el pecho y mis manos se aferran al asiento convirtiéndolo en mi salvavidas. Abro los ojos y miro por el retrovisor y ahí sigue nuestra peor pesadilla: el implacable todoterreno pegándose a nosotros a punto de atacar otra vez.

Estoy aterrada. Cierro los párpados con fuerza como si, al hacerlo, pudiera borrar todo lo que está ocurriendo. Me abrazo el cuerpo tratando de soportar la siguiente colisión, pero esta es aún más violenta que la anterior. El coche se tambalea hacia un lado y Teo apenas consigue recuperar el control antes de que otro golpe nos sacuda.

No puedo dejar de gritar. El corazón me late tan deprisa que siento que me va a salir por la garganta de un momento a otro. Observo a Teo apretar el volante con fuerza mientras acelera para perder de vista a nuestro enemigo. Sin embargo, por más que lo intenta, el todoterreno no da tregua y continúa con sus embistes, con una furia que parece casi personal.

—Te juro que, si salimos de esta, prometo ser buena contigo a partir de ahora.

—¿Cómo de buena? —bromea Teo tratando de transmitir una tranquilidad que no siente.

—Tan buena que te haré ver las estrellas.

Mis palabras consiguen que, por un momento, consigamos olvidarnos del lugar en el que estamos, hasta que un último impacto hace que los neumáticos chirríen y nos lanza con violencia hacia el arcén. El coche derrapa bruscamente y perdemos el control. Cierro los párpados, paralizada por el miedo. Todo parece suspendido, como si flotáramos en cámara lenta. Y en menos de un segundo, todo estalla. El mundo se vuelca y un estruendo de cristales rotos y metal desgarrado irrumpe en mis oídos. Cuando abro los ojos, las lágrimas nublan mi vista y me impiden ver con claridad. Apenas distingo formas, pero solo sé que estamos girando sin control.

Me aferro con desesperación a lo que encuentro. Grito hasta desgarrarme la garganta, sin esperanza, hasta que un golpe seco en la cabeza me arranca el aliento y, al final, la conciencia.

CAPÍTULO 14

Teo

¡Será hijo de puta! Por más que trato de mantener el control del coche, el todoterreno acaba consiguiendo su objetivo. Todo sucede en cuestión de segundos. Apenas tengo tiempo de reaccionar y, cuando me doy cuenta, ya estamos volando. Durante un instante, la ingravidez nos rodea, hasta que el silencio se ve interrumpido por el golpe seco del metal al impactar contra el suelo.

Mi cuerpo se sacude como si fuera un muñeco de trapo y lo único que me mantiene sujeto impidiendo que salga disparado, es el cinturón de seguridad. Con cada impacto, el techo se abolla arrugando la carrocería y las ventanillas revientan una tras otra, llenando el interior de polvo y cristales rotos.

En medio del caos, giro la cabeza hacia la derecha y veo a Melanie golpearse la frente contra el salpicadero. Grito su nombre con la voz desgarrada por el miedo, pero me siento impotente al no poder hacer nada más, salvo esperar a que todo termine.

Después de varias vueltas —no sabría decir cuántas—, el coche se detiene bruscamente, dejándonos boca abajo. Por un momento, tengo la extraña sensación de que el mundo se ha detenido. Todo se encuentra en un silencio aterrador, como esa calma que se siente justo antes de que estalle la tormenta. El motor ha dejado de sonar y, además de un pitido agudo en los oídos, lo único que escucho es el goteo constante de algún líquido derramándose, el cual espero por nuestro bien que no sea algo inflamable que nos haga volar por los aires.

El aire huele a tierra, a metal caliente y a plástico quemado. Mi cuerpo cuelga del cinturón de seguridad y mis manos no paran de temblar. Me siento tan asustado que no soy capaz de distinguir si tengo heridas, pero sigo consciente y eso, al menos, significa que estoy vivo.

Giro mi cabeza buscando a Mel y mi corazón se salta un latido al ver que está inconsciente.

—¡Melanie! —grito tratando de alcanzarla.

El condenado cinturón no me deja llegar hasta ella. Cada intento por moverme me arranca un dolor agudo en las costillas, pero, aun así, reúno todas mis fuerzas y estiro el brazo hasta que, por fin, consigo rozar su piel. Le agarro el brazo y empiezo a sacudirla gritando su nombre, desesperado.

—¡No te mueras, joder! ¿Me oyes? Despierta, no me puedes hacer esto, morenita —suplico con un hilo de voz al ver sangre en su frente.

De repente, un coche se detiene haciendo que se me hiele la sangre. Alguien da un portazo y, gracias al sonido de la grava, comprendo que el culpable de nuestro accidente se acerca a nosotros. Me quedo inmóvil y, aterrado, descubro a través de la ventana rota unos zapatos que han sido mi obsesión estos últimos días: los mocasines de piel de cocodrilo blanco.

Miro a Melanie con el corazón hecho pedazos, comprendiendo, con una certeza que me destroza por dentro, que todo ha terminado para nosotros. En ese instante, el arrepentimiento me golpea con tanta fuerza que me deja sin aliento pensando en todas esas cosas que desearía haber hecho de otra forma y que ahora jamás podré hacer.

Con esfuerzo llevo mi mano hasta su brazo y cierro los ojos aceptando nuestro destino, pero cuando ya he dado todo por perdido, el desconocido de los mocasines sale corriendo y vuelve a subirse en el todoterreno. El sonido de los neumáticos al chirriar en el asfalto permite que pueda volver a respirar con normalidad.

—¿Estáis bien? —Escucho una voz al otro lado.

Estoy tan aturdido que no reconozco la voz de inmediato, no obstante, en cuanto su dueño se agacha junto a mí, lo identifico. Se trata de uno de los policías a los que Álvaro ordenó que nos vigilara y, a pesar de que en su momento odié sentirme observado, hoy no puedo evitar estar agradecido.

—Sí, creo que sí —contesto a su pregunta.

—¿Y la chica?

—No lo sé, está inconsciente —explico preocupado—. Melanie, despierta.

—No se preocupe, hemos pedido refuerzos.

Pocos minutos después, suspiro aliviado al escuchar a lo lejos varias sirenas. Observo a Melanie que sigue con los ojos cerrados y rezo para que los refuerzos no hayan llegado demasiado tarde.

—¡Tenemos dos dentro! —grita alguien—. El vehículo está boca abajo, parece seguro.

Me asomo por lo que queda del cristal de la ventana y me encuentro con un rostro desconocido que lleva un casco de bombero.

—Eh, tranquilo, te tenemos. ¿Estás bien?

—Sí —respondo con esfuerzo—. Pero ella no se mueve.

—¿Te ves con fuerzas para salir?

—Estoy colgado del cinturón y me duelen mucho las costillas, aunque creo que podré hacerlo.

—Vale, no te muevas todavía. Vamos a estabilizar el coche y a comprobar que no haya alguna fuga. Aguanta, ¿de acuerdo?

—Por favor, ayudadla —suplico—. No responde... Lleva un rato inconsciente.

Él asiente con la cabeza y al instante noto que el coche se sacude ligeramente. Unos segundos después, otro rostro se acerca por la ventanilla.

—Las ventanas están deformadas, así que vamos a romper la luna trasera y a sacarte por allí —me explica—. Protégete la cara.

—¿Y ella? —insisto preocupado.

—Tenemos acceso a su lado también. Hay otra unidad. Te lo prometo.

Me cubro la cara con el brazo tal y como me ha pedido. Al instante escucho un golpe y el cristal trasero se hace añicos. Segundos después noto que alguien más entra en el interior del coche, arrastrándose entre los escombros.

—Voy a cortar el cinturón. Te voy a sujetar, ¿de acuerdo? No te preocupes.

—Vale —respondo.

—Uno, dos... ¡ahora!

Mi cuerpo cae desplomado, pero antes de golpearme contra el suelo, unos brazos me sostienen y me arrastran con cuidado hacia el exterior. Una vez fuera, me tumban de lado y me tapan con una manta. Preocupado, me incorporo con cuidado y descubro a otro bombero asomado por la ventanilla del copiloto.

—¡Tiene pulso! ¡Inconsciente, pero estable! —anuncia.

—¡Sacadla, por favor! —ruego, intentando ponerme en pie.

—Tranquilo, está en buenas manos. —Me detiene por el hombro un médico—. Ahora tienes que dejar que te examine.

—Estoy bien.

—Eso lo decidiré yo —me regaña con firmeza.

Escucho la radial, el crujido del metal cediendo y, lo que parece una eternidad después, la veo. Le han puesto un collarín y la sacan con mucho cuidado, sujetando su cuello y su cuerpo como si fuera de cristal.

Cuando la colocan en la camilla, consigo volver a respirar. Todavía estoy preocupado por su estado de salud, aunque por lo menos sigue viva y eso significa que puede que este no sea nuestro final.

—Necesito ir con ella —suplico al médico al ver que meten a Melanie en la ambulancia.

Él, al verme tan desesperado, llama a uno de sus compañeros y, entre los dos, me ayudan a incorporarme para llevarme junto a ella.

—¿Puedes caminar? —pregunta.

—Sí, solo estoy dolorido.

—Está bien, superhéroe —se burla—. Puedes ir con tu chica.

Podría rectificarlo y decirle que ella no es mi chica, pero decido callarme y comenzar a caminar. En realidad, aunque en otro momento de mi vida me habría acojonado esa palabra, por raro que parezca, hoy me gusta cómo suena.

Me subo a la ambulancia con ayuda de los sanitarios y me siento al lado de Mel. A pesar de que no me gusta verla así, sin conciencia, escuchar su respiración me da una cierta tranquilidad.

Media hora después llegamos al hospital La Paz y, cuando la ambulancia se detiene, bajo antes que Mel y me quedo a un lado, esperando nervioso. Al poco tiempo, aparecen los policías que nos escoltaban y se acercan a nosotros sin decir ni una palabra: ellos

también son conscientes de lo cerca que estuvimos de no contarlo. Uno sigue la camilla de Melanie y el otro se queda a mi lado.

—Señor, tiene que acompañarme —me pide una enfermera llevándome hacia el lado contrario, alejándome de la camilla.

—Estoy bien, quiero ir con ella.

—Entiendo que esté preocupado, pero ¿no le parece que es mejor que nos aseguremos de que usted se encuentre bien, para que se pueda hacer cargo de ella? Le prometo que terminaremos antes de lo que se imagina.

—Está bien —acepto a regañadientes sabiendo que tengo la batalla perdida—. Pero antes necesito hacer una llamada.

—Claro, sígame.

Acompaño a la enfermera hasta un mostrador y, cuando me ofrece un teléfono, marco sin dudar el número de Gael.

—¿Diga? —contesta mi amigo haciendo que suspire aliviado.

—Soy yo, hermano —digo con voz temblorosa.

—Tío, llevo más de una hora intentando localizarte —me recrimina —. Vamos de camino a casa de los padres de Valeria, ¿todo bien?

—Hemos tenido un accidente.

—¡Joder!

—¡¿Hemos?! —exclama Valeria.

—Melanie venía conmigo. Ella…

—¡¿Qué le ha ocurrido a Mel?! —pregunta Valeria, aterrada.

—Cariño, tranquilízate. Estoy seguro de que Mel está en buenas manos.

—Perdió la conciencia con el impacto, aunque me han dicho que se encuentra bien. Acabamos de llegar al hospital y se la han llevado para hacerle pruebas.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —se interesa mi mejor amigo.

—Bien, creo que no tengo nada roto.

—¿Dónde estáis? —indaga Valeria preocupada.

—En el Hospital La Paz.

—En media hora estamos allí. Cuídate, hermano.

Cuando Gael cuelga, sigo a la enfermera hasta un box. Trato de relajarme y de no pensar en el estado de Mel, pero saber que tengo

un policía custodiando la puerta, me recuerda todo por lo que estamos pasando.

Después de examinarme me informa de que no tengo nada roto, tal y como ya había imaginado. En el instante en que le pido a una de las enfermeras que me lleve junto a Mel, me informa que tendré que esperar en la sala de familiares ya que todavía le están haciendo pruebas.

Me siento en una de esas butacas duras y apoyo mi cabeza en las manos, agotado. Tengo el cuerpo dolorido por culpa del accidente y, aunque agradezco seguir con vida, espero que el calmante que me han administrado haga efecto lo antes posible.

—Hermano.

Escuchar su voz después del infierno que hemos vivido, hace que los ojos se me llenen de lágrimas. Gael, al verme tan derrotado, se sienta a mi lado y me abraza.

—Joder, pensaba que no lo contábamos —admito sin poder contener el llanto.

—Ya está, tío. Todo ha acabado —me consuela.

—En realidad no, todavía seguimos en peligro.

—Por lo que me dices, entiendo que no fue un accidente fortuito.

—No —admito.

Me separo de mi mejor amigo para señalarle al policía que vigila la sala y me encuentro a Valeria con cara de preocupación.

—Hola, preciosa —la saludo poniéndome en pie.

Sin que me lo espere, se lanza a mis brazos y empieza a llorar. Sé cuánto significa Melanie para ella, porque ese miedo a perderla es el mismo que yo sentiría si se tratara de Gael.

—Tranquila, es una mujer muy fuerte —susurro para calmarla.

—Supongo que todavía no puedes contarnos qué es lo que está ocurriendo, pero quiero que sepas que podéis contar con nosotros para lo que necesitéis.

—Gracias, hermano.

Me quedo en silencio durante unos segundos, intentando ordenar mis pensamientos y escoger con cuidado qué puedo contarles y qué es mejor callar por ahora. Después de pensarlo, decido explicarles

que un todoterreno con los cristales tintados nos sacó de la carretera, no obstante, no les digo el motivo.

—Imagino que la policía ya estará investigando el lugar del accidente —indica Gael.

—Sí, por suerte me quedé con la matrícula y, aunque dudan de que puedan encontrarlo, lo están buscando.

Me encantaría ser totalmente sincero con mi mejor amigo, sin embargo, después de lo que ha ocurrido hoy, no pienso decir nada que los ponga en peligro a ellos también.

Mientras esperamos sentados en las incómodas butacas de la sala de espera, no puedo evitar pensar en cómo estará Melanie. Sé que es fuerte, pero tengo miedo de que el impacto haya sido más duro de lo que pensamos.

Una hora después, justo cuando estoy a punto de acercarme a recepción para preguntar por su estado, aparece un médico llamando a los familiares de Melanie Segura. Al escucharlo, nos levantamos de golpe, como si tuviéramos un resorte en el culo.

—La señorita Segura ha sufrido una contusión craneal por un fuerte impacto. Tiene un golpe en la cabeza y, a pesar de que perdió momentáneamente la conciencia, no hay indicios de daño interno significativo. La vamos a seguir observando por precaución, pero en principio está fuera de peligro.

—Muchas gracias, doctor —dice Valeria, conmovida.

—¿Cuándo podremos verla? —pregunto.

—En cuanto la subamos a una habitación les avisaremos.

Cuando el doctor se marcha, vuelvo a sentarme en la butaca y, una vez que comprendo que Mel está fuera de peligro, suelto el aire que estaba conteniendo.

—Tranquilo, ella está bien —me consuela Gael.

—Si algo malo le hubiera pasado, no me lo perdonaría jamás.

—Cariño, no te mortifiques. Esto no ha sido culpa tuya —indica Val colocando su mano encima de mi hombro.

—Lo sé, pero era yo el que conducía y no puedo evitar pensar que quizás si hubiera hecho algo diferente podría haber esquivado los embistes de ese hijo de puta.

—No digas tonterías, tío. Se nota que esa gente sabía lo que hacía y que no habrías podido hacer nada más de lo que hiciste.

—Gracias —murmuro.

Aunque sé que mi amigo tiene razón, sus palabras no logran calmar el peso del remordimiento que aún siento en el pecho.

CAPÍTULO 15

Mel

Un pitido escuchado en la lejanía hace que me remueva inquieta y, al instante, un dolor punzante atraviesa mi cabeza.

—¡Ay! —exclamo abriendo los ojos.

Miro a mi alrededor y descubro sorprendida que estoy en una habitación de hospital.

—Esto de despertarme en lugares extraños, se está volviendo una costumbre —murmuro hablando sola.

—Si no fueras una loca del coño, eso no te pasaría —me acusa una voz que reconozco a la perfección.

—¡Valeria! ¿Qué haces aquí?

—Lo que hacen las personas normales cuando se enteran de que alguien ha querido jugar a los autos de choque con su mejor amiga.

Al recordar lo sucedido, busco a Teo con la mirada y lo encuentro en una esquina. Él asiente con la cabeza y, con ese simple gesto, comprendo que no le ha contado nada del caso a nuestros amigos. ¿Cómo es posible que sea capaz de entenderlo sin que me diga ni una palabra? No sé desde cuando ha nacido entre nosotros esta conexión, pero ahora no es el momento de pensar en nada más que no sea en salir de este hospital.

—No es para tanto —bromeo quitándole importancia.

Valeria me mira con los ojos llenos de lágrimas y, sin que me lo espere, se lanza a mis brazos llorando. Verla tan indefensa sabiendo lo mucho que le cuesta las demostraciones de cariño, me emociona.

—Madre mía, *chochete*. No veas cuánto te ha cambiado el jefe culo prieto. Ahora abrazas sin que te entre urticaria.

—Eres idiota —se queja separándose de mí, moqueando.

Me tranquilizo al ver que mis palabras han conseguido el efecto que pretendía: tranquilizarla. Miro a su prometido y me hace gracia su sonrisa orgullosa, como si hubiera ganado un premio por haber domado a la fiera salvaje de mi amiga. ¡Hombres!

—Sé que no nos podéis contar lo que está pasando, pero no me digas que no es para tanto cuando tienes a un policía cachas delante de la puerta de tu habitación para protegerte —me recrimina, cruzándose de brazos.

—¿En serio? ¿Has dicho cachas? ¡Joder, Val! Eso se dice antes —digo intentando incorporarme.

—Anda siéntate que todavía te harás daño —me regaña mi amiga.

—No sé qué obsesión tenéis las mujeres con los uniformes —se queja Gael.

—Buenas tardes, señorita Segura. Soy el doctor Jiménez. ¿Cómo se encuentra? —nos interrumpe un atractivo hombre con bata blanca.

—Hola —saludo coqueta—. ¿Es usted quien me ha salvado?

—No había nada que salvar, morenita —apunta Teo, enfadado.

—Su amigo tiene razón. Es cierto que llegó al hospital inconsciente por culpa de una contusión craneal, pero por suerte no ha habido ningún daño interno.

—Muchas gracias, doctor. Le debo mi vida.

—La madre que la parió. Esta se cree que está dentro de una de esas novelas venezolanas que le gustan a su abuela —murmura mi mejor amiga con sarcasmo.

—Si necesita algo, solo tiene que llamar —se despide el doctor macizorro.

—Si no me da su número de teléfono, no podré hacerlo —indico con un aleteo de pestañas.

—Me refería a ese botón —me explica mientras señala con el dedo un mando de color blanco.

—¡Ah! No le había entendido —miento haciéndome la inocente.

Una vez que el doctorcito se marcha, observo las caras que tengo a mi alrededor y descubro diferentes estados de ánimo: Gael sonríe divertido, Valeria se cruza de brazos igual que si fuera una madre a punto de regañarte y Teodoro me mira irritado. ¿Qué coño le pasa? No somos nada, así que no le debo ninguna explicación. «Eres una falsa, bonita. Sabes perfectamente que, cuando ocurrió el accidente y viste tu vida pasar ante tus ojos, sentiste cosas». ¡Calla! ¡Eso fue porque creía que íbamos a morir! «Pues eso». Le doy una patada

mental a mi conciencia y vuelvo a prestar atención a mis visitantes, que me miran creyendo que estoy loca de remate.

—Bueno, a ver si ese golpe consigue hacerme más inteligente —bromeo para aligerar el ambiente.

En ese instante, como caído del cielo, entra en la habitación el comandante cañón rescatándome de este momento tan incómodo.

—Buenas tardes —nos saluda.

—Hola, Álvaro. ¿Cómo estás? —pregunta mi amiga dándole dos besos.

—No tan bien como tú.

El gruñido que sale de la garganta de Gael me divierte y por un momento tengo la impresión de estar viendo un capítulo de una de esas series donde el protagonista tiene que luchar por conseguir el amor de su enamorada. A ver si Valeria va a tener razón y veo demasiadas novelas venezolanas con mi *abu*.

—El próximo día traedme palomitas —bromeo.

Teodoro pone los ojos en blanco al escucharme y saluda al comandante con un apretón de manos.

—¿Cómo te encuentras? Me tenías muy preocupado —admite acercándose a mí.

—Tranquilo, mala hierba nunca muere.

—¡Melanie Segura! No bromees con esas cosas, por favor —me regaña mi mejor amiga.

—Deberíamos hablar sobre lo que ocurrió —indica Álvaro, dirigiéndose a nuestros amigos.

Ellos, que entienden que no pueden estar presentes en esta conversación, se despiden de nosotros y salen de la habitación.

—¿Habéis encontrado el todoterreno? —pregunta Teo.

—No. Seguimos el rastro de la matrícula y descubrimos que era falsa. No tenemos nada.

—¡Mierda! —exclama Teo golpeando la pared—. ¿Y qué podemos hacer? Era él, Álvaro. El tío de los mocasines blancos se acercó a nuestro coche y, si no fuera por los agentes que nos pusiste, estoy seguro de que habría acabado con nosotros.

Escuchar sus tensas palabras, hace que un escalofrío me recorra la piel. Sé que tiene razón y que, si no hubiera sido por esos

agentes, Teo y yo estaríamos muertos, pero pensar en ello me pone mal cuerpo.

—Creo que lo mejor sería que desaparecierais una temporada.

—¿Irnos? ¿A dónde? —pregunto al comprender lo que quiere decir —. No podemos abandonar nuestra vida, así como así. Mi familia se preocupará por mí.

—Es lo mejor, Mel. Está claro que estáis en peligro y, si no os escondéis, podéis poner en riesgo la vida de vuestros seres queridos.

—Tiene razón —lo secunda Teo.

—¿Y a dónde iremos?

—Hablaré con mi jefe para que busquen un lugar seguro donde nadie os pueda encontrar.

—Sé a dónde podemos ir.

—¿Qué se te ha ocurrido? —se interesa el comandante.

—Tengo una propiedad en la playa que podría servirnos. Es un lugar apartado y tranquilo. Tiene un buen sistema de seguridad y nadie nos encontrará allí.

—Ni hablar, no pienso ir a tu picadero de la playa, Teodoro —le advierto.

—¿De qué tienes miedo, morenita? ¿Es que acaso temes caer en mis redes?

Ese cabronazo, que parece conocerme más de lo que imaginaba, me provoca como quien agita una bandera roja delante de un toro y yo no puedo evitar caer en su trampa. Sí, lo reconozco. No sé negarme a un buen desafío.

—Más quisieras, guapito de cara. Sé que te mueres por deslumbrarme con tu técnica de seducción de *Ken surfero*, pero creo que voy a pasar.

—No necesito una tabla de surf para conquistar a ninguna mujer. Me basta con mi mástil —bromea levantando las cejas.

—Melanie, creo que es una buena idea —nos interrumpe Álvaro—. Lo mejor es mantener el perfil bajo por ahora y de paso mantener a salvo a vuestra familia y amigos.

¡Mierda! Sé que tienen razón, aunque no me apetece pasar las veinticuatro horas del día a su lado. ¡Es insoportable! «Sí, claro.

Seguro que ese es el motivo». ¿Qué insinúas, mala pécora? «Que estás acojonada, nena. Tienes miedo de pasar tiempo con él y descubrir que no es tan insoportable».

—Está bien, iremos a tu casita de la playa —contesto solo por llevarle la contraria a mi maldita conciencia.

—Perfecto. Yo me encargo de los billetes —dice Teo saliendo de la habitación mirando la pantalla de su teléfono móvil.

—Melanie, todo irá bien —me consuela el comandante.

—No me cabe la menor duda. Sé que sacarás tus poderes de Capitán América y cazarás a los malos.

—Eso no lo dudes —bromea guiñándome un ojo—. Aunque me refería a que estarás bien con él. Es un buen tío.

—Lo sé, pero si alguna vez dices que he dicho tal cosa, lo negaré rotundamente.

—Tengo mucho papeleo por hacer, mañana nos vemos. Te dejo en buenas manos.

—Gracias por todo, Álvaro.

Él me dedica una de sus preciosas sonrisas y me besa en la cabeza antes de marcharse. Álvaro es un gran tipo. Si alguna vez me planteara tener una relación, lo haría con alguien así: estable, fiel y tranquilo. No como el loco e irresponsable de Teo, que solo piensa en divertirse. «Pues no sé a quién me recuerda», ironiza mi conciencia.

Unos minutos después, Teo vuelve a la habitación y me enseña su teléfono creyendo que tengo una vista supersónica y que puedo leer lo que pone en la pantalla desde esta distancia.

—Ya tenemos billetes —expone al ver mi cara de desconcierto.

—Tengo que llamar a mi familia. ¿Dónde está mi teléfono? —pregunto buscando a mi alrededor.

—Creo que en recepción tienen una caja con tus pertenencias, de todas maneras, les puedes llamar desde el mío. Más tarde iré a recuperarlo si quieres.

—Está bien —acepto alargando mi mano para cogerlo.

—¿Qué les vas a decir?

—No lo sé. Algo se me ocurrirá.

Soltando un suspiro, marco el teléfono de mi casa y, cuando ya creo que no van a contestar, escucho la voz cantarina de mi abuela contestando.

—Hola, *abu*.

—¡Hola, mi niña! ¿Vas a venir a comer?

—Esto… no. Es que, ¡no te lo vas a creer! A mi amiga y a mí se nos ha ocurrido organizar un viaje de última hora y nos vamos.

—Pero… ¿a dónde?

—Todavía no lo sabemos. Es de esos packs que venden y que no sabes el destino exacto. Solo sabemos que es un lugar de playa.

—Qué cosas más raras que hacen ahora.

—¿Qué ocurre, mamá? —¡Mierda, mi padre!

—La niña que dice no sé qué de que se va a un sitio de playa, que no sabe a dónde y que no viene a comer.

—Ay, mamá. Pon el altavoz porque me estás liando. ¿Morenita?

—Hola, papichulo. Le decía a la *abu* que me iré unos días con una amiga de viaje exprés.

—Vale, pero, vendrás para hacer la maleta, ¿no?

—Eh, no —improviso—. Vamos a la playa, así que solo necesitaré un par de bikinis y unos pareos. Hemos encontrado una oferta de última hora y el vuelo sale en un rato, así que no podemos perder el tiempo. No te preocupes por nada, mi amiga me dejará ropa suya.

—Esto es muy raro, morenita.

—Pero, niña, tendrás que comprar bragas o algo, ¿no? ¡No pensarás ir todo el día con el chichi al aire!

Una carcajada ahogada capta mi atención y cuando veo a Teo tapando su boca con una mano tratando de contenerla, lo regaño con la mirada.

—¿Estás con alguien, cariño? Me ha parecido escuchar la risa de un hombre —me interroga mi abuela.

—*Abu*, al sitio donde vamos habrá tiendas, digo yo —contesto a su anterior pregunta, ignorando su último comentario.

—¡Eso, eso! Y si ves algún conjuntito sexi para mí, me lo compras.

—¡Mamá! —la regaña mi padre, sacándome una sonrisa.

—Familia, os tengo que dejar ya. No sé qué cobertura tendré, pero prometo llamaros cuando pueda. ¡Os quiero!

Cuelgo la llamada antes de que sigan interrogándome y le devuelvo el teléfono a Teo sin mirarlo. Sé que estoy haciendo lo correcto al alejarme de ellos, no obstante, me duele en el alma tener que engañarlos de esta manera.

—¿Estás bien?

—Sí, solo es que odio mentirles. En mi casa tenemos una norma: decir siempre la verdad, aunque duela y acabo de incumplir esa promesa.

—Lo estás haciendo por su bien —me consuela.

—Lo sé, pero de todas formas es doloroso.

Nunca les he ocultado nada y me duele tener que hacerlo ahora. Siempre han comprendido mi forma de ser y me han dado la confianza para que pueda hablar con ellos de cualquier cosa. Estos últimos días no he dejado de mentirles y siento que, a pesar de que es lo correcto, los estoy apartando de mi vida.

—Todo saldrá bien —me promete Teo, colocando una de sus manos encima de la mía.

—Eso espero, Teodoro. Porque si no sale bien, me convertiré en tu peor pesadilla y te perseguiré hasta la eternidad en forma de fantasma cojonero —bromeo.

—Estaré encantado de que lo hagas, morenita.

Joder, ¿por qué cada vez que escucho ese apodo en sus labios mi cuerpo se estremece?

CAPÍTULO 16

Teo

Verla preocupada por mentir a su familia, me rompe el corazón. Si pudiera aliviar su pesar, lo haría encantado. No sé de dónde ha salido este impulso, pero si me lo pidiera, sé que no dudaría en darle todo lo que necesitara. Es algo que, hasta ahora, nunca había sentido, y tengo que reconocer que me tiene desconcertado.

Me ha encantado volver a verla sonreír y a bromear, a pesar de que esa sonrisa fuera dedicada al doctor que, según ella, le salvó la vida. ¡La madre que la parió! ¡Soy yo el que estaba con ella en ese coche! «Tío, te veo un poco celoso», celoso, ¡mis cojones! Bueno, tal vez un poco.

A lo que iba. Dejando al capullo de su doctor aparte, tengo que reconocer que sentí un gran alivio cuando nos dijeron que el golpe de la cabeza no le había dejado secuelas. Fue como si me quitara un peso de encima y no sé si fue porque me sentía responsable de sus lesiones o porque Mel empieza a importarme mucho más de lo que pensaba. Pero la cuestión es que pasé un miedo horrible al ver que no despertaba de su inconsciencia.

Por suerte, al ver que todas las pruebas salieron bien, decidieron darle el alta a última hora de la tarde y ahora vamos de camino a mi ático en taxi. Aunque ella ya ha estado en mis dominios, estoy algo nervioso. Supongo que el saber que vamos a convivir juntos unos días me tiene un poco alterado.

—¿Todo bien? —pregunta interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí, claro.

—No hace falta que me lleves contigo, puedo ir a un hotel.

—¿Por qué dices eso? —pregunto sorprendido.

—Sé que estás acostumbrado a vivir solo y que mi intrusión podría alterar tu paz mental. No soy tu responsabilidad.

—No digas tonterías, no me molestas. Además, vamos a pasar varios días viviendo bajo el mismo techo, así que cuanto antes nos

acostumbremos mejor.

—Sí, lo había olvidado —murmura.

—¿Tan malo crees que será?

—No es eso, es que… No sé, Teo. ¿Crees que es buena idea que tú y yo estemos a solas?

Me quedo en silencio dándole vueltas a su pregunta y aprovecho para pensar en qué respuesta quiero darle mientras le pago la carrera al taxista. No sé si lo ha dicho porque cree que nos mataremos al estar las veinticuatro horas juntos, o porque cree que será imposible resistir la atracción que hay entre nosotros.

Bajamos del taxi en silencio y caminamos hasta el ascensor. Joder, ¿por qué estoy tan nervioso? ¡Por Dios! Me he acostado dos veces con esta mujer y, en cambio, me siento un adolescente virgen en su primera cita. ¡Si ni siquiera es una cita! Una vez que las puertas automáticas se cierran, saco el valor para contestarle.

—La convivencia conmigo es más fácil de lo que crees —indico para tratar de averiguar si esta es la opción ganadora.

—No me refería a eso, Teo —dice mirándose las manos, nerviosa.

¡Mierda! Sabía que la Melanie empoderada y guerrera me ponía como una moto, pero acabo de descubrir que su lado tierno e inseguro me enciende aún más, si es que eso es posible.

—No tienes nada de lo que preocuparte. Pasará lo que queramos que pase, y solo durante el tiempo que nos dé la gana.

Ella levanta su cabeza y me mira sorprendida. No sé si mi respuesta le ha gustado o le ha decepcionado. Está claro que cada vez entiendo menos a las mujeres. ¿Me estaré oxidando? Por suerte, antes de que mi cabeza salga ardiendo de tanto pensar, la campanilla del ascensor que anuncia la llegada a nuestra planta suena haciendo que suspire aliviado.

—Adelante. Estás en tu casa —anuncio con una reverencia pomposa cuando abro la puerta.

—Un día de estos te llevarás un susto si les haces ese ofrecimiento a todas tus conquistas.

—Lo dudo, siempre les dejo las cosas muy claras.

Melanie me mira de reojo como si creyera que eso no es suficiente, pero lo que ella no sabe es que, la única mujer que ha

estado en mi cama ha sido ella. Valoro demasiado mi intimidad y no me gusta traer a extraños a mi hogar, precisamente por lo que acaba de decir. Mis conquistas saben desde el principio que solo puedo ofrecerles sexo y para que no haya ninguna duda las llevo a un hotel. Excepto con Mel, con ella rompí mi norma. Pero ella no cuenta porque, en el fondo, no es una desconocida.

La acompaño hasta la habitación de invitados y, cuando se da cuenta de lo que hay encima de la cama, suelta una exclamación.

—¿Qué es esto? —pregunta con un tono que no me gusta nada.

—Es ropa.

—¡No me jodas! Tengo ojos, ¿sabes?

—Y unos muy bonitos, por cierto.

—Estoy agotada, Teo. No tengo ganas de bromas.

—Le dijiste a tu familia que tu amiga te dejaría ropa, ¿no? Pues soy tu amiga —bromeo señalándome el pecho con un dedo.

—No tenías que haberlo hecho —indica muy seria, mirándome a los ojos.

Su mirada agradecida me pone nervioso. No estoy acostumbrado y me hace sentir algo incómodo.

—En realidad fue Valeria —le explico para quitarle importancia.

—Es posible, pero seguro que tú se lo pediste.

—Puede ser —digo encogiéndome de hombros—. Si hay algo que no te guste, échale la culpa a ella porque es quien la ha escogido. Hay más cosas en esa maleta de allí, Val se encargó de prepararla para que puedas descansar.

—Amo a esa mujer —murmura con una tierna sonrisa.

—Y está claro que ella también a ti. Tendrías que haberla visto en el hospital, estaba destrozada.

—Odio que la gente se preocupe por mí —masculla.

—Eso es lo bonito de tener a personas que te quieren. Tú te preocupas por ellos y ellos por ti. Es recíproco, Mel.

—Supongo. Creo que voy a darme una ducha, lo necesito.

—Cuando termines échate un rato y descansa. ¿Qué te apetece cenar?

—¿Comida japonesa? —pregunta sacando unos adorables morritos.

¿Adorables? ¿Desde cuándo unos labios me parecen adorables? Y lo más importante, ¿desde cuándo me fijo yo en esas cosas?

—Perfecto. Llamaré y haré el pedido para que lo traigan en una hora, así tendrás tiempo de descansar.

Melanie asiente con la cabeza y, después de coger el conjunto de ropa que hay encima de la cama, entra en el lavabo. En el instante en el que cierra la puerta me quedo inmóvil durante unos segundos pensando en los sentimientos que me provoca esta mujer. Pero en el momento en el que escucho el sonido del agua, vuelvo en mí y salgo de la habitación para no invadir su intimidad.

Una hora después, llega el repartidor con nuestra comida. Preparo la mesa del comedor y, cuando ya lo tengo todo listo, voy en busca de la bella durmiente. Abro la puerta despacio, para no asustarla y, al verla acurrucada igual que una gatita, no puedo evitar sonreír. Hasta durmiendo está preciosa.

Me quedo un rato escuchando su plácida respiración hasta que el pequeño vendaje de su cabeza capta mi atención, el cual me recuerda lo que podría haber ocurrido. A pesar de la vigilancia que Álvaro se empeñó en poner en cada acceso del edificio, y al sofisticado sistema de seguridad que protege tanto el inmueble como mi ático, el temor de que alguien vuelva a hacerle daño no deja de atormentarme.

Me siento con cuidado en la cama y, de manera inconsciente, coloco uno de sus mechones sueltos, que todavía está húmedo por la ducha, detrás de su oreja. Sonrío al verla removerse incómoda y decido ir más allá. Acaricio con mi dedo su mejilla y recorro todas sus facciones despacio, tratando de memorizarlas. Después de unos minutos, Melanie abre los ojos y me mira adormilada.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado un camión —contesta con voz ronca.

—En realidad fue un todoterreno —bromeo.

—Muy gracioso —murmura esbozando una sonrisa relajada.

—La cena acaba de llegar. ¿Quieres levantarte o prefieres que te la traiga aquí?

—Prefiero levantarme.

Al ver que su cuerpo se resiente al incorporarse, me pongo en pie y tiro de ella para ayudarla.

—Gracias. —Asiento con la cabeza y la acompaño hasta el comedor.

En cuanto Melanie se fija en la mesa, me mira frunciendo el ceño. Lo admito: quería impresionarla y me he esforzado un poco. No es que haya preparado una mesa romántica, pero sí he puesto mi mejor mantel y la vajilla más bonita que tengo.

—Habría sido una lástima perderme tu faceta de decorador —bromea.

Sonrío ante su comentario y le aparto la silla actuando como todo un caballero. Debo confesar que las clases de etiqueta a las cuales mi padre me obligó a asistir siguen grabadas en mi memoria. Cenamos en un silencio cómodo, de esos que no te hacen sentir raro, sino que acompañan. Justo cuando estamos a punto de terminar, noto que Mel juguetea con un trozo de sushi en su plato, moviéndolo de un lado a otro.

—¿Todo bien?

—Sí, solo estaba recordando algo que dije cuando tuvimos el accidente.

—¿A qué te refieres? —pregunto imaginando por donde va.

—A eso de portarme bien contigo si salíamos vivos.

—Y hacerme ver las estrellas, no lo olvides —bromeo alzando las cejas.

Melanie suelta una carcajada y me golpea el brazo.

—Ahora en serio —la tranquilizo—. No tienes que preocuparte, sé que lo dijiste por el calor del momento. Ambos estábamos nerviosos y…

—No te equivoques, lo dije muy en serio. Estoy segura de que más tarde o más temprano eso va a ocurrir, aunque está claro que no será hoy —indica señalándose la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

Suelto una sonrisa nerviosa, sabiendo que tiene razón. La tensión sexual entre nosotros es palpable y ambos sabemos que no podremos controlarnos siempre.

—Será mejor que vayamos a dormir. Hoy ha sido un día muy intenso y mañana saldremos a primera hora de la mañana —cambio de tema nervioso.

—¿A dónde iremos? —se interesa con curiosidad.

—Mañana lo descubrirás —contesto misterioso—. Venga, a la cama.

★☆★

He pasado una noche de perros sabiendo que Melanie estaba a solo unos metros de mí. Es como si mi cuerpo sintiera su presencia y me empujara a ir en su busca. Salgo de la cama de un salto y me doy una ducha tratando de borrar esta sensación de anhelo, que no me ha dejado dormir en toda la noche.

Me visto con ropa cómoda y salgo a la cocina para preparar el desayuno. No sé lo que le gustará a ella, pero decido cortar algunas frutas para que hagan de acompañamiento. El sonido del timbre interrumpe mi momento culinario y, en cuanto escucho la voz del comandante, abro la puerta y saludo a Álvaro con un apretón de manos. Vuelvo hasta la cocina y continúo con mi tarea mientras el comandante se sienta en el taburete de la cocina.

—¿Quieres café? —le pregunto.

—No, gracias. ¿Cómo está ella?

—Bien. Está dolorida, pero es fuerte. Ojalá que esta pesadilla termine pronto —resoplo pasando mis dedos por el pelo.

—Lo sé. Estoy convencido de que todo terminará en breve.

—Eso espero —mascullo.

—¿Estás seguro de que estaréis a salvo? —inquiere refiriéndose a mi casa de la playa.

—Cien por cien seguro. Es una especie de fortaleza y, si permanecemos allí, todo irá bien.

—No me hace gracia enviaros sin escolta.

—Álvaro, te prometo que estaremos a salvo. Deja que, por unos días, olvidemos el lío en el que estamos metidos.

—Está bien. No obstante, quiero que me llames a diario —indica acercándome un teléfono—. Va por satélite y está totalmente

protegido. Bajo ningún concepto debéis usar vuestros dispositivos, ¿entendido?

Antes de que le pueda contestar, Melanie aparece en escena llevando una simple camiseta de algodón, dejando expuestas sus definidas piernas. Se frota los ojos mientras bosteza y levanta sus brazos, estirándose como lo haría una gata después de su siesta.

Miro a mi acompañante y lo descubro devorándola tal y como hacía yo hace tan solo unos segundos. Al ver su interés me enfado y, aunque no tengo ningún derecho a hacerlo, carraspeo para llamar su atención. Si no deja de mirarla así creo que no seré capaz de controlar mis instintos asesinos.

CAPÍTULO 17

Mel

He dormido como una marmota. No sé si ha sido gracias a los calmantes que me dieron en el hospital, pero en cuanto terminamos de cenar, me tumbé en la cama y caí en los brazos de Morfeo. Si no hubiera sido porque me puse la alarma a las siete, juro que hubiera dormido toda la mañana.

Me doy una ducha rápida para despejar el sueño que todavía tengo pegado en mis párpados y voy en busca de una dosis de café, poniéndome lo primero que encuentro. Apenas cruzo la puerta de la habitación, la voz de Teo me llega desde la cocina, guiando mis pasos en su dirección.

—Odio madrugar, Teodoro. Espero que el lugar donde me lleves valga la pena —murmuro sin saber si me escuchará desde tan lejos.

Entro en la cocina bostezando, soltando un gruñido parecido al de un león y cuando consigo abrir mis párpados, me encuentro a cuatro pares de ojos mirándome como si, en lugar del rey de la selva, fuera una deliciosa gacela a la que se quisieran comer para desayunar.

—La cara la tengo un poco más arriba —los regaño cruzándome de brazos al ver que no dejan de mirarme las piernas.

—¿Cómo estás, Mel? —pregunta el comandante acercándose a mí.

—Genial. He dormido igual que un bebé.

—Me alegro —contesta con una sonrisa sincera.

—Te he preparado café —nos interrumpe Teo con cara de pocos amigos.

—Gracias —digo dándole un trago.

¡Joder, el café está delicioso! ¿Tendrá una de esas máquinas italianas como la que me dijo Val que había en casa de Gael? ¡Qué tontería! ¡Por supuesto que tendrá una! Le doy un segundo trago y no puedo evitar cerrar los ojos y gemir de placer.

Al darme cuenta de lo que acabo de hacer, vuelvo a abrirlos y descubro que ambos me observan de forma distinta: Álvaro lo hace

con diversión, mientras que Teo parece querer devorarme. ¡Coño! ¡Qué calor hace de repente!

—Bueno, yo me marcho. Por favor, aseguraos de mantenerme informado. Si en algún momento no recibo vuestra llamada, enviaré un equipo de inmediato. Y, sobre todo, no uséis vuestros teléfonos personales. ¿Ha quedado claro?

—Cristalino —digo haciendo un saludo militar que me queda de lo más ridículo.

Cuando el comandante se marcha, continuamos con el desayuno en silencio y una vez que terminamos, preparamos nuestras cosas para el viaje.

—¿Vas a decirme ya a dónde vamos? —le pregunto cuando se cierran las puertas del ascensor.

—No —contesta juguetón.

—Odio las sorpresas, ¿lo sabías?

—Pues a mí me encanta darlas, así que te fastidias —contesta con una sonrisa de oreja a oreja.

Las puertas se abren mostrándonos el interior del garaje y, antes de que pueda darle una brillante contestación, sale huyendo y me veo obligada a seguirlo. De repente saca una llave del bolsillo de su pantalón y las luces de un precioso Porche 911 de color blanco se encienden.

—Se nota que te sobra la pasta —digo irritada—. Parece que te sobran los coches.

—Te equivocas conmigo, Mel —masculla molesto.

—Ah, ¿sí? ¿Me vas a negar que no te sale el dinero por las orejas?

—Para tu información, solo es un préstamo —recalca, enfadado —. Este juguetito es de Gael porque, por si no lo recuerdas, el mío quedó hecho papilla en el accidente. No soy de los que coleccionan coches, pero si así fuera, no habría nada de malo. El dinero que tengo lo he ganado con el sudor de mi frente. Además, los ceros de mi cuenta no deberían definirme como persona.

No veas con el guaperas, me ha dado un zasca en toda la boca. Entro al coche en silencio, comprendiendo que mi comentario ha estado fuera de lugar. Si mi abuela hubiera estado presente, me habría dado una de sus collejas ninja seguido de un: ¡Señorita,

nosotros no te hemos educado para que vayas por ahí juzgando a las personas!

Teo arranca el coche en silencio y asciende por la rampa de su garaje. Al salir me fijo en que nos siguen dos coches y no puedo evitar encogerme en el asiento temiendo que vuelva a repetirse lo de ayer.

—Tranquila, son policías. Álvaro accedió a dejarnos tranquilos una vez que llegáramos a nuestro destino, aunque nos acompañarán hasta que nos subamos al avión. —Respiro aliviada al escuchar sus palabras y agradezco que el comandante sea tan precavido.

Durante el trayecto pienso en lo injusta que suelo ser con Teo y me propongo que, a partir de ahora, intentaré ser más amable. Estos días quiero conocerlo un poco más porque está claro que hay muchas cosas que todavía no sé de él. «¿Cuánto de fondo quieres conocerlo, so cochina?». ¡Pues mira, lo que pueda! «¡Ole tu chocho! ¡Ya era hora de que dejaras salir a la fiera que llevas dentro y nos diéramos un buen homenaje!». Giro la cabeza y presto atención al paisaje tratando de ignorar a mi conciencia y, cuando me doy cuenta de que estamos llegando al aeropuerto, me pongo nerviosa.

—¿Todavía no vas a decirme a dónde vamos? —pregunto curiosa.

—No seas impaciente, tendrás que confiar en mí —dice el muy cretino, sin dejar de prestar atención a la carretera.

—Está bien, pero quiero pagar mi parte de los gastos —replico orgullosa.

—Te dije que yo me encargaría de todo y por mucho que patalees y te enfades, no voy a ceder en esto.

—Pero…

—Melanie, en gran parte estás aquí por mi culpa, así que no pienso cobrarte los jodidos billetes de avión. ¿Queda claro?

Joder con el pijo de los cojones. Ha conseguido que mis bragas se carbonicen con solo una frase y eso que ni siquiera me ha mirado a los ojos. Si llega a hacerlo, me subo encima de su regazo y cometo una locura.

Una vez que llegamos al aeropuerto, un chófer se encarga de recoger el coche de Gael y se marcha con él, lo que nos quita de encima la preocupación de tener que buscar aparcamiento. Como

tampoco llevamos maletas para facturar, avanzamos rápido por la terminal y vamos directamente a buscar nuestra puerta de embarque.

Mientras sigo los pasos de mi acompañante, aprovecho para observar mi alrededor por si descubro cuál será nuestro destino. Mi pulso se acelera a medida que nos acercamos al panel de información y, cuando descubro que nos vamos a Menorca, suelto un grito y me lanzo a sus brazos, haciéndolo trastabillar.

—Supongo que te gusta el lugar al que vamos, ¿no? —pregunta con una sonrisita de suficiencia.

—Siempre he querido ir a Menorca —respondo soñadora—. Mis padres fueron allí en su luna de miel. Estuvimos ahorrando muchos años para ir todos de vacaciones, pero al final… nunca llegamos a ir.

Pensar en esa época me hace estar triste y nostálgica a la vez. Recordar la ilusión con la que mis padres hablaban de ese lugar abre una herida que jamás he conseguido cerrar del todo.

—¿Estás bien? —se interesa, preocupado.

—Sí, tranquilo. Muchas gracias —digo abrazándolo.

En un primer momento, su cuerpo se tensa al no esperar ese gesto, pero segundos después él también me envuelve con los suyos, haciendo que un cosquilleo se aloje en mi estómago. Me separo asustada por lo que creo que empiezo a sentir y lo miro, y él, que imagino que intuye el motivo de mi incomodidad, me hace un gesto para que nos sentemos hasta que abran la puerta de embarque.

Una vez que anuncian el vuelo, nos colocamos en la cola y, poco después, tomamos asiento. Aunque estoy emocionada por ir a Menorca, también tengo miedo porque lo paso fatal en los aviones. Normalmente suelo viajar con mi familia o con mi mejor amiga y ellos me agarran de la mano para ayudarme a sobrellevar el mal trago, pero esta vez no están a mi lado.

Una vez que el avión toma velocidad para emprender el vuelo, mis dedos se tensan alrededor de los reposabrazos. ¡Joder, joder, joder! Cierro los ojos mientras trato de respirar despacio para calmar mis nervios y, justo cuando creo que voy a ponerme a gritar como una loca en medio de un ataque de pánico, una mano se coloca encima

de la mía, dándome la paz que necesito en este momento. Cuando vuelvo a abrirlos, me encuentro con su mirada verde, que trata de transmitirme tranquilidad. Teo asiente con la cabeza y yo relajo mi mano, dejando que nuestros dedos se entrelacen de una forma demasiado natural. Gracias a él he conseguido recuperar el control de mi respiración. Le dedico una sonrisa de agradecimiento y cierro los párpados para que el viaje no me resulte insoportable.

—Buenos días, bella durmiente. —Escucho una voz a lo lejos.

—Eh… —murmuro con voz pastosa—. ¿Dónde estamos?

—En Menorca —explica orgulloso.

—¡¿Ya hemos llegado?!

—Ajá y te has pasado la hora y media de trayecto roncando como un oso pardo.

—¡Y dale! ¡Que yo no ronco! —exclamo incorporándome y limpiándome la comisura de la boca de babas.

—No te avergüences, ya te dije que me encantan tus ronquidos, morenita.

Teo se baja del asiento y, cuando lo sigo, una azafata nos mira con una sonrisa tierna en la cara creyendo que acaba de presenciar una preciosa escena romántica.

—Si te gusta, te lo envuelvo para regalo —le digo, haciendo que suelte una carcajada pensando que bromeo.

Sigo a mi acompañante hasta la zona de llegadas y, al cruzar las puertas automáticas, un hombre corpulento, vestido con un traje negro, nos espera sosteniendo un cartel con nuestros nombres.

—¿Esto es cosa tuya?

—No, estoy seguro de que ha sido Gael.

—El jefe culo fino piensa en todo, ¿no?

—Eso parece —dice sonriendo con cariño al pensar en su mejor amigo.

Nos acercamos hasta el conductor, el cual, después de presentarse, se encarga de nuestros equipajes. Seguimos al *man in black* hasta el aparcamiento y nos subimos en un todoterreno que más que un vehículo parece un tanque de combate.

—Creo que Gael está más asustado que nosotros —bromeo al ver la seguridad del coche que ha escogido.

Media hora más tarde, el coche se detiene frente al puerto de Fornells. Cuando el conductor se baja del vehículo y nos ayuda con el equipaje, no puedo evitar mirar a Teo con desconfianza. Una vez que el *musculitos* se despide de nosotros con cortesía y desaparece de nuestra vista, ya estoy de los nervios.

—¿Qué coño hacemos en el puerto, Teodoro? —pregunto anonadada.

—Coger un *llaüt* —responde como si fuera obvio.

—¿Y eso qué se supone que es? —insisto.

—Ahora lo verás.

Caminamos unos metros hasta uno de los embarcaderos del puerto y me sorprendo cuando Teo se detiene delante de una pequeña embarcación parecida a las típicas que utilizan los pescadores.

—Bienvenida a la *Sardineta* —indica haciéndome una reverencia con orgullo.

—No me pienso subir a ese cacharro —me quejo.

—No seas tonta, es seguro —lo defiende saltando al interior de la barca.

—¿Y a dónde se supone que vamos a ir con ese trasto?

—A mi isla.

—¡¿A tu qué?!

Él continúa trasteando y llevando nuestras cosas al interior de esa especie de barca con motor, haciendo que cada vez me ponga más nerviosa.

—¡Teodoro Hidalgo! ¡Haz el favor de parar un momento y explicarme qué coño has querido decir con tu isla! —exploto perdiendo la paciencia.

—Justamente lo que he dicho —responde tan tranquilo, como si me acabara de decir que tiene una licuadora para hacerse zumos.

—Joder, no me lo puedo creer —mascullo caminando en círculos por la pasarela de madera.

—No le des más vueltas, morenita, y acéptalo de una vez: tengo una isla. —Después de evitar mi mirada durante un buen rato, por fin me mira avergonzado, sintiéndose incómodo por lo que acaba de revelar.

¡No me lo puedo creer! ¡Una jodida isla! Sabía que la familia de Teo tenía un poder adquisitivo muy alto, pero jamás en la vida me hubiera imaginado que fuera el propietario de algo así.

CAPÍTULO 18

Teo

Después de mi pequeña confesión, Melanie se sube al *llaüt* sin decir ni una sola palabra. Sé que la he sorprendido y, si no estuviera tan mortificado, me burlaría de ella y soltaría una carcajada. Soy consciente de que no debería sentirme avergonzado, pero a pesar de que crecí entre riqueza y protocolos, no soy tan estirado ni tan orgulloso como mis padres. A diferencia de ellos, disfruto de las pequeñas cosas y esta isla es lo más «lujoso» que tengo.

Arranco el motor de *Sardineta* y sonrío al comprobar que funciona igual que siempre. Tengo que felicitar a Mateu por el mantenimiento y el cuidado que le dedica a la barca.

El trayecto hasta la isla apenas dura cinco minutos, pero me bastan para admirar las vistas, y no me refiero al mar, que a estas alturas ya lo conozco de memoria. Ver su cara ilusionada mientras observa todo con la boca abierta, no tiene precio. Cuando ha sentido la brisa del mar por primera vez, ha cerrado los ojos y ha sonreído igual que una niña pequeña montada en una atracción de feria. Malditamente maravillosa. Ver su felicidad hace que mi corazón estalle al no poder aguantar tanta emoción. ¡Joder! ¿Desde cuándo pienso como si fuera un jodido escritor de novela romántica? «Tío, estás perdido».

—Ya hemos llegado —informo al parar en el embarcadero, junto a la vieja barca de remos de mi abuelo.

Melanie, que se ha pasado el trayecto admirando las aguas cristalinas, levanta la cabeza y me presta atención. Al comprender mis palabras, observa la isla con atención y sonríe complacida.

—Esto es una puta pasada —murmura.

—Lo es —admito—. Esta isla es conocida como la *illa de ses Sargantanes.*

—¿Y por qué se llama así? —pregunta bajándose del *llaüt* con mi ayuda.

—Porque…

—¡Ay! ¿Qué es eso? —exclama interrumpiéndome.

—Creo que ya has descubierto el porqué de su nombre —indico soltando una carcajada al verla dando saltitos para esquivar las lagartijas que corretean tranquilas por la pasarela de madera.

—¡Son lagartijas!

—Exacto, aquí las llaman *sargantanes*. Esta lagartija es autóctona de Menorca y de algunas islas que la rodean. Aquí viven a sus anchas, sin depredadores que las persigan —explico para que comprenda el motivo del nombre de la isla.

—Jodidamente genial —dice esquivando a los pequeños reptiles que intentan pasar por encima de su pie.

—Venga, vayamos a la casa —indico caminando por el sendero.

—La verdad es que, dado tu estatus social, me esperaba que fueras el propietario de una mansión. Aunque en la vida imaginé que tuvieras una isla.

—Bueno, en realidad fue una herencia —expongo abriendo la puerta de la casa—. Adelante.

Melanie accede al interior de la vivienda y, mientras ella examina todo con atención, yo la espero en el marco de la puerta, inseguro.

—Es preciosa —murmura haciendo que me sienta aliviado.

¿Por qué coño estaba esperando su aceptación? No lo sé, no obstante, saber que le gusta el lugar donde pasé mis veranos de niño, me llena de una extraña satisfacción. No sé porque tenía tanto miedo a su reacción, porque en realidad la casa es preciosa. Es antigua, pero está completamente reformada. Sus paredes de piedra vista y su tejado oscuro, le da un aspecto cálido y hogareño. Muchos de los muebles que todavía conservo, son los que mi abuelo hizo con sus propias manos y las cortinas que cubren las ventanas fueron cosidas por mi abuela cuando compraron la isla. Sí, lo reconozco: en el fondo soy un romántico y me niego a deshacerme de todo lo que un día colocaron con tanto amor.

—Te acompañaré a tu habitación —indico subiendo las escaleras hasta la planta superior.

Al llegar a la puerta de su dormitorio, me aparto a un lado para dejarla pasar y, cuando deja su equipaje sobre la cama, su rostro se

contrae con una mueca de dolor.

—¿Te duele?

—Un poco, pero se me pasará —dice quitándole importancia.

—Será mejor que descanses.

—Estoy harta de dormir —se queja poniendo los ojos en blanco—. Creo que iré un rato a leer. En la entrada he visto una tumbona que tiene mi nombre.

—Como si estuvieras en tu casa —le digo con una exagerada reverencia—. Mientras tanto prepararé algo para desayunar.

Dejo a Melanie en su nueva habitación y bajo hasta la cocina. Cada vez que descubro el dolor en su mirada, algo dentro de mí se rompe y no puedo evitar sentirme culpable. Sé que yo no fui el responsable de lo que ocurrió, aunque supongo que cada vez empiezo a tener más sentimientos hacia ella y no soporto verla sufrir.

Abro los armarios y asiento satisfecho. Mateu y su mujer Mercè han hecho un buen trabajo. El matrimonio son los encargados del mantenimiento de la casa y de sus alrededores y, cuando decido pasar unos días en la isla, son los que limpian todo y llenan las alacenas de comida.

Saco de la nevera unos envases con embutidos y diferentes tipos de quesos típicos de Menorca y lo coloco todo en una bandeja. También incluyo *pa amb tomàquet*, algunas uvas y membrillo. Miro el viejo reloj de la cocina y, al ver que casi es mediodía, decido preparar los huevos con patatas y sobrasada que hacía mi abuela. Agarro una botella de agua fría y lo llevo todo a la mesa del porche, la cual me trae muy buenos recuerdos de las largas conversaciones con mis abuelos.

Una vez que todo está preparado, me acerco a la tumbona en la que está Mel y la encuentro leyendo un libro con mucho interés. Sin hacer ruido me acerco a ella y, al ver la portada, sonrío con picardía.

—Vaya, vaya. No sabía que te gustaban este tipo de novelas —la provoco.

—¡Joder, qué susto me has dado! —exclama llevándose las manos al pecho.

—Así que novelas picantes, ¿eh?

—Es cosa de Valeria. Me la ha dejado entre la ropa que me compró —se excusa cerrando el libro.

—Ajá.

—¡No me mires así, Teodoro! Además, leer novelas eróticas no es nada malo —se queja cruzándose de brazos.

—Por supuesto que no. Estoy seguro de que aprenderás mucho leyéndolas y… eso me encanta —susurro muy cerca de su oreja.

Sabiendo que he conseguido lo que pretendía, alterarla, me doy media vuelta creyéndome vencedor y camino sabiendo que ella me sigue.

—Nunca te imaginé cocinando —indica antes de sentarse en la mesa—. Quiero decir que no pensé que tuvieras necesidad de hacerlo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —me hago el misterioso —. Mi abuela fue la que me enseñó. Ella decía que la mejor forma de conquistar a una mujer era por el estómago y que no querrían compartir su vida con un inútil.

—Tu abuela tenía mucha razón —afirma llevándose un trozo de queso a la boca.

Al pensar en mi abuela María, siento que me falta la respiración. Se me forma un nudo en la garganta cada vez que recuerdo su paciencia infinita y su amor incondicional.

—Cada verano que pasé aquí, tuve que trabajar duro y ganarme el pan, tal y como ella decía —confieso conteniendo las lágrimas.

—Debieron ser maravillosos.

—Lo fueron. Mi abuelo Fermín fue marinero en su juventud y, aunque consiguió mucho dinero gracias a sus negocios, siempre tuvo los pies en la tierra. Él sabía lo que era la escasez y por eso valoraba todas sus posesiones. Una de las pocas excentricidades que se permitió en su vida, fue esta isla.

—¿Por qué lo hizo? —pregunta curiosa.

—Como buen marinero adoraba el mar y siempre que podía venía a Menorca con mi abuela. Desde el primer día, esta isla les llamó la atención y, cuando se enteraron de que estaba a la venta, creyeron que era una señal y no dudaron en comprarla. Mi padre ya era un

adulto independiente por lo que decidieron dejar todo atrás y perseguir su sueño.

—Qué bonito. Se nota que eran increíbles.

—Estoy seguro de que te habrían adorado.

¡Joder! ¿Por qué he dicho eso en voz alta? Ese jodido pensamiento ha estado rondando por mi cabeza desde que pisamos la isla y todavía no entiendo por qué coño he decidido que era buena idea sacarlo a la luz.

—Quiero decir…

—Ellos también me habrían encantado —contesta sacándome un peso de encima.

—Me gustaba ir a pescar con mi abuelo —le explico tratando de cambiar de tema—. Nos levantábamos muy temprano, antes de que saliera el sol, y nos sentábamos cerca de la torre.

—¿Tienes una jodida torre?

—La tengo —admito.

—Vale, esto está empezando a ponerse raro de cojones —masculla poniendo los ojos en blanco—. Perdón, continúa.

—Como iba diciendo, nos sentábamos en las rocas cerca de la torre y preparábamos las cosas en silencio. Él me enseñó a lanzar el anzuelo y a tener paciencia. Siempre decía que pescar no era cuestión de suerte, sino de perseverancia y constancia. —Suelto el aire, despacio, para aliviar el nudo de mi garganta—. Mi abuelo se sentaba en su vieja silla plegable y yo lo hacía en una roca. Durante horas nos quedábamos admirando el agua, con la esperanza de atraer a algún pez que picara el anzuelo. Muchas veces volvíamos a casa con las manos vacías, pero no nos importaba porque era nuestro momento. Me encantaba escucharlo hablar de sus años en la marina, de su infancia e incluso disfrutaba cuando estábamos callados. Era un silencio cómodo que solo consigues compartir con alguien a quien quieres mucho.

—Suena bien. Me hubiera gustado ver la cara de mini Teo al pescar un pez por primera vez.

—Todavía lo recuerdo —contesto sonriendo con nostalgia—. A pesar de que no era muy grande, para mí fue todo un logro. Pero ¿sabes lo que me hizo más feliz ese día? Ver la mirada llena de

orgullo de mi abuelo. Entonces no lo comprendía, aunque ahora sé que ir a pescar era solo una excusa. Era nuestro momento de conexión.

Después de abrirme como nunca antes lo he hecho con nadie, ni siquiera con Gael, y al notar el cansancio en sus ojos, le sugiero que descanse un rato mientras yo recojo la mesa. Tras insistirle varias veces, acepta a regañadientes y se marcha a su habitación bostezando.

Cuando termino de recoger, me tumbo en la vieja hamaca de cuerdas que mi abuelo colgó para mí hace años entre dos postes de madera. Me mezo lentamente con el pie mientras contemplo el mar, preguntándome cómo coño vamos a salir de este lío.

A pesar de que he tratado de aparentar que todo está bajo control, la realidad es otra. Estoy acojonado. No tengo ni puta idea de qué es lo que está ocurriendo, pero mi instinto me grita que todo está relacionado conmigo. Saber que por mi culpa Melanie ha sido arrastrada a esta situación, es algo que me consume por dentro.

¿Y si me alejara de ella? Tal vez cabría la posibilidad de que, si creen que no está relacionada conmigo, la dejen en paz. Sea como sea, no me puedo quedar de brazos cruzados, necesito ponerla a salvo porque, si le llegara a ocurrir algo, no me lo perdonaría en la vida.

CAPÍTULO 19

Mel

Abro los ojos aturdida y me desperezo tratando de sacudirme el cansancio pegado a la piel. Por un momento no sé dónde me encuentro, pero en cuanto llega a mi nariz el inconfundible olor a salitre, lo recuerdo todo. Estoy en una jodida isla. Sonrío de oreja a oreja sabiendo lo afortunada que soy al estar en un paraíso como este, a pesar de que unos asesinos vayan detrás de nosotros.

—¡Madre mía! Cuando se lo cuente a Val, no se lo va a creer —pienso con nostalgia al acordarme de mi mejor amiga.

Me pongo en pie y bajo las escaleras en busca de Teo. Al no verlo en la casa, me asomo al porche y lo encuentro tumbado en una hamaca de cuerdas, la cual se balancea despacio. Camino hacia él sin hacer ruido creyendo que está dormido, pero al acercarme compruebo que tiene los ojos abiertos. Su ceño fruncido me deja claro que está preocupado por algo y que, en vez de relajarse, ha estado pensando demasiado. ¿Qué estará pasando por su cabeza? ¿Se habrá arrepentido de traerme a su paraíso particular?

—Hola —saludo tímida.

—Hola. No te había escuchado.

—¿Va todo bien? —pregunto por si hubiera recibido alguna mala noticia.

—Sí, claro —contesta incorporándose un poco—. ¿Has podido descansar?

—Un poco, tengo que admitir que el sonido de las olas del mar tiene un efecto muy relajante. ¿Es cómoda? —pregunto señalando la hamaca.

—Mucho. ¿Quieres probarla? Hay espacio para los dos —ofrece haciéndose a un lado.

Por unos segundos pienso en si es buena idea estar pegada a su piel, pero al final decido dejarme llevar y acepto. Teo me ofrece una mano y, después de varios intentos torpes y de casi acabar

espatarrada en el suelo, consigo subirme. Tener su cuerpo tan cerca del mío me provoca una sensación muy extraña. Por un lado, me siento cómoda, aunque al mismo tiempo su proximidad me pone nerviosa, y ni siquiera el suave vaivén de la hamaca consigue relajarme.

—Entiendo por qué tus abuelos se enamoraron de esta isla —confieso—. Es un lugar de ensueño.

—Lo es —afirma girando su cabeza para mirarme.

Me cago en todo, es guapísimo y, para colmo, Menorca le sienta fenomenal. No me ha pasado desapercibido que sus preciosos ojos verdes tienen un brillo especial desde que pusimos un pie en la isla, como si estando aquí los problemas le pesaran menos que antes. Esa fragilidad que a veces veo en él me empuja a querer averiguar qué es lo que le atormenta.

Después de nuestra conversación sobre sus abuelos, me quedó claro que su relación no tenía nada que ver con la que tiene con sus padres. Al escuchar el cariño con el que hablaba de ellos, comprendí que quizá no lo conocía tanto… y que su infancia no fue precisamente fácil. Odio haberlo juzgado sin conocerlo. No suelo actuar así, y no entiendo por qué con él reaccioné de esa forma. «*Amore*, lo hiciste para defenderte. En el fondo sabías que, si lo dejabas entrar en tu vida, conseguiría atravesar los muros que construiste para protegerte». Esta vez, al escuchar a mi conciencia, me mantengo callada porque creo que, por una vez y sin que sirva de precedente, tiene razón.

El balanceo sutil hace que nuestros cuerpos cada vez estén más unidos y que nuestras manos se rocen con pereza. Mi piel hormiguea con su contacto y hace que sienta el impulso de acariciar su mano. Como si fuera algo natural, entrelazamos los dedos y todo a nuestro alrededor desaparece. Me siento muy a gusto con él y eso me asusta, pero hoy, por primera vez en mucho tiempo, decido mandar al miedo de una patada de vuelta a Madrid. Lo que pasa en Menorca, se queda en Menorca.

Con cuidado, procurando de que no terminemos en el suelo, me giro de lado y apoyo la cabeza sobre su hombro. Deslizo la mano que me queda libre hasta su pecho y lo acaricio con movimientos

circulares. ¿Cómo es posible que algo que jamás he hecho hasta ahora se sienta tan familiar y seguro? Al cabo de unos minutos, Teo también se gira hacia mí y con delicadeza me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

La conexión que sentimos es tan fuerte que tira de nosotros como si de un hilo invisible se tratara y nos empuja a perdernos en la mirada del otro. Cuando me doy cuenta de que los suyos tienen el mismo anhelo que los míos, un escalofrío me recorre la piel. La atracción que sentimos el uno por el otro sigue tirando con suavidad de nuestros rostros, acercándonos despacio, sabiendo que, acelerar el momento, podría significar romper la magia. Pero, justo cuando su aliento se mezcla con el mío y nuestros labios están a punto de rozarse, el puñetero teléfono decide empezar a sonar, interrumpiendo este instante tan idílico.

—Joder —murmura Teo estirando el brazo para agarrar el teléfono que nos entregó el comandante—. ¿Diga?

—Hola, Teo. ¿Cómo estáis? —Escucho la voz de Álvaro a través del altavoz.

—De puta madre —contesta mirándome con picardía—. Ya estamos instalados y todo está bajo control.

—Perfecto. ¿Mel está bien?

—Sí. Creo que la isla le está sentando de maravilla.

Contengo la risita que ha salido de mi garganta pillándome por sorpresa y me inclino para bajarme de la hamaca, pero Teo me sujeta del brazo, impidiendo que me separe de él.

—Me alegro. Dile de mi parte que trate de olvidar durante unos días el caso, ¿de acuerdo?

—Se lo diré —promete sin dejar de mirar mis labios.

—Está bien. Recuerda avisarme si hay alguna novedad —le exige.

—Tranquilo, si alguien tuviera los cojones de venir a mi isla, me enteraría en cuanto su dedo gordo del pie rozara la arena de la playa —suelta con chulería.

—Eres un pretencioso —bromea el comandante—, aunque me dejas más tranquilo. Hablamos mañana.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta devorándome con los ojos una vez cuelga el teléfono.

—No lo sé, la llamada ha hecho que lo olvide.

—Es una suerte de que, por una vez, uno de los dos recuerde algo —murmura contra mis labios, provocándome.

El primer movimiento es tímido, como si temiéramos salir ardiendo, pero en cuanto nuestros labios se tocan, todo estalla. Nuestras bocas se buscan hambrientas y desesperadas, mientras que las manos se vuelven más intrépidas colándose entre la ropa. Llevo tantos días calentándome a fuego lento que siento que explotaré si no toco su piel. El deseo me consume, y en un impulso me coloco sobre él, tan rápido que casi caemos al suelo.

—Joder —murmuro en su boca—. Me pones a cien.

Teo sube sus manos y se detiene antes de llegar a mis pechos, provocándome. Me muevo inquieta deseando que siga avanzando y, al no conseguir lo que quiero, tiro de su labio inferior con mis dientes arrancándole un gemido. Perdiendo la poca paciencia que me queda, llevo mis manos hasta su camiseta y, con desesperación, la arranco a tirones. La imagen de su pecho al descubierto —el mismo que me dejó sin palabras la primera vez que lo vi— despierta en mí un deseo tan intenso que se me hace la boca agua.

—Eres preciosa y me vuelves loco, morenita —dice apoyando su frente en la mía.

Sus palabras, lejos de tranquilizarme, provocan justo el efecto contrario. De repente mi cuerpo se tensa y un escalofrío recorre mi espalda, haciendo que un miedo irrefrenable se apodere de mí y me haga sentir vulnerable y fuera de control.

—¿Mel? —pregunta al ver mi rigidez.

Como si hubiera visto al mismísimo *Belcebú*, empiezo a moverme desesperada, tratando de huir balanceando la hamaca sin control.

—¡Espera! ¡Vas a hacer que nos caigamos al suelo! —exclama, pero yo no lo escucho. Los muros que han ido agrietándose se han alzado de golpe y solo puedo pensar en huir.

No sé cómo lo hago, pero segundos después consigo desenredar mis piernas de las cuerdas sin matarme y corro hasta mi habitación, como una cobarde, mientras escucho a lo lejos los gritos de Teo, los cuales ignoro.

Cierro la puerta de mi dormitorio provocando un fuerte estruendo y empiezo a caminar en círculos, histérica.

—Joder, joder, joder —mascullo lloriqueando.

Entro en el lavabo y me miro en el espejo, el cual me devuelve una imagen pálida de mi rostro.

—¿Qué coño me ha pasado? —le pregunto a mi reflejo.

—«Qué te has cagado, nena» —contesta mi conciencia.

—¡Eso no es cierto! Solo es que… se me ha cortado el rollo.

—«Claro, y por eso tus bragas prácticamente echan humo, ¿no?».

—No soy una cobarde —mascullo entre dientes, enfadada.

—«Yo no he dicho eso. Aunque tienes que reconocer que tienes miedo de lo que estás empezando a sentir por él y…».

—¡Por favor, no digas nada más! Creo que lo mejor será que mantenga las distancias con él.

—«Pues buena suerte, *chochete*. La necesitarás conviviendo con semejante semental las veinticuatro horas del día».

Confundida y furiosa, me arranco la ropa a tirones y me meto en la ducha. Abro el grifo de agua fría y permanezco debajo del chorro hasta que consigo calmar el calor de mi cuerpo. Una vez que me tranquilizo, me visto con ropa cómoda y me tumbo en la cama con el libro que mi mejor amiga metió en mi maleta.

Cuando consigo concentrarme en la historia y olvidar por un segundo lo que *casi* ocurre en la hamaca, el guerrero de la novela decide empotrar a la protagonista contra la pared, haciéndole cosas que encienden mi sangre. Y en ese momento no son ellos los que gozan de su placer, somos Teo y yo los que estamos disfrutando de nuestros cuerpos.

—¡Me cago en Valeria y en sus putas novelas cochinas! —maldigo lanzando el libro encima de la cama.

Como si tuviera un sensor que le avisara de mi estado febril, Teo golpea la puerta de mi habitación y me pregunta si puede pasar. Mi cobardía hace que, por un instante, me plantee el decirle que estoy indispuesta, pero al darme cuenta de lo absurda que soy, decido no mentirle. No se merece que lo trate así.

—Adelante —concedo y Teo abre la puerta despacio, como si tuviera miedo.

—¿Estás bien?

—¡Claro! —miento, acalorada.

—Voy a preparar la cena, ¿te apetece algo en particular?

—No, gracias. No tengo hambre. Todavía sigo un poco dolorida por el accidente y necesito dormir. —Sé que utilizar esta excusa es algo muy ruin, no obstante, ahora no tengo fuerzas para enfrentarlo.

—Está bien. Si en algún momento tienes hambre puedes atracar la nevera —dice con cariño, haciendo que el corazón se me encoja de culpabilidad.

Decepcionado, se da media vuelta y desaparece ante mis ojos, dejándome totalmente desamparada. ¿Por qué cojones tengo que ser tan cobarde? Parpadeo con fuerza cuando las lágrimas empiezan a brotar y maldigo mi suerte por no poder hablar con mi mejor amiga. En otras circunstancias la habría llamado por teléfono para contarle cómo me siento y escuchar su consejo, pero Álvaro nos prohibió usar nuestros dispositivos.

Tampoco me permiten comunicarme con mi familia, y eso me tiene muy preocupada. Nunca he pasado tanto tiempo sin hablar con ellos, y necesito que sepan que estoy bien, aunque en realidad no lo esté del todo, porque el caos en mi cabeza no me deja pensar con claridad.

Está claro que estos días serán un auténtico infierno y no lo digo porque la convivencia con él sea difícil, sino porque fingir que mi cuerpo no se calienta al tenerlo cerca, será una tortura. ¿En qué te has metido, Mel?

CAPÍTULO 20

Teo

Hoy no he podido pegar ojo. Sé que debería estar preocupado por el caso y por ese hijo de puta con zapatos horteras que quiere matarnos, no obstante, mi mente ha decidido que esas horas de insomnio sean por otro motivo muy diferente: Melanie.

He pasado toda la noche pensando en si hice o dije algo fuera de lugar cuando estábamos en la hamaca. Pero, por más que lo intento, no logro comprender qué la llevó a salir huyendo. Su lenguaje corporal me hizo creer que deseaba lo mismo que yo, sin embargo, mi intuición parece estar fallando, o quizás, simplemente, con esta mujer las reglas de siempre no funcionan.

Cansado de dar vueltas, miro el reloj de la mesita de noche y me doy cuenta de que son las seis de la mañana. Sabiendo que seré incapaz de volver a dormir, me levanto y me visto con ropa deportiva. Salgo de mi habitación despacio, tratando de no hacer ruido y salgo al porche.

Una vez fuera, el espectáculo de luces que tengo frente a mis ojos me deja maravillado durante unos minutos. Observo fascinado cómo la luz del sol se asoma suavemente por el horizonte, tiñendo el mar de reflejos dorados y anaranjados. Es increíble que, aunque he visto miles de amaneceres y atardeceres en la isla, siempre consiguen dejarme sin aliento.

Cuando logro salir del hipnótico influjo del sol, comienzo a correr por la orilla. Doy zancadas cortas y, a medida que mis músculos se calientan, acelero el ritmo, poniendo a prueba mi cuerpo. La brisa del mar entra por mis pulmones, llenándolos de partículas de sal y despejando las vías respiratorias con suavidad. Poniéndome al límite consigo dejar por un instante la mente en blanco y centrarme solo en el movimiento de mis articulaciones. ¡Joder! Había olvidado lo bien que sienta correr por la playa. Una vez leí que hacer ejercicio cerca del mar, además de sus beneficios físicos, ayuda a reducir el

estrés y la ansiedad. Y no puedo estar más de acuerdo con ese artículo, ya que el murmullo de las olas siempre ha tenido un efecto calmante en mí.

Una hora después, aflojo el ritmo y vuelvo a casa más calmado que cuando me fui, pero en cuanto veo la hamaca y recuerdo nuestro momento erótico, me tenso de nuevo. ¡Mierda! Me saco la camiseta sudada y camino hacia la barra de dominadas para terminar de quemar la adrenalina que todavía sigue en mí.

Agarro la barra con fuerza y de inmediato siento cómo se tensan mis antebrazos, incluso antes de despegar los pies del suelo. Respiro hondo, hago fuerza con el abdomen impulsándome hacia arriba y, aunque siento que los brazos me queman, no cedo: aprieto los dientes y continúo tirando hasta que mi barbilla toca la barra metálica. Me mantengo unos segundos arriba, sosteniendo el peso de mi cuerpo, hasta que los músculos se contraen y, con control, bajo despacio, repitiendo varias veces el mismo ejercicio.

Mientras que llevo mi cuerpo al límite, mi jodida cabeza decide que es buena idea volver al momento de la hamaca.

Besarla despertó sentimientos en mí que nunca antes había experimentado, verla huir de esa forma sin darme ninguna explicación, me dolió. ¿Por qué saltó como si se hubiera pinchado con clavos? «Bueno, campeón, tienes que reconocer que algo si querías clavarle».

Antes de que pueda mandar a la mierda a mi oportuna conciencia, un carraspeo a mi espalda llama mi atención. Bajo de la barra de un salto y, al girarme, me encuentro con Mel, mirándome igual que a un plato del mejor restaurante. «*Minipunto* para mí».

Agarro la botella de agua que dejé encima de la mesa antes de salir a correr y, en completo silencio, me bebo la mitad de un trago, sintiendo cómo el frío me recorre la garganta. En cuanto descubro a Mel mirándome fascinada, decido jugar con ella tirándome el resto del agua por la cabeza para que el frío líquido refresque mi piel y caliente la suya.

—¿Has dormido bien? —pregunto limpiándome la cara con mi camiseta.

—Eh… si… no… —balbucea sin dejar de mirarme.

—¿Sí o no? —pregunto haciéndome el inocente.

—Sí, sí. He dormido de maravilla —afirma, aunque por su cara, puedo ver que miente—. La cama es muy cómoda.

Verla tan nerviosa, tratando de aparentar una normalidad que no siente, hace que tenga que contener la risa.

—Me alegro. Voy a darme una ducha, creo que lo necesito —indico, señalando mi cuerpo a propósito—. Cuando salga podemos desayunar.

—¡Claro! —exclama exagerada.

Minutos después me ducho con agua fría mientras recuerdo la forma en la que me devoraba con la mirada, como si hubiera tenido que contenerse para no lanzarse a mis brazos. Sonrío al darme cuenta de que, quizás, no todo está perdido y que mi radar no funciona tan mal.

★☆★

Media hora después salgo flotando de mi dormitorio. La mezcla entre el deporte y la reacción de Mel, han hecho que mi cuerpo se relaje.

Sigo el aroma de café hasta la cocina y allí encuentro a la culpable de mi insomnio, preparando el desayuno.

—¿Tortitas? —pregunto sorprendido.

—Hoy es domingo y en mi casa siempre desayunamos tortitas. Pero si no te gustan puedo preparar otra cosa.

—¡No, no! Me encantan —confieso—. Mi abuela también las preparaba y hacía muchos años que no las comía.

Ella me sonríe con dulzura y mi puto corazón se salta un latido. Mierda. Esto que estoy sintiendo está empezando a acojonarme de verdad.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer encerrados en esta isla? —pregunta cuando nos sentamos en la mesa del porche a desayunar.

Al escucharla no puedo evitar soltar una risita y mirarla con picardía. Ella, al comprender mis intenciones, pone los ojos en blanco y da un bocado a su tortita.

—No seas creído, Teodoro, no eres tan irresistible —contesta haciéndose la dura.

«¡Mentirosa!», grita mi cabeza al ver cómo se ha ruborizado con mis palabras. No es que sea un creído, pero empiezo a comprender el funcionamiento de su mente y saberlo me divierte.

—En la casa hay juegos de mesa, una sala de cine y podemos pasear por la playa.

—Ajá —contesta un poco decepcionada.

—Podríamos hacer alguna excursión con el barco.

—¡Eso sería genial! —exclama dando palmadas como si fuera una niña pequeña.

—Pero antes tendremos que consultarlo con Álvaro —le advierto. Odio reventar su burbuja de felicidad. Aun así, no podemos olvidar el motivo por el cual estamos aquí.

—Está bien —contesta seria.

Ver su decepción, hace que mi corazón se encoja. ¿Qué coño me está pasando? ¿Por qué una simple sonrisa suya hace que me sienta pletórico y, en cambio, si la veo triste deseo hacerla feliz a toda costa?

—¿Te apetece darte un baño? —pregunto intentando animarla—. Empieza a hacer calor.

—No sé…

—No sabía que eras una cobarde —digo provocándola.

El brillo de sus ojos me indica que ha aceptado el reto. Mi pequeña guerrera se pone en pie en silencio y sale de la cocina, levantando el mentón con orgullo. Sigo sus pasos y, antes de entrar en mi habitación, me despido de ella con una sonrisa canalla.

Quince minutos después salgo de mi dormitorio creyéndome el ganador de esta batalla, no obstante, cuando la veo, me quedo sin palabras. La muy arpía lleva un vestido de rejilla en el que se puede apreciar un minibikini negro que no deja nada a la imaginación. Al darse cuenta de que trago nervioso, Melanie sonríe de medio lado sabiendo que es ella la que ha ganado el partido esta vez: Mel 1 – Teo 0. Y como si esta victoria le supiera a poco, se da media vuelta dejándome sin respiración. Ver la forma en la que el fino hilo del tanga desaparece entre sus nalgas, es un auténtico martirio.

—Esto… creo que me he dejado algo, ahora vuelvo —me excuso al necesitar un momento a solas para recolocar mi erección.

¡Me cago en todos los diseñadores de ropa de baño! Está claro que cuando hicieron los patrones de este bañador, no pensaron en el efecto que provocaría una mujer como ella. A su lado toda la sangre de mi cerebro baja a mi entrepierna, haciéndome temer por mi vida. Cierro los ojos y pongo en práctica los ejercicios que aprendí en mis clases de yoga, respirando hondo para tratar de calmarme.

Una vez que consigo apaciguar a la fiera que llevo entre las piernas, salgo de la casa y encuentro a mi pesadilla parada en la orilla. Me quedo unos segundos observándola a lo lejos mientras se quita esa prenda del demonio que, más que un vestido, parece una red atrapando su cuerpo de sirena.

La observo embobado al ver la forma en la que se recoge el pelo en un moño desordenado, y no puedo evitar sonreír al ver cómo algunos mechones rebeldes se escapan, desafiándola. Después camina hacia el mar moviendo las caderas de una forma casi hipnótica y se detiene para acariciar las olas con los pies. Mel cierra los ojos y empieza a girar con los brazos alzados, como si fuera una niña pequeña disfrutando de un día de playa. Es jodidamente perfecta.

Mel suele levantar un muro infranqueable para protegerse, por lo que verla tan relajada y natural, me hace sentir afortunado de ser elegido para presenciar ese fenómeno. «Tío, estás perdido». Lo sé, contesto a mi conciencia sabiendo que ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 21

Mel

Me siento libre. El mar siempre me ha atraído y, desde pequeña, he sentido que tenemos una conexión difícil de explicar. Supongo que tendrá algo que ver con todos los veranos que pasé con mi familia en Málaga, la ciudad donde mis padres nacieron. Tengo tantos buenos recuerdos de esos años: los tápers de mi abuela, el olor a crema solar, la arena pegada a mi piel y esos interminables días en remojo.

Vivir en una ciudad que no tiene playa es muy difícil para mí, porque tengo la sensación de que me falta algo. En cuanto he llegado a la orilla y mis pies han tocado la fina arena, he sentido que mi piel se erizaba con el contacto. Tengo la impresión de que este lugar me está gritando que es aquí donde realmente pertenezco. El olor a salitre invade mis fosas nasales y las olas juguetean con mis pies, haciéndome cosquillas.

Estoy tan feliz que no puedo evitar cerrar los párpados y girar como si volviera a tener cinco años. Doy vueltas sin importarme nada a mi alrededor y solo me detengo en cuanto pierdo el equilibrio. Abro los ojos para no caerme y entonces lo veo. Su mirada es tan profunda que, sin comprender el motivo, tengo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. ¿Por qué me mira así? Teo me atraviesa con la mirada y hace que me sienta el tesoro más precioso del mundo. ¡Madre mía, está tremendo! Ver su musculado cuerpo bañado por los rayos del sol, hace que se me antoje devorarlo. ¡Vivir con él va a ser un auténtico suplicio!

Esta mañana, al verlo hacer dominadas en el porche, casi me trago la lengua. Ver cómo los músculos de su espalda se tensaban con el esfuerzo me encendió por completo, pero fue en el instante en que se vertió la botella de agua por encima cuando sentí que mis bragas se desintegraban. ¡Mierda! Si cada mañana tengo que presenciar semejante espectáculo, moriré por combustión

espontánea. «No seas idiota, cari. Ya te dije lo que tenías que hacer: ser valiente y dejarte llevar». ¡Como si fuera tan fácil!

—¿Está buena? —pregunta sacándome de mis pensamientos calenturientos.

—¿Cómo?

—El agua —indica señalando con la cabeza el mar.

—Sí, está buenísima —afirmo mordiéndome el labio para seguirle la corriente.

Él me dedica una de esas sonrisas canallas, de esas que desarman y que parecen creadas para romper corazones. Sus ojos no se apartan de los míos ni un segundo mientras se acerca a mí, muy lentamente, mirándome provocativo, como si supiera qué botón tiene que apretar para tenerme a su merced. Su cercanía me acelera el pulso y me pone cardíaca haciendo que mi sistema nervioso se vuelva loco. Una parte de mí quiere retroceder, por miedo, aunque la otra desea con ansias que acorte la distancia y que me toque. Pero, justo cuando lo tengo a unos centímetros de distancia, me guiña un ojo y echa a correr. ¿Cómo es posible que consiga ponerme tan nerviosa con un simple guiño? ¡Odio sentirme así!

Observo su carrera con atención como si fuera una escena a cámara lenta. Teo se lanza de cabeza al agua para, instantes después, salir a la superficie y regalarme un espectáculo digno de admirar. Ver el agua resbalando por su duro torso es, sin duda, una de las imágenes más eróticas que he visto en mi vida. ¿Cómo es posible que el recorrido de una gota pueda calentarme tanto? Siento un cosquilleo intenso recorrer mi cuerpo entero y, sin poder evitarlo, aprieto los muslos, tratando de buscar algo de alivio. Pero mi tortura continúa en el momento en el que se pasa las manos por el pelo empapado y lo echa hacia atrás con naturalidad, sin dejar de mirarme a los ojos.

Al observar la expresión triunfal en su rostro, lo comprendo todo: cada uno de sus movimientos ha sido calculado con mucho cuidado, como si fuera una coreografía perfectamente ensayada, diseñada para enloquecerme y para arrastrarme a su juego. El muy cabrón sabe que su pequeña exhibición ha surtido efecto y se cree que ha

ganado la partida. Lo que aún no sabe es que a este juego pueden jugar dos y yo no soy de las que se rinden sin pelear.

Sabiendo lo que va a ocurrir a continuación, le dedico una mirada provocativa de esas que no solo insinúan, sino que, cuando te quieres dar cuenta, te atrapan por completo. Camino hacia él con pasos lentos, moviendo las caderas de forma exagerada, como si fuera un felino. Por la forma en la que sus ojos me devoran hambrientos, sé que la poca sangre que le quedaba en el cerebro ha bajado de golpe hasta su entrepierna. A medida que me adentro en el mar, las olas acarician mi piel y yo me dejo llevar jugueteando con ellas, ofreciendo un espectáculo pensado para mantenerlo atrapado, deseando conocer mi siguiente movimiento.

Alcanzo el agua con mis manos y me remojo con movimientos ensayados. Deslizo el agua por mis brazos, luego bajo por la espalda y acaricio mis pechos con movimientos lentos, sin detenerme hasta que estoy completamente empapada. Le dedico una última mirada y, al ver lo aturdido que está, suelto una risita y me lanzo de cabeza al mar. Aunque no lo quiera reconocer, yo también me he calentado con este juego y necesito refrescarme.

Me sumerjo bajo el agua y buceo en su dirección, igual que un depredador buscando su presa. Me acerco despacio para sorprenderlo y, cuando solo me separa un metro de su cuerpo, salgo a la superficie echando la cabeza hacia atrás, dejando que el agua se deslice por mi rostro. Me aparto el exceso de agua del pelo, y por un momento, olvido el juego de conquista que teníamos entre manos hace apenas unos instantes. El mar me provoca eso: una sensación de felicidad indescriptible que se cuela por cada poro de mi piel y consigue arrancarme una sonrisa, solo por el hecho de adentrarme en él.

—Te gusta el mar —dice sacándome de mis pensamientos.

—Lo adoro —indico, sabiendo que no ha sido una pregunta—. Creo que en otra vida debí ser una trucha o un salmonete.

Mi comentario le arranca una carcajada tan espontánea y auténtica que me resulta imposible no unirme; en cuestión de segundos, estoy riendo con él, sin poder contenerme.

—Esto es el paraíso —digo, una vez que conseguimos dejar de reír.

—Lo es —admite sin dejar de mirarme, haciendo que, por un momento, crea que está hablando de mí y no de la isla.

—Me recuerda a mis veranos en el sur.

—¿Solías veranear allí? —pregunta con curiosidad.

—Sí, mis padres nacieron en Málaga y se mudaron a Madrid por trabajo. Así que cada verano llenábamos el coche de maletas y trastos, y volvíamos allí.

Cierro los ojos recordando aquellos años, cuando íbamos a visitar a mi abuela en coche y, a pesar de que era un viaje largo, a mí no me lo parecía. Salíamos de madrugada para evitar las horas de calor y, gracias a eso, me pasaba casi todo el camino durmiendo. Sonrío al pensar en las veces que mi *abu* se echó las manos a la cabeza al ver todo lo que habíamos conseguido meter en ese diminuto coche.

—Cada vez que llegábamos a casa de mi abuela, ella salía con una gran sonrisa y me daba uno de esos abrazos que te quitan la respiración.

—Suena bien —confiesa sonriendo con anhelo.

—Pero todo cambió al enfermar mi madre —explico con un nudo en la garganta—. Mi abuela se vino a vivir con nosotros para echarnos una mano y poco a poco las risas fueron substituidas por las lágrimas. Fue muy difícil seguir nuestra vida sin ella.

—Imagino que tuvo que ser muy duro para ti.

—Lo fue —admito recordando aquellos años—. Pero la peor parte se la llevó mi padre. Él perdió al amor de su vida y, aunque trató de ser fuerte por mí, cada noche lo escuchaba llorar. Tenía trece años cuando falleció, por lo que tuvo que enfrentarse a la adolescencia de una niña que estaba enfadada con el mundo por la muerte de su madre.

—Tu padre parece un gran tipo.

—Es el mejor —digo con orgullo—. Él y mi abuela se encargaron de llenar el vacío que dejó mi madre. ¿Y tú? Cuéntame algo de tu niñez.

—No tengo demasiados buenos recuerdos de niño —confiesa—. Mis padres nunca me llevaron a la playa ni perdieron el tiempo

jugando conmigo.

—¿En serio?

—Los únicos buenos recuerdos que tengo de pequeño, son los que viví con mis abuelos en esta isla. Desde que la compraron pasé todos mis veranos aquí y puedo decir que fueron los más felices de mi vida.

—¿Y tus padres?

—Ellos tenían otros planes y un mocoso como yo les estorbaba. Preferían viajar a lugares sofisticados a los que un niño no puede ir.

Algo dentro de mí se rompe al escuchar sus palabras. Imaginar al pequeño Teo abandonado me llena de tristeza, y tengo que contener las ganas de estrecharlo entre mis brazos

—No pongas esa cara, no fue tan malo. Mis abuelos se encargaron de llenar el vacío que mis padres dejaron. A veces creo que por eso mi padre me odia.

—¿Por qué dices eso?

—Mi abuelo nunca se llevó bien con él, eran tan diferentes que discutían a todas horas. Al fallecer, mi padre creyó que heredaría la isla y, cuando el notario leyó el testamento y dijo que me la habían dejado a mí, entró en cólera. Desde ese día nuestra relación se volvió todavía más complicada.

—No puedo comprender cómo un padre no es capaz de alegrarse por su hijo.

—Eso es porque no conoces al mío. Llevaba años planeando la edificación de un lujoso hotel en la isla y mi abuelo, que conocía sus planes, quiso dejar su tesoro a alguien que lo valorara.

—Hizo bien.

—Sí, no obstante, consiguió romper el poco vínculo que tenía con mi padre.

Conocer un poco más de su historia me demuestra lo equivocada que estaba con él. No me gusta juzgar a las personas, pero sin darme cuenta, le había puesto una etiqueta de despreocupado y consentido. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—¡El último en llegar a la orilla prepara la cena! —exclamo de repente tratando de cambiar de tema para que olvide los malos recuerdos.

Sin esperar su reacción salgo corriendo, sintiendo la adrenalina de la competición. El viento me da en la cara y el sonido de las olas se mezcla con mis chapoteos rápidos golpeando las olas. Cuando estoy a pocos metros de la orilla, me giro para ver si me sigue y lo encuentro inmóvil, parado a medio camino, admirando mi culo con cara de tonto. Al llegar lo hago con una gran sonrisa, sabiendo que he vuelto a ganar la partida.

—¡Gané! —grito levantando los brazos como si lo hubiera vencido en un combate de boxeo.

—Ha sido una carrera en desventaja —se queja.

—Ah, sí, ¿por qué? —pregunto cruzándome de brazos.

—Eh… porque me ha dado una rampa en el pie —miente.

—Ya, claro, una rampa —digo sabiendo que ese no es el verdadero motivo—. Espera, voy para ayudarte.

—¡No! Tranquila, ya se me está pasando. Será mejor que vayas a ducharte, las mujeres tardáis una eternidad. Ahora iré.

Suelto una carcajada al adivinar cuál es el verdadero motivo de su «indisposición». Sé que se ha empalmado al ver mi trasero votar con la carrera y su necesidad de ocultarla, me enternece. «A ver, cari, ¿desde cuándo una erección te pone tierna?».

—Desde que a ti no te importa —mascullo a mi entrometida conciencia.

Está claro que Teo despierta muchas cosas en mí, más de las que nunca me imaginé que iba a sentir.

CAPÍTULO 22

Teo

¡Me cago en la puta! ¿Cómo coño voy a salir del agua si, a pesar del agua fría, se me ha puesto como una piedra? Tendría que estar muerto para no ponerme cachondo al ver su delicioso culo moviéndose con ese diminuto tanga.

Observo cómo la pequeña bruja se aleja y, en cuanto escucho sus carcajadas, no tengo dudas de que sabe el motivo por el que todavía no he salido del agua. Sonrío divertido ante lo absurdo de la situación y acomodo mi erección con disimulo, agradeciendo que el mar me cubra hasta la cintura. Inspiro hondo, intentando tranquilizarme, y cuando por fin la sangre vuelve a mi cabeza, salgo del agua.

Entro en casa riéndome como si fuera un niño pequeño, consciente de que nuestro comportamiento se parece más al de un par de adolescentes desenfrenados que al de unos adultos hechos y derechos. Cada provocación aviva aún más mi deseo, y lejos de incomodarme, me excita. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo vacías que me resultaban esas citas fugaces que empezaban con una cena y terminaban con sexo rápido. Pero acabo de descubrir que este juego de seducción me divierte y me calienta mucho más. Es un calor sofocante que se cuece a fuego lento y, de repente, me hace entrar en combustión, obligándome a bajar la intensidad antes de que todo salga ardiendo.

Entro en la ducha de mi habitación sin dejar de pensar en su exuberante figura. Por mi mente aparecen imágenes eróticas de nuestros cuerpos desnudos rodando por la arena de la playa y, aunque el agua está helada, siento que me voy a abrasar. Cuando paso la mano por mi pecho, pienso que es ella la que me está acariciando y no puedo evitar masturbarme pensando en esa jodida imagen. Mi respiración se acelera haciendo que cierre el puño

apretando mi polla y, en unas pocas sacudidas, todo explota en un maravilloso orgasmo.

—Joder —murmuro limpiándome.

Salgo del baño mucho más relajado de lo que he entrado y me pongo unos pantalones cortos de algodón. Pienso en ponerme una camiseta, pero el calor es tan sofocante que enseguida descarto la idea.

Al pasar delante de su habitación, el sonido del agua me detiene por un instante y tengo que contenerme para no cruzar la puerta y terminar lo que llevamos días aplazando. Respiro hondo y me obligo a seguir hasta la cocina, convencido de que mi elección es la correcta.

Abro la nevera procurando pensar en otra cosa que no sea en su cuerpo mojado y, tras unos segundos, decido preparar unos espaguetis a la carbonara. Me preparo una copa de vino y mientras corto los ingredientes sonrío al pensar en su reacción. ¿Aprovechará para volver a meterse conmigo? No tengo ni idea, no obstante, estoy deseando averiguarlo. Ahora que he descubierto que estos juegos me divierten tanto, no quiero prescindir de ellos.

—¿Qué estás preparando, Teodoro? —Sonrío ante su pregunta sabiendo que en este instante viene su comentario mordaz—. Jamás hubiera imaginado que serías capaz de preparar algo que llevara más de dos ingredientes.

—Estas manos —me defiendo mientras las levanto— son capaces de hacer verdaderas maravillas.

—Eso habrá que verlo —susurra en mi oreja poniéndome la piel de gallina.

Sin darme cuenta ha llegado hasta mí y se ha pegado a mi espalda, haciendo que mi cuerpo se tense con su contacto. Me doy la vuelta para enfrentarla, y la imagen que tengo ante mí me deja completamente noqueado: su pelo, aún húmedo tras la ducha, gotea sobre la tela de un vestido veraniego, el cual, aunque a simple vista parece de lo más normal, en ella resulta demasiado provocativo.

—Huele delicioso —murmura la muy bruja como si no fuera la culpable de mi excitación.

Después camina hacia la nevera moviendo las caderas con exageración y me mira por encima del hombro con una sonrisa coqueta. Saca un trozo de queso y lo corta.

—Ummm. Este queso está buenísimo —admite al paladear su sabor.

—Pruébalo con ese vino. Verás que el contraste hará que tus papilas gustativas bailen —indico señalando mi copa.

Melanie se lleva otro trozo de queso a la boca y da un trago de mi copa. Al notar el sabor picante mezclado con el dulzor del vino, cierra los ojos y gime.

—¿Está bueno? —pregunto conteniéndome las ganas de lanzarme a sus labios para devorarla.

—Delicioso —contesta sin perder el contacto visual.

Extiende su mano y me ofrece un trozo de queso, el cual acepto sin dudar. Lo mastico despacio y, cuando voy a coger mi copa para beber, ella me la quita de las manos haciendo que la mire sorprendido. Melanie le da un largo trago y, dejándome sin palabras, me besa.

Sentir el sabor del vino en su lengua es la cosa más erótica que he vivido jamás. Está claro que esta mujer es fuego contenido y, si no tengo cuidado, saldré ardiendo. Pero la verdadera cuestión no es si debo alejarme, sino si quiero quemarme con ella. Y, honestamente, creo que no es necesario que responda esa pregunta, ya que es más que evidente.

Para evitar una desgracia, apago el fuego con un gesto rápido. Con el incendio que arde entre nosotros ya es suficiente, no creo que sea necesario que también se queme la casa.

Sin apartarme de su boca, la agarro por la cintura y la siento encima del mármol de la cocina. Ella me rodea con sus piernas y me pega a su cuerpo, encajándonos a la perfección. La muy bruja se frota contra mi erección haciendo que pierda la cabeza y que desee estar dentro de ella con urgencia. Con gran esfuerzo, me separo de sus adictivos labios y la miro a los ojos, pidiéndole en silencio su consentimiento. Cuando Melanie afirma con la cabeza, suspiro aliviado y doy gracias al cielo por volver a probar su piel.

Deslizo los tirantes de su vestido con una calma que no siento dejando sus pechos al descubierto y, sin poder contenerme, paso mi lengua por su pezón, haciendo que se endurezca ante mi contacto. Melanie se remueve impaciente y, aunque estoy tan ansioso como ella, decido jugar un poco más. Rozo la cara interna de sus muslos con mi mano y me detengo justo en su vórtice, consiguiendo la reacción esperada.

—¿Por qué te detienes? —gime desesperada.

—Por la misma razón por la que hemos estado jugando al gato y al ratón todos estos días: porque es más excitante —murmuro contra su pezón, antes de morderlo con delicadeza.

—Joder —lloriquea excitada—. Me he cansado de jugar.

—¿Estás segura?

—No —admite en un susurro.

Decidido a demostrarle lo estimulante que es alargar este suplicio, me pongo de rodillas sin dejar de mirarla y levanto su vestido hasta la cintura. Abro sus piernas con delicadeza y separo el diminuto tanga hacia un lado dejándola expuesta. Rozo con sutileza su clítoris con mi lengua y me detengo al escuchar una maldición. Espero unos segundos y después vuelvo a lamerla muy despacio, volviéndola completamente loca. Mel se remueve inquieta y tengo que sujetarla para que no acelere el momento.

—Te juro que como sigas así voy a perder la cabeza —se queja.

—Esa es la idea, morenita —admito volviendo a acariciarla con mi lengua.

Intento mantener la calma, pero sus gemidos lastimeros despiertan mi lado animal y termino devorándola con ansia.

—¡Teo! —grita al no esperar esa intensidad.

—A tomar por culo el juego —mascullo poniéndome en pie y llevándola en brazos a mi habitación.

Abro la puerta de una patada y, una vez en el interior, la dejo en el suelo y le arranco el vestido de un tirón. Vuelvo a arrodillarme delante de esta diosa que me tiene comiendo de la palma de su mano y le bajo el tanga despacio, sin dejar de besar su piel. Cuando la tengo ante mí, desnuda, me quedo inmóvil durante unos segundos admirando su cuerpo, ese que está hecho para pecar.

Perdiendo la poca paciencia que me queda, me pongo en pie y la beso desesperado. Ella, que se había mantenido inmóvil, lleva sus manos a mis pantalones y me los baja junto a mi ropa interior.

—Ahora sí que estamos en igualdad de condiciones —dice con picardía.

—Hablas demasiado —me quejo devorando su boca con desesperación, como si de repente no pudiera vivir sin sus besos.

Camino con nuestros cuerpos enredados y, en cuanto sus piernas chocan con la cama, le doy un ligero empujón para que caiga encima del colchón. La falta de contacto de su piel me asfixia y no puedo seguir soportando esta distancia. Por lo que, sin perder más tiempo, me dejo caer sobre ella sintiendo al instante que vuelvo a respirar. Nos acariciamos impacientes, devorándonos con ansia, hasta que no podemos soportarlo más. Cuando ambos llegamos a nuestro límite, abro el cajón de mi mesita y saco un preservativo. Me lo coloco con movimientos torpes y, sin dejar de mirarla a los ojos, entro en ella despacio, alargando un poco más nuestra agonía. Una vez que nuestros cuerpos están completamente unidos, suelto un gemido de satisfacción. ¡Mierda! Tenerla así es una puta pasada, y hace que olvide por un momento todo lo que estamos pasando.

Muevo mi pelvis en un balanceo lento pero profundo y cierro los ojos tratando de asimilar el placer que siento.

—Si no aceleras el ritmo, te mato, Teodoro —balbucea entre gemidos.

—Te veo un poco inquieta, morenita —me burlo fingiendo no estar tan ansioso como ella.

Trato de contenerme para alargar este placer tortuoso, pero cuando noto que me clava las uñas en la espalda, suelto un ronco gemido y, como si hubiera pulsado el botón que acciona mi locura, empiezo a embestirla con fuerza.

—Joder, así —masculla contra mi boca—. No pares.

Su petición me hace gracia y, si no estuviera tan desesperado, me reiría de la situación. ¿Es que acaso cree que querría detenerme? ¡Ni loco! Estar entre sus brazos es una auténtica maravilla y tendría que estar mal de la cabeza para querer perderme este momento. Nunca

me había sentido así y es algo que, aunque me asusta un poco, también me hace flotar de felicidad.

Beso su boca con desesperación y la sigo penetrando hasta que Mel lloriquea y se funde entre mis brazos igual que lava líquida. Al escuchar sus gemidos y ver la forma en la que se retuerce de gusto, exploto con ella en una última embestida.

Estoy tan agotado que mis brazos no son capaces de sostenerme y empiezan a temblar. Me dejo caer de lado para no cargar mi peso contra su cuerpo y la arrastro conmigo. Melanie apoya su cabeza sobre mi pecho, y ese gesto tan simple hace que mi corazón se hinche y lata mucho más deprisa.

—Jamás hubiera imaginado que abrazar a alguien después del sexo pudiera sentirse así —admito relajado.

—Así, ¿cómo?

—Como si por un momento todo tuviera sentido y de pronto tuviera algo que perder.

En cuanto la confesión sale de mis labios y su cuerpo se tensa, sé que la he cagado, otra vez. Y cuando Melanie sale del calor de mis brazos vistiéndose a toda prisa, comprendo que no será fácil llegar hasta su corazón.

CAPÍTULO 23

Mel

Soy una cobarde, lo sé, pero al escuchar sus palabras y descubrir sinceridad en ellas, he sentido la necesidad de huir.

Después de ese orgasmo demoledor, mi cuerpo se rindió por completo y todas mis defensas cayeron al suelo, devastadas. Escuchar su corazón latiendo con fuerza junto a mi oído hizo que me calmara y que, por un momento, sintiera que estaba en el lugar correcto. Sin embargo, su confesión ha hecho que el pánico se apodere de mí y que tenga la necesidad de ponerme a salvo.

Salgo huyendo de su habitación como si fuera una de esas ratas que corrieron para salvar su vida cuando el Titanic se hundió y no me detengo hasta que cierro la puerta de mi dormitorio.

—Joder… —mascullo tapándome la cara con las manos—. ¿Qué coño estás haciendo, Melanie?

Parece que mi pregunta ha despertado a la entrometida de mi conciencia y la respuesta llega nítida y sin rodeos: «Por primera vez en tu vida, te estás permitiendo vivir de verdad».

—¿Qué coño sabrás tú lo que es vivir si solo existes en mi cabeza? —pregunto enfadada sin obtener una contestación.

Entro en la ducha con la firme decisión de que, en cuanto todo esto acabe, me alejaré de Teo y de su magnetismo. Pero a pesar de que intento convencerme de que lo nuestro es solo sexo, algo dentro de mí se revuelve haciéndome sentir triste y desdichada. Es como si una lucha interna entre lo que siente mi corazón y lo que piensa mi cabeza, tirara de mí provocándome mucho dolor. De repente, sin poder controlarlo, comienzo a llorar sin control. ¿Por qué no soy capaz de dejarme llevar por mis sentimientos? Al no obtener una respuesta que me satisfaga, dejo que el agua se lleve mis lágrimas y que calme mi angustia.

Cuando por fin consigo calmar el llanto, salgo de la ducha y me pongo ropa cómoda. Cierro la puerta de mi habitación con el

corazón en un puño y entro en la cocina, esperando enfrentarme a su enfado por culpa de mi comportamiento infantil. Pero lo que veo me deja sin palabras: Teo está frente a los fogones, como si nada, concentrado en terminar la comida que dejó a medias por nuestro arrebato, y lejos de mostrar enfado, se le ve… feliz.

Teo se gira al darse cuenta de mi presencia y me dedica una de sus arrebatadoras sonrisas.

—¿Tienes hambre? —pregunta sin dejar de remover la salsa carbonara—. Porque yo me muero por hincarle el diente a estos espaguetis.

Su actitud me deja tan atónita que solo soy capaz de asentir con la cabeza y obedecerlo cuando me pide que me siente en la silla. «¿Qué esperabas? ¿Que su reacción fuera tan inmadura? Ya sois adultos, cari, o al menos él se comporta como uno». ¡Zas! Mi conciencia no pierde la oportunidad para echarme en cara mi vergonzosa huida y esta vez no puedo hacer otra cosa que callarme y aceptar que me regañe.

—Háblame de tu madre, ¿qué fue lo que ocurrió? —Me sorprende mientras me sirve la pasta, sin perder la sonrisa.

Su pregunta me paraliza y, por un momento, ese muro que me empeño en levantar para protegerme empieza a resquebrajarse.

—¡Lo siento! No hace falta que contestes si no quieres. A veces soy un poco cotilla —indica para relajar el ambiente tenso.

Lo más fácil sería aceptar sus disculpas y seguir hablando de cualquier otra cosa, pero entonces recuerdo lo que me contó sobre la relación con sus padres. Fue sincero conmigo y creo que lo más justo es que ahora sea yo la que comparta con él parte de mi pasado.

—Murió con treinta y siete años —confieso con voz temblorosa—. Le detectaron una enfermedad rara llamada Amiloidosis. Al principio, nadie sabía lo que le pasaba, solo que cada vez se sentía más cansada y que su organismo no respondía como antes. Después de muchas pruebas, nos dieron el diagnóstico.

Paro unos segundos y respiro despacio, tratando de contener las lágrimas que amenazan con salir de mis ojos de un momento a otro. Volver a recordar ese día es algo muy doloroso para mí, aunque creo

que también es necesario. Hace mucho tiempo que no hablo de mi madre y, no sé por qué, pero acabo de descubrir que necesito compartirlo con él.

—Nunca antes había escuchado esa enfermedad.

—Nosotros tampoco, hasta ese día. Según nos contó su doctor, la médula ósea empieza a hacer mal su trabajo y, en lugar de producir lo que el cuerpo necesita, fabrica anticuerpos en exceso, acumulándolos. Esas sustancias se pegan a los órganos importantes como el corazón, los riñones o el hígado haciendo que, con el tiempo, empiecen a fallar.

—¿Y no hay cura para esa enfermedad? —pregunta triste.

—No. Hubo un laboratorio que nos propuso un tratamiento experimental, sin embargo, aunque su enfermedad avanzaba poco a poco, con el medicamento empeoró más rápido de lo normal.

—Lo siento mucho —dice colocando su mano sobre la mía.

—Gracias. Fue muy duro, pero estuvimos luchando junto a ella hasta el último momento.

—¿Cómo era? —Sé que intenta levantarme el ánimo con esa pregunta, y se lo agradezco.

—Era la mejor —le explico con una gran sonrisa al recordarla—. Mi padre dice que me parezco mucho a ella, tanto físicamente como en el carácter.

—¿Tu madre también era tan impulsiva? —pregunta divertido.

—Sí —digo con una risita—, e igual de cabezota.

De repente, siento la necesidad de que la conozca. Me levanto sin decir nada y voy a mi habitación. Al cabo de unos segundos, vuelvo con una pequeña foto de carnet en mis manos y se la entrego.

—Se llamaba Julia.

—Era preciosa —admite—, igual que su hija.

En otro momento, me hubiera burlado de él diciéndole que tenía que actualizar sus cumplidos para ligar, pero en lugar de eso, me ruborizo. ¿Yo? ¿Ruborizada? ¿Por qué sus palabras tienen ese efecto en mí?

—Gracias.

—¿Y tu padre? ¿No se volvió a casar?

—No, él estaba muy enamorado de mi madre y, después de su muerte, solo dedicaba el tiempo a su familia y a trabajar. Durante muchos años lo escuchaba llorar en su dormitorio y eso me rompía el corazón. Supongo que por eso nunca me he permitido enamorarme de nadie, porque he visto con mis propios ojos cuánto te destruye el amor.

Me sorprendo al confesarle mis miedos. Está claro que, ver a mi padre sufrir todos estos años, dejó una huella en mí y construí una coraza a mi alrededor para protegerme. Pero con él, ese muro protector empieza a flaquear.

—No digas eso. El amor no destruye, te hace más fuerte. Imagino que tu padre debió sufrir mucho al no poder estar con el amor de su vida, pero estoy convencido de que, si le preguntáramos, diría que no se arrepiente de nada y que volvería a elegirla una y mil veces.

Reflexiono unos segundos en lo que acaba de decir y, aunque sé que mi padre y aquel desconocido taxista ya habían tratado de hacerme comprender lo mismo, escuchárselo a él lo cambia todo. No comprendo el motivo, sin embargo, sus palabras hacen que algo dentro de mí haga clic y lo vea todo con otros ojos. Hablar con Teo me ha hecho entender lo equivocada que he estado todos estos años, ya que, al tratar de protegerme del dolor, me he estado negando a vivir de verdad.

Sus palabras hacen que algo dentro de mí encaje de golpe y me obligue a verlo todo con otros ojos. Supongo que es como esa última gota que termina desbordando el vaso y te da ese empujón final. De cualquier manera, gracias a él he comprendido lo equivocada que he estado todos estos años, pues al intentar protegerme del dolor, en realidad me he estado negando a vivir de verdad.

—Tienes razón. Mi padre siempre la escogería a ella —admito.

—Entonces, ¿ese es el motivo por el cual nunca repites con nadie?

—Supongo. ¿Por qué te ríes? —pregunto al ver una sonrisita canalla en su rostro.

—Porque conmigo sí has repetido —indica con arrogancia—. Dos veces, para ser exactos.

—Una de ellas no cuenta, porque no la recuerdo —apunto cruzándome de brazos para que no se crea tan irresistible.

—No importa, porque estoy seguro de que fue tan maravillosa como las demás.

—Eres un fanfarrón —lo señalo sin poder aguantarme la risa.

—Es posible, pero te gusto tanto que has sucumbido a mis encantos —bromea alzando las cejas.

—No te creas tan irresistible, Teodoro.

El muy capullo me guiña un ojo y se levanta sin decir una palabra más para recoger la mesa. Lo observo de reojo colocando los platos en el lavavajillas y, en el momento en el que se inclina, no puedo evitar quedarme fascinada con su culo. Al darme cuenta del hechizo en el que me tiene sometida, me pongo en pie y lo ayudo a recoger. No puedo permitir que piense que es tan irresistible como él cree.

Mientras recogemos en silencio, siento una cotidianidad que, lejos de asustarme, me reconforta, y lo curioso de todo es que, cuando mi mente se imagina repitiendo este instante en un futuro cercano, no tengo miedo. No quiero salir huyendo, no esta vez.

—¿Te gustaría dar un paseo por la isla esta tarde? Quiero enseñarte algo —interrumpe mis pensamientos.

—Claro, me encantaría. No tenemos nada mejor que hacer.

Teo, al escucharme, levanta una ceja y yo, al comprender el motivo de su expresión, le doy un manotazo.

—Tendrás que ponerte un calzado cerrado o las lagartijas se colarán entre los dedos de tus pies —bromea, a pesar de que a mí no me hace gracia su comentario.

—Teodoro, estás haciendo que me arrepienta de haber aceptado tu propuesta.

Él, divertido, suelta una carcajada que consigue erizarme la piel y se marcha a su habitación, como si no hubiera conseguido encenderme con su risa. Jamás admitiré en voz alta lo que disfruto verlo reír.

Me encierro en mi habitación y me tumbo en la cama con la esperanza de dormir un poco, pero el sueño no aparece. En su lugar, mi mente se llena de recuerdos nuestros entre las sábanas, calentando mi cuerpo. ¡Jodido Teodoro! Cojo el libro que mi mejor

amiga metió en la maleta y vuelvo a retomar la lectura para entretenerme y pensar en otra cosa que no sea en sus manos sobre mí. El capítulo está interesante y consigue trasladarme a otro lugar, aunque en cuanto describen una escena erótica, mi pulso se acelera y mi respiración se agita.

—¡Maldita sea, Valeria! No podrías haberme prestado una novela policíaca o de miedo, ¿verdad? —mascullo cagándome en mi mejor amiga.

Enfadada y muy caliente, lanzo el libro encima de la mesita y coloco el brazo sobre mis ojos, intentando que esas imágenes eróticas se me borren de la cabeza. Está claro que voy a tener que dejar de leer este tipo de literatura.

★☆★

Un cosquilleo en la cara hace que me revuelva, incómoda. Creyendo que el culpable puede ser un mosquito cojonero, doy un manotazo al aire y descubro al verdadero responsable.

—¡Ay! —se queja el causante de mi desvelo.

—No sabía que los mosquitos podían hablar —balbuceo medio dormida.

—¿Qué dices?

—¿Qué haces en mi habitación, guapito de cara? —pregunto al darme cuenta de que Teo está sentado en mi cama, muy cerca de mi cara.

—Llevo un buen rato golpeando tu puerta. Entré al pensar que podría haberte pasado algo malo —se excusa poniéndose en pie.

—Está bien, no pasa nada —le digo para que no se preocupe.

—En diez minutos saldremos a dar ese paseo, te espero fuera —me informa justo antes de cerrar la puerta.

Bajo de la cama sin perder el tiempo y abro la maleta buscando algo cómodo para ponerme. Sí, no me juzguéis, todavía no he colocado las cosas en el armario. Soy un desastre, lo sé.

—Pero qué coño… —mascullo al sacar un minipantalón vaquero—. ¿En serio, Valeria?

Sigo rebuscando y encuentro un conjunto para hacer deporte que consiste en un sujetador que dudo que cubra a mis gemelas y unas

mallas de esas que se funden con tu piel. Sí, ya sabes, de las que tienen una goma elástica entre las nalgas que se te clava y te marca y reafirma el culo.

—La madre que la parió —lloriqueo indignada—. ¿No me podrías haber puesto un chándal normal y corriente?

Bufando enfadada, decido ponerme el top deportivo y las mallas que, aunque son muy ajustadas, resultan menos provocativas que los vaqueros cortos. Entre las prendas también encuentro una camiseta de algodón blanca demasiado corta que, al ponérmela, deja al descubierto mi redondo culo, pero de todas formas me siento más cómoda llevándola. No quiero que Teo piense que me visto así para seducirlo.

—Cuando te pille te vas a enterar —murmuro amenazando a mi amiga.

¿En qué jodido momento pensó que este tipo de ropa era adecuada para esconderse de un maníaco que nos quiere matar? «Quizás solo te está devolviendo lo que hiciste para juntarla con Gael». La diferencia entre ella y yo, listilla, es que mi mejor amiga estaba loquita por el jefe y yo lo único que hice fue darle un empujón. «Sí, claro. Lo que tú digas, *amore*». ¡Maldita conciencia de los cojones!

Salgo de la habitación dispuesta a demostrarle a todos que Teo me es indiferente, pero en cuanto lo veo parado delante de su puerta mirándome como si fuera un pastelito de crema, me quedo sin palabras. ¡Mierda! Qué difícil va a ser esto de fingir…

CAPÍTULO 24

Teo

¡Joder con la morenita! Está claro que, no importa la prenda que se ponga, me parece irresistible con todas ellas. A estas alturas creo que, si llevara un saco encima, seguiría poniéndome cardíaco. Aunque es posible que todo sea por culpa de mi mente calenturienta, que es capaz de imaginar lo que hay debajo.

—¿Tengo alguna mancha? —pregunta sacándome de mi aturdimiento.

—No, no, perdona. Solo estaba pensando —miento—. He preparado una mochila con algunas cosas para picar.

Sé que se ha dado cuenta de mi examen visual, por lo que disimulo como puedo y agarro la mochila tratando de que no preste demasiada atención a mi calentura.

Caminamos en silencio mientras admiramos el paisaje. Creo que Melanie es una de las pocas personas con la que puedo estar callado y no sentirme incómodo. De vez en cuando le cuento alguna anécdota de la época en la que era un mocoso y corría desnudo por la isla. Ver la forma en la que me escucha con atención y sonríe con alguno de mis comentarios, me acelera el pulso.

Justo en el instante en el que llegamos a la torre, me detengo y miro su reacción, la cual no me decepciona.

—Y esta es la torre de la que me hablaste.

—Exacto —confieso algo avergonzado—. Te explicaría su origen, pero estoy seguro de que conseguiría aburrirte.

—¿Por qué me iba a aburrir? ¡Cuéntamelo! No seas tonto —me exige con una gran sonrisa—. De pequeña adoraba la asignatura de historia.

—Está bien —me rindo levantando las manos—. Después no digas que no te lo advertí. Fue construida por los británicos durante la ocupación de Menorca en el año 1802. La torre tenía tres cañoneras orientadas a la entrada del puerto y hacia el interior. Su misión era

vigilar y proteger tanto la embocadura como la zona de fondeo ante posibles ataques marítimos.

—Me sorprende que sepas tanto de este lugar. Nunca creí que fueras un friki de la historia.

—No sé si es un insulto o un cumplido —expongo pensando en lo que todos piensan sobre mí, que soy un juerguista que no se toma nada en serio.

—Es un halago, por supuesto.

—Mi abuelo tenía una curiosidad insaciable por la historia. Cada vez que encontraba una herramienta vieja o una torre olvidada, se pasaba días investigando su origen. Siempre decía que todo tiene una historia que merece ser contada. Recuerdo cómo me llevaba de la mano, señalando algún rincón mientras me contaba lo que sabía del lugar con tanta emoción que era imposible no quedarte embobado escuchándolo. Me enseñó a mirar el mundo de otra forma —con respeto y curiosidad—, y a valorar las cosas y no dar nada por sentado.

—Se nota que hizo bien su trabajo —dice mirándome a los ojos.

Su mirada me desarma y hace que tenga que contenerme para evitar decir algo que la pueda incomodar. No quiero que huya de nuevo.

—También me enseñó a que no todo es lo que parece —explico enseñándole una pared que está medio derruida.

Nervioso, pulso el botón oculto que da acceso a una entrada secreta y, al hacerlo, una puerta se abre con un chirrido mostrándonos unas escaleras descendentes.

—Bienvenida a la *batcueva* de mi abuelo —bromeo al ver su cara desconcertada.

Le ofrezco la mano y ella la acepta sin apartar la vista de las escaleras. Baja con cuidado, atenta a cada peldaño, como si cada paso exigiera su total concentración. Al llegar abajo, se detiene y observa todo a su alrededor. Su mirada recorre la sala, fijándose en los monitores que rodean las paredes, los cuales muestran imágenes del perímetro de la isla desde distintos ángulos. Después presta atención a la pequeña sala que hay al lado, donde hay una cama y víveres suficientes para sobrevivir una semana.

—i¿Tu abuelo construyó un jodido búnker?! —exclama sorprendida.

—Lo hizo —admito avergonzado—. Era un poco paranoico y, aunque mi padre odia las nuevas tecnologías, mi abuelo las adoraba. Cualquier nuevo avance o descubrimiento lo tenía ensimismado durante días.

Al acordarme de él y de sus pequeñas excentricidades, una sonrisa melancólica aparece en mi cara.

—Los echas mucho de menos, ¿verdad?

—Cada día pienso en ellos. Eran los únicos que me querían tal y como era, sin importarles los logros que consiguiera en la vida.

—En eso consiste la familia, ¿no?

—Se nota que no conoces a mis padres —mascullo.

—Hay algo que no entiendo. Tienes una carrera, eres director de operaciones de *Velox* y, espero que este último comentario no se te suba a la cabeza, pero eres un buen tipo. ¿Qué coño les pasa a tus padres? —pregunta enfadada, sacándome una sonrisa.

—Si alguna vez lo averiguo, te lo diré.

—Pues ellos se lo pierden.

—No estarás cambiando de opinión sobre mí, ¿no? —pregunto bromeando.

—¡Ni lo sueñes! —contesta sonriéndome.

—No sé la verdadera razón de porqué mis padres nunca me prestaron atención —indico volviendo al tema anterior—. Mi padre vive centrado en el trabajo y mi madre siempre ha estado condicionada por las decisiones de él y, aunque me da pena decirlo, actúa como la típica mujer florero. Es la mejor anfitriona: hace unas fiestas impecables y jamás pierde la sonrisa.

—Es una lástima. ¿No te has planteado hablar con ella?

—Alguna vez lo intenté, pero está bajo el influjo de mi padre y no tengo nada que hacer.

—¿Y tu padre?

—Es una persona íntegra que busca la excelencia y, por supuesto, no podía pretender otra cosa para su hijo. Siempre exigió lo máximo de mí y, a pesar de que puse todo mi empeño, nunca pareció ser suficiente. Además, está el tema del negocio familiar. Él quería que

terminara llevándolo, sin embargo, el mundo farmacéutico no llamaba mi atención y eso acabó empeorando nuestra relación.

No voy a negar que admitirlo en voz alta me duele. Es una sensación similar a la de volver a abrir una herida que llevo años tratando de tapar. Pero al mismo tiempo, hay algo en esta confesión que me alivia. Como si, por fin, pudiera soltar parte del peso que he estado cargando durante tantos años. Gael conoce la mala relación que tengo con mi familia, pero nunca había sido completamente sincero con alguien, no de esta forma. Y ahora que lo hago, siento que una parte de mí —la que había estado escondida hasta ahora— por fin puede volver a respirar. Es una sensación muy extraña, porque a la vez que duele, libera y acabo de descubrir que estoy encontrando un poco de alivio en esa mezcla tan opuesta.

—No dejes que la opinión de alguien te hunda, ni aunque venga de tu padre. Eres perfecto, Teo —susurra rozando mi cara con su mano.

Su contacto me reconforta de una forma que jamás había experimentado.

—Gracias. Esas palabras me hubieran venido fenomenal durante mi niñez —bromeo para suavizar el momento.

—Bueno, yo creo que tampoco te ha ido tan mal —me halaga sonriendo de medio lado con picardía, haciendo que la sangre se me caliente.

Hay algo en la forma en la que me mira, que me hace sentir invencible. Melanie tiene ese don extraño y maravilloso de convertir mis miedos en fuerza y cuando está a mi lado siento que podría ser capaz de enfrentar al gigante más temido e incluso de caminar por el borde del precipicio si me lo pidiera.

La miro a los ojos, y noto que mi cuerpo se enciende de golpe. El corazón me late tan fuerte que tengo miedo de que vaya a salirse del pecho en cualquier momento. Pero no es solo algo físico, va más allá y sé que ella lo nota. Sabe que la estoy mirando como si fuera lo único que existe en el mundo, como si no hubiera nada más allá de sus ojos. Por un instante, creo que va a retroceder, igual que ha hecho otras veces, que va a echarse atrás y desaparecer antes de

que todo esto se vuelva demasiado real. Pero entonces, sucede. Algo invisible nos une de repente y todo estalla.

CAPÍTULO 25

Mel

Ver su inseguridad mientras me hablaba de su pasado, me ha roto por dentro. Cada palabra era un puñal que se clavaba en una herida que, aunque no era mía, la sentía como si lo fuera. Al imaginar a Teo de niño, buscando la aprobación de su padre, hace que un impulso visceral recorra todo mi cuerpo y que quiera arrancarle la cabeza al causante de su sufrimiento. Me sorprende la intensidad de ese instinto, similar al que siento por mi familia y mi mejor amiga. Me asusta sentir algo tan fuerte por él en tan poco tiempo. No sé qué me pasa, pero, a pesar del miedo, necesito que comprenda sin palabras que ya no es ese niño indefenso y que nunca más estará solo.

Evitando tener que analizar mis sentimientos, me lanzo a su boca como si fuera lo único que pudiera mantenerme en pie y me dejo llevar sin pensar en nada más. Teo en un primer momento se queda inmóvil por la sorpresa, pero en cuanto siente mi lengua reacciona y lleva sus manos a mi nuca para profundizar el beso.

Justo cuando mi trasero choca con algo sólido, me doy cuenta de que estaba tan concentrada en él, que no he notado que nos habíamos movido. ¡Joder! Este hombre tiene la habilidad de hacer que el mundo desaparezca siempre que lo tengo cerca. Teo me levanta sin esfuerzo y me sienta sobre una superficie helada: una mesa de mármol enorme que tiene que pesar una tonelada. ¿Cómo cojones bajaron esto aquí?

—¿Estás bien? —pregunta separándose por un instante al notar mi desconexión.

—Sí, sí —digo afirmando con la cabeza de forma exagerada.

¡Céntrate, Mel, y olvida esa maldita mesa de mármol! Él sonríe de medio lado y acaricia mi cara con delicadeza, consiguiendo que conectemos de nuevo. Nuestros ojos hacen contacto visual y

volvemos a besarnos, con desesperación. Como si necesitáramos esa unión para seguir respirando.

Impacientes, nos arrancamos la ropa quedando completamente desnudos. Teo se coloca un preservativo que llevaba en la mochila y se queda quieto, observándome muy serio.

—Eres preciosa, Melanie —murmura con la voz quebrada.

Estoy tan acostumbrada al sexo visceral y sin ataduras, que esas palabras cargadas de dulzura me desarman.

—Anda, ven aquí, zalamero —bromeo para que no descubra cuánto me han afectado en realidad.

Cuando se acerca a mí y coloca su erección en mi entrada, me remuevo ansiosa por tenerlo en mi interior.

—¿A qué esperas? —lo provoco.

Él me mira con intensidad y lleva sus manos hasta mi nuca haciendo que se me erice la piel.

—Mírame, morenita. Quiero que no dejes de hacerlo ni un segundo —me pide.

En el instante en el que asiento con la cabeza, me penetra de una sola estocada haciendo que cierre los párpados y grite de éxtasis.

—Abre los ojos, Mel —me exige.

Y cuando lo hago, me derrito. Su mirada está velada por el placer y en ella veo algo más que me niego a analizar en este momento.

—Eso es —murmura contra mis labios—. Esto va a ser rápido.

Antes de que pueda contestarle, mueve sus caderas en círculos, dejándome sin aliento. En el instante en el que mi cuerpo empieza a acostumbrarse a su ritmo, me agarra por la cintura y me penetra con estocadas fuertes, estremeciéndome. Vuelvo a cerrarlos por puro instinto y él detiene sus movimientos.

—¿Qué coño haces? —pregunto afectada.

—Te he dicho que no dejaras de mirarme.

—Pero…

—Si lo haces, pararé. Quiero ver tus pupilas dilatadas cuando te corras.

¡Me cago en el guaperas! Con sus palabras acaba de ponerme a cien y solo soy capaz de asentir de forma autómata. En cuanto lo obedezco, me agarra por mis cachetes y sale de mi cuerpo para

volver a entrar con fuerza, martilleando hasta que consigue volverme loca. Mirarlo a los ojos y ver que están tan velados por la pasión como los míos, es lo más erótico que he vivido nunca. Teo consigue que explote en un abrasador orgasmo y que grite de puro éxtasis. ¡Madre mía con el bonito de cara!

—Jo-der —susurro sin dejar de mirarlo.

—Ha sido una puta pasada —reconoce él, acariciando mi cara con ternura.

Me estremezco con los últimos coletazos y mi respiración poco a poco vuelve a la normalidad, pero no puedo apartar mis ojos de los suyos. Esta conexión es tan brutal que de repente tengo ganas de llorar de felicidad. Mi cabeza da vueltas y los muros que siempre me empeño en construir, se rompen en mil pedazos por culpa de esos malditos iris verdes.

—¿Estás bien? —pregunta temiendo que vuelva a salir huyendo de nuevo.

Lo observo con cariño y no puedo evitar colocar en su lugar uno de sus mechones rebeldes mientras asiento con la cabeza.

—Oye, pues me ha encantado el tour de la isla —bromeo.

Tal y como esperaba, Teo suelta una carcajada y me mira más relajado.

—Venga, salgamos de aquí o seguiremos probando todas las superficies de este búnker.

—Pues no le veo fugas a tu plan, la verdad —suelto con picardía.

Teo sonríe con diversión y, después de darme un beso que me sabe a poco, me baja de la mesa y me ofrece mi ropa.

—Por cierto, ¿cómo cojones trajeron esta mesa hasta aquí?

—¿En eso pensabas mientras te estaba follando?

—Esto…

—Tendré que esforzarme más la próxima vez, no puedo permitir que pienses en otra cosa que no sea en mi cuerpo serrano —bromea pasándose las manos por su torso.

—Idiota —mascullo sin poder contener la sonrisa.

Entre bromas y risas, nos vestimos y salimos. Subimos por las escaleras y, cuando pasamos por el embarcadero, me fijo en el *llaüt* que se mece con las olas del mar.

—¿Me enseñarás a llevarlo? —pregunto señalándolo.

—Si te portas bien y el comandante nos da permiso, daremos un paseo y te enseñaré.

—¿De verdad?

Él asiente con la cabeza y yo no puedo evitar lanzarme a sus brazos y besarlo. ¿De dónde ha salido este impulso? No lo sé, pero me importa una reverenda mierda. Ya estoy cansada de reprimirme y de protegerme de todo. «¡Yupi! ¡Ya era hora, *chochete*!», grita mi conciencia animándome, moviendo con energía unos pompones.

Después de ese momento inesperado, nos separamos, con la sorpresa reflejada en nuestros ojos y, aunque ninguno dice nada, hay una especie de electricidad silenciosa en el aire. Teo, tratando de mantener la calma, saca una manta de su mochila y la extiende en la orilla. El sol brilla con fuerza y, a pesar de que todavía estamos a principios de junio, el calor se siente como si fuera pleno verano. Acalorada, me quito la camiseta de algodón que ya estaba pegada a mi cuerpo, quedándome con el sujetador deportivo y, en el instante en que el aire acaricia mi piel, respiro aliviada. Sin embargo, al sentarme junto a él y descubrir su mirada hambrienta de alguien que contempla con interés un suculento bistec, se me dispara el pulso y un calor abrasador vuelve a apoderarse de mí.

—Teodoro… —le advierto.

—Será mejor que comamos o tendré que devorarte de nuevo —dice sonriéndome.

Sé que lo ha dicho para bromear y quitarle hierro al asunto, pero su tono pícaro ha conseguido justo lo contrario. Inspiro despacio para recobrar la calma y lo observo mientras coloca sobre la manta varios tipos de fruta y algo de embutido, con una calma envidiable, como si no acabara de incendiarme hace tan solo unos segundos.

—¿Crees que habrán conseguido alguna pista? —pregunto pensando en el motivo por el cual estamos aquí.

—No lo sé, pero imagino que Álvaro nos lo hubiera dicho.

—¿Has recordado algo más?

—No —admite—. Sigo igual. ¿Y tú?

—Tengo una extraña sensación, un hormigueo en mi cabeza, no obstante, no he vuelto a tener ningún recuerdo.

—Todo saldrá bien —dice tratándome de consolar al ver mi preocupación.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo.

—¿De verdad crees que no me preocupo? —se queja, ofendido.

—Yo no he dicho…

—Si todavía piensas que soy esa persona, es que sigues sin conocerme de verdad —masculla decepcionado.

—Tienes razón, lo siento. Te prometo que ya no te veo así, es que todo esto me tiene muy preocupada y a veces no pienso con claridad.

—Tranquila, te entiendo.

—También me angustia saber cómo está mi familia. No he vuelto a hablar con ellos y no quiero que se preocupen —reconozco.

—Si quieres podemos llamar a Álvaro y preguntarle si puedes hacer una llamada.

—¡Me encantaría! —exclamo ilusionada.

Pensar en la posibilidad de que pueda hablar con ellos, me hace inmensamente feliz.

—Venga, vamos a hablar con el comandante —indica poniéndose en pie una vez que terminamos de merendar.

Lo ayudo a guardar las cosas en la mochila y lo sigo nerviosa, deseando hacer esa llamada. Una vez que entramos en la casa, Teo marca su número y pone el altavoz para que pueda escuchar la conversación.

—Hola, Teo —lo saluda.

—Hola, Álvaro. ¿Cómo va la investigación?

—Poco os puedo contar. Encontramos el coche que os sacó de la carretera —nos explica—. Estaba abandonado en una vieja fábrica y los de la científica se pasaron días buscando huellas, pero no encontraron nada.

—¡Joder! ¡Esto es exasperante! —estallo.

—Seguimos revisando cada centímetro de ese maldito callejón, por si encontramos algo que se nos haya pasado por alto. Tranquilos, os mantendré informados. ¿Por allí todo bien?

—Sí, cómo te dije, esta isla es muy segura y si alguien la pisa, lo sabremos de inmediato.

—Ya te digo, tiene más vigilancia que el pentágono —digo con sarcasmo.

—Espero que aprovechéis estos días para desconectar un poco —nos dice.

—Por supuesto, estoy en el paraíso, ¡cómo no voy a desconectar!

Teo arquea la ceja ante mi comentario y, sin necesidad de hablar, entiendo que tiene curiosidad por saber si ese paraíso también lo incluye a él. Podría darle una pista para que supiera lo mucho que tiene que ver con esta felicidad, pero como no quiero alimentar su ego, pongo los ojos en blanco y lo ignoro.

«¿Tú no ibas a dejarte llevar?». Paso a paso, no pretenderás que construya Roma en un día, ¿no? Además, no pienso ponérselo tan fácil. «¡Madre mía, qué cruz!».

Antes de despedirnos, le preguntamos si puedo llamar a mi familia y acepta, con la condición de que usemos el teléfono que nos dio. Le doy las gracias y, en cuanto colgamos, entro en mi habitación saltando igual que una niña. Marco el número y espero, con los nervios a flor de piel

—¿Diga? —contesta mi abuela con voz dulce.

—¡*Abu*! ¡Soy yo!

—¡Mi niña! —grita, dejándome sorda—. ¡¿Se puede saber por qué no nos has llamado antes?! —me regaña.

—Lo siento, es que… llegamos al hotel y estaba tan entusiasmada que no me acordé.

—Ya hablaremos cuando vuelvas —me regaña—. Por cierto, ¿desde dónde me llamas? He visto un número muy largo y he estado a punto de no contestar.

—Es… es el número de mi amiga. El mío se ha caído al váter y todavía no he podido comprarme otro —miento.

—¿Quién es, mamá? —Escuchar la voz de mi padre me emociona. No soporto estar alejada de ellos, pero lo que más odio es tener que mentirles.

—Es la niña.

A continuación, se oyen ruidos, como si forcejearan por el aparato, y unos segundos más tarde, oigo la voz reconfortante de mi padre.

—Morenita, ¿estás bien?

—Sí, papá. Esto es un paraíso, ojalá pudieras verlo —contesto con lágrimas en los ojos.

Hablo con ellos unos minutos y cuando consigo tranquilizarlos, cuelgo con la promesa de volver a llamarlos pronto. Antes de devolverle el teléfono a Teo, decido marcar el número de otra de las personas a la que estoy deseando escuchar.

—¿Diga?

—¿Así de seca respondes a tu mejor amiga? Voy a tener que pedirle a Gael que te empotre más a menudo —bromeo tratando de que no escuche la emoción en mi voz.

—¡Cari! ¿Dónde te han llevado? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—¡Vale, vale! —la interrumpo antes de que continúe con su interrogatorio—. Por partes: no te lo puedo contar, me encuentro de maravilla y no necesito nada.

—Lo siento, ya sé que no me puedes contar nada. Saber que estás en peligro me tiene muy preocupada, chiqui.

—Lo sé, *amore*. Pero ahora estamos a salvo y debo decir que el lugar al que me han traído no está nada mal. Hay sol, playa y un guaperas que me vuelve loca.

—Que cacho perra eres. Yo aquí sufriendo por ti y tú tirándote a Teo. Por qué hablas de él, ¿no?

—Que sí, pesada —reconozco sabiendo que puedo confiar en ella.

El grito de alegría de mi amiga me deja completamente sorda y tengo que alejar el auricular unos segundos, hasta que deja de berrear como una valquiria.

—¡Qué alegría me das! Cuando todo termine podremos hacer planes los cuatro y…

—¡Alto ahí, *chocho*! Que me lo tire no significa que tengamos una relación.

—Claro, claro.

—Valeria Arenas, a mí no me trates de loca —la regaño.

—Bueno, un poco sí que lo estás…

—Tienes razón, estoy para que me encierren —bromeo—. Por cierto, gracias por preparar mi maleta, pero podrías haber escogido algo menos provocativo, ¿no?

—¿Ya has visto el picardías? —pregunta emocionada.

—Valeria… ¿Qué coño has hecho?

—De nada, chiqui. Ya me lo agradecerás cuando vuelvas. Te dejo porque Gael me está esperando en la ducha y lo escucho gruñir desde aquí.

—¿Has dejado tirado al jefazo culo fino por mí?

—¡Claro! Sabía que algún día me llamarías.

—¡Madre mía! Más te vale compensarlo en condiciones, o cuando vuelva me cargará de trabajo extra por haberlo dejado frustrado.

—Tranquila, me aplicaré muy a fondo. —La risita de mi amiga hace que sonría de felicidad—. ¡Ya voy, cariño! Cari, te dejo, que nuestro jefe está que trina.

Suelto una carcajada al escucharla ya que, aunque pretenda sonar asustada, percibo la anticipación que se esconde detrás. Soy tan feliz por ella… Verla con alguien que la comprende, la respeta y la hace feliz, me llena el corazón de alegría. Por un instante, siento envidia al ser testigo de la relación tan bonita y sana que tienen. «Tú también podrías tener algo así». Paso a paso, ¿recuerdas?

CAPÍTULO 26

Teo

Su expresión de felicidad al levantarse para hacer esa llamada me ha dado un subidón. Cuando la he visto tan ilusionada, saltando como si fuera una niña pequeña, he sentido la urgente necesidad de buscar cualquier motivo para hacerla sonreír de ahora en adelante.

—¿No quieres llamar a tus padres? —pregunta a mi espalda una hora después.

—No.

—A lo mejor están preocupados —insiste.

—Ya te dije que apenas tengo relación con ellos. Estoy seguro de que no habrán notado mi ausencia.

Duele. Aunque trato de hacerme el duro, saber que no le importo a mi familia, me desgarra por dentro. «No seas injusto. Tu madre te quiere, a su manera».

Es posible, pero después de ver el amor con el que habla Valeria de su familia, dudo que las migajas que mi madre me da sean suficientes a partir de ahora.

—¿Te apetece ver la puesta de sol? Podemos cenar en la playa.

—Me encantaría —acepta con una sonrisa.

Sí, definitivamente su felicidad es un puto cañonazo directo a mi corazón, y tengo que reconocer que me encanta.

Tomo la vieja cesta de pícnic de mi abuela y, de inmediato, me invaden los recuerdos de aquellas comidas en la playa con ellos. Guardamos dentro algunas cosas para picar, una botella de vino, agua y un par de mantas, por si el clima se vuelve más fresco.

Una vez que tenemos todo listo, salimos de la casa y la llevo al lugar perfecto para ver la caída del sol. Estiramos el mantel en el suelo y nos sentamos en él, comiendo todo lo que hemos preparado.

—Me encantaba hacer pícnics con mis abuelos —confieso—. A pesar de que solo nos alejábamos unos metros de la casa, para mí era toda una aventura. Cenábamos entre risas y admirábamos el

atardecer, en silencio. Después nos tumbábamos y mi abuelo me señalaba las constelaciones y me explicaba su historia.

—Me alegra saber que llenaron de felicidad el vacío que dejaron tus padres.

—Lástima que solo eran unos meses al año.

—¿Nunca te planteaste quedarte con tus abuelos?

—Sí. Una vez, mi abuelo intentó convencer a mi padre de que me quedara a vivir en la isla con la excusa de que así ellos podrían viajar e ir a todos esos actos sociales.

—¿Y qué ocurrió?

—Mi padre se puso hecho una furia y dejó de hablar a mi abuelo.

—Quizás, en el fondo, sí que le importas.

—No, a mi padre no le importa nadie. Lo único que le preocupaba era tener que dar explicaciones a sus amistades cuando preguntaran por mí, porque, aunque nunca conseguía impresionarlo, siempre alardeaba de hijo delante de sus invitados y, si me iba a vivir con mis abuelos, ya no podría usarme como entretenimiento en sus fiestas.

—¡Qué idiota! —masculla irritada.

Su enfado y la necesidad de defender mi honor me resulta gracioso. Tengo que contener la risa al imaginar a Melanie plantándose delante del señor Hidalgo exigiéndole explicaciones.

El cielo empieza a transformarse poco a poco, regalándonos un espectáculo increíble. Sé que lo he visto millones de veces, pero de todas formas no puedo evitar emocionarme al ver esa fusión de tonos anaranjados y rojizos. Desvío la mirada unos segundos y, al darme cuenta de que a Mel le conmueve igual que a mí, me siento afortunado de compartir este momento con ella.

—Es precioso —admite limpiándose una lágrima.

—Lo es —afirmo, pero por motivos muy distintos.

Una vez que el sol desaparece, dejándonos a oscuras, enciendo la vieja lámpara que utilizaba mi abuelo y continuamos cenando en silencio, admirando las preciosas vistas. Cuando terminamos, apago la luz y la invito a que se tumbe encima de la manta para observar las estrellas.

—Esa de allí, es la Osa Mayor. ¿La ves? —le señalo.

—Sí, es la que parece un carro, ¿no?

—Exacto y muy cerca está la Osa Menor —le explico.

—No la veo.

—Es muy parecida a la Osa Mayor. Es algo más pequeña y menos brillante, aunque contiene la estrella más importante del cielo norte: la Estrella Polar.

—¿Hay alguna constelación extraña de la que no se suela hablar tanto?

—Sí, está la Corona Boreal. Aparece en noches templadas, cuando el cielo está despejado. Es aquella pequeña media luna de luces que brilla en lo alto.

—Nunca he escuchado ese nombre —admite girándose hacia mí —. Cuéntame más sobre ella.

—Teseo, el hijo del rey de Atenas, se ofreció voluntario para entrar en el laberinto y acabar con el minotauro. Ariadna, la hija del rey Minos, que estaba enamorada de él, le entregó un hilo mágico para que encontrara la salida. Cuando Teseo logró salir del laberinto gracias al hilo mágico, escapó a la isla de Naxos con Ariadna y la abandonó allí. Dionisio, el dios del vino y el éxtasis, encontró a Ariadna y se enamoró de ella, y para demostrarle su amor, lanzó al cielo su corona dorada convirtiéndola en un arco de estrellas que a día de hoy sigue brillando entre las constelaciones. Desde entonces, la Corona Boreal resplandece como símbolo del amor divino y del destino que, aunque a veces se tuerce, siempre acaba encontrando su lugar.

—Es una leyenda preciosa —admite.

Giro mi cara al escucharla y la descubro mirándome con emoción. Es preciosa. Desearía detener este instante en el tiempo y contarle cada una de las leyendas que mi abuelo me explicó de pequeño, pero me temo que eso no es posible. Soy plenamente consciente de que nuestro tiempo en esta isla es limitado, sin embargo, pienso aprovecharlo hasta que pueda.

Estiro mi mano para entrelazar nuestros dedos y sonrío al descubrir que no rechaza mi contacto. Nos quedamos un buen rato tumbados, con las cabezas pegadas y las manos unidas, admirando la belleza de la noche estrellada.

—Será mejor que vayamos a dormir —digo al ver sus bostezos—. Ha sido un día muy intenso y agotador.

Ella asiente y me ayuda a guardarlo todo. Cuando terminamos de recoger, regresamos a la casa y nos despedimos frente a las puertas de nuestras habitaciones. Me encantaría besarla y pedirle que pasara la noche conmigo, pero no me atrevo a hacerlo. Lo que siento va mucho más allá del sexo y no quiero que piense que es lo único que me interesa de ella. Por lo tanto, prefiero no precipitarme, porque correría el riesgo de tener que comenzar de nuevo.

★☆★

A la mañana siguiente me despierto con una jodida sonrisa en la cara pensando en mi morenita. Me visto con ropa de deporte y, al salir de mi habitación, no puedo evitar acercar la oreja a su puerta por si escucho algo. «¿Cómo va a estar despierta? Eres el único loco que siente placer a levantarse a las siete de la mañana».

Salgo de la casa y hago mis estiramientos. El sol ya hace rato que ha salido y agradezco que todavía no haga ese calor sofocante. Una vez que termino, empiezo a correr por la orilla tratando de olvidar mis problemas, como hago siempre, pero por más que lo intento, no consigo quitarme de la cabeza a Mel. Es irónico que, estando escondidos porque alguien trató de acabar con nosotros, esté disfrutando tanto de tenerla aquí. Esta isla es uno de mis mayores tesoros y me siento muy feliz de poder compartirla con ella.

Después de terminar mis abdominales matutinas, regreso a casa y me doy una ducha rápida.

Cuando salgo de mi cuarto me doy cuenta de que la puerta de Mel está abierta. Sigo el aroma del café hasta la cocina y me la encuentro preparando el desayuno: pan tostado y huevos revueltos. Lleva puesta una camiseta de algodón —más corta de lo que mi paz mental puede soportar— y el delantal de mi abuela. Verla en esta escena tan cotidiana me llena de ansiedad, pero no por miedo, sino por desear que algún día pueda disfrutar de esta rutina con ella.

—Buenos días.

—¡Joder qué susto! Le voy a tener que pedir un cascabel a mi amiga para ponértelo —masculla con una mano en el pecho.

—¿Cómo dices?

—Nada, cosas mías. Espero que te guste lo que he preparado. Sé que no es gran cosa…

—Es perfecto —afirmo mirándola a los ojos, con intensidad.

—Siéntate antes de que se enfríen —dice nerviosa.

Verla al natural, despeinada y rascándose los párpados, hace que sonría divertido y que confirme lo que ya sabía: que es la mujer más preciosa que he visto.

—¿Te has peleado con alguien esta noche? —pregunto después de dar un sorbo a mi café.

—¿Por qué lo dices?

—Por tu pelo —indico señalando la maraña de nudos—. Parece que te haya atacado una cabra.

—Muy gracioso, es que esta noche no he dormido bien. Espera… Aquí no hay cabras, ¿verdad? —se interesa al comprender mis palabras.

—Tranquila, en esta isla no. Voy a prepararme más café, ¿quieres otro?

—Sí, por favor. Hoy más que nunca entiendo a Val y a su adicción por la cafeína —bromea.

—¿Sois amigas desde hace mucho tiempo? —Hasta ahora no había pensado en ello y tengo curiosidad de saber cómo se conocieron.

—Desde el día que Val comenzó a trabajar en *Velox*. Recursos humanos me pidió que la ayudara con su incorporación y lo supe de inmediato. Mi intuición me dijo que podía confiar en ella y, como imaginarás, acerté —explica con una gran sonrisa—. Desde entonces somos inseparables.

—Me alegro de que *Velox* os haya unido.

—¿Y tú? ¿Cómo conociste a Gael?

—Fue en la universidad. Al verlo llegar tan perdido, decidí adoptarlo —bromeo, entre risas.

—¿Gael, perdido? —pregunta sorprendida.

—Lo estaba, y yo lo ayudé a integrarse —confieso alzando las cejas.

—Vamos, que lo llevaste de fiesta y os convertisteis en los ligones del campus. Como si lo viera.

—Algo así —admito soltando una risita—. Pero además de eso, él se convirtió en mi familia, en la persona a la que aferrarme cuando sentía que todo se me venía encima. Gael es mi hermano, aunque no tengamos la misma sangre.

Ella me mira con una sonrisa cálida y sé que entiende cómo me siento, porque a ella le ocurre lo mismo con Valeria.

—Vayamos a Fornells a pasar el día —propongo.

—¡Sería genial! ¿Me dejarás conducir el *llaüt*? —pregunta aleteando sus pestañas.

—Ya veremos —contesto misterioso.

Después de terminar el desayuno, recogemos la mesa y nos vamos a nuestras habitaciones a cambiarnos. Media hora más tarde, espero a Mel sentado en el sofá y, cuando la veo aparecer con un vestido corto de tirantes, blanco con lunares marrones, tengo que contenerme para no besarla.

—¿Voy bien? —pregunta al ver mi cara de pasmado.

—Estás preciosa —admito.

—Gracias.

Mierda, ¿eso que he visto ha sido un sonrojo? Uf, cómo me pone la timidez de mi morenita. Durante unos segundos me quedo admirando su escote en forma de corazón y, al escuchar su carraspeo, me doy media vuelta algo avergonzado y salgo por la puerta, evitando así la tentación de desnudarla.

Una vez a bordo del *llaüt* hago un gesto para que se ponga al timón y le lanzo las llaves que agarra al vuelo con manos temblorosas.

—No tengas miedo, es muy sencillo —la tranquilizo al ver su mirada insegura—. Comprueba que estás en punto muerto y después gira la llave para arrancar.

Ella me obedece y, en el instante en que el motor de la *Sardineta* empieza a ronronear, salta de alegría, haciéndome sonreír.

—Cuando creas que estás preparada para salir, quita las amarras. Son esos cabos que sujetan el barco al muelle. Deshaz el nudo y tira de ellos.

—¿Así?

—Perfecto. Mete la marcha atrás despacio, para separarte del muelle.

—Tengo miedo —admite.

—Lo harás genial —indico con firmeza colocándome detrás de ella —. Gira el timón suavemente hasta salir.

—¡Lo estoy haciendo! —exclama con ojos ilusionados.

—Te lo dije —digo besándole la cabeza.

Ese gesto puede parecer inocente, sobre todo si tenemos en cuenta lo que hemos compartido bajo las sábanas, pero para mí ha sido algo muy íntimo. Me siento tan cómodo a su lado, que hago las cosas sin pensar. Está claro que con Mel todo es diferente: lo que antes me producía rechazo, ahora me fascina.

CAPÍTULO 27

Mel

Llevar el *llaüt* es excitante. El viento me golpea en la cara y enreda mi pelo, obligándome a entrecerrar los ojos mientras sonrío con una alegría casi infantil. El murmullo del motor se mezcla con el chapoteo del agua contra el casco, marcando un ritmo casi hipnótico. Al timón de la *Sardineta*, siento una libertad abrumadora, como si pudiera dejar atrás todo lo que me pesa en tierra firme, haciendo que, por un instante, no exista nada más: solo el mar y yo.

—¿Qué te parece? —pregunta Teo, que sigue pegado a mi espalda provocando que mi cuerpo hormiguee.

—Es impresionante —admito.

—Me alegro de que te guste. Nos estamos acercando al puerto —me explica—. Ve reduciendo la velocidad y entra despacio, con una marcha pequeña.

Teo coloca su mano sobre la mía para guiarme, y el roce, junto con su voz susurrándome al oído, me pone la piel de gallina. Aunque me cuesta concentrarme por culpa de su cercanía, hago todo lo posible para seguir sus indicaciones.

—Así, muy bien —me felicita—. Voy a colocar las defensas para que el barco no golpee contra el muelle.

En cuanto se aleja de mí para cumplir con su tarea, la calidez me abandona por culpa de su ausencia, dejándome helada. Observo sus movimientos con atención y, cuando salta con agilidad al muelle, no puedo evitar suspirar. Contemplar sus brazos firmes mientras anuda los cabos con destreza me derrite y despierta en mí el deseo de que me ate al cabecero de su cama. ¡Uf, qué calor!

Una vez que el barco está bien amarrado, me ofrece su mano para ayudarme a bajar. Al poner los pies en tierra firme, tengo la sensación de que estoy flotando, como si todavía me meciera con las olas del mar.

—¿Lo ves? No ha sido tan difícil —dice agarrándome por la cintura al ver mi vaivén—. Lo principal es mantener la calma y, sobre todo, el respeto al mar. Siempre hay que pensar antes de actuar y, si tienes dudas, navegar más lento.

—¡Sí, mi capitán! —bromeo llevándome la mano a mi sien.

—Venga, grumete, vámonos antes de que te castigue a fregar la cubierta —me amenaza.

Caminamos por la pasarela de madera y, al ver lo gastada que está, me pregunto cuántos navegantes habrán pasado por aquí a lo largo de los años. A cada paso, el crujido bajo nuestros pies es acompañado por el sonido de las olas y el vaivén de las embarcaciones amarradas.

Cuando presto atención a mi alrededor, descubro lo precioso que es Fornells. Es un pueblo que te conquista por lo tranquilo y sencillo que es. El agua refleja las pequeñas barcas que se mecen suavemente y el aire se llena de olor a mar, recordándome esos veranos vividos con mis padres. No hay grandes edificios, solo casitas blancas que se encargan de rodear el pueblo dando un encanto especial al lugar.

Durante el paseo, Teo me explica algunas historias sobre el pueblo y me enseña los lugares a los que iba de niño. Según me cuenta, a pesar de que en agosto está mucho más concurrido, en junio también suele haber bastante turismo coincidiendo con la fiesta de San Joan, muy popular en la isla. Durante horas recorremos sus callejones, deteniéndonos en tiendas locales donde encontrar productos típicos de la región, así como tiendas de ropa, gorros o joyería.

Pasamos por delante de una terraza que está llena de gente disfrutando de algo fresquito mientras admiran las vistas al mar. El ambiente es alegre, con risas y conversaciones que se mezclan con el sonido de las olas.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta señalándome una mesa libre.

—Me encantaría —acepto al darme cuenta de que casi es mediodía—. ¿Qué me recomiendas?

—Aquí es típica la *pomada*.

—¿*Pomada*?

—Es una bebida hecha con Gin Xoriguer y limonada. El Gin es un tipo de ginebra menorquina, más aromática y ligera que la convencional —me explica al ver mi cara de confusión—. Estoy seguro de que te gustará. Si quieres podemos pedirla en granizado, es muy refrescante.

—Está bien, me apunto a una *pomada*.

Nos sentamos en la única mesa que queda libre y al instante un camarero sacado de un catálogo de lencería masculina aparece con una bandeja.

—Buenas tardes. ¿Qué vais a tomar? —pregunta el chico con una gran sonrisa.

—Dos *pomadas* granizadas, por favor —dice Teo.

—¿Sois turistas? —se interesa.

—Yo sí, pero él ha veraneado aquí de pequeño —le explico.

—Lo imaginaba —dice mirándome con descaro—. Si hubieras estado aquí, lo recordaría. Una cara así no se olvida tan fácilmente.

Sonrío ante la desfachatez del camarero, que me la devuelve con una expresión segura. A pesar del carraspeo molesto de Teo, él no pierde la compostura e ignora el enfado de mi acompañante, guiñándome un ojo de manera cómplice antes de desaparecer silbando una canción que no consigo reconocer. La escena me deja una sensación divertida y, aunque no tengo intención de ligar con él, este juego me parece refrescante.

—Un camarero un poco atrevido, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir? A mí me ha parecido muy majo —lo pico.

—¿Majo? Es un *jeta*. Ha coqueteado contigo delante de mí.

—¿Y? Que yo sepa, tú y yo no somos pareja.

—Eso él no lo sabe.

—*Touché* —acepto al comprender que tiene razón—. Pero en este caso, no es necesario que te pongas celoso.

—Yo no estoy celoso —refunfuña cruzándose de brazos, como si fuera un niño pequeño al que le han quitado su juguete.

—¿Estás seguro?

Teo abre la boca para contestar, sin embargo, antes de que diga una sola palabra, el camarero nos interrumpe con nuestro pedido.

—Aquí tienes, preciosa —susurra al dejar mi granizado—. Si quieres que te enseñe la isla, ya sabes dónde encontrarme. Estaré encantado de hacerlo.

—No es necesario, tengo a un buen guía. Aunque gracias de todas formas —contesto.

Cuando volvemos a quedarnos a solas, me divierte ver a Teo sonreír de medio lado transmitiendo esa confianza que siempre se empeña en aparentar. Hace una semana habría dicho que es un creído, pero ahora, que lo conozco mejor y sé por lo que ha pasado, entiendo que es una fachada. Está claro que solo trata de protegerse mostrando una imagen que no suele coincidir con lo que siente por dentro. «Me recuerda a alguien», apuntilla mi conciencia.

—¿Cómo ha ido la conversación con tu familia?

—Muy bien. He conseguido convencerlos para que no fueran a la policía a poner una denuncia por desaparición —digo poniendo los ojos en blanco.

—¿Estaban muy preocupados?

—Sí y con razón. Les prometí que les llamaría y no lo hice —mascullo—. Por suerte se han quedado más tranquilos al escucharme.

—¿Y Valeria?

—Está muy preocupada. Sabe que estamos en peligro y tiene miedo.

—Pronto saldremos de esta situación, ya lo verás.

—Eso espero. ¡Joder! Esto está riquísimo —exclamo al dar un sorbo a mi *pomada*.

Vuelvo a darle otro sorbo, despacio, para saborearlo. El hielo me refresca la garganta y el sabor de la ginebra y el limón me explota en la boca. Es dulce y ácido a la vez, por eso es perfecto para aguantar el calor. Su sabor es adictivo y hace que, con cada trago, quieras beber más.

—Te lo dije —presume.

Cuando terminamos el granizado, Teo se adelanta y pide la cuenta sin darme opción a pagar. Intento protestar, aunque él ha sido más rápido y saca el dinero antes de que pueda hacer nada. Al ponernos en pie para marcharnos, el camarero que trató de ligar conmigo

lanza un beso en mi dirección y me guiña el ojo con descaro. Al verlo, Teo se cruza de brazos y frunce el ceño, molesto por su gesto. Sé que no debería, pero me hace gracia verlo tan enfadado y tengo que morderme el labio para no reírme de la situación.

—Si quieres puedes pedirle su número.

—¿A quién? —pregunto haciéndome la tonta.

—Al camarero, ¿a quién sino?

—¿Sigues celoso, Teodoro? —me burlo.

—Más quisieras, morenita.

Es curioso cómo, a pesar de que muchos hombres presuman de ser duros e invencibles, al final todos tienen miedo y necesitan sentirse seguros. No tengo ningún interés en el camarero, por lo que decido hacer algo que sé que lo tranquilizará y conseguirá darle la confianza que necesita.

Me acerco despacio y, cuando estoy lo bastante cerca, rodeo su cuello con mis brazos y lo beso. Al principio es un beso tranquilo, pensado para que comprenda que ahora mismo solo lo deseo a él. En el momento en el que sus manos se ciñen con fuerza a mi cintura, todo se descontrola, y no puedo evitar maldecir por no estar en la isla y sofocar el fuego que ha conseguido encender.

En cuanto conseguimos separar nuestros labios, le guiño un ojo y entrelazo nuestros dedos. Imagino que ese gesto le ha sorprendido tanto como a mí —ya que no suelo pasear de la mano con ningún chico—, pero también sé que le ha gustado. Al menos es lo que me dice su sonrisa socarrona.

—¿A dónde vamos? —pregunto al notar que tira de mí y empieza a caminar.

—Ya lo verás.

Unos minutos más tarde, se detiene delante de un restaurante llamado *Sa Llagosta*. El edificio me recuerda a las antiguas casas de pescadores, con sus dos plantas, paredes encaladas blancas y tejado rojizo. Frente a la entrada hay una terraza espaciosa con mesas y sillas de madera, las cuales están resguardadas por unos toldos color beige que ofrecen un alivio en este día tan soleado.

—¿Te gusta la langosta?

—Sí.

—Entonces alucinarás con la caldereta que hacen aquí.

Sin darme tiempo a decir nada, Teo me toma del brazo con decisión y me arrastra hacia el interior del local. La puerta se abre con un leve chirrido y, de inmediato, me envuelve el aroma tentador del restaurante: una mezcla deliciosa de marisco fresco, especias suaves y caldo hirviendo que me hace la boca agua al instante.

El interior es pequeño pero acogedor, con vigas de madera y paredes blancas adornadas con objetos marineros. Todo está cuidado al detalle: muebles de madera oscura, manteles claros y lámparas sencillas que proyectan una luz cálida.

—Huele bien, ¿eh? Verás cuando la pruebes.

—¡No me lo puedo creer! —exclama alguien vestido con el uniforme del restaurante—. Teodoro Hidalgo, ¿has tenido los santos cojones de venir a la isla y no llamarme?

—Lo siento, tío… —se excusa algo avergonzado.

—¡Ven aquí, cabronazo! Hace demasiado tiempo que no te veo para enfadarme contigo —lo saluda abrazándolo y dando unas sonoras palmadas en la espalda.

—¿Cómo estás?

—No tan bien como tú, *senyoret*. Parece que no pasan los años por ti —masculla separándose de él y examinándolo a conciencia.

—Pues te juro que también pasan por mí. Por cierto, ella es Melanie —me presenta.

—¡Qué cabrón! Ahora entiendo por qué hace tanto que no nos honras con tu presencia. Eres un tipo listo —dice arrancándome una sonrisa—. Hola, preciosa, soy David.

—Encantada. —Y sin que lo espere me veo envuelta en el abrazo de este oso de las cavernas.

Podría aclararle que entre Teo y yo no hay nada y que yo no soy el motivo por el que no ha vuelto a la isla, pero decido dejarlo estar.

—Venid, tengo una mesa fuera. Allí estaréis más tranquilos. Verás cuando se entere Mireia —murmura entregándonos las cartas—. Enseguida vuelvo, parejita.

—Tienes un amigo muy efusivo —bromeo.

—David es un tío muy peculiar y una gran persona.

—¿Os conocéis desde hace mucho tiempo?

—Desde que éramos unos niños. El primer verano que pasé en la isla no conocía a nadie y mis abuelos me trajeron a comer caldereta a *Sa Llagosta*. Entonces llevaban el negocio los padres de David y él era un mocoso que jugaba a servir mesas. Desde ese día nos volvimos inseparables y cada vez que volvía, sin importar el tiempo que había pasado, él me recibía con los brazos abiertos. Tal y como has podido comprobar.

—¡Pero qué ven mis ojos! ¡Si es mi madrileño favorito! ¡Joder, qué guapo estás! —exclama una menuda mujer, antes de abrazarlo con demasiada confianza.

—Hola, Mireia. ¿Cómo estás?

—Divina, ¿no me ves? —contesta pizpireta, dando una vuelta sobre sí misma.

—Ella es Melanie —me presenta.

—¡Hola, guapa! —saluda dándome dos besos—. Encantada. Luego si puedo salgo un ratito, que ahora tengo que volver a la cocina.

¿Quién coño es esta? A pesar de que me empeño en decir que lo nuestro es solo sexo, no he podido evitar tensarme al ver el cariño y la familiaridad con la que lo ha abrazado. «¿Celosa, churri?». Ya está otra vez la *porculera* esta. ¡Claro que no estoy celosa! Solo me molesta un poco. «Ya, claro, un poco». ¡Cierra el pico, entrometida!

—¿Habéis tenido algo tú y esa tal Mireia?

¡Mierda! ¿Por qué coño he preguntado eso? ¡A mí qué más me da lo que tengan o hayan tenido esos dos!

—Sí —contesta haciendo que el estómago se me retuerza—. Ocurrió hace años, de adolescentes, pero no fue nada serio. Un verano fuimos a una fiesta y nos dejamos llevar.

¡Lo sabía! En cuanto la vi mirarlo de esa forma tan especial, sabía que entre ellos dos había pasado algo.

—Fue solo una vez —explica mientras me acaricia la mano—. Enseguida nos dimos cuenta de que teníamos una gran amistad y no volvió a pasar. Ahora ella está felizmente casada y tiene tres hijos. Ya ves, las mujeres nunca me eligen para formar una familia.

¿Por qué he sentido alivio cuando ha dicho que está casada? «Si quieres yo te contesto», ¡calla! Espera, ¿ha dicho algo de formar una familia?

—¿Quieres ser padre? —pregunto sorprendida.

—Sé que puede sonar raro y pese a la mierda de familia que tengo, siempre pensé que algún día encontraría a esa persona especial que me viera de verdad y que quisiera compartir su vida conmigo. Me encantaría envejecer junto a alguien y ser tan feliz como fueron mis abuelos.

Su confesión me deja sin palabras. Es verdad que en estos últimos días he visto un lado distinto de él, pero jamás imaginé que quisiera tener hijos. Aunque, si lo pienso bien, conociendo la historia de sus abuelos, tampoco suena tan ilógico. ¿Y yo? ¿Querría compartir mi vida con alguien o formar una familia? Uf, demasiada responsabilidad, ¿no? Las palabras de Teo siguen dando vueltas en mi cabeza y, de repente, ya no me parecen tan locas.

CAPÍTULO 28

Teo

Tal y como recordaba, la caldereta está deliciosa y, por la forma en la que rebaña el plato, a Mel también le ha gustado.

—¿Quieres que pidamos algo de postre? —le pregunto.

—¿Estás loco? ¡Voy a explotar! —exclama, acariciándose la barriga.

—Si quieres luego podemos quemar calorías —propongo alzando las cejas.

—Más quisieras, guapito de cara —contesta, fingiendo que mis palabras no han conseguido encender su cuerpo.

Nos ponemos en pie y entramos en el local para pedir la cuenta, pero cuando David me ve, niega con la cabeza y me hace un gesto con la mano.

—Ni se te ocurra sacar la cartera, *senyoret* —bromea amenazándome con el dedo—. Estáis invitados.

—Tío…

—Sí, sí… sé que estás forrado y bla, bla, bla. Sin embargo, a mí eso me importa una mierda, ya lo sabes. Cuando mis amigos vienen a comer a mi casa pago yo.

—Gracias —dice Mel—. Estaba deliciosa.

—¿Cuántos días estaréis por aquí? —pregunta Mireia que se ha asomado por la cocina, al escucharnos hablar.

—No lo sabemos —explico encogiéndome de hombros.

—Si el viernes seguís por aquí, podríamos ir a tomar unas copas a les coves d'en Xoroi. Es un lugar espectacular, seguro que te gustará, Melanie.

—Claro —acepto al ver que mi acompañante asiente con la cabeza.

Después de quedar para el viernes, nos despedimos de mis amigos y nos marchamos. En cuanto ponemos un pie en la calle,

agarro su mano y sonrío complacido al ver lo rápido que se ha acostumbrado a este gesto.

Damos un paseo para bajar la comida y nos perdemos por las calles de Fornells. Melanie se detiene en una tienda que fabrican joyas artesanas y se queda embelesada mirando el escaparate.

—Es preciosa —murmura al ver una pulsera con estrellas doradas —. Me recuerda a la historia que me contaste de la constelación.

—¿La corona boreal?

Ella asiente con la cabeza y me mira sonriente. ¿He dicho ya lo preciosa que me parece cuando sonríe? Carraspeo incómodo para que no se dé cuenta de lo que me afecta y digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Te apetece un helado?

—Me encantaría.

El local se llama *Sagelateria* y es donde solía ir con mis abuelos de pequeño. Es un negocio familiar que empezó hace más de cuarenta años, cuando un matrimonio rehabilitó una vieja cueva en el puerto de Ciutadella convirtiéndola en su primera heladería. Con el tiempo, fueron ampliando su carta y abriendo otros locales, pero para mí este es el más especial porque me trae muy buenos recuerdos y me devuelve a mi infancia.

—Tienen tan buena pinta que no sé por cuál decidirme —indica indecisa—. ¿No puedo pedirme uno de cada?

—No creo que sea muy buena idea —digo riéndome por su comentario—. El helado sería tan grande que no podrías con él.

—Tienes razón —acepta triste—. Me pediré uno de chocolate. El clásico nunca falla.

—Un cucurucho de chocolate y otro de turrón, por favor —le pido a la dependienta.

—A esto invito yo —dice sacando su cartera.

Al salir del establecimiento, aprovechando que el local se encuentra en pleno paseo marítimo, decidimos dar un paseo tranquilo. Caminamos bordeando el puerto, dejando que la brisa marina nos refresque y disfrutando del ambiente relajado y casi veraniego.

—Umm, joder. Está buenísimo —gime con los ojos cerrados, extasiada.

¡Mierda! Verla deslizar la lengua lentamente por la crema del helado me pone muy caliente. Aunque a simple vista parece un gesto inocente, en mi cabeza se convierte en una escena de lo más erótica. La forma con la que lo saborea, sin darse cuenta del efecto que tiene sobre mí, me hace estremecer. Siento cómo el calor se me sube al pecho, y de pronto, el helado deja de parecerme apetecible porque, en este instante, lo único que quiero es saborearla a ella.

—¿Quieres probarlo? —pregunta ofreciéndome su helado.

Hipnotizado por su mirada, asiento embobado y me acerco a su cucurucho, sin embargo, cuando estoy a punto de darle un lametón, ella retira la mano y se coloca frente a mí. El contacto de sus labios fríos me toma por sorpresa, y durante unos segundos me quedo completamente inmóvil. En cuanto noto su lengua y mis papilas gustativas perciben su sabor, más dulce gracias al helado, reacciono y la beso. La beso con ansia, perdiendo la noción del tiempo, como sucede siempre que estoy con ella.

Más acalorados que antes, nos separamos y nos miramos con la respiración acelerada. Sus ojos parecen querer decirme algo, pero al intentar descifrarlos, ella aparta la mirada y suelta una carcajada al ver lo manchados que estamos y en ese instante, me doy cuenta de que los helados se han derretido en nuestras manos mientras estábamos saboreando nuestras bocas.

—Tendríamos que pedir una pajita —bromea al ver lo líquidos que están.

Nos limpiamos cómo podemos y seguimos caminando de la mano en silencio hasta llegar al *llaüt*. La ayudo a subir al barco con cuidado y luego me ocupo de soltar las amarras dejándolo listo para partir.

—¿Te atreves? —pregunto volviéndole a ofrecer las llaves—. Pero esta vez no te ayudaré, tendrás que hacerlo sola.

Ella asiente con la cabeza y sus iris se iluminan ilusionados, haciendo que mi corazón estalle de felicidad. Me coloco a su espalda y, al tomarla por la cintura, su perfume invade mis fosas nasales embriagándome. Cierro los ojos y disfruto de este corto trayecto en

el que se han juntado dos cosas que me gustan mucho: el mar y ella.

—Eres una alumna muy aplicada.

—¿Tú crees?

—Ajá —murmuro.

Beso la delicada piel de su cuello y no me detengo hasta llegar a su oreja, la cual mordisqueo con suavidad.

—Cuidado —le advierto cuando da un giro brusco al timón haciendo que tambaleemos.

—Es culpa tuya. Si quieres que lleguemos sanos y salvos, deja de meterme mano mientras navego —me advierte.

—Sí, mi capitana —bromeo.

—Muy gracioso —se queja soltando una risita que activa todas las terminaciones nerviosas de mi organismo.

Al llegar a la isla, siento que estoy a punto de explotar. El juego que hemos tenido durante todo el día me ha puesto a cien, y si no me doy una ducha pronto, voy a salir ardiendo. Sé que, también tiene el cuerpo en llamas y que, si me lanzo, no recibiría un no como respuesta, no obstante, quiero que Mel marque el ritmo. Prefiero tomarme las cosas con calma, disfrutar de cada momento y dejar que todo fluya de manera natural, sin prisas ni presiones. Quiero que comprenda que deseo construir algo verdadero con ella.

—Voy a darme una ducha antes de cenar —le informo, entrando en mi habitación.

Me meto en el baño, desnudándome con prisas, y abro el grifo del agua fría. Estoy tan caliente que necesito refrescarme con urgencia.

De repente, unas manos se deslizan por mi espalda y llegan hasta mi pecho, acariciándolo. Por un momento, creo que es producto de mi imaginación calenturienta que me está jugando una mala pasada, pero cuando su cuerpo curvilíneo se pega a mi espalda, resoplo al darme cuenta de que está ocurriendo de verdad.

—Mel… —gimo al notar que su mano desciende por mi abdomen hasta llegar a mi polla.

—Shhhh.

Mi morenita me acaricia despacio, haciendo que tenga la necesidad de apoyar las manos en los azulejos, buscando un ancla a

la que agarrarme para no caer. El tacto de sus manos me está volviendo loco y tengo que esforzarme para no explotar igual que un jodido adolescente.

—Date la vuelta —me exige.

Su voz de sirena me hechiza, obligándome a cumplir todos sus deseos. En el instante en el que nuestras miradas se encuentran, me quedo aturdido al notar que está tan excitada como yo. La observo con atención mientras se arrodilla frente a mí, sonriéndome con picardía y dejándome sin palabras.

—Joder. —Cierro los ojos al sentir su lengua en la punta de mi polla.

Sin darme tregua, comienza a lamerme como si fuera el maldito cucurucho de esta tarde y la respiración se me acelera. Pero, en el momento en el que creo que voy a perder la cabeza, me introduce en su boca arrancándome un ronco gemido.

—Me vuelves loco, morenita —mascullo creyendo que he perdido el juicio por completo.

El placer que siento cuando me engulle es tan grande que todo empieza a darme vueltas y temo correrme antes de tiempo. Antes de que eso suceda, tiro de ella y la levanto, haciendo que envuelva sus piernas en mi cintura.

—No he cogido un preservativo —murmuro contra sus labios, desesperado.

—Tomo la píldora —gime al notar la fricción sobre su clítoris.

—Estoy limpio —le prometo.

—Métemela ya, joder —lloriquea.

Al escuchar la urgencia en su voz, la penetro de un solo golpe sin perder el contacto visual para no romper nuestra conexión. Por un instante me quedo quieto, casi sin aliento, disfrutando de estar en su interior sin ningún tipo de barrera. Nunca antes lo había hecho sin preservativo y tengo que decir que ¡es una puta pasada! Cuando recupero el aliento, la sujeto por los muslos y me retiro lentamente antes de hundirme de nuevo en ella, embistiéndola con fuerza. Sus gemidos hacen que mi deseo se multiplique, como si fuera la gasolina que alimenta mi motor.

—Teo… —gime contra mi boca, enloqueciéndome.

Nuestros besos húmedos, en lugar de apagar el fuego, avivan las llamas y hacen que perdamos la poca cordura que nos queda. Tratando de alargar el placer, me detengo y decido cambiar de posición. Salgo de su interior y la bajo de mi cuerpo, recibiendo sus quejas, pero antes de que pueda seguir protestando, le doy la vuelta pegándola a los azulejos. Llevo mis manos a su espalda y ella, al imaginar mis intenciones, se arquea esperando mi próximo movimiento. Es perfecta. Jugueteo con mi polla en su entrada, provocándola, haciendo que se remueva ansiosa. Escucho sus quejas y, si no fuera porque yo estoy tan impaciente como ella, jugaría un poco más. Cuando creo que ambos hemos sufrido lo suficiente, me agarro a sus caderas y la penetro desde atrás. No puedo controlarme. Siempre he conseguido mantener la cabeza fría en el sexo para alargar el momento, pero con ella es imposible. Esta mujer hace que mi cerebro se cortocircuite y que mi sangre se convierta en lava.

Mis movimientos son rápidos y secos. Nuestros gemidos se convierten en gritos de puro éxtasis y de repente lo siento. Un calor abrasador se apodera de mí, pero antes de que arrase con todo, llevo una de mis manos hasta su clítoris y lo acaricio haciendo que ella se corra conmigo.

Cierro mis ojos con fuerza tratando de que mi pulso vuelva a la normalidad. Al ver que sus piernas flaquean, estiro el brazo para coger una toalla y la enrollo alrededor de su tembloroso cuerpo. Después la cargo en brazos y la saco de la ducha, sintiendo que estoy sosteniendo algo de mucho valor.

—¿Estás bien? —pregunto al notar que deja caer su cabeza sobre mi hombro.

—Ajá —balbucea regalándome una preciosa sonrisa que me deja completamente desarmado.

Tengo tanta necesidad de tenerla cerca que no dudo de meterla en mi cama. Me tumbo a su lado, abrazándola, notando el calor de piel a través del tejido. Coloco su cabeza sobre mi pecho y la miro en silencio, tomándome mi tiempo para grabar este momento en mi retina.

—Eres preciosa. —Beso la punta de su nariz y a cambio recibo su perezosa sonrisa.

Saber que yo soy el responsable de esa expresión satisfecha me llena de una calidez difícil de explicar y hace que me sienta el tío más afortunado del jodido planeta. Ese pensamiento me sacude por dentro, como un puñetazo inesperado en el pecho, y me obliga a detenerme por un instante, meditando sobre lo que realmente significa Mel para mí. Sobre el torbellino de emociones que me provoca y la profundidad de lo que empiezo a sentir por ella. «Tío, estás enamorado», y esas palabras, lejos de acojonarme, me arrancan una sonrisa de felicidad.

CAPÍTULO 29

Mel

Abro los ojos y, como ya es costumbre estos días, lo hago con una sonrisa tonta en la cara. Me desperezo estirando los brazos y, al girar la cabeza, compruebo que estoy sola en la cama, pero no me sorprende encontrar su lado vacío. Cada mañana Teo se despierta temprano y, después de darme un beso en la frente, sale a hacer los ejercicios que mantienen en forma ese cuerpo de Dios griego que tiene. Mientras tanto, yo aprovecho para dormir un ratito más y recuperar las fuerzas de la noche anterior porque, sí, amigas, el rubiales me tiene exhausta.

Como habréis podido adivinar, a pesar de que es una novedad para mí, dormimos juntos todas las noches. Es algo que no hemos hablado directamente, pero después de todo lo que compartimos, supongo que era absurdo estar en habitaciones separadas. Al fin y al cabo, no somos capaces de mantener las manos alejadas el uno del otro demasiado tiempo.

Vuelvo a sonreír al pensar cómo ha cambiado todo desde que llegamos aquí, ¿o tal vez he sido yo la que ha cambiado? De cualquier manera, y aunque parezca extraño en mí, esta nueva rutina me hace feliz.

Me levanto de la cama y, después de lavarme la cara y arreglarme un poco el pelo, voy hacia la cocina. Como siempre, Teo está preparando el desayuno y, al ver su cuerpo perfecto cubierto apenas por unos pantalones cortos, me pregunto qué me apetece más para desayunar: unas tostadas o ese bombón de caramelo. Difícil elección.

—Buenos días, pastelito de crema —lo saludo con ese estúpido mote que le puse cuando fuimos al club.

—¿Cómo has dormido, caramelito? —pregunta siguiéndome el juego y acercándose a mí para darme un beso.

—Muy relajada, la verdad —confieso guiñándole un ojo—. A este paso voy a volver a Madrid con un cutis envidiable.

Un peso me oprime el pecho al pensar en volver. Aunque eso signifique que el caso del asesinato estará resuelto, la idea de dejar esta isla paradisíaca me entristece profundamente. Y no es solo por el lugar. Estos días junto a él han sido increíbles, y no sé qué será de nosotros cuando todo vuelva a la normalidad.

Todavía me cuesta creer que haya conseguido derribar esos muros que levanté con tanto esfuerzo todos estos años. No sé cómo lo ha hecho, pero es el único por el que me he planteado la posibilidad de tener una relación seria. Estos días he podido conocerlo más a fondo y he descubierto que no es ese mujeriego que siempre trataba de aparentar. En realidad, es atento, divertido y muy cariñoso.

—Espero ser el causante de ese cutis —dice, abrazándome—. Si es así, me ofrezco a seguir siendo tu remedio al volver a casa.

Sus palabras me recorren la piel con una descarga, y por un instante, me hacen creer que quizás sí haya un futuro para nosotros cuando todo esto termine. Lo miro a los ojos y encuentro en su mirada esa promesa muda, como si dijera sin palabras que lo nuestro no tiene por qué terminar al llegar a Madrid. Me lanzo a sus labios y lo beso lentamente, deseando que sus ojos hayan dicho la verdad y que, a la vuelta, todo siga igual que ahora.

—Esta noche hay lluvia de estrellas. ¿Te apetece que las veamos juntos? —pregunta en cuanto nos sentamos en la mesa a desayunar.

—¡Claro! Me encantaría.

—Perfecto. Tendremos que trasnochar un poco porque la mejor hora para verlas es a las tres de la mañana.

—Seguro que sabrás entretenerme para que no me duerma, campeón —bromeo, aunque en el fondo estoy deseando «perder» el tiempo con él.

El teléfono satélite suena y, al escucharlo, mi cuerpo se tensa al pensar en la posibilidad de que Álvaro traiga malas noticias.

—Buenos días, Álvaro —canturrea Teo con una sonrisa.

Ver la forma en la que sus ojos se arrugan al sonreír, me produce una felicidad que hasta ahora no había experimentado. Sí, lo sé,

desde que Teo ha arrasado en mi vida, me he vuelto una sensible de cojones.

—Sí, entiendo —contesta poniéndose serio de golpe.

—¿Ocurre algo? —pregunto asustada al ver el cambio en su actitud.

—No, tranquila —dice agarrándome de la mano.

Su sonrisa forzada me preocupa ya que, aunque trata de que parezca sincera, no lo es. No puedo escuchar su conversación, pero de vez en cuando Teo suelta algunas palabras que me resultan extrañas, dichas a propósito para que la otra persona entienda que no puede hablar en este momento. El simple hecho de que no haya puesto el altavoz como hace siempre para que yo también pudiera escuchar la conversación, ya me hace sospechar.

—¿Qué quería? —lo interrogo en cuanto cuelga.

—Nada en especial. Solo me ha hecho unas preguntas sobre mi padre.

—¿No tienen nada nuevo? —Él niega con la cabeza y sé que me está mintiendo—. Supongo que tendremos que permanecer aquí más tiempo.

—Sí… eh… eso parece —contesta nervioso.

Miente. Después de todo por lo que hemos pasado, me duele saber que Teo me está manteniendo al margen de la situación. Finjo una sonrisa tan falsa como la que me ha dedicado él me ha dedicado él aparentando no haberme dado cuenta de su engaño.

★☆★

Un cosquilleo me despierta de un sueño de lo más caliente. Refunfuño enfadada como si fuera una niña pequeña mientras suplico que me dejen dormir un rato más.

—Vamos, dormilona. Te perderás las estrellas —dice Teo, besándome por toda la cara.

—Ya te advertí que el método que usaste para mantenerme despierta no iba a funcionar —me quejo.

A pesar de que desplegué todas mis armas femeninas para pasar el rato sudando entre las sábanas, al señor Teodoro Hidalgo se le ocurrió la brillante idea de entretenernos con juegos de mesa. ¿En

serio? ¿Juegos de mesa? ¡¿Desde cuando el parchís es más interesante que tener sexo con tu pareja?! «Hombre, eso de comerte la ficha, puede ser muy erótico si te lo propones». Espera, ¿he dicho pareja? ¡Ay, madre!

—Venga, levanta el culo. Prometo que te compensaré.

Me pongo en pie a regañadientes deseando que su promesa sea cierta y, después de coger una chaqueta fina, salimos. Teo extiende una manta en la arena y nos tumbamos en la orilla, observando el manto interminable de terciopelo negro. La espera se me hace eterna y no puedo evitar cerrar los párpados, estoy tan cansada que me cuesta mantenerlos abiertos.

—¡No te duermas! —me advierte, haciéndome cosquillas.

—¡Ay! No estaba durmiendo —me quejo poniéndome de lado para enfrentarlo—. Solo estaba descansando los ojos.

—Ya, claro. Pues si sigues descansando, te perderás el espectáculo —dice señalándome el cielo.

Vuelvo a ponerme boca arriba y, al ver caer la primera estrella, grito por la sorpresa. El destello es tan rápido que, por un instante, dudo si en realidad la he imaginado. Pero cuando creo que ha sido producto de mi imaginación, llega otra más larga dejando un rastro blanquecino que tarda unos segundos en borrarse. Me llevo una mano al pecho, emocionada ante tanta belleza y, durante un buen rato, permanecemos así, con la cabeza pegada una al lado de la otra y los dedos entrelazados.

Una vez que la lluvia de estrellas termina, me giro de lado y lo miro a los ojos.

—Dicen que si pides un deseo a una estrella fugaz se cumple —murmuro—. ¿Qué has pedido tú?

—Nada —contesta sin dejar de mirarme con intensidad—. Ya tengo todo lo que quiero.

Observo su boca con anticipación y lo beso, guardándome para mí el deseo que he pedido yo: que, a la vuelta, todo sea tan mágico como ahora. Sus manos me hacen olvidar por un momento mis miedos, dejando un rastro de fuego por donde pasan.

De repente, Teo se pone en pie y, antes de que pueda quejarme por privarme de sus labios, se saca la camiseta dejándome sin

palabras.

—¿Te apetece un baño nocturno, morenita? —pregunta desnudándose.

Ver su cuerpo musculoso corriendo hacia el agua es un espectáculo que no tiene precio: una imagen que se grabará a fuego en mi memoria.

Una vez que Teo se zambulle en el mar y logro liberarme de su embrujo, sonrío con picardía y sigo sus pasos. Una vez que sale a la superficie, se pasa las manos por el pelo sin apartar sus ojos de mí, tratando de desafiarme. Aprovechando que tengo toda su atención, empiezo a quitarme la ropa muy despacio, provocándolo a conciencia.

En el instante en el que veo que traga nervioso, sé que lo tengo donde yo quería. Camino despacio hacia la orilla simulando ser una diosa del Olimpo, disfrutando de la sensación de poder y, ante su atenta mirada, me sumerjo en las oscuras aguas. Buceo hasta llegar a él y, cuando lo tengo tan solo a unos metros, saco la cabeza imitando a una de esas modelos anunciando un perfume.

—Eres preciosa —dice acercándose a mí.

—Veo que ni el agua fría es capaz de bajar eso —bromeo señalando su miembro, que está duro como una piedra.

—Si tú estás delante de mí, nada conseguiría bajármela —sigue la broma.

Aunque el deseo nos quema por dentro, nos besamos despacio. Nuestros dedos exploran la piel del otro con lentitud, queriendo memorizar cada rincón de nuestros cuerpos. Es curioso que, después de todas las veces que hemos estado juntos, esta se sienta distinta, especial. Como si intentáramos confesarnos sin palabras lo que realmente sentimos el uno por el otro.

Con Teo me he saltado todas y cada una de las normas que yo misma me impuse, y tengo que reconocer que no me arrepiento. A su lado me siento a salvo, como si después de mucho tiempo por fin hubiera encontrado mi lugar en el mundo.

Sus besos me marean y hacen que tenga la sensación de que estoy flotando. Voy a perder la cabeza por este hombre, lo sé, pero

me importa una mierda. Por primera vez en mi vida me estoy dejando llevar y la verdad es que me encanta.

—Mírame —me suplica entre besos.

Y cuando lo hago, me congelo. Sus ojos me traspasan y la piel se me eriza al ser consciente de la forma en que me mira: tan intensa y llena de promesas.

Teo coloca sus manos en mi cintura y, aprovechando la ingravidez del agua, me coge en brazos. Me estremezco de placer al sentir su erección cerca de mi entrada y no puedo evitar cerrar los párpados.

—Mírame, morenita. Nunca dejes de hacerlo —me pide con voz ronca.

Una vez que obedezco sus palabras, siento cómo me penetra con una lentitud casi dolorosa. Muevo mis caderas tratando de acelerar el momento, pero él se mantiene firme y sigue con sus lentos movimientos. Cuando termina de entrar en mí, se detiene y me acaricia la cara con delicadeza. Mis ojos se llenan de lágrimas por la emoción. Nunca me había sentido así. El sexo siempre había sido un mero acto de placer, pero con Teo es distinto. Hoy, por primera vez, estoy haciendo el amor y tengo los sentimientos a flor de piel. Me muerdo la lengua para no decirle lo que empiezo a sentir por él porque, aunque sé que lo haré, todavía no me siento preparada.

Teo se mueve despacio, alargando nuestra agonía. Nuestros jadeos entrecortados se mecen al compás de las olas, muy lentamente. He intentado asimilar todos mis sentimientos, pero estoy tan desbordada que una lágrima consigue escapar y rodar por mi mejilla. Teo hace que me sienta especial y querida, y eso me tiene demasiado sensible.

—Mel… —gime—. Eres increíble.

—No pares —le suplico sin dejar de mirarlo a los ojos.

Un fogonazo me atraviesa cuando sus movimientos se aceleran un poco, consiguiendo que nuestros gemidos suban de nivel. Y todo explota.

—Sí…

—Te quiero —susurra Teo dejándose llevar por los últimos coletazos de su orgasmo.

¿Ha dicho que me quiere? «¡Pues claro! ¿Es que acaso te has vuelto sorda de repente?», pregunta mi conciencia. No, pero… «Y tú también lo quieres a él, aunque seas una cobarde y no se lo hayas dicho todavía». ¿Lo quiero? ¡Lo quiero! Joder… me he enamorado de Teodoro Hidalgo.

CAPÍTULO 30

Teo

Me duele el brazo, pero por nada del mundo pienso moverme. Melanie descansa encima de mí, con su cabeza reposando sobre mi pecho y es la mejor sensación que he sentido jamás.

Ayer, después de hacer el amor —porque sí, eso fue lo que hicimos—, salimos del agua en silencio y nos acurrucamos, tapándonos con la manta.

Después de mi confesión no volvimos a hablar y en el fondo me alegro de que no haya sacado el tema. Soy consciente de que fue una jugada arriesgada, pero lo hice sin pensar. Hacía días que sentía una sensación extraña, como cuando tienes algo en la punta de la lengua y no te sale, y finalmente, al decirle esas palabras que nunca le he dicho a nadie, sentí alivio. Ella me miró emocionada, sin embargo, no abrió la boca, solo me besó y me abrazó. Quiero pensar que, aunque no utilizó palabras, trató de demostrarme que también empezaba a sentir algo especial por mí. O al menos eso espero.

—Buenos días, morenita —la saludo al ver que abre los párpados desorientada.

—Buenos días —balbucea—. ¿No has dormido nada?

—¡Imposible! Tus ronquidos no me han dejado pegar ojo —bromeo para no asustarla contándole la verdad: que no he podido dejar de mirarla.

—Eres un mentiroso, Teodoro Hidalgo. Yo-no-ron-co —masculla clavándome el dedo en el pecho con cada sílaba.

Sonrío al ver la forma en la que arruga la nariz enfurruñada y el pecho se me hincha. Joder, la quiero y voy a hacer todo lo posible por conseguir que ella también sienta lo mismo por mí.

—Es precioso —murmura al darse cuenta de que está amaneciendo.

—No tanto como tú —admito sin dejar de admirar su perfil.

Sí, lo reconozco, me he vuelto un poco cursi desde que ella está en mi vida, pero me importa un pepino. Con Mel no puedo fingir.

Ella me mira y me sonríe con timidez, incluso diría que se ha ruborizado al escucharme. No dice nada, simplemente me abraza, y juntos contemplamos cómo el sol termina de ascender, anunciando un nuevo día.

★☆★

Después de pasar el día entre carantoñas y risas, nos damos una ducha —juntos, por supuesto—, y nos vestimos para ir a la *Cova d'en Xoroi*. Melanie no ha querido enseñarme el modelito que se iba a poner y, aunque me he quejado, me gusta saber que quiere sorprenderme. Pero, al verla salir con un vestido rojo ciñendo su curvilíneo cuerpo, me quedo sin palabras. Jo-der. Me acerco a ella girando a su alrededor, admirando su figura al completo y, cuando la tengo delante de mí, me lanzo a sus labios.

—¡Ni hablar! —exclama poniendo una mano delante de mi cara—. Este labial no es permanente y no pienso destrozar mi obra de arte.

—¿En serio? ¿Me acabas de hacer la cobra? Se me están quitando las ganas de salir —me quejo—. Ahora mismo llamo a Mireia y le digo que cancelamos la salida.

—Ni lo sueñes, guapito de cara, no me he arreglado así —indica señalándose— para que lo destroces en un segundo.

—¡Está bien! —refunfuño alzando las manos—. Tú ganas.

—Eso decía yo —expone orgullosa.

En el momento en el que ella sonríe celebrando su pequeña victoria, me acerco a su boca sin que se lo espere, y le robo un beso. Es más corto de lo que me gustaría, pero de todas formas sabe a pura ambrosía. Acto seguido, echo a correr hacia la puerta celebrando mi victoria, mientras ella grita a lo lejos.

—¡Teodoro Hidalgo! ¡Esta me la pagarás! —amenaza.

—Cariño, ese beso vale cada una de las penitencias que me pongas.

¡Y vaya si me las hace pagar! La muy bruja se pasa todo el trayecto hasta Fornells metiéndome mano y, en más de una ocasión, he dado un golpe brusco al timón por su culpa, haciendo que el

barco diera un bandazo. Al llegar al puerto, estoy tan cachondo que tengo que contar hasta diez antes de bajar. Verla caminar victoriosa hacia el taxi, me enciende la sangre y consigue que relajarme sea una tarea casi imposible.

Media hora después, el conductor nos deja en la puerta de la *Cova d'en Xoroi*. Observo con atención la cara indiferente de Mel y sonrío al saber que pronto cambiará su expresión. A simple vista, desde fuera, no parece gran cosa, pero cuando pagamos la entrada y accedemos al interior de la cueva, todo cambia.

—¡Madre mía! —exclama al ver los acantilados vertiginosos y las vistas desde las balconeras—. ¡Es precioso!

—Sabía que te impresionaría. La cueva está a unos treinta metros de altura y desde aquí se ven unas puestas de sol preciosas.

—Explícame su historia —me pide.

Sonrío al darme cuenta de que ya me conoce tanto como para saber que sé la historia de este lugar.

—Se dice que Xoroi fue el único superviviente de un naufragio y, al descubrir la cueva, se refugió en ella y sobrevivió robando en las casas cercanas. —Al ver que me mira con atención, continúo con mi historia—. Un día desapareció una joven que estaba a punto de casarse y años después, al seguir unas huellas tras una gran nevada, se encontraron a Xoroi, a la joven desaparecida y a tres hijos.

—¿Y qué pasó con ellos?

—Él se lanzó al mar y su hijo mayor lo siguió. La mujer y los otros hijos fueron llevados a Alaior y se dice que, a día de hoy, sus descendientes aún viven en la isla.

—Qué final tan triste —se queja.

—Nunca dije que fuera feliz —indico acercándome a ella.

—¡Ah, no! No vas a volver a engañarme —expone dando un paso atrás para que no la bese.

—¿Aprovechándote de las vistas para llevarte a la chica? —Escucho que alguien pregunta.

—¡Guiem, cuanto tiempo! —exclamo abrazando al marido de Mireia—. Los años te tratan bien.

—La felicidad, supongo —dice mirando con cariño a su mujer.

—¿Qué tal, Mel? ¿Todavía no te has cansado de nuestro amigo? —bromea Mireia.

—No te metas con Teo, hermanita. No queremos que nuestro ejecutivo favorito se enfade —se burla David, que acaba de llegar cogido de la mano de su mujer.

—Iros todos a la mierda —les digo soltando una carcajada.

Antes de que se llene de gente, nos acercamos a la barra y pedimos una copa. Nos sentamos alrededor de una mesa y charlamos mientras escuchamos de fondo música chill-out. Ver la forma en la que interactúan con Mel, como si la conocieran de toda la vida, me recuerda lo geniales que son y hace que me enfade conmigo mismo al haberlos dejado de lado tanto tiempo.

Recuerdo la primera vez que vine aquí con ellos. Me quedé sin aliento al ver esos balcones esculpidos en la roca, que parecían colgar de los imponentes acantilados. El sonido de las olas golpeando la piedra se mezclaba con la música de fondo, creando un ambiente casi mágico, tal y como sucede ahora. Jamás olvidaré lo mucho que nos reímos ese día mientras el atardecer pintaba el cielo de colores imposibles de describir. Fue uno de esos momentos que se quedan grabados para siempre.

—¿Estás bien? —pregunta Mel colocando su mano en mi pierna.

Asiento con la cabeza y le dedico una sonrisa. Me muerdo la lengua para no decirle que, si ella está conmigo, todo estará bien.

Cuando el sol empieza a esconderse tras el horizonte, me invade la necesidad casi urgente de tenerla más cerca y compartir juntos este instante mágico. Sin pensarlo demasiado, alargo el brazo y rodeo sus hombros, atrayéndola hacia mí. Ella no duda ni un segundo y, con toda la naturalidad del mundo, apoya su cabeza en mi hombro. Escuchar su respiración tranquila me desarma por completo y no puedo evitar sonreír como un idiota sintiéndome el tío más feliz del puto universo. Beso su cabeza dejando mis labios reposando en su suave pelo durante unos segundos, deseando paralizar el tiempo en este momento y enmarcarlo para siempre.

Tengo la sensación de que ha pasado una eternidad, sin embargo, tan solo hace una semana que llegamos a la isla y, en tan poco tiempo, Melanie ha conseguido que caiga rendido a sus pies.

Enamorarme de esta mujer es lo más valiente y arriesgado que he hecho en mi vida.

No me arrepiento de nada, pero me aterroriza perderla. Y no solo me refiero a que ella no sienta lo mismo por mí, también a que la situación por la que estamos pasando se nos vaya de las manos y que los hombres que trataron de matarnos vuelvan a intentarlo. La llamada de Álvaro me dejó muy preocupado. Consiguió que volviera a la realidad y que comprendiera que, aunque estamos en un lugar paradisíaco, seguimos teniendo la espada de Damocles colgando sobre nuestras cabezas.

Cuando me dijo que Melanie estaba más involucrada en este caso de lo que habíamos imaginado, me paralicé de miedo. No pudo contarme nada porque todavía no tenían suficiente información y, además, Melanie estaba cerca, y tampoco pude hacerle las preguntas que rondaban por mi cabeza. Lo que sí me comentó era que habían encontrado un pendrive encriptado en el callejón pero que hasta ahora no habían conseguido abrirlo. ¿Mel, involucrada? Siempre había asumido que todo giraba en torno a mí y que, llegado el momento, podría cargar con la culpa de ese dichoso asesinato para protegerla. Pero saber que ella también podría estar implicada, me aterroriza.

—Estás un poco ausente esta noche —me recrimina.

—Lo siento, te prometo que después te compensaré —le prometo.

—Teo… ¿todo está bien? —pregunta insegura.

—¡Claro! —miento—. No te preocupes y disfruta del momento, morenita.

Ella me sonríe, pero soy consciente de que intuye que ocurre algo. No quiero que se preocupe, por lo que de momento decido olvidarme de la llamada del comandante y divertirme con ella. ¿Para qué me voy a preocupar por algo que todavía no sé con exactitud?

Unas horas después, salimos de la cueva y, antes de subirnos al taxi, nos despedimos de mis amigos. El viaje de vuelta lo hacemos en silencio y con nuestros dedos entrelazados. Mi morenita está tan agotada que, después de apoyar su cabeza en mi hombro, se queda dormida. Cuando llegamos al puerto de Fornells la despierto con suavidad y volvemos a nuestra isla en el barco.

Entramos en la casa cogidos de la mano y, antes de entrar en nuestra habitación, tiro de ella y la rodeo con mis brazos. Necesito sentirla, saber que está conmigo y que todo está bien.

—Estás muy raro, más de lo normal, quiero decir —bromea.

Sonrío ante su comentario y coloco uno de sus mechones detrás de su oreja. Observo su rostro con atención, decidido a memorizar cada arruga, cada peca, para no olvidarlo nunca.

—Sé que es posible que no sientas lo mismo que yo, sin embargo, necesito decirte lo que llevo guardándome hace días —suelto con un suspiro—. No creí que fuera a pasar, pero he terminado enamorándome de ti. Toda mi vida he hecho lo que los demás querían, adaptándome a sus necesidades, hasta que apareciste tú. A tu lado sé que puedo ser yo mismo y que ya no tengo que fingir, porque sé que no me vas a rechazar ni a aprovecharte de mí. Siempre he tenido miedo de darlo todo y abrirme de verdad con alguien por miedo al abandono, aunque contigo es diferente. A tu lado me siento seguro.

—Teo… —susurra.

—Tranquila, no es necesario que digas nada. Es tarde y estamos cansados. Ya hablaremos cuando estés preparada —indico besándola despacio, saboreando el momento.

—Me vendría bien darme un baño relajante —dice separándose de mí.

—¿Puedo enjabonarte la espalda? —pregunto guiñándole un ojo.

—Ni hablar, guaperas. Necesito un poco de espacio e intimidad, por favor. —Esto último lo dice susurrando y al instante comprendo que tiene que asimilar lo que le acabo de confesar.

—Yo también necesito una ducha, te espero en el dormitorio. —Le doy una palmada en el culo antes de entrar en mi habitación.

Diez minutos después, salgo de la ducha secándome el pelo con una toalla, sin dejar de pensar en ese cuerpo que me vuelve loco. Imaginarlo en remojo, envuelto en espuma, hace que la ducha de agua fría no haya servido de nada y que vuelva a calentarme.

Mientras trato de pensar en otra cosa que no sea en ella, me fijo en que el teléfono satélite está parpadeando. Lo desbloqueo y me sorprendo al ver que hay varias llamadas del comandante, la última

de hace solo cinco minutos. ¿Habrá ocurrido algo? Sin pensarlo, y a pesar de lo tarde que es, le devuelvo la llamada.

—Álvaro, ¿todo bien? —pregunto con miedo.

—No, tío, esto cada vez se está complicando más y no me gusta nada hacia dónde va.

Escuchar sus palabras me corta la respiración. ¿Qué demonios está pasando? De pronto siento cómo despierta en mí un instinto de protección y, aunque no tengo ni idea de cómo terminará todo, sé que haré todo lo posible por protegerla.

CAPÍTULO 31

Mel

En cuanto Teo se encierra en su habitación, entro en la mía y me quedo apoyada contra la puerta cerrada, suspirando como si fuera una adolescente. En pocos días, Teo ha conseguido cambiar mi forma de ver las cosas y es algo que me sorprende. Nunca había bajado tanto la guardia para dejar que alguien entrara en mi vida, y mírame ahora: soñando despierta con una sonrisa boba de quinceañera.

Suelto una carcajada y entro en mi lavabo, pensando en esta absurda situación. Yo, que siempre evitaba el compromiso y las relaciones serias, me sorprendo imaginando un futuro junto a alguien que, a pesar de que creí que tenía un aire despreocupado, ha logrado desarmarme.

Me desnudo y abro el grifo del agua caliente, sin dejar de pensar en él. Hace cinco minutos que nos hemos separado y ya lo echo de menos.

Si Valeria se entera de que me he vuelto tan ñoña, tendré que aguantar sus burlas por días y, aunque en otras circunstancias me molestaría, no puedo evitar sonreír deseando poder explicarle lo que me pasa por dentro.

—A la mierda —suelto decidida—. Voy a decirle lo que siento por él.

Me doy una ducha rápida y me enrollo una toalla, cubriendo mi cuerpo todavía húmedo. Tengo tantas ganas de sincerarme con él que es una tontería vestirme, ¡total para lo que me duraría la ropa puesta! Estoy convencida de que, después de confesarme, Teo se lanzará encima de mí y hará que esta noche sea inolvidable. Ansiosa, salgo de la habitación dispuesta a buscarlo, pero me detengo con la mano en el picaporte al oír unas voces. Pego mi oreja a su puerta y me quedo congelada al escuchar lo que sucede al otro lado.

—¿Habéis conseguido abrir la carpeta del pendrive? —silencio—. No, ella no sabe nada. ¡Mierda! ¿En serio? Envíame esos archivos por e-mail y los miraré a primera hora de la mañana. Por suerte no es madrugadora y tendré tiempo de revisarla antes de que despierte. ¡Sí, joder! ¡Estoy seguro! Esto no puede salir de aquí, tío.

¿Qué coño está pasando? ¿Con quién habla? Vuelvo corriendo a mi habitación y abro el grifo para que crea que sigo en la ducha. ¿Qué es lo que me está ocultando? Me siento traicionada y, por mucho que intento ser fuerte, mi cuerpo se estremece y mis ojos se llenan de lágrimas. «Nena, no te precipites. Seguro que se trata de un malentendido». ¡Me da igual! ¡Teo me está ocultando información! Pensaba que entre nosotros había algo especial…

Después de calmarme un poco, me lavo la cara con agua fría para limpiar el rastro de lágrimas y me visto. Necesito descubrir qué está ocurriendo; no voy a esperar a que él decida contármelo, porque es posible que nunca lo haga o, si lo hace, tal vez sea demasiado tarde.

—Hola, preciosa —me saluda Teo al salir de mi habitación—. ¿Estás bien?

Mierda, disimula, Mel. Pongo en práctica mis dotes de actriz para que no me descubra y me llevo la mano a la cabeza.

—Tengo una jaqueca horrible —miento.

—Voy a buscarte un analgésico —se ofrece.

—¡No! —Él me mira con el ceño fruncido y me veo obligada a inventarme algo para no tener que tomarme esa pastilla—. Es que no me gusta abusar de la medicación. Prefiero intentar dormir, seguro que se me pasa.

—Está bien, vamos —accede haciéndose a un lado para que entre en su habitación.

—Si no te importa, esta noche prefiero dormir sola. Me vuelvo insoportable cuando tengo migraña —bromeo para quitarle hierro al asunto.

—Como quieras —acepta no muy convencido—. ¿Seguro que todo está bien?

—Que sí, pesado —digo dándole un ligero beso—. Solo necesito descansar.

«¡Mentirosa!», me recrimino, sintiendo un nudo en la garganta. Necesito quedarme a solas y averiguar qué está sucediendo, porque no voy a poder descansar hasta que descubra toda la verdad. Hasta que consiga desenterrar cada secreto que me ha ocultado.

★☆★

Horas después, agotada de tanto retorcerme en la cama, salgo sigilosamente de mi habitación. Me acerco al dormitorio de Teo y asomo la cabeza, conteniendo el aliento por miedo a que me pille. Su respiración profunda me confirma que sigue dormido, así que me aparto sin hacer ruido y me voy hasta el pequeño despacho.

Cierro la puerta con un clic suave y enciendo su portátil, con el corazón acelerado mientras rezo para que no tenga contraseña. Cuando la pantalla al fin se desbloquea, doy gracias a que Teo sea tan confiado y entro en su correo. Recorro con la vista la bandeja de entrada hasta que uno llama mi atención. Un tal *lobosolitario* le envió un mensaje hace unas horas con la palabra «urgente» en el asunto. ¿Será lo que estaba esperando?

Abro el correo con manos temblorosas, sintiendo el pulso retumbar en los oídos y conteniendo las lágrimas. Me cuesta respirar. Tengo miedo de ver algo que no pueda soportar, algo que me descubra una verdad que preferiría no conocer. Aun así, no me puedo detener, tengo que saber lo que está ocurriendo, aunque me duela. Hago clic con cuidado conteniendo el aliento y descubro tres carpetas adjuntas. El mensaje está en blanco, por lo que no sé a lo que me enfrento.

Me quedo unos segundos mirando sus nombres, con el estómago encogido: D*etective, Hydra*, *Pacientes.* Al final reúno el valor y abro la primera carpeta, la que lleva el nombre de *detective*. En ella encuentro fotografías de una pareja besándose en una actitud mucho más que cariñosa y, por el nombre del archivo, llego a la conclusión de que alguien contrató un detective para seguirlos. A medida que avanzo en las fotos, me doy cuenta de que tienen el mismo patrón. A pesar de que están hechas desde varios escenarios diferentes, todas tienen el mismo comportamiento amoroso. ¿Quiénes serán? Por más que lo intento no reconozco a ninguno de

los dos, sin embargo, el hombre me parece extrañamente familiar. No sé dónde lo he visto, pero mi instinto me dice que lo conozco de algo.

Después de exprimir mi mente sin obtener ninguna información, entro en la siguiente carpeta llamada *Hydra* y el corazón me da un vuelco al ver su contenido. En ella hay facturas, libros contables y varios informes sobre la empresa farmacéutica del padre de Teo. No consigo comprender del todo el contenido de esos documentos, pero lo que está claro es que la empresa está metida en algo muy turbio. Es como si estuvieran haciendo negocios de forma paralela.

Mis ojos se detienen en la tercera carpeta y, aunque desconozco su contenido, el título hace que se me hiele la sangre. Las piernas me flaquean, no obstante, decido abrirla. Dentro de la misma hay varias subcarpetas en las cuales indican un código de paciente. En cada una de ellas aparece la foto del paciente y su historial médico. Durante unos minutos voy entrando una a una y, cuando estoy a punto de desistir, entro en la del paciente *0501* y mi mundo se viene abajo. Tengo que llevarme la mano a la boca para ahogar el grito que ha salido de mi garganta y que conseguirá delatarme. Todo mi cuerpo empieza a temblar. El contenido de este archivo es brutal y mi peor pesadilla.

No puedo engañarme más. Cada vez estoy más segura de que Teo tiene algo que ver con todo esto. Mi mente trabaja a mil por hora llenándose de imágenes confusas: su mirada esquiva, su silencio, su preocupación fingida. Siento que me falta el aire. No puedo quedarme aquí ni un segundo más, necesito huir y escapar antes de que sea demasiado tarde.

Voy a mi habitación con el corazón desbocado, creyendo que va a salirse del pecho de un momento a otro. Intento controlar la respiración, pero cada inhalación me cuesta más que la anterior.

Abro el armario tratando de no hacer ruido y me visto con lo primero que pillo, mientras mi cabeza no deja de recordarme lo que acabo de descubrir, como si fuera una película en bucle. La maleta sigue abierta en el suelo, desbordada de ropa, pero sé que no puedo llevármela sin hacer ruido y llamar la atención. No puedo permitir que me descubra, así que lo mejor será dejar todas mis cosas aquí.

Agarro mi bolso con manos temblorosas y me detengo unos segundos para calmarme. Antes de salir, reviso una y otra vez que llevo todo lo imprescindible, ya que es mi única oportunidad y, si me dejo algo, no podré volver.

Con mucho cuidado, desconecto el sistema de seguridad tal y como Teo me enseñó, haciendo el mínimo ruido posible. Cuando consigo desactivar la alarma, salgo sin mirar atrás, caminando de puntillas como si cada paso fuera capaz de delatarme.

El *llaüt* me espera amarrado en el muelle, balanceándose bajo la tenue luz de la madrugada. Me acerco y me subo, todavía con el corazón acelerado, y enciendo el motor, esperando que su rugido no despierte a Teo. El aire fresco me golpea la cara mientras me alejo de la orilla y, aunque tan solo es un trayecto de cinco minutos, el tiempo se me hace eterno. Al llegar a Fornells, tengo la cabeza hecha un torbellino y el rostro empapado en lágrimas.

Las manos me tiemblan tanto que apenas soy capaz de encender mi teléfono móvil, el cual ha estado apagado todos estos días. Una vez que lo consigo y que compruebo que todavía tiene batería, marco el número de mi mejor amiga. En cuanto contesta, no puedo evitar que se me rompa la voz y tengo que esforzarme por articular las palabras para que me entienda. Al final, después de intentarlo, consigo hablar con un susurro quebrado:

—Valeria, necesito tu ayuda. Es urgente.

La única frase que me dice al escuchar mi llanto es simple y directa: «Dime qué es lo que necesitas». No hay reproches en su voz, ni juicios que me hagan sentir peor, tampoco interrogatorios que me pongan nerviosa ni comentarios maliciosos. Sé que en el fondo estará muy preocupada, pero aun así me escucha con atención ofreciéndome una vía rápida a mis problemas. Sin su apoyo, sin esa calma que me está brindando en medio del caos, no sería capaz de escapar de todo lo que me está oprimiendo el pecho. Como siempre, ella consigue ser el ancla que me sostiene en tierra firme cuando todo parece derrumbarse y me siento profundamente agradecida de ser su amiga.

CAPÍTULO 32

Teo

Me despierto siguiendo la rutina casi mecánica a la que me he acostumbrado los últimos días, aunque la de hoy, es diferente. Miro su lado de la cama y, al encontrarlo vacío, recuerdo lo rara que estuvo ayer.

La mezcla de su ausencia y la llamada de Álvaro, por la que aún sigo con este regusto amargo, provoca en mí un nerviosismo difícil de controlar. Sus palabras fueron tan inquietantes que consiguieron que una sensación de pánico me recorriera por completo. Saber que el pendrive que encontraron en el callejón puede reventar la burbuja de felicidad que habíamos construido, me tiene paralizado. El comandante prefirió no contármelo por teléfono, ya que, según él, era un tema muy delicado. Solo me dijo que enviaría los archivos extraídos de ese pendrive a mi correo electrónico y me hizo prometer que los revisaría cuanto antes.

Me pongo en pie y, al mirar el reloj, me doy cuenta de que son las siete de la mañana. ¡Mierda, me he dormido! Mi idea era despertarme más temprano de lo habitual para poder abrir ese email antes de que ella se levantara, pero está claro que tendré que darme prisa si no quiero que me pille.

Me visto con ropa de deporte y salgo de mi habitación de puntillas, tratando de no despertar a Mel. Necesito abrir mi correo y descubrir esas pruebas que tan nervioso pusieron al comandante. Voy hacia mi despacho y antes de entrar, algo llama mi atención: la alarma está desconectada. ¿Me olvidé de conectarla al llegar ayer? Estoy casi seguro de que lo hice y eso me preocupa. Abro la puerta con manos temblorosas y salgo. Miro a ambos lados buscando algo, como si esperara que nuestro enemigo saltara sobre mí para dar el golpe de gracia y, aunque no sucede nada, no me puedo quitar esta sensación extraña del cuerpo.

—Eres un peliculero, Teo —me regaño.

Pero justo cuando voy a dar la vuelta para volver al interior, algo me detiene en seco. Miro hacia el muelle con el corazón latiéndome a mil por hora y no puedo creer lo que ven mis ojos: el *llaüt* no está en su lugar. El espacio donde debería estar amarrado está vacío, igual que si el mar se lo hubiera tragado, y una oleada de pánico me recorre entero.

—Mierda, mierda, mierda.

Salgo corriendo al interior de la casa y voy hacia la habitación de Mel. Abro la puerta desesperado y al encontrar su cama vacía, la sangre se me congela. ¡Joder! ¿Dónde coño está?

Grito su nombre y reviso toda la casa, pero no la encuentro. Vuelvo a salir y recorro la isla, buscando alguna pista sobre su paradero, sin embargo, todo mi esfuerzo es inútil. ¿Se la habrán llevado? Y al pensar en esa pequeña posibilidad, el miedo me deja paralizado. Me siento en el sofá y paso mis dedos por el pelo. Suelto el aire despacio, tratando de calmarme para pensar con claridad y, cuando estoy más tranquilo, vuelvo a su habitación.

Todas sus cosas siguen exactamente en el mismo lugar, y eso me hace pensar en la posibilidad de que se la hayan llevado. ¿Cómo demonios han conseguido llegar hasta aquí? Si alguien hubiera puesto un pie en la isla, la alarma se habría disparado. Os juro que gasté una fortuna en ese sistema de seguridad, y según me explicaron, solo puede desactivarse desde dentro de la casa. ¿Entonces qué ha pasado?

Enciendo mi móvil y marco el número de Mel. Soy consciente de que Álvaro nos advirtió que no usáramos nuestros dispositivos, pero en el teléfono que él nos dio no tengo su contacto. Además, que me localicen es lo que menos me preocupa.

—¡Joder! —grito al ver que da señal y que no contesta a mi llamada.

Insisto un par de veces y al ver que obtengo el mismo resultado, maldigo enfadado. Justo en el instante en el que voy a estrellar mi móvil contra el suelo me doy cuenta de que tengo varias llamadas perdidas de Gael.

—Tío, no es buen momento —digo en cuanto descuelgo.

—Será mejor que me escuches con atención, hermano, porque me estoy jugando las pelotas. Cuando Val se entere de que te he llamado me las cortará y se hará un collar con ellas —resopla.

—¿Qué ocurre? —pregunto angustiado, intuyendo que sus próximas palabras van a destrozarme.

—Melanie llamó a Valeria para pedirle ayuda. Tío, no sé qué has hecho, pero estaba llorando y parecía muy asustada.

—¡Yo no le he hecho nada! Ayer salimos a tomar unas copas con unos amigos y todo estaba bien —le explico mientras paseo por la casa, inquieto.

—¿Estás seguro? Piensa lo que sucedió después —me pide.

—Se fue a dar un baño y al salir me dijo que tenía migraña y…

Me callo de repente al recordar un detalle que hasta ahora había pasado por alto. Cuando Melanie volvió de ese baño estaba muy rara y, aunque insistió en que era por la jaqueca, en el fondo yo sabía que había algo más, pero no quise presionarla. ¡Maldita sea! ¿Qué fue lo que hizo que su humor cambiara? Y, como si de un cubo de agua fría se tratara, la respuesta me llega de sopetón, impactándome.

—No puede ser…

—¿El qué? ¡Tío, no me dejes así!

—Creo que ya sé lo que puede haber ocurrido. Cuando ella entró en el lavabo me di cuenta de que tenía varias llamadas perdidas de Álvaro y lo llamé —le informo escogiendo mis palabras—. Sabes que no te puedo contar nada sobre el caso, pero creo que Melanie me escuchó y malinterpretó la conversación.

—No creo que solo sea eso, Teo. Melanie es una mujer fuerte y te juro que estaba desesperada. Es imposible que haya huido por una simple confusión, ella no es así.

Camino inquieto buscando alguna respuesta y, al entrar en mi despacho, siento que estoy más cerca de descubrir la verdad.

—Tienes razón, hermano. Hay algo más… —murmuro al sentarme en la silla de mi escritorio.

La respiración se me acelera y el corazón bombea tan fuerte que me retumban los oídos y casi no oigo a Gael.

—¿Por qué te has callado?

—Mi ordenador… —balbuceo.

—¿Tu qué…?

La tapa está levantada y la luz que parpadea es un claro indicador de que alguien lo ha encendido.

—Tío, vas a hacer que me dé un infarto. Dime algo…

Ignoro a Gael y muevo el ratón para que la pantalla se ilumine, suplicando que no confirme mis peores sospechas. Pero al encontrar el correo de Álvaro abierto, el pánico se apodera de mí.

—Teo…

—Dame un segundo, por favor —le ruego con voz temblorosa.

Observo con atención las tres carpetas, sin embargo, una de ellas llama mi atención. Abro la carpeta *Hydra* y paso la vista rápidamente por los informes de la farmacéutica de mi padre, los cuales me confirman lo que Álvaro me contó hace unos días: *Arcadia Pharma* está involucrada en el tráfico de medicamentos.

Salgo de la carpeta dejando la revisión de esos archivos para más tarde y clico encima de la que pone *Pacientes*. Dentro hay varias subcarpetas con lo que imagino será el número de cada paciente y, aunque entro en varias de ellas, no consigo entender nada de lo que contienen. Pero cuando abro la ficha del paciente número *0501* y veo su foto, mi mundo se derrumba.

—¡Joder! ¡Hijo de puta! —grito furioso, golpeando la mesa con rabia.

—¡¿Qué ocurre?!

—No te lo puedo decir, pero necesito que confíes en mí. ¿Puedes sacarme un billete en el primer vuelo que salga a Madrid?

—Dalo por hecho, hermano.

Cuelgo la llamada y cierro los ojos con fuerza. Las lágrimas que he estado conteniendo desde el instante en el que he descubierto que Melanie no estaba en la isla, brotan sin control, desbordándose por mis mejillas como un torrente. ¡Maldito destino y su retorcida forma de joderme la vida! ¿Cómo es posible que mi padre consiga herirme incluso sin pretenderlo?

Minutos después, recibo un mensaje de Gael con el pasaje del vuelo. No puedo permitirme flaquear, así que me seco las lágrimas decidido a encontrar una salida a todo este caos.

—Gracias, hermano —murmuro para mí—. Te debo una.

Me cambio de ropa a la velocidad del rayo y, tras meter lo esencial en una mochila, salgo corriendo hacia el embarcadero. Me subo en la vieja barca pesquera de mi abuelo y remo con todas mis fuerzas como si mi vida dependiera de ello. Por suerte, aún se mantiene en buen estado y, aunque tardaré más que con el *llaüt*, al menos lo haré de una sola pieza.

Al llegar a Fornells, corro por la pasarela de madera y veo un taxi esperándome. Me acerco con cautela y, cuando el conductor dice mi nombre, suelto el aire que estaba conteniendo. Subo al vehículo y le pido que me lleve al aeropuerto, agradeciendo en silencio a mi amigo por encargarse de todo.

—Si consigue llegar en un tiempo récord, tendrá una suculenta propina —le explico al conductor.

—Sí, señor.

Gracias a la pericia del taxista, consigo llegar al aeropuerto a las ocho de la mañana. Aunque Gael ya se ha encargado de pagar el servicio, le doy la propina prometida y salgo del vehículo sin perder el tiempo. Una vez que localizo mi puerta de embarque, echo a correr esquivando viajeros y escuchando maldiciones a lo lejos. El vuelo sale en diez minutos y no me puedo permitir el lujo de perderlo, por lo que sus insultos me importan una mierda ahora mismo.

Mientras atravieso un interminable pasillo, mi teléfono empieza a sonar. Me detengo en seco pensando en la posibilidad de que pueda ser Mel y contesto sin mirar.

—¿Diga?

—¿Cómo vas, tío? —me decepciono al escuchar la voz de mi mejor amigo.

—Estoy llegando a la puerta de embarque —le digo recuperando la marcha.

—Perfecto. —El timbre de su voz me pone en alerta.

—¿Qué sucede?

—A lo mejor no es nada importante, pero…

—¡Suéltalo ya! —exclamo de los nervios.

—Envié un chófer al aeropuerto para que recogiera a Melanie y lleva más de media hora esperándola.

—Quizás el vuelo se retrasó —digo rezando porque sea ese el motivo.

—Teo, el vuelo llegó a su hora. Lo he confirmado antes de llamarte —explica con un suspiro derrotado—. Ya tendría que haber llegado.

—¡Joder! Mi vuelo está a punto de salir, llama a Álvaro, por favor —le suplico mientras enseño mi identificación para acceder al embarque—. Cuéntale todo lo que ha pasado y dile… que Mel ha abierto su e-mail.

Cuelgo la llamada conteniendo las ganas de destrozar todo lo que tengo a mi alrededor. La frustración me recorre las venas a fuego lento, quemándome por dentro. «¿Dónde estás, morenita?». La pregunta se repite en mi cabeza como un eco insoportable.

El aviso para apagar los dispositivos suena por los altavoces y siento una punzada de rabia en el estómago. No quiero quedarme incomunicado, no ahora. ¿Y si alguien intenta llamarme? ¿Y si hay noticias? Pero no tengo elección. Con un nudo en el pecho, miro la pantalla del móvil una última vez y apago el teléfono.

Minutos después, el avión comienza a moverse. El rugido de los motores me sobresalta y mientras despegamos, una sensación de vacío se instala en mí. La incertidumbre me recorre el cuerpo al no saber qué me espera al aterrizar.

CAPÍTULO 33

Mel

Estoy agotada. No he dejado de llorar desde que dejé esa isla que tantos buenos recuerdos me ha dado. ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? Para una vez que me enamoro y me rompen el corazón.

No dejo de pensar en el momento exacto en el que vi el contenido de esas carpetas y algo dentro de mí se rompió. Fue como si el mundo, de repente, se viniera abajo de golpe. Ver la fotografía sonriente de mi madre, ajena a todo lo que le tocaría vivir, fue un mazazo. Descubrir que la habían reducido a un simple expediente, a un número más en un registro clínico, me desgarró el alma. Porque ella no solo era la paciente 0501, ¡era mi madre!

Todavía siento el nudo en la garganta al pensar en ella. Por desgracia no tuve tiempo para revisar todos los documentos ni para leerlos con calma, aunque bastó un simple vistazo para confirmar mis sospechas. El tratamiento al que se sometió mi madre fue el causante de su acelerada muerte y ellos son los culpables.

Pensar en *Arcadia Pharma* hace que en mi cabeza ronde la pregunta que lleva atormentándome desde hace tiempo: ¿Teo estaba al tanto de la implicación de su familia? Y lo que es peor, ¿ha tenido algo que ver con ellos? No sé qué pensar. Me gustaría creer que él no ha formado parte de este macabro plan, pero la conversación que escuché, en la que descubrí que me estaba ocultando información, no ayuda a demostrar su inocencia. La duda se ha instalado en mi cabeza como un parásito y, hasta que no descubra la verdad, no conseguiré quitármela de encima.

Por eso salí huyendo. Necesitaba poner distancia para pensar con claridad y encontrar todas las respuestas. Una parte de mí me pedía que despertara a Teo para que me diera una explicación, la otra —la más fuerte— gritaba que corriera y me pusiera a salvo. ¿Y qué decía mi conciencia? NADA. La muy cabrona escogió ese preciso momento

para esconderse en lo más profundo de mi mente y hacerse un ovillo.

Apoyo la cabeza en la ventana del avión y observo las esponjosas nubes flotando a nuestro alrededor. Creí que ya había llorado hasta vaciarme por completo, pero al parecer todavía me quedan reservas. Una lágrima traicionera escapa por mi mejilla al recordar lo diferente que fue mi viaje de ida con Teo. Ha sido todo tan intenso que, aunque solo hace una semana, tengo la sensación de que ha pasado mucho más tiempo.

De pronto, caigo en la cuenta de que esta es la primera vez que viajo sola. En otras circunstancias, probablemente me habría sentido orgullosa de mí misma, pero ahora, con el corazón hecho trizas, esa pequeña victoria no significa nada. Estoy rota y me siento más sola que nunca.

La situación me tiene tan alterada que me sobresalto incluso cuando el capitán anuncia que estamos a punto de aterrizar. ¿Desde cuándo soy tan asustadiza? «Desde que nos han roto el corazón», lloriquea mi conciencia. Ahora si apareces, ¿no? ¡Maldita traidora!

Una vez que las ruedas del avión tocan la pista de aterrizaje y que las luces verdes de los cinturones nos indican que el viaje ha terminado, me levanto del asiento y salgo.

Lo bueno de viajar sin equipaje es que no tienes que esperar para recoger tu maleta, por lo que, al atravesar la puerta de llegadas, busco al conductor que Valeria insistió en enviarme. Me emociono al pensar en mi mejor amiga. Solo pude contarle que necesitaba volver a Madrid y, aun así, me vio tan destrozada que me ayudó sin hacer preguntas. Creo que imaginó que Teo y yo habíamos discutido, porque no paraba de decirme que todo se solucionaría y que seguro que se trataba de un malentendido. ¡Pobrecita! Si supiera el verdadero motivo por el que me marché… Necesito que todo termine para poder sincerarme con ella y compensarla por haberme echado una mano cuando más lo necesitaba.

Me limpio las lágrimas con furia y busco entre la multitud. A lo lejos veo a un hombre corpulento con un traje negro haciéndome aspavientos con las manos. Me acerco a él arrastrando los pies y lo saludo.

—Hola, supongo que te envía Valeria.

Él asiente con la cabeza y me hace un gesto para que lo acompañe. Sigo sus pasos hasta un coche con los cristales tintados y, al tomar asiento en la parte trasera, me doy cuenta de que no estoy sola.

—Hola, Melanie —me saluda el desconocido.

Su cara me resulta tan familiar que me inquieta. Hay algo en sus facciones, en su forma de mirar, que activa una alarma en mi memoria y al cabo de unos segundos lo reconozco: es el tipo que salía en las fotografías del pendrive. El mismo que se mostraba tan cariñoso besando a esa mujer. ¿Por qué está aquí? No entiendo nada, pero su cercanía me pone tan nerviosa que mis manos empiezan a temblar.

El desconocido hace un movimiento con los pies, un gesto impaciente, que me obliga a apartar la vista de su cara por unos segundos. Es entonces cuando mis ojos se detienen en sus zapatos. Al principio no reacciono, sin embargo, en cuanto mi cerebro procesa lo que está viendo, un escalofrío me recorre la espalda y me deja helada. Son esos horribles zapatos de piel de cocodrilo blanco, idénticos a los de aquella fotografía.

El corazón me da un vuelco y mi respiración se entrecorta. No es posible, pienso, convenciéndome de que puede ser una coincidencia. Pero al instante recuerdo que esos zapatos no eran comunes por ser extremadamente caros. De pronto todo mi cuerpo se tensa, como si me preparara para huir o defenderme. Mi mente se llena de preguntas sin respuestas mientras intento mantener la calma, aunque por dentro estoy muerta de miedo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto con la voz temblorosa.

—Lo sabrás muy pronto.

Y antes de que pueda reaccionar o apartarme, el desconocido se abalanza sobre mí con un movimiento rápido. Me agarra con fuerza por el brazo, inmovilizándome en el asiento, sin dejarme espacio para defenderme. Mis ojos se abren de par en par cuando veo horrorizada que me clava una jeringuilla en el brazo.

Un dolor punzante me atraviesa la piel mientras el líquido entra en mi cuerpo, frío y abrasador al mismo tiempo. Intento forcejear, pero

mis músculos parecen volverse de plomo, pesados y torpes, como si lo que sea que me haya inyectado ya me estuviera haciendo efecto. El pánico se apodera de mí. Abro la boca para gritar, pero apenas sale un hilo de voz. Siento que el pulso me retumba en los oídos, que el suelo se inclina bajo mis pies. Miro al desconocido aterrada, buscando alguna respuesta en su expresión burlona.

Mi visión se vuelve borrosa. Mi cabeza empieza a dar vueltas, arrastrándome poco a poco hacia la inconsciencia. Antes de caer en un pozo oscuro del que tal vez nunca consiga salir, pienso en mi familia y en Valeria. Y, aunque me duela, también lo hago en Teo.

★☆★

Me duele mucho la cabeza. Siento un dolor punzante, agudo, que parece latir con cada uno de mis pensamientos. Al principio, trato de buscar una explicación lógica a mi estado, algo como haberme pasado con las copas la noche anterior, pero esa idea se desvanece en cuanto abro los ojos al recordar lo que pasó en realidad. Parpadeo varias veces para enfocar mi visión, y al conseguirlo, el miedo me recorre el cuerpo. Intento llevarme la mano a la sien para calmar el latido doloroso y me doy cuenta de que me han atado de pies y manos. Mierda.

Observo con atención mi alrededor. Estoy sentada en un suelo de cemento frío y sucio, tan áspero que me raspa las manos cuando trato de incorporarme. El lugar donde me encuentro parece la oficina destartalada de algún viejo almacén, pero es muy grande. El suelo está lleno de polvo y de manchas oscuras que en realidad prefiero no saber de qué son. Hay varias estanterías oxidadas llenas de cajas rotas y latas abolladas. Un olor rancio, mezcla de humedad y algo difícil de identificar, se me cuela por la nariz y me revuelve el estómago. Todo está en silencio. Por más que me esfuerzo, lo único que escucho es el sonido lejano del agua goteando en algún rincón. No hay ventanas, tan solo puedo ver una puerta metálica algo destartalada al fondo.

El lugar parece haber sido abandonado desde hace décadas, como si nadie hubiera puesto un pie allí en mucho tiempo. Este

descubrimiento hace que mis esperanzas de que alguien me encuentre a tiempo se esfumen.

No recuerdo cómo llegué aquí, solo quien me trajo. Desde que el tipo de los zapatos de cocodrilo me inyectó algo en el brazo, todo está borroso. ¡Joder! ¡Empiezo a estar hasta las narices de perder la memoria!

Escucho el sonido inconfundible de una puerta. Entrecierro los ojos para ver de quien se trata, pero la claridad del día hace que solo pueda distinguir dos figuras. A pesar de que el miedo se apodera de mí haciéndome temblar como una hoja, me obligo a pensar en cómo voy a salir de esta situación con vida.

—Buenos días, bella durmiente —dice una voz femenina—. Menos mal que has despertado, estábamos un poco preocupados. Por un momento pensamos que quizá nos habíamos excedido con la dosis.

Su falsa preocupación me irrita. ¿De verdad cree que con esas palabras almibaradas conseguirá engañarme? Resulta casi insultante que lo intente, sobre todo después de haberme secuestrado y atado. Está claro que su ternura es forzada, por lo que, por más que trate de ocultarlo con esa fingida compasión, algo en su forma de hablar y actuar, me dice que no debo confiar en ella.

A medida que mis secuestradores se acercan, puedo verlos con más claridad. La mujer que acaba de hablar es preciosa y tiene un porte elegante. Junto a ella está el hombre de los zapatos de cocodrilo, siguiéndola como si fuera su perrito faldero. Al verlos juntos caigo en la cuenta de que es la misma mujer que lo besaba en las fotografías del pendrive.

—Si se hubiera muerto tampoco habría pasado nada. Tendríamos un problema menos —suelta el desgraciado.

—¡Calla, idiota! —escupe la mujer, enfadada—. ¿Sabes por qué estás aquí?

—Por bocazas y por no mantenerte alejada a pesar de nuestras advertencias —vuelve a interrumpirla su acompañante.

—¡Lárgate, Alberto! —le ordena, poniendo los ojos en blanco, regañándolo como a un niño pequeño—. Disculpa a mi amorcito, es un poco impulsivo y a veces tengo que darle un toque de atención.

Mientras el indeseable de Alberto desaparece por la puerta con el rabo entre las piernas, la mujer camina hacia mí con una sonrisa. El sonido de sus tacones al acercarse retumba en las paredes, llenando el silencio con un repiqueteo amenazante. Con cada paso que da, siento que la opción de salir con vida de aquí está más lejos.

—¿Quién eres?

—Eso ya no importa.

—Vais a matarme, ¿verdad? —pregunto asustada.

La elegante mujer no contesta. En su lugar, sonríe de medio lado, cínica, como si supiera algo que yo no sé y me mira de tal forma que consigue que un escalofrío recorra mi espalda.

—Sabes demasiado, querida. No puedo permitir que mi secreto salga a la luz y perder todo lo que he conseguido hasta ahora.

—La poli sigue investigando la muerte de Mendoza. Lo único que conseguiréis matándome es que pongan más empeño en encontrar al culpable. Hay demasiados cadáveres en el camino —expongo tratando de salvarme.

—Nunca darán con nosotros —dice orgullosa.

—¿Estás segura? Van tras la pista de los zapatos horteras de tu novio.

—¡Joder! —blasfema.

Si estuviera en otra situación, me habría hecho gracia escuchar una palabrota de la boca de esa mujer tan elegante y refinada, pero ahora hace que me pregunte si mi comentario no habrá empeorado aún más las cosas.

—Eso es imposible —dice más para ella que para mí.

—La policía tiene pruebas que lo señalan como sospechoso. Además, el dueño del *Lounge*, lo situó cerca del lugar del crimen esa noche.

—No tenéis nada —escupe—. Ese hombre ya está muerto.

—Lo está, pero antes de morir hizo una declaración.

Sé que estoy perdida y que mis palabras solo alimentan su ira, aunque tengo que reconocer que ver cómo su cara se vuelve roja de la rabia, me consuela. ¡Que te den, zorra!

—No puede ser… —murmura retrocediendo unos pasos.

—Cielito, tenemos un problema —la interrumpe su amante, el cual ha vuelto a entrar en la nave.

—¡¿No sabes hacer nada solo, Alberto?! —explota la mujer.

—Si quieres me encargo de este obstáculo, pero dudo que te gusten mis métodos. Es posible que prefieras que lo mantenga con vida —masculla enfadado.

¿Quién será la persona que acaba de llegar? Y, lo más importante, ¿es amigo o enemigo? Pensar en la pequeña posibilidad de mantenerme con vida, me llena de esperanza.

CAPÍTULO 34

Teo

Lo primero que hago cuando el avión aterriza en el aeropuerto, es llamar a Álvaro. Necesito saber si ya han localizado a Melanie.

—¿Dónde estás, Teo? —pregunta nada más descolgar.

—Acabo de aterrizar. ¿Sabes algo de Mel?

—La tenemos.

—¿La habéis encontrado? ¿Está contigo? —me intereso, esperanzado.

—No —contesta soltando un resoplido—. Hemos rastreado su móvil y, no sé qué coño está pasando, pero la señal se pierde en un viejo almacén.

—¿Qué coño hace allí?

—No lo sé, tío. Esto me huele muy mal —confiesa.

—Pásame la ubicación —le pido.

—Y una mierda, eres un civil. No pienso ponerte en peligro. Estoy reuniendo un equipo para entrar allí.

—¡Dame la puta ubicación! —exploto enfadado, haciendo que varias personas me miren asustados y se alejen de mí.

—Teo…

—Contéstame a una cosa, Álvaro. Si alguien al que quieres estuviera en peligro, ¿querrías estar ahí?

—Por supuesto, sin embargo, no puedo permitir que vayas, es peligroso. Nunca me perdonaría si llegase a pasarte algo. Además, si mi jefe se entera, mi carrera habrá terminado.

—Por favor… Tengo que ir —suplico entre lágrimas—. Desde que desapareció, no puedo respirar. Te juro que no diré nada a nadie. Lo que me ocurra será solo mi responsabilidad.

La línea se queda en silencio durante unos segundos y, cuando ya creo que Álvaro me ha colgado, escucho su voz.

—Está bien, pero júrame que no te pondrás en peligro.

—Gracias, tío. Te debo una —le digo sin contestar a su juramento.

—¿Pudiste ver los archivos que te envié? —pregunta antes de colgar.

—Sí, y ella también lo hizo —le explico—. Por eso salió huyendo. ¡Mierda! ¡Todo esto es por mi culpa!

—Tú no has hecho nada malo y cuando la encontremos podrás explicárselo todo.

—Tal vez sea demasiado tarde y no me perdone jamás. Gracias por todo, Álvaro.

Cuelgo la llamada y al momento recibo un mensaje con la ubicación. No soy idiota, sé que es peligroso, pero no me pienso quedar de brazos cruzados esperando a que lleguen los refuerzos.

Me subo a un taxi y le doy la dirección al conductor. Estoy muerto de miedo. No solo por no saber a lo que me enfrento, sino también por comprobar que mi morenita está bien. Siento la bilis subir por mi garganta al pensar en la posibilidad de que pueda estar herida. Sé que debo ser positivo, pero el miedo me paraliza. Pensar en lo que estará sufriendo después de ver el contenido de esas carpetas tampoco ayuda a que me tranquilice. Me parte el corazón saber que, por no haberle contado la verdad a tiempo, he perdido totalmente su confianza.

Si le hubiera contado que Álvaro encontró un pendrive encriptado, todo habría sido diferente. Fui un idiota. Estos últimos días vi un cambio en ella: estaba tan tranquila y relajada que no quise preocuparla, al menos hasta tener más información. Y la cagué. Escuchó mi conversación con Álvaro y seguro que la malinterpretó. No puedo ni imaginar el dolor que le causaron las fotografías de su madre, ni lo traicionada que debió sentirse por mi culpa.

—Señor, ¿está seguro de que este es el lugar? —pregunta el conductor deteniendo el taxi.

Miro por la ventana y, al ver una nave que parece abandonada, comprendo por qué escogieron el lugar. Está apartada de la civilización y, aunque es de día, parece espeluznante.

—Sí, estoy seguro. Muchas gracias —me despido pagándole la carrera.

Me bajo del vehículo y rodeo el lugar, buscando una entrada. Después de unos minutos, me acerco a una puerta de hierro

entreabierta, la cual ha visto épocas mejores, y accedo al interior de la nave. Camino despacio, tratando de no hacer ruido, mientras busco a mi alrededor alguna pista. Las cajas apiladas me impiden ver la nave al completo, pero me sirven como escondite para que no descubran mi posición.

—Hola, Teodoro. ¿Cómo estás? —Una voz a mi espalda me sobresalta.

—¿Alberto? ¿Qué haces aquí? —pregunto confundido en cuanto me doy la vuelta.

¿Qué coño hace el socio de mi padre aquí?

—Camina —me ordena apuntándome con un arma—. Hay alguien que se muere por verte.

Me dirijo hacia donde me indica, con el corazón golpeándome con fuerza en el pecho, deseando encontrarme con Mel. A cada paso, mis ojos recorren el lugar con atención, buscando cualquier señal de ella, cualquier indicio que confirme que está a salvo. Al fondo, apenas iluminada, veo una pequeña puerta de hierro que lleva a una especie de almacén u oficina. Una vez en el interior, veo un par de siluetas, las cuales no distingo debido a la escasa luz. Me esfuerzo por enfocarlas, pero desde esta distancia todavía no puedo ver quiénes son. A medida que me acerco, empiezo a ver con más claridad las figuras y, cuando me doy cuenta de que una de ellas es Mel, respiro aliviado al ver que no parece herida.

Sin embargo, una vez que reconozco a la otra persona, me quedo helado. Estoy confundido, no entiendo qué hace ella aquí. El miedo y la rabia se mezclan en mi pecho, haciéndome temblar y por más que trato de entender qué es lo que está ocurriendo, no lo consigo.

Doy un paso con la intención de acercarme a Mel, pero Alberto me amenaza con su pistola en la espalda, frenando mis intenciones.

—Ni se te ocurra. Quédate aquí —me susurra muy cerca.

—¿Qué está ocurriendo, mamá? ¿Qué haces aquí? —pregunto desconcertado.

—Proteger nuestro patrimonio, mi cielo —dice mi madre con voz dulce.

Sus movimientos son tan delicados y débiles como siempre, pero hay algo diferente en ella. Ya no veo esa actitud sumisa que suele

tener cuando está cerca de mi padre. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—¡¿Es tu madre?! —exclama Melanie, boqueando—. ¡Joder!

Mi madre la fulmina con la mirada en cuanto escucha las maldiciones que salen por su boca y yo, a pesar de encontrarnos en una situación tan delicada, no puedo evitar sonreír.

—Aunque no esperaba tu visita, me alegro de verte, cariño —dice mi madre, con voz zalamera.

La miro aturdido mientras se acerca a mí y me tenso al sentir que me abraza. No estoy acostumbrado a estas demostraciones de afecto, no en ella. Es cierto que, cuando mi padre no está delante, se muestra más cariñosa, pero no recuerdo que nunca me haya abrazado así.

—¿Es necesario que me amenace? —pregunto señalando al socio de mi padre.

—Alberto, baja el arma —le pide mi madre al darse cuenta de que me está apuntando con ella.

—Pero…

—¡Silencio! —Su voz autoritaria me deja desconcertado—. Es mi hijo.

—¿Qué está sucediendo, mamá? —insisto. Necesito saber qué hace en esta nave y, sobre todo, por qué han secuestrado a Melanie.

—Ellos mataron a Mendoza —escupe Mel.

—¿Es eso cierto? —pregunto sorprendido, mirando a mi madre a los ojos.

—Mendoza descubrió algo y empezó a chantajearme —me explica con la voz entrecortada—. El muy cretino me amenazaba con sacarlo a la luz.

—¿Qué fue eso tan grave que descubrió para terminar con su vida?

—Que tu madre se estaba follando al de los zapatos de piel de cocodrilo —suelta Mel, sin despeinarse.

Al escuchar sus palabras me giro y observo los pies de Alberto. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Él es quien nos drogó e intentó matarnos. De repente, un destello cruza mi mente y el recuerdo de Alberto entrando al despacho de mi padre con esos mismos zapatos, me golpea como un rayo. En un segundo, la rabia estalla dentro de

mí y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no partirle la cara. No soy idiota, sé que va armado y que no tendría ninguna oportunidad contra él.

—Eres una ordinaria —escupe mi madre mirando a Mel con odio —. Cariño, ya sabes cómo es tu padre. Alberto y yo… nos enamoramos y…

—¿Y no pudiste divorciarte?

—¡Claro! ¿Y perder a la gallina de los huevos de oro? —masculla Melanie, ganándose otra mirada reprobatoria de mi madre.

Me doy cuenta de que se está conteniendo, aunque todavía no sé porqué.

—Estaba desesperada —dice mi madre llorando—. Si tu padre se llega a enterar me hubiera matado.

—¿Y para evitarlo tuviste que matar a Mendoza? No te reconozco.

—¡Tenía que hacerlo! —exclama entre lágrimas—. No podía permitir que ese estúpido se fuera de la lengua y se lo contase a tu padre. Lo habríamos perdido todo.

—La madre del año, sí señor —murmura Melanie, sarcástica, ganándose su odio.

No la reconozco. Siempre creí que era una persona que se dejaba llevar por la corriente, sin luchar por nada, sin embargo, ha demostrado ser una actriz digna de un Oscar. Ha sabido engañarnos a todos.

—No sé si te has dado cuenta, pero hace tiempo que soy capaz de mantenerme por mí mismo. Me importa una mierda vuestro sucio dinero.

—¡No te permito que…!

—Nunca os he pedido nada y vosotros tampoco me lo habéis dado. Solo os acordabais de que teníais un hijo en vuestras estúpidas fiestas. Así que no me interesa esa herencia de la que me hablas.

—Cariño, si esas fotos hubieran salido a la luz, el escándalo también te habría salpicado a ti. Hijo, traté de advertirte con esos mensajes, pero cuanto más trataba de ponerte a salvo, más intentabas descubrir la verdad.

—¿¡Qué querías que hiciera, madre!? La policía tenía unas grabaciones nuestras en ese maldito callejón.

—¡Tendrías que habérmelo dejado a mí! Iba a cargarle toda la culpa a esta idiota —dice señalando a Mel—. ¡Lo tenía todo planeado!

—¿Por qué? ¡Ella también es inocente!

—No sé por qué te empeñas en ayudarla. —De repente me mira conocedora de algo que no sé y me sonríe burlona—. Espera, no lo sabes, ¿verdad?

Observo a Mel, buscando en su mirada alguna señal que me diga lo que está ocurriendo, algo que me permita entender lo que pasa por su cabeza. Sin embargo, no encuentro nada: ni una chispa, ni una emoción. Es como si hubiese vuelto a levantar ese muro invisible que durante días me empeñé en derribar con paciencia, con palabras, con gestos sinceros. Y darme cuenta de que esa barrera infranqueable vuelve a interponerse entre nosotros, me duele. Pensé que lo había eliminado por completo, que ya no necesitaba protegerse de mí. Pero al ver su indiferencia, tan fría y distante, no puedo evitar sentir que todo ha vuelto al punto de partida. Como si nada de lo que compartimos estos días hubiera significado algo para ella.

Y entonces, sin quererlo, la frase envenenada de mi madre vuelve a resonar en mi mente: «*Espera, no lo sabes, ¿verdad?*». ¿Qué es lo que no sé?

—¿De qué estás hablando? —pregunto sin dejar de mirar a Mel.

Por un instante creo que mi madre está tratando de engañarme, pero al ver la mirada culpable de mi morenita, siento una punzada en el estómago. ¿Qué demonios es eso que me ha estado ocultando?

—Esto va a ser divertido —dice mi madre con inquina, sin dejar de mirar a Mel—. Aquí, la mosquita muerta, ha estado husmeando demasiado.

—¿Qué dices, mamá? —No entiendo nada.

—Su madre murió después de consumir la medicación de la farmacéutica de tu padre y la muy idiota se empeña en culparnos por ello.

—¡Esos fármacos estaban adulterados! —exclama moviéndose con violencia—. Son medicamentos altamente sensibles que necesitan refrigeración constante y, si se rompe la cadena de frío, pierden eficacia. ¡Ellos sabían que estaban dañados y aun así se lo daban a los pacientes!

Me congelo al escucharla. Sospechaba que la empresa de mi padre no era trigo limpio, pero saber qué era lo que hacían con exactitud me produce arcadas.

—Tonterías —suelta mi madre, toda digna.

—Tengo pruebas —masculla entre dientes—. Diluían la medicación con solución salina para sacar más dosis falsas.

Está llorando. Ver su dolor al reconocer que su madre fue asesinada me rompe el corazón, pero no puedo evitar preguntar en voz alta algo que no deja de taladrarme la cabeza.

—¿Te acercaste a mí para investigar a mi padre? ¿Todo ha sido fingido?

Su silencio me destroza. Pensar en la posibilidad de que lo nuestro haya sido una farsa, una mentira construida desde el principio para un objetivo en concreto, me oprime el pecho y no me permite respirar con normalidad. Es como si, de repente, todo lo que creía real se rompiera en mil pedazos, dejándome sin aire.

No puede ser, Melanie no es así. La he visto reír, enfadarse, preocuparse por mí y en cada uno de esos momentos, parecía sincera. Hemos compartido días reales, conversaciones íntimas en las que ambos nos quitamos las máscaras y si algo tengo claro después de todo este tiempo, es que no se parece en nada a mi madre. Ella nunca estaría con alguien por conveniencia. ¿Verdad?

CAPÍTULO 35

Mel

El día que supe que los dueños de *Arcadia Pharma* podían ser los responsables de la muerte de mi madre, me juré llegar hasta el final y, si era cierto, destruirlos.

Me enteré hace años, cuando todavía era una niña, al escuchar, por casualidad, una conversación. Ese día, mi padre gritaba furioso, y me escondí para saber el motivo. En cuanto se calmó, descubrí que había recibido una carta anónima en la que le aseguraban que la farmacéutica estaba implicada en la muerte de mi madre y mi padre, destrozado, se sentía impotente por no poder hacer nada. Mi abuela lo animó a ir un abogado para denunciarlos, sin embargo, él no quiso. En ese momento no entendí por qué lo hacía, pero con el paso de los años comprendí sus razones. Un juicio no le devolvería al amor de su vida y lo único que conseguiría es endeudarse más y gastar los pocos ahorros que le quedaban después de haberse arruinado con el tratamiento. Saber que mi padre se sacrificó por mí, me llevó a querer saber la verdad.

Durante años mi odio hacia la familia Hidalgo se fue macerando y con cada nuevo descubrimiento les deseaba el peor de los sufrimientos. Conocer a Teo fue pura coincidencia y, aunque traté de mantenerme alejada de él, me fue imposible. La atracción que sentía era más fuerte que el odio hacia su familia. A pesar de que en más de una ocasión me planteé su implicación, en el fondo me negaba a pensar que era como su padre.

—¿Es eso cierto? —pregunta algo decepcionado—. ¿Te acercaste a mí por interés?

—¡Por supuesto que sí! ¿No te das cuenta, cariño? Esta muerta de hambre quiere destruirnos y quedarse con nuestro dinero.

—¡Me importa una mierda vuestro dinero! —exclamo, furiosa—. Aunque seas tan fría y nunca lo llegues a comprender, yo sí me preocupo por los míos.

—¿Qué insinúas? —pregunta, acercándose a mí, amenazadora.

—Que, en el fondo, tu hijo te importa una mierda y que todo lo has hecho únicamente para salvarte el culo y mantener tu estatus económico.

La mujer levanta la mano y me suelta una bofetada. ¡Joder con la pija! Tiene más fuerza de lo que hubiera imaginado. ¿Tomará clases de tenis o de pádel? ¡Concéntrate, Mel!

—No te permito que me hables así —escupe.

—Las verdades ofenden.

Doña perfecta vuelve a levantar la mano, pero antes de que impacte contra mi cara, algo la detiene.

—Hay algo que no comprendo —le dice Teo, sujetándola por la muñeca—. Si lo único que querías era protegerme, ¿de verdad era necesario provocar ese accidente? ¡Estuvimos a punto de morir por vuestra culpa!

Su madre, que hasta ahora parecía tranquila, fulmina a su amante con la mirada pidiéndole una explicación sin palabras. Bien, ha conseguido dividirlos.

—Me dijiste que me encargara —se defiende el tal Alberto.

—¡Pero no matando a mi hijo, idiota!

Él la mira con rabia y en ese instante comprendo que nos ha estado engañando a todos haciéndose pasar por alguien tonto y manipulable. En realidad, tiene intenciones más oscuras y, desde el principio, quería deshacerse de los dos. Somos un obstáculo para su libertad y no está dispuesto a arriesgarse a que lo detengan por nuestra culpa.

—Cielo, lo siento mucho. A veces Alberto puede ser un poco… bruto —le explica su madre, zalamera—. Te prometo que nuestra intención no era acabar contigo, solo queríamos que ella se asustara.

Sus palabras hacen que me sienta mal. Por mi culpa, Teo estuvo a punto de morir en ese accidente, chafado como si fuera un maldito sándwich.

—Todo eso es parte del pasado y ahora tenemos que mirar hacia adelante —dice su madre acercándose a él.

—¿Y qué se supone que pasará ahora? —pregunta Teo.

—No tienes que preocuparte por nada, cariño. Cuando den con ella, encontrarán pruebas que la incriminarán y tú saldrás limpio de todo esto.

—Olvídate de la chica. Dudo que quiera tener una relación con el hijo del asesino de su madre —aporta Alberto, dando el toque de gracia.

Teo me mira y, en cuanto nuestros ojos se cruzan, lo veo claro. Algo se ha roto entre nosotros y quizá nunca se pueda reparar. Estamos rodeados de tantos secretos y traiciones que no podemos permitirnos soñar con un futuro juntos. Aunque me cueste aceptarlo, tengo que reconocer que ese desgraciado de Alberto tiene algo de razón. ¿Seré capaz de olvidar que su apellido está manchado de sangre? ¿Cómo voy a confiar en alguien que forma parte de la misma familia que me lo arrebató todo? No importa cuánto lo intentemos, hay heridas que pesan más que el amor.

—Cariño, Alberto tiene razón. Además, ¿crees que ella estaría a tu lado si la verdad saliera a la luz? Lo perderías todo y ella te abandonaría. ¿Es que acaso no lo ves?

—Déjala ir, mamá —le suplica Teo—. Deja que se marche y no cargues sobre tus hombros más muertes.

—Me sabe mal, pero no puedo dejar a tu juguetito con vida. Sabe demasiado.

—Ahora que sé que la policía tiene pruebas contra vosotros, no pienso quedarme callada. Tendréis que matarme si no queréis que hable —mascullo.

Sí, sé que no ha sido nada inteligente por mi parte pedirles que me maten, pero la adrenalina del momento ha hablado por mí.

—¡Estoy hasta los cojones de ti! —exclama Alberto—. Será un placer cerrarte la puta boca para siempre.

De repente, el socio levanta la pistola, tomándonos por sorpresa, y con los ojos encendidos de furia contenida me apunta con pulso firme. Los segundos se hacen eternos, como si el tiempo se hubiera ralentizado y, justo cuando aprieta el gatillo, el mundo parece girar más rápido a nuestro alrededor. Teo se lanza hacia delante sin dudarlo y la bala impacta contra él.

—¡¿Qué has hecho, idiota?! —Escucho a su madre a lo lejos.

—¡Teo! —grito desesperada.

La rabia me consume por dentro, me quema el pecho y siento que va a estallar en cualquier momento. Teo me mira y se lleva una mano a su costado. Sus ojos se llenan de lágrimas y se desploma contra el suelo con una mueca de dolor, sin que pueda hacer nada por él. Mis muñecas siguen atadas, inútiles, y por más que intento soltarme, solo consigo hacerme daño. Vuelvo a gritar su nombre una y otra vez, pero mi voz no cambia nada. Él está ahí, herido, desangrándose, y yo estoy atrapada, mirando como se me escapa la oportunidad de ser feliz. La frustración me ahoga. Quiero correr hacia él, abrazarlo, pero no puedo.

—¡Maldito estúpido! —grita la madre de Teo, golpeando a Alberto —. ¡Lo has jodido todo!

Justo cuando creo que todo está perdido, una voz potente y decidida irrumpe en medio del caos. —¡Alto! ¡Manos arriba! —grita Álvaro con autoridad. Miro hacia la entrada y lo veo parado, apuntándolos sin titubeos. Detrás de él, un grupo de agentes entra en formación, con sus armas desenfundadas y preparados para actuar si es necesario.

La escena se congela por un instante; nadie se atreve a moverse, como si el aire se hubiera vuelto denso de repente. Pero entonces, el cobarde de Alberto, al verse acorralado, saca su arma y abre fuego mientras intenta escapar. Álvaro se esconde detrás de unas cajas y, con una precisión asombrosa, le dispara en una pierna. El impacto hace que Alberto caiga al suelo con un grito, retorciéndose de dolor. En cuestión de segundos, los agentes se abalanzan sobre él, lo desarman y lo inmovilizan sin esfuerzo.

—No se mueva —le ordena a la madre de Teo, la cual levanta las manos, obediente.

Álvaro se acerca despacio, sin apartar la mirada de ella ni bajar el arma ni un instante. Aunque mantiene su instinto de policía, atento a cada movimiento de la detenida, también me vigila para asegurarse de que estoy bien. Cuando llega a mi lado, se agacha y corta con cuidado las bridas que me mantenían inmovilizada.

En ese pequeño momento de distracción, la madre de Teo echa a correr hacia la salida con una agilidad inesperada para llevar

tacones. Miro a mi alrededor y, al ver una vieja tubería de hierro a mis pies, no me lo pienso.

—¡Y una mierda te vas a escapar! —grito enfadada.

Ella ignora mis gritos y sigue corriendo hacia la salida. Agarro la tubería con decisión y levanto mi brazo, enfocando mi objetivo. Lanzo el proyectil con fuerza y me quedo inmóvil, viéndolo girar como si fuera a cámara lenta, hasta que choca contra la parte trasera de su cabeza. El golpe es seco, preciso, y consigue que la madre de Teo tropiece y caiga hacia delante, quedando inerte sobre el suelo polvoriento.

No tengo ni idea de si está inconsciente o fingiendo, pero eso es lo que menos me importa. Dejando de prestar atención a mi queridísima suegra, echo a correr hacia donde se encuentra Teo y me coloco a su lado de rodillas.

—¡Teo! —lo llamo.

Él abre los ojos despacio y tengo la impresión de que, con cada parpadeo, tiene que hacer un esfuerzo titánico. Levanta su mano para acariciarme la cara, sin embargo, por más que lo intenta, no lo consigue. Respira con dificultad y está tan débil que me rompe el alma.

Se esfuerza por hablar, pero un ataque de tos lo sacude, haciendo que se retuerza de dolor. La sangre brota de sus labios, formando un pequeño hilo que me hace temblar de miedo. La visión de esa sangre me paraliza. ¿Está muy grave? ¿Sobrevivirá? El pánico se aloja en mi pecho mientras él lucha por mantenerse consciente.

—Lo siento tanto… —balbucea con voz apenas audible, como si cada palabra le doliera.

—Yo también lo siento.

—Perdóname…

Y entonces sus ojos se cierran y su cuerpo queda inerte entre mis brazos, haciendo que una parte de mí se rompa en mil pedazos.

—¡Álvaro, llama a una ambulancia! —exclamo desesperada.

—Viene de camino —dice colocando su mano en mi hombro—. Se pondrá bien.

Asiento con la cabeza, aferrándome a la esperanza de que sus palabras sean ciertas. No sé si tendremos un futuro juntos, si habrá

un mañana para nosotros, pero lo único que quiero es que se recupere y que pueda salir de esto, aunque nuestros caminos se separen.

Los minutos se hacen interminables, como si el tiempo hubiera decidido que era buena idea torturarme. Cada segundo parece una eternidad, hasta que, por fin, el sonido lejano de la ambulancia irrumpe en el silencio, llenando el lugar con su inconfundible sirena. Segundos después, varias personas entran apresuradas, moviéndose con una mezcla de urgencia y delicadeza.

—Por favor, déjennos a nosotros —demanda uno de los sanitarios pidiendo que nos retiremos a un lado.

—Entrada en hemitórax derecho, sin salida… Saturación bajando rápido. No ventila —informa uno de los enfermeros al revisar la herida.

—¡Tórax distendido, sin murmullo vesicular en el lado derecho! Tiene un hemotórax a tensión. Se está colapsando —añade otro, palpándole el pecho con rapidez.

—¡Prepárame un tubo torácico y el sistema de drenaje! Así no llega al hospital.

—¡Listo! —responde el otro, abriendo un maletín metálico con las manos enguantadas—. ¿Punto de inserción?

—Línea axilar media, quinto espacio intercostal —dice con firmeza, sin dejar de monitorear los signos.

Mis manos tiemblan, pero no puedo apartar la vista mientras ellos se mueven con precisión, casi como si todo estuviera coreografiado.

—¡Está entrando sangre en el pulmón! —grita uno al ver cómo la saturación se desploma.

—Tiene un hemotórax. Si no drenamos ya, va a colapsar —responde el otro sin levantar la voz, concentrado.

El primero agarra una gasa empapada en antiséptico y limpia la piel con movimientos circulares. Con el bisturí, hace una pequeña incisión entre las costillas e inserta el tubo. De repente suena un silbido agudo, similar al de un neumático desinflándose, y de inmediato un burbujeo espeso hace que la bolsa se llene de sangre.

—Pulmón expandiéndose. Saturación subiendo. Sigue ventilando asistido —confirma revisando el monitor.

—Hay que fijarlo.

Con manos rápidas, toman una aguja curva y suturan el tubo a la piel con unos puntos.

—Va a necesitar cirugía, pero al menos ahora respira. Será mejor que avisemos al hospital para que preparen un quirófano.

Ya no escucho nada más. Solo puedo mirar su rostro. Demasiado pálido. Demasiado inmóvil.

CAPÍTULO 36

Mel

Colocan a Teo sobre una camilla con mucho cuidado, procurando no causarle más dolor del necesario y lo levantan, sacándolo a toda prisa.

Los sigo hasta la ambulancia, pero, al intentar subir, me detienen diciéndome que no puedo acompañarlos. Busco a Álvaro con la mirada implorando su ayuda y, cuando ve la angustia en mis ojos, se da cuenta de lo desesperada que estoy. Por suerte, en el instante en el que el comandante les pide que me dejen subir, ellos acceden y me permiten el paso.

Al verlo tumbado en la camilla, completamente inerte, con la camiseta empapada en sangre, un zumbido me taladra en los oídos. Me acerco a él y al tomar su mano entre las mías me doy cuenta de que está helada, como si ya no quedara calor en su cuerpo.

—Aguanta, por favor —suplico con lágrimas en los ojos—. No puedes dejarme.

—Señorita, ¿está bien? —me pregunta uno de los enfermeros.

Intento mantener la calma, agarrándome fuerte de la barra lateral de la ambulancia mientras arranca a toda velocidad.

—Solo estoy un poco mareada, se me pasará —indico haciendo un esfuerzo por relajarme.

¡Mierda, Mel! ¡Tranquilízate! Lo último que necesita Teo es que dejen de atenderlo a él por tener que ocuparse de mí. Me siento en una especie de butaca y no aparto la vista de él ni un segundo. Observar la forma en la que su pecho sube y baja con cada respiración, me ayuda a ser optimista. Teo es fuerte y saldrá de esta, ¿verdad? «¡Pues claro que sí! Y cuando eso ocurra, le dirás que te has enamorado de él». Trato hecho, le prometo a mi conciencia.

Una vez que llegamos al hospital, todo se acelera. Bajan a Teo de la ambulancia y se lo llevan a quirófano sin perder tiempo.

—Señorita, acompáñeme —me pide una enfermera, agarrándome por el codo.

Al escuchar su voz me doy cuenta de que me he quedado congelada delante de la puerta, mirando el lugar por donde ha desaparecido Teo.

—Puede esperar aquí. En cuanto sepamos cómo ha ido la operación, se lo diremos.

Asiento con la cabeza y me dejo caer en la fría butaca. Esto es una pesadilla. Hace tan solo unas horas estaba en una isla paradisíaca pasando una noche maravillosa junto a él, y ahora está en quirófano luchando por su vida.

—Cari. —Escucho una voz lastimera que conozco muy bien.

—Val —sollozo.

Mi mejor amiga no es de abrazos. No le gusta el contacto físico y nunca ha sido de demostrar cariño de esta forma, pero tiene ese extraño don de saber el momento exacto en que las palabras no son suficientes.

Se acerca despacio, sin decir nada, sin pedirme explicaciones y cuando me envuelve en sus brazos, me rompo. Todo lo que he estado conteniendo desde que abrí ese jodido e-mail, se quiebra en mil pedazos en este instante. Lloro sin contenerme, como si mis lágrimas hablaran por mí, como si con cada sollozo pudiera expresar lo que estoy sintiendo. Me desahogo en silencio, dejando que ella me consuele hasta que todo ese dolor que me ha estado quemando por dentro se empieza a calmar.

—Vale, ahora que has dejado de mancharme con tus mocos —indica mi amiga cuando me aparto un poco—, vas a contarme qué ocurre. Y no me vengas con que es secreto de sumario porque me importa una mierda la policía y todas sus investigaciones.

—Cálmate, nena —le pide su prometido, que hasta este momento no sabía que estaba aquí.

—No, Gael. Ella tiene razón, ya nada importa —acepto.

Al fin todo ha salido a la luz y puedo ser sincera. Bajo su atenta mirada les voy relatando todo lo que hemos vivido estos días tan intensos. Empezando por la noche en la que amanecimos sin recordar nada hasta esta misma mañana, cuando me secuestraron.

Veo la forma en la que sus caras cambian, llenas de sorpresa, cuando les explico que la verdadera asesina fue la madre de Teo.

—¡¿Su madre mató a ese tal Mendoza?! —pregunta Gael, sorprendido—. Pobre Teo.

—Sé que no tenían una buena relación, pero estoy segura que de todas formas le dolerá —admito sabiendo que será un duro golpe para él.

—No me lo puedo creer —contesta Valeria sorprendida—. Esto parece una historia sacada de una novela policíaca.

—Ni que lo digas —admite Gael, con la cara sorprendida por mi relato.

—Joder, *chochete*. Cuando te empeñas en meterte en líos lo haces a lo grande, ¿eh? —bromea.

—Ni que lo digas —acepto poniendo los ojos en blanco—. Pero hay más.

Con cierto remordimiento les cuento que desde hace años comencé a investigar la empresa del padre de Teo porque sospechábamos que habían sido los causantes de la muerte de mi madre.

—¿Te acercaste a él por interés? —pregunta Gael, a la defensiva.

—No, conocerlo a él fue pura casualidad. No voy a mentir y decir que no traté de aprovechar esa oportunidad, pero lo que sentía cuando estaba frente a él no me dejaba ser objetiva.

—Sigue —dice Gael.

—El día que salí huyendo de la isla, fue porque descubrí un e-mail con fotografías e informes de los pacientes tratados por *Arcadia Pharma*. Teo llevaba días muy raro y descubrí que me estaba ocultando información. Por eso, cuando vi la fotografía de mi madre entre la de esos pacientes, pensé que también podría estar metido en los negocios sucios de su padre.

—Eso es absurdo, nunca haría algo así —lo defiende Gael, muy serio—. No me creo que hayas podido dudar de él.

—¡Lo sé! —admito tapándome los ojos con las manos—. Pero en ese momento no pensé con claridad. Llevaba días bajo mucha presión y me asusté.

—Tranquila, es normal, chiqui —dice regañando con la mirada a su prometido.

—¿Familiares de Teodoro Hidalgo?

Al oír su nombre, me levanto de golpe. Nerviosa, me acerco al hombre que acaba de llegar y que, por la bata blanca que lleva, imagino que es un médico.

—Soy su prometida —miento.

Mis amigos me miran como si tuviera dos cabezas y, antes de que me hagan alguna pregunta incómoda que me ponga en evidencia, me adelanto y me intereso por la salud de Teo.

—Está estable, pero ha perdido mucha sangre y necesita una transfusión urgente.

—¡Pues háganla! —exclamo nerviosa al no comprender su cara de preocupación.

—No es tan fácil, señorita. Su prometido es cero negativo y actualmente no disponemos de tanta sangre de su tipo.

—¿Qué podemos hacer, doctor? —pregunta Gael, tomando las riendas de la situación.

—Lo más rápido sería pedírselo a alguno de sus familiares más directos.

—Estamos jodidos —murmuro.

¿En serio? Todos estos días junto a él me han servido para comprender que su padre es un cabrón egoísta y, después de los últimos acontecimientos, me ha quedado claro que su madre tampoco es trigo limpio. ¡Mierda!

—Está bien, yo me encargo —expone Gael antes de darse la vuelta y alejarse, marcando un número en su teléfono.

—Espero que su amigo sea rápido —dice el doctor.

—¿Tan grave está? —se interesa Val.

—Digamos que los minutos juegan en su contra —indica.

El doctor se da media vuelta y nos deja con una sensación extraña en el cuerpo. ¿Por qué todo se tiene que complicar tanto? ¿Es posible que, por una vez, tengamos suerte en algo?

—Tranquila, todo saldrá bien —dice mi amiga.

—Dios te oiga.

—Cari, si tú no eres creyente.

—Lo sé —acepto—. Pero te juro que, si Gael consigue que alguno de los progenitores de Teo done sangre, me haré devota.

—¿En serio? —Me mira desconfiada.

—¡Pues claro! Rezaré a San Gael todas las noches —bromeo tratando de no pensar en la gravedad del asunto.

—Me alegra saber que sigues conservando tu buen humor.

—Eso siempre, *chochete* —prometo sonriéndole—. Aunque es posible que se me quiten las ganas de bromear en unos minutos.

—¿Vas a hablar con la policía?

—Mucho peor —digo fingiendo un escalofrío—. Voy a llamar a mi abuela. Ha llegado el momento de que sepan la verdad.

—Que la fuerza te acompañe —dice la muy arpía conteniendo una carcajada.

★☆★

La espera se me hace eterna. Con cada minuto que pasa, pierdo un poco más la esperanza de que Gael llegue con buenas noticias. Saber que su vida corre peligro y que dependemos de que sus padres quieran donar esa sangre, me desespera.

—Melanie.

Me giro al escuchar esa voz que tanto he echado de menos, esa que reconocería incluso entre un millón. Y ahí está: mi abuela, de pie en medio del pasillo, con los ojos húmedos y los brazos ligeramente abiertos, como si me estuviera invitando a fundirme en ellos.

Siento un nudo en la garganta y, sin pensarlo, corro hacia ella. Cuando la abrazo y me llega el olor familiar de su ropa, algo dentro de mí se rompe. Las lágrimas brotan sin control, arrastrando toda la angustia, las mentiras y el miedo que había estado conteniendo. Lloro encima de su hombro sintiendo que al hacerlo puedo deshacer ese nudo de emociones que me está oprimiendo el pecho.

—Morenita —dice mi padre, que se ha quedado a un lado dejándonos nuestro espacio.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza al escuchar ese apodo, el mismo que usa Teo. Cierro los párpados un segundo y casi puedo escucharlo, con esa mezcla de cariño y burla que siempre consigue

derretirme. ¿Y si nunca más lo vuelvo a escuchar? Aprieto los puños con fuerza deseando con todas mis fuerzas que sobreviva. Que vuelva a mirarme con sus preciosos ojos verdes y a llamarme así una vez más.

—Cariño, ¿estás bien? —se preocupa mi padre.

Afirmo con la cabeza y estiro mi brazo para que se una a nuestro abrazo.

—Lo siento mucho —balbuceo entre lágrimas.

—Yo sí que lo siento, mi niña —dice mi abuela, con un nudo en la garganta—. Siento tanto que hayas tenido que pasar por todo esto.

Después de llorar para quitarnos esta tristeza de encima, nos sentamos en las butacas y les cuento los detalles de estos días. Mi abuela se santigua al escucharme y mi padre se levanta dando vueltas por la sala, muy nervioso.

—No tendrías que haber investigado por tu cuenta —me regaña.

—Tenía que hacerlo, papá. La incertidumbre me estaba matando. ¡No podía permitir que esa gente saliera impune!

—Lo sé, pero mira donde te ha llevado esto. Tu madre no hubiera querido que te pusieras en peligro.

—Ya sabes como soy, papichulo —digo en tono zalamero.

—Sí, igualita que tu bendita madre —afirma mi padre con una sonrisa melancólica.

—¿Dónde se ha metido tu prometido? —pregunto desviando la mirada hacia mi mejor amiga—. Ya casi hace una hora que se marchó.

—Tranquila, lo conseguirá. Teo es su mejor amigo, su hermano.

Justo en ese preciso instante, como si lo acabáramos de invocar, Gael aparece con cara de cansado.

—¿Lo has conseguido?

—¿Acaso dudabas de mí? —pregunta todo chulo—. Averigüé que el padre de Teo tiene la misma sangre que él y digamos que tuvimos una conversación seria.

—¿Lo amenazaste? —pregunto deseando que sea así.

—¡Por quién me tomas! —dice sonriendo pareciendo un lobo con piel de cordero—. Solo le golpeé.

Escuchar el orgullo en su voz me arranca una carcajada. ¡Dios! Amo a este hombre.

—¡Gael Martín! —exclama mi amiga fingiendo que lo regaña.

—No te hagas la finolis, en el fondo se te han carbonizado las bragas al escuchar su rudeza. —Señalo a Gael y guiño un ojo—. Eres mi puto héroe, jefe. A partir de ahora te voy a rezar todas las noches.

—Es mío, perra —me amenaza mi amiga sin perder la sonrisa.

—Tranquila, cari. Yo ya tengo a un superhéroe que recibe balas por mí.

Tres horas después, el mismo doctor vuelve a aparecer en la sala de espera y nos indica que la operación ha sido todo un éxito. Parece ser que la sangre llegó a tiempo y está fuera de peligro.

—¿Hasta cuándo tendrá que permanecer aquí?

—Se quedará unas tres semanas en la UCI para controlarlo, pero todo depende de su evolución.

—¿Podemos entrar a verlo? —pregunto inquieta.

—Todavía no, hay que esperar a que el paciente despierte. Les aconsejo que vayan a tomar algo y que vuelvan en un par de horas.

—Pero… —me quejo.

—Le prometo que, si despierta antes, la llamaremos.

—Venga, *chochi*. Vamos —me pide Valeria una vez que el doctor se ha ido.

No quiero macharme. Tengo la sensación de que lo estoy abandonando, pero mis amigos y familia me arrastran a regañadientes hasta la cafetería del hospital ignorando mis quejas.

Una vez que nos sentamos en la primera mesa libre que encontramos, sonrío como una tonta al pensar en que pronto volveré a verlo. «Sí… y recuerda la promesa que hiciste». No tengo ni la menor idea de lo que hablas. «¿En serio? No me digas que tenemos que volver a empezar de cero otra vez». ¡Por supuesto que no! Solo estaba bromeando. En cuanto estemos a solas, pienso decirle lo que siento. No voy a arriesgarme a que nada vuelva a interponerse entre nosotros… ni siquiera yo misma.

CAPÍTULO 37

Teo

Algo dentro de mí me empuja haciendo que recupere la conciencia. Tengo una sensación extraña. Aunque mi cuerpo está rígido y parece que pese una tonelada, también siento que floto entre el mundo real y el de los sueños. Trato de abrir los párpados, pero estoy tan cansado que no tengo fuerzas para hacerlo.

Presto atención a mi alrededor para averiguar dónde me encuentro y, cuando el olor a desinfectante se mete por mi nariz, sé con claridad que se trata de un hospital. A lo lejos escucho un pitido constante, casi molesto, y cerca de mí unas voces cuchichean, como si no quisieran despertarme.

Trago saliva al notar un regusto amargo en la boca y mi garganta está tan áspera y reseca que necesito beber agua. Con mucho esfuerzo consigo abrirlos, pero una luz blanca me quema las retinas y me obliga a parpadear varias veces. Pongo todo mi empeño en enfocar la vista, y no soy capaz de distinguir quién está a mi lado porque todavía lo veo todo borroso. Cuando muevo los brazos para rascarme los ojos, un dolor punzante me atraviesa el costado haciéndome gemir.

—¿Estás bien, hermano?

Vuelvo a parpadear hasta aclararme la vista y me encuentro a mi mejor amigo, mirándome preocupado.

—Agua —le pido, con voz rasposa.

Mi amigo me ofrece un vaso y, después de beber despacio hasta saciar mi sed, se lo devuelvo.

—¿Qué ha pasado?

—¿No recuerdas nada? —pregunta conmocionado.

—Sí, por suerte esta vez no he perdido la memoria —bromeo—. Me refería a después de que me pegaran un balazo.

—Tío, no vuelvas a acojonarme así —me pide, casi me exige, con los ojos llorosos.

—No me digas que he conseguido ablandar tu corazoncito —me burlo alzando las cejas.

En respuesta, mi mejor amigo, me hace una peineta y sonríe de medio lado, algo más tranquilo.

—Después de que perdieras la conciencia, detuvieron a tu madre.

—¿Y Alberto?

—Se lo llevaron al hospital. Álvaro le disparó en una pierna cuando trataba de huir.

—Espero que, después de todo lo que hemos averiguado sobre *Arcadia Pharma,* mi padre tampoco haya quedado libre —escupo enfadado.

—También lo han detenido. Sin embargo, hay algo que debes saber sobre él…

—Me importa una mierda lo que tengas que decirme. A partir de hoy, mis padres han muerto para mí.

Y aunque en realidad es lo que siento, decirlo en voz alta me desgarra por dentro. Nunca he tenido una buena relación con ellos, pero me destroza saber que además de malos padres son unos asesinos.

—Teo, perdiste mucha sangre y eres tan rarito que el hospital no tenía de tu tipo —dice mi mejor amigo ignorando mi petición.

—¿Qué estás tratando de decir? —pregunto intuyendo por donde va.

—Tu padre se ofreció a donarte la suya.

¿Mi padre? ¿El ser más egoísta del mundo hizo algo por otra persona sin obtener nada a cambio?

—Lo amenazaste, ¿verdad?

—Lo golpeé —suelta orgulloso.

—Sabía que no sería tan fácil acceder a la generosidad del señor Hidalgo.

—No fue exactamente así. El muy capullo ya había accedido a donarla después de escuchar mi grandilocuente discurso —dice orgulloso—, pero me moría de ganas de partirle la cara por todo lo que te hizo pasar.

—Gracias, hermano. ¿Cómo está Mel?

Pensar en ella hace que se me encoja el corazón. No sé cómo voy a conseguir mirarla a la cara después de todo lo que ha tenido que vivir por mi culpa y por la de mi familia. Aunque es cierto que ella también me debe más de una explicación. ¿De verdad se acercó a mí por interés?

—Está con Valeria en la cafetería. Tuvimos que hacer turnos porque se negaba a irse de la sala de espera —confiesa poniendo los ojos en blanco—. Les he avisado de que te estabas despertando, no creo que tarden en llegar.

—Seguro que me odia —confieso mis miedos—. Mi madre casi la mata y por culpa de los negocios turbios de mi padre, la suya murió. ¡Joder, parece una telenovela!

—Es lo mismo que dijo ella —indica soltando una risita—. No tienes de qué preocuparte, ella ha estado muy pendiente de ti, tío.

Justo en el instante en el que voy a exigirle más información, la puerta de mi habitación se abre y aparece mi morenita. La observo con atención y cuando me doy cuenta de lo agotada que está, algo se remueve dentro de mí. La rojez de sus ojos me indica que ha estado llorando y, saber que soy el culpable, es algo que me destroza.

—Morenita…

Al escucharme, sus ojos se llenan de lágrimas y los míos se contagian. Melanie se coloca a mi lado en dos zancadas y me abraza con fuerza, haciendo que aúlle de dolor.

—¡Lo siento, lo siento! —se disculpa tratando de incorporarse.

—No me sueltes, por favor —le suplico—. Necesito sentirte cerca, solo ten cuidado. He salvado a la mujer de la que estoy enamorado de una bala, ¿sabes?

—Eres tonto, Teodoro —balbucea entre hipidos—. Te juro que, si te llegas a morir, te mato.

—Eso no tiene sentido, morenita. Tengo que decirte que, si estuviera muerto, no podrías matarme.

—¡Oh, calla! No me hace gracia, hemos estado a punto de perderte —masculla contra mi pecho.

Me separo de ella y veo tristeza en sus ojos. Me rompe el alma verla así. Tan frágil y destrozada.

—Lo siento. Por lo que le hicieron a tu madre, por haberte metido en todo esto y por ocultarte información.

Nuestros amigos, que se dan cuenta de que necesitamos un momento a solas, salen de la habitación en silencio.

—Me mentiste. Creí que éramos un equipo y que los días en la isla nos habían unido.

—¡Y fue así! Es que te vi tan feliz que no fui capaz de darte las malas noticias.

—Claro, preferiste que estuviera de buen humor para seguir teniendo sexo conmigo, ¿no?

—No seas injusta, no quería hacerte sufrir. Además, el sexo me importa una mierda. —Ella me mira levantando una ceja sabiendo que miento—. Bueno, eso no es del todo cierto.

—Ya decía yo —dice poniendo los ojos en blanco.

—No sabes cuánto me gustaría retroceder en el tiempo para poder ser yo quien te contara lo que Álvaro encontró.

—Te escuché hablar con alguien y supe que me estabas ocultando algo. No te imaginas cómo me sentí cuando vi la foto de mi madre junto a sus informes clínicos —se sincera sin dejar de llorar—. Pensar en que pudieras estar involucrado en esos experimentos me rompió por dentro.

—Comprendo que no quieras saber nada más de mí. ¡Joder! ¡¿Cómo vas a querer estar cerca del hijo del asesino de tu madre?! —exclamo derrotado.

Cierro los ojos con fuerza haciendo que varias lágrimas resbalen por mis mejillas. Respiro despacio tratando de calmar la rabia que siento hacia lo que hicieron mis padres, pero por más que lo intento, no lo consigo.

—Estoy enamorado de ti, Mel. No sé cuándo ocurrió, pero sí el momento exacto en el que lo supe. Entendería que, después de lo que ha sucedido, no seas capaz de perdonarme, aunque quiero que sepas que, si no llegamos a tener un futuro juntos, siempre podrás contar conmigo para lo que necesites.

Sé que Gael dijo que ella había estado muy preocupada por mí, sin embargo, eso no significa que me quiera. Su silencio me duele y,

cuando ya creo que todo está perdido entre nosotros, coloca su mano sobre la mía y me mira emocionada.

—Eres idiota, Teodoro.

—Vaya, gracias —digo limpiándome las lágrimas—. Claramente es lo que quería escuchar salir de tu boca.

—Pero te quiero tal y como eres.

La miro sorprendido, sin creer lo que me trata de decir y ella me sonríe. ¿De verdad ha dicho lo que creo?

—Sí, has oído bien. Yo también te quiero, guapito de cara. Al final conseguiste que me enamorara de ti, de tus bromas tontas y de esa forma en la que me miras —confiesa acariciándome la cara—. Tampoco sé cómo ocurrió, pero cada vez que me abrazas, todo a mi alrededor desaparece y siento que estoy en casa.

—¿Si me pongo a llorar dejarás de desearme? —pregunto conteniendo el nudo en mi garganta.

—No —admite soltando una risita.

—Joder, menos mal.

Cuando Melanie me abraza dejo ir todo lo que he estado conteniendo: la preocupación por su seguridad, la verdad sobre mi madre, el descubrimiento sobre los crímenes de mi padre. No me avergüenza admitir que estoy llorando sobre la mujer que amo porque, como ella ha dicho, en sus brazos me siento a salvo.

—¿De verdad pensabas que sería capaz de cargarte los errores de tus padres?

—No sé, yo… Lo que dijo mi madre…

—Sí, te debo una explicación —empieza, nerviosa—. No te utilicé, Teo. Es cierto que al principio quise aprovechar la oportunidad de conocer al hijo de Esteban Hidalgo, aunque no fui capaz. Lo nuestro siempre ha sido real. Te quiero, guapito de cara.

—¿Puedes volver a repetirlo? —le pido.

—¿Podrás contener las lágrimas? —bromea.

—Lo intentaré, pero no te lo puedo asegurar.

—Te quiero, pastelito de crema. —Escuchar ese estúpido mote me arranca una carcajada.

—Y yo, caramelito —admito antes de besarla.

—Joder, qué empalagosos os habéis vuelto —dice Valeria asomando la cabeza por la puerta—. No sabía que eras tan cursi, chiqui.

—¿Celosa, *chochete*? Si quieres puedo inventarme uno para ti.

—¡Ni se te ocurra! —Le amenaza con un dedo—. Conozco formas de torturarte sin dejar rastro.

—Me pone cuando te sale esa vena sanguinaria —dice mi mejor amigo, arrimándose a la espalda de su prometida.

—Gael, estoy tratando de parecer peligrosa.

—Y lo eres, nena. ¿No ves cómo me tienes? —insiste.

—Está bien, nos vamos. Tenemos que hacer unos recados —se despide Valeria, arrastrando a un sonriente Gael de la mano.

—¿¡Ahora tienes prisa, so perra?! —grita mi chica, al verlos huir por la puerta.

—No te enfades, volverán.

—No es enfado, es envidia —reconoce mirándome con deseo—. Estoy deseando tenerte para mí solita, Teodoro.

—¿Cuándo crees que me darán el alta? —pregunto ansioso, al ver la promesa en sus ojos.

—No lo sé, pero en el momento en el que ocurra, serás todo mío. Pienso recuperar el tiempo que perdimos discutiendo.

—Más te vale, recibí una bala por ti, caramelito —le recuerdo, haciéndome el héroe.

—Lo sé, pastelito de crema, y te juro que voy a compensarte por ello.

Melanie se lanza a mis brazos y cuando siento su lengua, ignoro el dolor de mi costado. Al parecer, mi morenita es la mejor medicina para curar mis dolores.

—¿Molestamos? —pregunta una voz masculina.

—¡Claro que molestamos, Francisco! No ves que el chiquillo le está comiendo los morros a tu hija.

¡Mierda, el padre de Mel! Me separo de ella como si de repente su cuerpo quemara y miro a mi familia política fingiendo no haber roto nunca un plato.

—Ho-ho-la —tartamudeo.

—Tranquilo, guapito de cara, no es la primera vez que me pillan besándome con alguien.

Miro a Mel enfadado, ya que su comentario, lejos de tranquilizarme, me irrita más. ¿De verdad cree que la imagen de ella besando a otro me va a relajar?

—Morenita… —mascullamos su padre y yo a la vez.

—¡Ay, qué monos! —exclama su abuela con diversión.

—Señor, soy Teo —me presento ofreciéndole mi mano.

—No me trates de usted, por favor. Por lo que veo vamos a ser familia —dice guiñándome un ojo.

Mi suegro me estrecha la mano y, en el instante en el que sonríe de medio lado, descubro que tiene la misma sonrisa que su hija. Se acerca a mí para abrazarme y me susurra en el oído.

—Gracias por proteger a mi niña, nunca lo olvidaré.

—Siempre la cuidaré —le prometo—. Siento mucho lo de…

—No tienes que disculparte, tú no tienes la culpa de los errores de tus padres. Eres un buen chico, Teo.

Sonrío agradecido y, cuando desvío la mirada hacia su hija, descubro que está tan emocionada como yo.

Una vez que el momento lacrimógeno termina, les explicamos todo lo sucedido estos días. Me parte el corazón ver la pena de mi morenita mientras les pide perdón por todas las veces que les tuvo que mentir. Pero, en lugar de regañarla y echarle en cara su engaño, su familia la abrazan al comprender sus motivos. Como si fuera un mero espectador, los miro emocionado. No estoy acostumbrado a ver este tipo de afecto desinteresado porque, aunque Mel me explicó cómo eran, no puedo evitar sorprenderme al ver lo comprensivos que son.

—Bienvenido a la familia, muchacho —dice su abuela, dándome un cariñoso beso en la mejilla.

¿Familia? ¿Podré saber al fin lo que significa esa palabra? Mel se acerca a mí y entrelaza nuestros dedos.

—Bienvenido, guapito de cara —dice antes de besarme.

CAPÍTULO 38

Mel

Hoy, después de tres semanas de idas y venidas al hospital, a Teo le dan el alta. La primera semana la pasó en la UCI y, aunque Gael se encargó de que tuviéramos todas las comodidades posibles, las dos semanas siguientes fueron duras. Si no hubiera sido por las visitas que recibimos, el tiempo se nos hubiera pasado mucho más lento. Además, gracias a la insistencia de Gael, todavía me quedan unos días de permiso «cortesía de la empresa» por lo que podré seguir cuidando de Teo unos días más. La verdad es que el apoyo de nuestros amigos ha sido una bendición y les estaremos eternamente agradecidos por todo lo que han hecho por nosotros.

Como por ejemplo el regalo que nos hizo Gael.

El muy cabezota se empeñó en regalarnos un coche para sustituir el de Teo, que quedó hecho papilla en el accidente. A pesar de decirle que podíamos comprarnos uno, él nos recordó que era dueño de *Velox Luxe Motors* y que podía regalarnos el que le diera la gana. Así que, por mucho que insistimos en pagarlo, él dijo que era un regalo por nuestra unión. ¿Unión? ¡Ja! Este se piensa que vamos a casarnos, ¿o qué? «Pues no es tan mala idea, la verdad». Sí, como veis, mi conciencia volvió a hacer acto de presencia después del secuestro. Pero por suerte, como ya he aceptado que estoy enamorada de Teo, no suele aparecer demasiado, sin embargo, sigue incordiándome cuando puede.

Me siento nerviosa. Con manos temblorosas aparco en el estacionamiento del hospital y cierro los ojos respirando por la nariz para relajarme. Atravieso las puertas de entrada y recorro el largo pasillo deseando que sea por última vez. Entro en la habitación y suelto una maldición al ver a Teo recogiendo sus cosas.

—¿Qué se supone que haces, Teodoro? —exijo cruzándome de brazos—. Te dije que lo haría yo al volver.

—Estoy bien.

—Me da igual, no quiero que hagas ningún esfuerzo de momento.

—Es que me siento un inútil —se queja poniendo los ojos en blanco.

—Tranquilo, cuando te recuperes pienso aprovecharme mucho de ti. Venga, vámonos a casa —digo al ver que ya está todo guardado.

Salimos de la habitación y, aunque sé que no es necesario, lo tomo del brazo. En estas tres semanas, Teo se ha recuperado y no ha dejado de entrenar para no perder la forma física, pero aun así no puedo evitar querer ayudarlo. Al fin y al cabo, recibió una bala por mí. No obstante, al ver que el muy canalla se despide de cada una de las enfermeras y doctoras con una de sus sonrisas de conquistador, lo suelto del brazo y refunfuño enfadada. Sí, no lo puedo evitar. Con Teo me he vuelto un poco celosa. «Un poco, dice». ¡Chitón!

Teo, al ver mi cabreo, suelta una carcajada llevándose una colleja ninja digna de la admiración de mi abuela. ¡Será capullo! Empiezo a caminar hacia la salida dando zancadas hasta que Teo me agarra por la cintura y me detiene.

—No te enfades, morenita —dice besándome en el cuello—. A mí la única que me importa eres tú. ¿O es que necesitas que vuelva a poner mi vida en peligro para demostrártelo?

—Ni se te ocurra —le advierto.

—Te quiero, Mel —dice mirándome a los ojos—. Eres lo más importante de mi vida y jamás haría nada que supusiera perderte. ¿Vale?

Asiento con la cabeza algo más tranquila y lo beso, bajo la atenta mirada de las enfermeras que nos aplauden al vernos.

A pesar de que Teo insiste, casi rogándome que lo deje conducir el coche nuevo, yo me niego rotundamente. El doctor nos dijo que debía tomárselo con calma y pienso seguir sus indicaciones al pie de la letra. Al final no le queda otra que aceptarlo, aunque tengo que soportar sus quejas todo el camino hasta el ático.

—Me muero de ganas por saborearte —susurra pegándose a mi cuerpo.

—Ni lo sueñes, Teodoro. Todavía estás convaleciente —lo regaño saliendo del ascensor.

—¿En serio crees que voy a ser capaz de mantener mis manos alejadas de este culito sabrosón? —pregunta colando una mano debajo de mi vestido mientras abro la puerta.

—¡Sorpresa!

—¡Joder! —grita llevándose la mano al corazón, la misma que tan solo hace unos segundos trataba de meter dentro de mi ropa interior.

Por un lado, mi abuela y mi padre lo reciben con un cariño que lo hace sentir como un hijo más. También han llegado los padres de Valeria, quienes insisten cada vez que tienen oportunidad en que Teo ya forma parte de la familia Arenas de manera honorífica. Y después de todo lo que hemos vivido juntos, Álvaro se ha convertido en alguien imprescindible para nosotros, por lo que no podía faltar en un día tan especial como este. Tanto que mi abuela se ha empeñado en que alguien tan guapetón como él no puede estar soltero. Ver al comandante, tan grande y fuerte, huyendo de las garras casamenteras de mi *abu*, me resulta tan divertido que no puedo parar de reír cada vez que se esconde de ella.

Teo saluda a cada una de las personas que han venido a darle la bienvenida y me mira con una mezcla de felicidad y decepción a partes iguales. «Más tarde», le prometo en silencio. Observo mi alrededor y me siento afortunada de la familia tan grande y especial que estamos formando.

Una hora después, aprovechando que nuestra familia sigue charlando y tomando algo, sigo a Teo hasta la terraza. Cuando lo observo de lejos, con las manos en los bolsillos de sus pantalones mientras mira al horizonte, me siento agradecida por tenerlo en mi vida. Me acerco a él despacio y lo abrazo por la cintura.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, solo necesitaba tomar un poco de aire —dice dándose la vuelta para besarme.

—Estás abrumado, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota?

—Un poco, pero es normal.

—No estoy acostumbrado a que tanta gente se preocupe por mí —confiesa emocionado.

—Pues ve acostumbrándote, porque de ahora en adelante será así —le informo.

Él asiente con la cabeza y me mira nervioso.

—¿Seguro que estás bien? Estás muy raro, más de lo normal, quiero decir.

—Tengo un regalo para ti —contesta inquieto.

—¿Un regalo?

—Es una tontería —informa inseguro.

Teo mete la mano en el bolsillo de su pantalón y me tiende un pequeño saco de terciopelo azul. Lo agarro con manos temblorosas y vuelco el contenido en la palma de mi mano.

—¡Teo! —exclamo sorprendida al ver la pulsera de estrellas que vi en Fornells.

—El día que me dijiste que te recordaba a la historia de la corona boreal, supe que tenía que ser tuya.

—Pero ¿cuándo la compraste? —pregunto sabiendo que no nos separamos ni un momento.

—Estando ingresado le envié un mensaje a David para que la comprara y me la hiciera llegar al hospital.

Deslizo mis brazos por su cuello y él hace lo mismo en mi cintura, estrechándome a su cuerpo. Saber que se ha tomado la molestia en comprar la pulsera que llamó mi atención para hacerme feliz, me emociona.

—Gracias, pastelito de crema —murmuro contra sus labios—. Te quiero.

—Yo también te quiero, caramelito —murmura en mi boca—, y te echo mucho de menos.

—De eso ni hablar, Teodoro —le advierto al adivinar sus intenciones—. Nada de sexo todavía.

—¿Por qué? —se queja imitando la voz de un niño pequeño—. Se lo pregunté al doctor y me dijo que no había problema siempre y cuando no hiciéramos posturas raras.

—No me puedo creer que le hayas preguntado eso —lo regaño conteniendo las ganas de reír.

—¿Qué esperabas? ¡Llevo casi un mes de sequía! —exclama señalándose la entrepierna.

—Te recuerdo que yo también —digo cruzándome de brazos, tratando de parecer seria.

—Lo sé y no entiendo a qué estamos esperando para romper esta racha. ¡Echemos a toda esta gente y retocemos como cochinos!

—Mierda, tienes razón —digo corriendo hacia el interior del ático —. ¡Todo el mundo fuera, ya!

—¿Qué mosca te ha picado, chiqui? —pregunta mi mejor amiga, mirándome igual que si tuviera tres cabezas.

—Estamos muy felices de teneros aquí, pero mi chico y yo estamos un poco…

—Calientes —termina Teo por mí.

—Exacto, tan calientes como el horno de una panadería en hora punta —aclaro, por si ha quedado alguna duda.

—¡Uy! Pues entonces es mejor que nos vayamos, que luego eso se enquista —dice mi abuela haciendo alusión a lo que yo siempre digo.

—Joder, de tal palo, tal astilla —murmura Valeria.

—¡Venga, venga! Que os queremos mucho, pero necesitamos darle alegría al cuerpo.

—¡Ehhhh, Macarena! —canturrea mi abuela guiñándome un ojo mientras echa a todos a empujones.

Una vez que nos quedamos a solas, doy media vuelta y miro a mi chico sonriendo.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto, haciéndome la inocente.

—Creo que estábamos a punto de follar —dice él, fingiendo tener amnesia.

Su sonrisita traviesa es el pistoletazo de salida para hacer que corra a sus brazos. Teo me rodea la cintura y yo enredo mis dedos en su pelo, el cual está más largo de lo que lo suele llevar.

—Te quiero, caramelito.

—Te quiero, pastelito de crema.

Sonreímos por los ridículos motes que escogimos y que, a día de hoy, continuamos utilizando. Nos acercamos despacio, como si no tuviéramos prisa por besarnos, pero en cuanto nuestros labios se rozan, no podemos seguir fingiendo y nos devoramos con

desesperación. Tiro de su labio con mis dientes haciendo que Teo gima y me apriete más fuerte contra su cuerpo.

—Joder, no sabes lo que te he echado de menos —susurra contra mi boca.

—Lo dices como si no nos hubiéramos visto en meses.

—Es que en el hospital no podía hacer esto —explica bajándome el escote hasta dejar mis pechos expuestos—, ni esto.

Acto seguido se lleva uno de mis pezones a su boca y lo lame despacio haciendo que la piel se me erice. Después lo mordisquea arrancándome un gemido.

—Teo…

—Lo sé, morenita —dice bajándome el vestido despacio—. Estos días he soñado tanto con este momento.

Desabrocho uno a uno los botones de su camisa y se la deslizo por los hombros. Cuando observo la cicatriz de su costado y pienso en lo que podía haber ocurrido ese día, no puedo evitar estremecerme.

—Eh, mírame —me pide—. Estoy aquí, estoy bien.

—Lo sé, pero…

—Pero nada. Te quiero y me muero de ganas por hacerte el amor —suplica contra mis labios.

Le tiendo la mano y lo llevo hasta el dormitorio. Cuando entramos mira a su alrededor y me dedica una preciosa sonrisa al darse cuenta de que todas mis cosas están junto a las suyas. Una semana antes de que le dieran el alta, me miró muy serio y por un momento me acojoné pensando que me iba a pedir matrimonio. Así que, en el instante en el que me pidió que viviéramos juntos, suspiré aliviada y acepté su propuesta. «Llegas a decir que no y te mato», apunta mi conciencia.

—Me encanta ver tus cosas aquí —admite, sin dejar de sonreír.

—No lo he traído todo —confieso—, por si más adelante te arrepientes de compartir piso conmigo.

—Mañana mismo contrato una empresa de mudanzas y traemos lo que falta. No me voy a arrepentir, morenita —afirma acariciándome el rostro—. Te quiero.

La forma en la que me mira, dándome la sensación de que soy el aire que necesita para respirar, consigue acelerarme el pulso. Nerviosa, le desabrocho los pantalones y se los bajo lentamente por sus piernas junto a su ropa interior. Me quedo de rodillas, admirándolo, como si fuera la primera vez que lo veo desnudo.

—Ven aquí —dice tendiéndome su mano.

Con delicadeza, me lleva hasta la cama y termina de desnudarme. Sus caricias son lentas y delicadas, consiguiendo que me grabe este momento en la piel y que no lo olvide jamás.

—De eso ni hablar —lo regaño cuando intenta colocarse sobre mí —. Sin hacer esfuerzos, ¿recuerdas?

Él frunce el ceño y por su mirada de niño enfadado comprendo que le frustra estar en esta situación desvalida.

—Tranquilo, guapito de cara, te prometo que vas a disfrutar.

Me siento encima de él y me introduzco su erección despacio, alargando un poco más nuestra agonía. Una vez que está en mi interior, cierro los ojos y me quedo quieta, saboreando este instante. Vuelvo a abrirlos y comienzo a moverme lentamente, sin dejar de observarlo. Él alarga sus brazos y acaricia mis pezones haciendo que se me erice la piel. Arqueo mi cuerpo y muevo la pelvis buscando ese punto tan placentero.

—Joder, morenita, me vuelves loco —masculla.

—Es una suerte, porque tú a mí también me vuelves loca—admito entre jadeos.

Me alivia poder decir lo que siento en voz alta. Jamás volveré a construir ese muro que Teo se encargó de destruir ladrillo a ladrillo. En realidad, tengo que admitir que consiguió entrar en mi corazón desde hace mucho tiempo, a pesar de que yo me empeñara en negarlo. El sexo siempre fue especial con él, pero por miedo a reconocer lo que empezaba a sentir, no conseguía dejarme llevar por completo.

Ahora no me cuesta reconocer que lo quiero, y aunque sé que tiene las armas para romperme el corazón, vale la pena el riesgo. Por fin he aprendido a soltarme, y admitirlo hace que sea libre. Reconozco que hacer el amor no es solo un acto físico, también es emocional, y es una auténtica locura. Nunca imaginé que hacerlo

con la persona de la que estás enamorada pudiera ser tan intenso. Mis ojos se humedecen al notar que su mirada me atraviesa y, al instante, un cosquilleo me anuncia que estoy a punto de explotar. Él, al darse cuenta de mi estado, clava sus dedos en mis nalgas y levanta la pelvis, dejándose llevar.

—Te quiero, morenita —murmura besándome y arrastrándome hasta que me coloco encima de su pecho.

Al escuchar sus palabras, sonrío emocionada. Su sinceridad hace que las lágrimas que he estado conteniendo hasta ahora, se deslicen por mis mejillas.

—¿Estás llorando? —pregunta preocupado.

—Te prometo que son de felicidad —admito.

—Joder, menos mal. Le prometí a tu padre que nunca te haría llorar —bromea.

Me río por su comentario y lo abrazo con fuerza, sintiéndome afortunada por tenerlo en mi vida. Sé que es una locura lo que voy a decir, pero en el fondo me alegro de haber estado con él ese fatídico día porque, a pesar de todo lo que hemos sufrido, nos ha permitido conocernos mejor.

CAPÍTULO 39

Teo

Han pasado seis meses desde que todo explotó. Aunque Álvaro trató de mantener el secreto de sumario hasta que se celebrara el juicio, una semana después de que me dieran el alta todo salió a la luz. La noticia de que el empresario Esteban Hidalgo había estado traficando con medicamentos adulterados, se filtró en la prensa junto a la noticia del asesinato de Leopoldo Mendoza. Tanto el nombre de *Arcadia Pharma* como el apellido Hidalgo, se vio manchado al aparecer en los titulares de todos los periódicos, provocando un gran revuelo. La gente estaba consternada al saber que una familia de clase alta hubiera cometido tal atrocidad.

Durante un tiempo me vi obligado a mantener el perfil bajo porque, cada vez que salía a la calle, miles de reporteros se dejaban la piel para conseguir una entrevista jugosa. Álvaro nos aconsejó que desapareciéramos una temporada y, ¿a que no adiviináis donde fuimos? Creo que está claro, a nuestra preciosa isla. Allí volvimos a conectar y recordar todos los buenos momentos vividos, con la diferencia de que, esta vez, no teníamos ninguna espada de Damocles colgando sobre nuestras cabezas. Esos días en los que la veía pasear con su diminuto bikini por la orilla, fueron un auténtico paraíso. Por suerte, con el paso de los meses y después del juicio, la prensa se fue calmando y todo ha vuelto a la normalidad.

El juicio se celebró hace unos meses y, a pesar de que fue muy difícil ver a mis padres en el estrado, siempre tuve el apoyo de mi chica y mis amigos. Gracias al interrogatorio, pudimos saber qué fue lo que ocurrió esa fatídica noche. Al parecer, Mendoza llevaba tiempo chantajeando a mi madre y esa noche quedaron con él para pagarle. Pero cuando Alberto me vio en el *Lounge* se puso muy nervioso y no pensó con claridad. Aunque estábamos a una distancia prudencial, él tuvo miedo de que lo hubiera reconocido y nos drogó para no correr el riesgo de que lo pudiéramos delatar. Después citó a Mendoza en

el callejón y mi madre, cansada de sus sobornos, pensó que era la oportunidad perfecta para quitárselo de encima.

Sin embargo, hay una pregunta que yo también me hice después de escuchar su declaración: ¿Cómo es posible que mi madre no saliera en las grabaciones de la cámara si estuvo en el callejón? La respuesta era mucho más sencilla de lo que imaginaba. Alberto, su amante, es el propietario del club de striptease y, al parecer, el edificio tiene una puerta trasera que conecta directamente con ese callejón y fue por allí por donde salió sin ser vista. Mi madre dijo que no quería implicarme, y cuando se dio cuenta de que estaba con Mel, pensó que era buena idea cargarle el muerto a ella. Así que, después de investigarla y descubrir que llevaba años husmeando en la empresa de mi padre, decidieron silenciarla. ¡No podían permitir que le quitaran la gallina de los huevos de oro! Entonces desaparecimos sin dejar rastro y tuvieron que armarse de paciencia. Ella asegura que jamás quiso hacerme daño, pero saber que no pensaba lo mismo de Melanie me pone enfermo.

Gracias al interrogatorio y a las pruebas encontradas en ese pendrive, se demostró que Melanie tenía razón. Mi padre y su socio Alberto contrataron a Mendoza para vender medicamentos a personas que habían sido diagnosticadas con alguna enfermedad rara y cara de mantener. Los muy cabrones se estaban haciendo de oro mientras cientos de personas morían. Todo estaba tan claro que el juez no dudó en su veredicto: varios años de cárcel por contrabando de fármacos por delito contra la salud pública y una condena por cada persona fallecida al cometer homicidio doloso o imprudente grave múltiple. Al superar la suma máxima permitida en España, les impusieron la pena más alta: cuarenta años de prisión.

La condena de mi madre fue menor. A ella le cayeron quince años por asesinato, a los que se le sumaron seis más por secuestro. Tanto ella como su amante confesaron que localizaron a Mel en el aeropuerto al enviarle un spyware mediante un mensaje de texto disfrazado de noticia relacionada con el caso. Cuando Melanie encendió su teléfono antes de subirse al avión, hizo clic en el enlace y, aunque en realidad le llevó a la noticia, consiguieron infectar su teléfono con ese simple gesto y espiarla a tiempo real. Volver a

recordar el instante en el que vi a Mel atada de pies y manos me revuelve el estómago.

El juez también dictaminó que mi padre y su socio, deberán indemnizar a las familias afectadas con la cantidad máxima estipulada.

—Ha llegado una carta para ti —dice Mel, interrumpiendo mis pensamientos.

—El remitente está en blanco —indico cuando me lo entrega.

Abro el sobre con manos temblorosas con la intuición de que lo que voy a encontrar dentro no me va a gustar nada.

—Será hijo de puta —murmuro.

—¿Quién te la envía?

—Mi padre. El muy cabrón sabía que si veía su nombre en el sobre lo quemaría antes de abrirlo.

—Creo que deberías leerla, si no lo haces quizás te puedas arrepentir.

Pienso en sus palabras y, aunque mi primer impulso es romperla en mil pedazos, decido hacerle caso. No quiero que la sombra de mi padre me persiga en el futuro.

Durante unos minutos me quedo leyendo sus frías palabras, tan propias de él, escritas con esa caligrafía tan perfecta y practicada. En cuanto termino, arrugo el papel en mi puño y maldigo al señor Esteban Hidalgo.

—¿Qué dice? —pregunta Mel, preocupada.

—Me informa de que voy a heredar todo lo que le quede después de las indemnizaciones. Es increíble —suelto una risa cansada—, en ningún momento me pide perdón o se ve arrepentido por lo que hizo. El cabronazo es tan calculador que, al darse cuenta de que nunca saldrá con vida de la cárcel, ha decidido que su patrimonio siga vivo.

—Teo… —murmura mi morenita, emocionada.

—Tranquila, estoy bien. No voy a dejar que su podrido dinero me vuelva tan desalmado como a él.

—¿Qué vas a hacer?

—No quiero su sucio dinero —escupo con rabia—. Venderé todas sus propiedades y le daré el dinero a las familias que sufrieron por

culpa de sus actos.

—Me parece perfecto, no lo necesitamos para ser felices —me apoya.

Miro a mi chica con orgullo. Admiro la fuerza y la entereza con la que actúa siempre e imagino que le viene de familia. Aunque les costó aceptar la indemnización que le tocaba por la muerte de su madre, al final decidieron que era la mejor opción. Su padre había adquirido una gran deuda por culpa de ese jodido tratamiento y todavía la seguía pagando. A pesar de que su hija trató de ayudarlo a pagar los múltiples préstamos, mi suegro se negó a involucrarla. Está claro que, en esta familia, todos hacen lo posible por protegerse los unos a otros. Es algo a lo que todavía no me he acostumbrado, pero sigo trabajando en ello.

★☆★

La vida junto a mi morenita es un sueño. No quiero decir que todo sea perfecto, nada más lejos de la realidad, pero es mejor de lo que nunca hubiera imaginado. Por fin tengo a mi lado a alguien que se preocupa por mí y que me quiere de verdad, sin condiciones. En poco tiempo se ha convertido en alguien muy importante y ha conseguido que olvide los desprecios que mis padres me hicieron todos estos años. Ojalá mis abuelos la hubieran conocido… Les hubiera encantado, estoy seguro.

Su familia se ha vuelto una parte esencial de mi vida, y desde el primer día me hicieron sentir uno más. La *abu* Rosario es, sin duda, la persona más divertida del mundo y la cómplice perfecta para mis tontas bromas. Mi suegro es un trozo de pan, y desde que terminó de pagar el préstamo, tengo la sensación de que camina más ligero, como si se hubiera quitado un peso de encima. Cada domingo vamos a desayunar a su casa y disfruto preparando tortitas junto a él, moviendo las caderas al ritmo de *Un verano en Nueva York*. ¡Somos todo un espectáculo!

Melanie y yo nos peleamos de vez en cuando, como cualquier pareja, aunque siempre lo hablamos y hacemos las paces. Al principio lo pasaba fatal, porque tenía miedo a perderla —sí, otro de mis traumas producto del abandono de mis padres—, pero con el

tiempo comprendí que es normal que tengamos diferencias. Al final, lo único que importa es tratarnos con respeto. Espero que me guardéis el secreto, pero tengo que admitir que, a veces, la pico a propósito solo para poder tener la excusa de hacer las paces, ya sabéis… El sexo de reconciliación es lo mejor del mundo. Palabra de *Boy Scout*.

—Guapito de cara, ha llegado una carta.

—¿Otra? —pregunto al recordar la que recibí de mi padre hace unos días.

—Sí, aunque esta va a nombre de los dos y, si mi intuición no me falla, sé quién nos la envía.

Abre el sobre dando fuertes tirones y, cuando ve lo que hay en su interior, suelta un grito.

—¡Lo sabía! —exclama—. ¡La muy perra ha escogido fecha para su boda y no me lo ha dicho! ¿Cómo se atreve a no decírmelo? ¡A mí, que soy su mejor amiga! Se va a enterar esta adicta a la cafeína, la venganza será muy dulce.

—¿Qué vas a hacer, caramelito? —pregunto sabiendo que ya ha elaborado un plan para sacar de quicio a su mejor amiga.

—En su despedida de soltera me comportaré, así creerá que no tengo nada preparado. Pero en su boda, ¡zas! Saldré con toda la caballería.

—Joder, cómo me pones cuando sacas tu vena maléfica —murmuro acercándome a su cuerpo.

—Lo sé, soy irresistible —dice abrazándome.

—Por cierto, ¿cuándo vamos a dar el paso nosotros?

—No te entiendo —contesta haciéndose la tonta.

—Ya sabes… Que pases a ser la señora Hidalgo —la provoco.

—¡Ah, no! ¡De eso ni hablar! Soy una mujer independiente y nunca renegaré del apellido de mi padre. ¿Te queda claro? —inquiere cruzándose de brazos.

—Cristalino. Quieres seguir conservando tu apellido de soltera cuando nos casemos.

—¡Exacto! Espera, ¡no! No pienso casarme, Teodoro.

—Ajá…

—¡Ni lo sueñes, guapito de cara!

—Claro, caramelito.

—¡Teodoro Hidalgo! ¡Espero que no estés dándome la razón como a los tontos!

—Por supuesto que no, morenita.

—Así me gusta —refunfuña.

—Te quiero, pequeña guerrera.

Sé que se hace la dura, pero en sus ojos puedo ver que, en el fondo, muy en el fondo, le hace ilusión casarse conmigo. Lo que ocurre es que le encanta ponerme al límite y hacerse la dura, y la muy arpía sabe que eso me pone a cien. ¿Conseguiré convencerla? ¡La duda ofende!

EPÍLOGO

Ver a mi mejor amiga vestida de novia me emociona. Quién diría que, después de las veces que negó sentir algo por el nuevo jefe, terminaría casándose con él. Por suerte, Val tiene una amiga maravillosa y perfecta que le echó una mano empujándola hasta ese cuerpo esculpido por los dioses. Sabéis de quién estoy hablando, ¿no? Efectivamente, de mí. En todo caso, verla tan feliz junto al hombre que ama, me deja el corazón calentito.

—Joder, *chochete*. Si no me gustaran los tíos me casaría contigo —bromeo tratando de disimular el nudo en mi garganta.

—Porque no me gustan los abrazos, que si no te abrazaría —contesta ella conteniendo las lágrimas.

—Pues bien que te gusta que el jefazo culo prieto te abrace, zorrona.

—Porque él tiene rabo y tú no.

—*Touché* —admito sabiendo que tiene razón.

—Me están comiendo los nervios.

—Tranquila, he amenazado al guapito de cara para que vigile a su amigo del alma. Si lo deja escapar, estará un año sin sexo.

—¡Pobre Teodoro! —exclama la madre de Valeria, aguantándose la risa.

—Pobre, dice. Si conmigo le ha tocado la lotería, Dolores.

—Eso es cierto, cielo. No podría encontrar a nadie como tú. Contigo rompieron el molde.

—¿Verdad?

Sé que en realidad no es un cumplido, pero yo me lo tomo como tal. Soy única en mi especie y, por lo que parece, Teo está muy satisfecho conmigo. MUY, MUY, MUY satisfecho.

—¿Ya estás pensando en guarradas?

—Siempre —contesto a mi mejor amiga—. Venga, chiqui, sal ya o a tu futuro marido le va a dar un *parraque*.

Mi amiga me mira sonriendo y con lágrimas de felicidad. Sí, definitivamente verla tan radiante es un chute directo a mi corazoncito.

—Francisco, con ese traje estás arrebatador —piropeo al padre de la novia—. Te juro que, si no estuviera pillada, me fugaba contigo.

—Gracias, loquilla. Tú sí que estás preciosa —dice dándome un beso.

—Venga, chicos, ¡a desfilar! Yo os cubro las espaldas —les prometo haciendo mi papel de dama de honor.

La música comienza a sonar y con cada acorde avanzamos hasta nuestro destino. El novio se mueve nervioso, pero en cuanto ve a su futura mujer, sonríe con los ojos empañados. Es como si, al tenerla cerca, se hubiera relajado de repente.

A su lado está su amigo inseparable y el motivo de mis noches en vela: Teodoro, alias el guapito de cara. Mi chico. ¿He marcado el territorio lo suficiente? Sí, perfecto.

Su sonrisa canalla me calienta el cuerpo y me acelera el corazón. Joder, ¿por qué tiene que ser tan guapo? Si él supiera que, con ese simple gesto ya me tiene comiendo de la palma de su mano, se le desencajaría la mandíbula de tanto sonreír.

—Melanie, te estás quedando atrás —me susurra la organizadora de la boda.

Sí, mi amiga se ha vuelto tan pija que hasta ha contratado a una *wedding planner*. Tengo que reconocer que es una maravilla tener a alguien que te lo organice todo con tan buen gusto, pero no sabéis las mofas que he tenido con Val por este tema. Os recuerdo que me encanta mortificarla, es mi deporte favorito. Ver lo gruñona que se pone cuando me meto con ella, no tiene precio.

Avanzo rápido por el pasillo y sigo a la novia hasta el altar. Una vez que su padre se la entrega a su futuro marido y se sienta al lado de su mujer, me coloco al lado de la novia sin dejar de mirar con descaro a mi chico. Mis ojos le están transmitiendo un mensaje: «Te voy a arrancar el traje a mordiscos». Y los suyos me contestan: «No pienso poner impedimentos a tu plan». Como veis, nos entendemos a la perfección.

La ceremonia es espectacular. Los novios decidieron casarse en un paraje apartado rodeado de naturaleza y la decoración que han escogido es perfecta. Los votos que se leen el uno al otro son preciosos y están cargados de tanto sentimentalismo que consiguen hacerme llorar. En el instante en el que ambos se dan el sí quiero, Teo me mira con intensidad y, aunque no lo ha dicho con palabras, sé lo que está pensando: los próximos somos tú y yo. Le saco el dedo corazón a modo de peineta con disimulo y él suelta una risita. Ambos sabemos que ese día llegará y, a pesar de que trato de hacerme la dura, lo estoy deseando.

Una vez que el juez de paz los declara oficialmente marido y mujer, los invitados aprovechamos para acribillarlos con pétalos de rosa y pompas de jabón. Todo muy *cuqui* para ser la boda de mi amiga motera. Cuando la organizadora me tendió un cucurucho de pétalos, yo le puse cara rara y le pedí un saquito de arroz, pero la muy estirada me dijo que no era recomendable usar arroz en un bosque, así que me tuve que conformar con soplarles pompas.

Sigo con la mirada a los novios los cuales están recorriendo el pasillo sin dejar de mirarse a los ojos mientras reciben las felicitaciones de los invitados.

—Hola, preciosa. ¿Has venido sola? —murmura una voz que conozco a la perfección.

—¿De verdad crees que, alguien cómo yo —digo señalando mi cuerpo—, puede venir sola?

Él suelta una risita y rodea mi cintura con su brazo, acercándome a su duro pecho.

—Tengo una propuesta que hacerte, morenita —susurra en mi oreja.

—Si es indecente, me apunto.

—Conozco un lugar bastante íntimo en el que dar rienda suelta a nuestra calenturienta imaginación.

—Te sigo, Teodoro.

Mi chico me guiña un ojo y me agarra de la mano para arrastrarme entre los invitados. Nuestros amigos han alquilado una casa rural preciosa perdida en la montaña, con alojamiento para los invitados más cercanos. Teo se acerca a la puerta de nuestra

habitación, pero cuando creo que va a entrar, se desvía hacia un pasillo.

—¿Dónde me llevas?

—¿Confías en mí? —pregunta colocando su mano en el pomo de una puerta.

—Siempre —contesto sin titubear.

En cuanto acepto su juego, abre la puerta y entra en el interior de una pequeña habitación. Observo mi alrededor con atención y descubro una preciosa biblioteca con un mullido sillón cerca de una ventana.

—Cómo se entere Val que vamos a profanar un lugar de lectura, se volverá loca. Me encanta cómo piensas, guapito de cara.

Media hora después —los dos estábamos muy calientes—, salimos de la biblioteca recolocándonos la ropa y peinándonos con los dedos. Nuestra piel está brillante, sudorosa, gracias al ejercicio que acabamos de hacer y seguimos con la respiración acelerada.

—¿Dónde estabais? —pregunta mi mejor amiga cruzándose de brazos—. No sé ni para qué pregunto, si apestáis a feromonas.

—¿Envidia?

—¡Mucha! —contesta su marido haciéndonos reír—. Le he propuesto escondernos para sellar nuestra unión, pero se ha negado.

—¡Somos los novios! ¡No nos podemos fugar!

—¿Quién dice eso? Hoy es nuestro día y podemos hacer lo que nos dé la gana.

—Amor, te prometo que, después de los postres, haremos una escapadita —coquetea mi amiga acariciando su cara.

—¡Sois testigos de su promesa! —exclama señalándonos.

—¡Claro, jefe! Cuenta conmigo, que sino luego eso se…

—¡Enquista! —gritan todos haciéndome reír. Qué bien me conocen los *jodíos*.

—Venga, pervertidos, que el banquete va a empezar.

★☆★

El banquete ha sido delicioso. Aunque en realidad todos los detalles que la *winnie planner* —como la he empezado a llamar después de

varias copas— ha preparado, han sido una auténtica pasada. La boda ha sido planeada al detalle, bueno, todo excepto la huida de los novios después del postre. Ha sido muy gracioso ver los nervios de la organizadora buscándolos y la aparición de la feliz pareja con una sonrisa de oreja a oreja, estilo *Jocker*.

La boda ya está terminando y, a pesar de que estoy agotada, me da pena que el día de hoy termine porque ha sido muy especial. Todavía me acuerdo de la cara de mi amiga en cuanto hice mi brindis felicitando a los novios, ¡no sabía dónde meterse! Me pasé semanas escribiéndolo a conciencia para resumir la relación de los novios: la forma en la que se conocieron, cómo estuvieron calentándose el uno al otro hasta que explotaron, las veces que los he pillado teniendo sexo en el trabajo… Fue apoteósico. Evidentemente no entré en detalles —por ejemplo, en el delicioso culito que tiene nuestro jefe—, sin embargo, tampoco me mordí la lengua. ¡Fue la venganza perfecta! En ese instante mi amiga comprendió que es mejor no ocultarme nada.

Los invitados estamos dándolo todo en la pista cuando, de repente, los acordes de la canción *Until I found you* de Stephen Sanchez comienzan a sonar. Es una canción que me encanta y que me deja el corazón blandito. Teo me mira sonriendo y me tiende la mano. Pero en lugar de invitarme a bailar acaramelados, me aleja de la pista. Se detiene a un lado de la fiesta y se apoya en una barandilla de madera que nos ofrece unas vistas espectaculares.

—¿Ya te has cansado de bailar? Espero que luego me rindas, Teodoro —bromeo apoyándome junto a él.

—Ya sabes que soy insaciable en lo que respecta a ti —me guiña un ojo.

—Eso espero. Se les ve muy felices, ¿no crees? —digo mientras admiro las vistas.

—Tanto cómo lo seremos nosotros en nuestro día.

—Teodoro, ya te he dicho que…

Pero, cuando me giro para regañarlo, lo encuentro hincando rodilla en el suelo y ofreciéndome una cajita negra, con un precioso anillo dentro.

—Melanie Segura, ¿me harías el honor de casarte conmigo y seguir complicándome la vida tal y como llevas haciendo desde que nos conocimos?

—Oye —me quejo entre hipidos por culpa de las lágrimas.

—Que conste que no tengo quejas. ¿Y bien, me vas a dar una respuesta o vas a dejar que me dé un infarto?

—Teodoro Hidalgo, estaré encantada de poner tu vida patas arriba. ¡Sí, quiero! —grito lanzándome a sus brazos y besándolo con ganas.

Unos gritos hacen que nos giremos y encontremos a nuestros amigos y familiares aplaudiendo emocionados.

—¡Bienvenida al club, *chochete*! —exclama mi amiga, limpiándose las lágrimas.

—Más te vale prepararme una despedida de las buenas. Con *strippers* y esas cosas.

—Morenita…

—Tranquilo, guapito de cara. Se mira, pero no se toca —bromeo dándole un codazo.

Mi prometido —mierda, qué bien suena eso— pone los ojos en blanco y me abraza sabiendo que tiene la batalla perdida. Los invitados vuelven a la pista de baile, dándonos unos minutos de intimidad.

—Una vez me dijiste que comer el mismo plato te aburría —me recuerda.

—Sí, y tú me contestaste que era porque estaba acostumbrada a comer de la misma forma y que podrías enseñarme muchas recetas. —Sonrío al recordar ese momento, justo el día en el que Gael le pidió matrimonio a Valeria.

—Entonces, ¿estás dispuesta a cocinar conmigo?

—Claro, sabes que soy de buen comer y que siempre rebaño el plato —digo relamiéndome los labios para provocarlo.

—Joder, vas a acabar conmigo, morenita.

—¿Alguna queja? —pregunto sabiendo la respuesta.

—¿De tener una mujer a la que le gusta el sexo tanto como a mí? Ninguna, caramelito.

Beso a mi futuro marido sabiendo que, aunque el camino no será perfecto, estoy deseando recorrerlo junto a él y luchar contra todo lo que trate de hacernos caer. Teo me ha enseñado a confiar y a amar de verdad, sin restricciones, y pienso agradecérselo hasta convertirme en la típica vieja pervertida que pellizca el culo de su marido a todas horas.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta novela ha sido más complicada que las anteriores. Aunque Mel es un personaje alegre y divertido, le ha tocado vivir una historia enredada y llena de obstáculos. No ha sido fácil que todo encajara al final y que no quedara ningún hilo suelto. Espero haberlo conseguido y que te haya dejado con una sonrisa y un buen sabor de boca.

Quiero empezar dando un agradecimiento especial a mis lectoras fieles y a esos chicos que me constan que también leen mis libros. Gracias por vuestra confianza, por devorar las páginas de mis novelas como si no hubiera un mañana y por vivir con tanta intensidad cada locura que se me ocurre. Sin vosotras nada de esto tendría sentido.

Gracias a mi amiga Mari Ángeles por ayudarme con las localizaciones de Menorca y por aconsejarme sobre la isla. Gracias a ti Mel y Teo pudieron encontrar el lugar perfecto para esconderse y dar rienda suelta a su pasión (porque sí, la isa existe de verdad).

Quiero dar un agradecimiento especial a mis lectoras cero: Mary, Elsa y Vero. Gracias por leer con tanta emoción cada palabra y darme siempre vuestra opinión sincera.

También quiero dar las gracias a mi mejor amiga Montse. Ella es la que me ayuda en los temas médicos y la que se encarga de que no mate a alguno de mis personajes por convertir una simple herida en un drama mortal. Gracias por tus consejos y por tu apoyo incondicional. Eres una persona imprescindible en mi vida, te quiero muchísimo. No sé lo que haría sin ti.

A mi puticienta particular, Vero, por tener una mente tan "sucia" capaz de darme material suficiente para escribir mil novelas más. Me encanta nuestros audios con teorías locas y escenas de nuevas historias. ¡Eres increíble! Tenerte en mi vida es un gran regalo, puti.

A mi queridísima Mary Fort. ¡Qué puedo decir de ti, amigui! No me cansaré de decirlo: nuestra historia no fue casualidad, fue el destino quien hizo que nos conociéramos. Ya no imagino mis días sin

nuestros audios eternos, sin tus consejos, tus risas… ¡ni tus bostezos! Te quiero mucho, chiqui. ¡Qué pena vivir tan lejos!

Gracias a mi marido Rafa y a mi hijo Víctor por apoyarme siempre y por comprender los sacrificios que a veces tengo que hacer para cumplir mi sueño. ¡Os quiero mucho!

Y como colofón, quiero dar gracias a mi Sandrita querida. La persona que revisa y pule cada página hasta dejarla perfecta. Creo que el destino también se encargó de ponerte en mi camino y que, gracias a él, he conseguido encontrar a una gran profesional y a una mejor persona. Gracias por tu ayuda incondicional y por tu cariño, me siento muy orgullosa de poder decir que eres mi amiga. Conocerte en persona ha sido maravilloso. Me encantó poder pasar el día con vosotros. ¡La próxima en Madrid!

Y si has llegado hasta el final, me haría muy feliz que compartieras tu opinión con una reseña. Es un gesto pequeño que apenas lleva unos minutos, pero significa muchísimo para quienes escribimos.

¡Gracias de corazón por ayudarme a seguir cumpliendo mi sueño!

OTROS LIBROS DE LA AUTORA



- Quiero ser la protagonista de mi vida
- Quiero ser simplemente yo
- Quiero ser libre sin límites
- El doble juego de mi jefe

YA A LA VENTA EN AMAZON